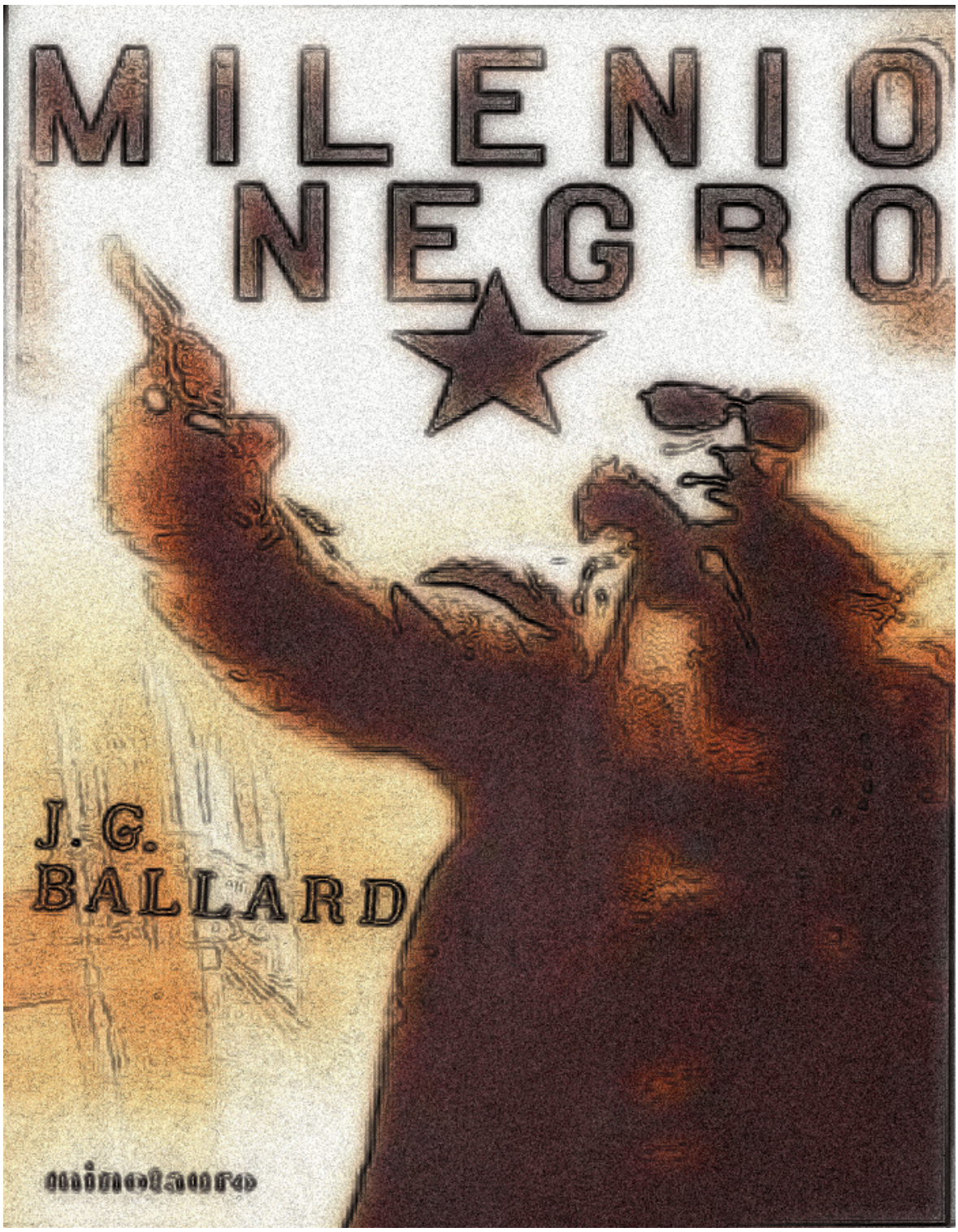
Milenio negro
J. G. Ballard



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1. La rebelión en Chelsea Marina

Se estaba produciendo una pequeña revolución, tan modesta y educada que casi nadie había reparado en ella. Como quien visita un plató abandonado, me detuve junto a la entrada de Chelsea Marina y escuché el tráfico matutino de King's Road, una tranquilizadora mezcla de radios de coches y sirenas de ambulancias. Más allá de la casa del guarda se extendían las calles de la urbanización desierta, una visión apocalíptica desprovista de la banda sonora. De los balcones colgaban pancartas de protesta, y conté una docena de coches volcados y al menos dos casas quemadas.

Sin embargo, ninguno de los compradores que pasaban a mi lado mostraban la menor preocupación. Otra fiesta de Chelsea se había salido de madre, aunque los invitados estaban demasiado borrachos para notarlo. Y, en cierto modo, eso era verdad. La mayoría de los rebeldes, y hasta algunos de los cabecillas, no comprendieron nunca lo que ocurría en ese cómodo enclave. Pero esos revolucionarios agradables y excesivamente cultos se rebelaban contra ellos mismos.

Ni siquiera yo, David Markham, psicólogo titulado infiltrado en Chelsea Marina como espía policial -engaño que fui el último en descubrir- logré ver lo que ocurría. Pero yo estaba distraído por mi extraña amistad con Richard Gould, el diligente pediatra líder de la rebelión: el doctor Moreau del círculo de Chelsea, como lo bautizó nuestra amante compartida, Kay Churchill. Poco después de nuestro primer encuentro, Richard perdió interés en Chelsea Marina y se pasó a una revolución mucho más radical que, sabía, a mí me tocaba más de cerca.

Llegué junto a las cintas que cerraban la entrada a la urbanización desde King's Road y mostré el pase a los dos policías que esperaban la llegada del ministro del Interior. El conductor de la furgoneta de reparto de una floristería discutía con ellos, señalando un enorme ramo de calas blancas en el asiento de al lado. Supuse que algún vecino del barrio, un notario o un ejecutivo de cuentas feliz en el matrimonio, había estado demasiado ocupado con la revolución para acordarse de anular el ramo por el cumpleaños de su mujer.

Los agentes, impasibles, le negaron el permiso para entrar en la urbanización. Sentían que había ocurrido algo profundamente sospechoso en esa comunidad antes tan respetuosa con la ley, acontecimiento que exigía la presencia de un ministro y su comitiva de personajes ilustres. Los visitantes -asesores del Ministerio del Interior, sacerdotes preocupados, altos asistentes sociales y psicólogos, yo entre ellos- empezarían su recorrido al mediodía, una hora más tarde. Como, en teoría, una clase media rebelde era demasiado educada para representar una amenaza física, no nos escoltaría ningún policía armado. Pero, como yo sabía muy bien, ésa era la amenaza.

Las apariencias no demostraban nada y lo demostraban todo. Los policías me hicieron entrar con un ademán, casi sin mirar mi pase. Arengados durante semanas por madres elocuentes con téjanos muy sucios, sabían que mi corte de pelo moderno,

Librodot

cortesía del maquillaje de la BBC, el traje gris paloma y el bronceado de cama solar me descartaban como natural de Chelsea Marina. Los residentes preferirían morir antes que parecerse a un pequeño gurú de la televisión, un intelectual renegado del dudoso mundo de las videoconferencias y los seminarios de aeropuerto.

Pero el traje era un disfraz, que yo me había puesto por primera vez en seis meses, después de meter la chaqueta de cuero rota y los téjanos en el cubo de la basura. Salté con ligereza por encima de las cintas, en mucho mejor forma de lo que habían supuesto los policías. Las «acciones terroristas», como las había calificado el ministro del Interior, pronto habían endurecido un físico perezoso, ablandado por años de salas de embarque y vestíbulos de hoteles. Incluso mi esposa Sally, siempre tolerante y nunca sorprendida, se quedó impresionada por mis brazos musculosos mientras contaba las magulladuras dejadas por las refriegas con la policía y los guardas de seguridad.

Pero un disfraz podía resultar exagerado. Al verme reflejado en las ventanas rotas de la casa del guarda, me aflojé el nudo de la corbata. Aún no sabía bien qué papel estaba desempeñando. A Richard Gould y a mí nos habían visto juntos muchas veces, y los agentes de policía me tendrían que haber reconocido como principal cómplice de ese terrorista perseguido. Cuando les hice un gesto con la mano, se volvieron y se pusieron a mirar hacia King's Road, buscando la limusina del ministro del Interior. Sentí cierta desilusión. Durante unos segundos había deseado que me dieran el alto.

Delante de mí se extendía Chelsea Marina, las calles vacías por primera vez durante sus veinte años de existencia. Toda la población había desaparecido, dejando una zona de silencio como una reserva natural urbana. Ochocientas familias habían huido, abandonando las cómodas cocinas, los herbolarios y las salas de estar revestidas de libros. Sin el menor arrepentimiento, habían dado la espalda a sí mismos y a todo aquello en lo que alguna vez habían creído.

Por encima de los tejados oía el tráfico del oeste de Londres, que se apagó cuando eché a andar por Beaufort Avenue, la calle principal de la urbanización. La extensa metrópoli que rodeaba Chelsea Marina aún contenía el aliento. Allí había empezado la revolución de la clase media: no el alzamiento de un proletariado desesperado, sino la rebelión de la educada clase profesional que era la flor y nata de la sociedad. En esas calles silenciosas, escenario de incontables banquetes, cirujanos y agentes de seguros, arquitectos y directores de la Seguridad Social habían construido sus barricadas y habían volcado sus coches para impedir el paso de los bomberos y los equipos de rescate que trataban de salvarlos. Rechazaban toda oferta de ayuda, negándose a exteriorizar sus verdaderas quejas o a decir incluso si existía alguna.

Los negociadores enviados por Kensington y por el Ayuntamiento de Chelsea fueron recibidos primero con silencio, después con burlas y finalmente con cócteles molotov. Por razones que nadie entendía, los habitantes de Chelsea Marina se habían puesto a desmantelar su mundo burgués. Hacían hogueras de libros y cuadros, juguetes educativos y vídeos. Los telediarios mostraban a familias asidas del brazo, rodeadas de coches volcados, los rostros orgullosamente iluminados por las llamas.

Pasé junto a un BMW destruido por el fuego, con las ruedas hacia arriba junto al bordillo de la acera, y miré el depósito de combustible reventado. Un avión de

pasajeros avanzaba sobre el centro de Londres, y centenares de ventanas rotas temblaron bajo el zumbido de los motores, como si se despojaran de los últimos restos de ira. Curiosamente, los residentes que destruían Chelsea Marina no habían mostrado nada de ira. Se habían deshecho de su mundo como quien saca la basura a la calle.

Esa extraña calma y -lo que era aún más preocupante- la indiferencia de los residentes ante las sanciones económicas que deberían afrontar habían provocado la visita del ministro del Interior. Henry Kendall, un colega del Instituto con estrechos contactos en el Ministerio del Interior, me contó que empezaban a salir a la luz otros focos de disturbios en zonas residenciales acomodadas de Guildford, Leeds y Manchester. A lo largo y a lo ancho de Inglaterra, toda una casta profesional rechazaba aquello por lo que tanto había trabajado.

Miré cómo el avión atravesaba la línea del horizonte sobre Fulham y después se perdía entre las descubiertas vigas del techo de una casa quemada al final de Beaufort Avenue. Los dueños, una directora de colegio y su marido médico, se habían marchado de Chelsea Marina con sus tres hijos después de resistir hasta los últimos minutos antes de que los equipos antidisturbios de la policía los redujeran. Habían estado en la vanguardia de la rebelión, decididos a exponer la flagrante injusticia que gobernaba sus vidas. Los imaginé dando interminables vueltas por la M25 en su embarrado Land Rover, sumidos en un profundo trance.

¿Adonde habían ido? Muchos de los residentes se habían retirado a sus casas de campo o estaban viviendo con amigos que apoyaban la lucha con paquetes de comida y alegres correos electrónicos. Otros se habían ido de excursión por tiempo indefinido a la región de los lagos y a las Tierras Altas de Escocia. Remolcando sus caravanas, eran la vanguardia de una clase media itinerante, una nueva tribu de gitanos con formación universitaria que conocían sus leyes y armaban la gorda en los ayuntamientos por donde pasaban.

Kay Churchill, la conferenciante especializada en cine de la South Bank University que llegó a ser mi casera, fue arrestada por la policía y puesta en libertad bajo fianza. Proclamando todavía la revolución, pontificaba en un canal de cable vespertino. Su casa estrecha pero cómoda, con sus sofás desvencijados y sus fotogramas de películas, había sido inundada por las potentes mangueras del cuerpo de bomberos de Chelsea.

Echaba de menos a Kay y su temblorosa corona de pelo gris ceniza, sus imprevisibles opiniones y su vino a raudales, pero era su casa abandonada mi motivo para llegar una hora antes que el ministro del Interior. Esperaba que mi ordenador portátil estuviera todavía en la mesita de la sala de estar de Kay, donde habíamos desplegado los mapas y planificado los incendios del National Film Theatre y el Albert Hall. Durante los momentos finales de la rebelión, mientras los helicópteros de la policía revoloteaban en lo alto, Kay estaba tan decidida a convertir a su causa al guapo jefe de bomberos que sus hombres tuvieron tiempo de sobra para hacerle añicos las ventanas con los chorros de agua. Un vecino sacó a Kay de la casa, pero el ordenador seguía allí, donde lo encontrarían los equipos forenses.

Llegué al final de la Beaufort Avenue, en el silencioso centro de Chelsea Marina. Junto a Cadogan Circle había un edificio de apartamentos de siete pisos, con pancartas que colgaban fláccidas de los balcones, ofreciendo eslóganes al aire indiferente.

Atravesé la calle hasta Grosvenor Place, la arrogante calle sin salida de Kay, recordatorio de otro Chelsea, más antiguo. La corta calle había alojado a un anticuario ahora encarcelado, a dos matrimonios de lesbianas y a un piloto de Concorde alcohólico, y era un buen sitio para encontrar malas compañías y pasar un buen rato.

Caminé hacia la desarreglada casa de Kay, escuchando el taconeo de mis pasos, ecos de una culpa que intentaba huir del escenario pero sólo lograba acercarse a sí misma. Distraído por el espectáculo de tantas casas vacías, subí al bordillo de la acera y me apoyé en un contenedor lleno de artículos domésticos. Los revolucionarios, siempre considerados con sus vecinos, habían encargado una docena de esos enormes contenedores una semana antes del levantamiento.

Junto a la calle había un Volvo incendiado, pero como todavía imperaban las normas sociales, lo habían empujado hasta una zona de estacionamiento. Los rebeldes lo habían ordenado todo después de su revolución. Casi todos los coches volcados habían sido enderezados, y tenían las llaves de contacto puestas, listas para los encargados de recuperarlos.

El contenedor estaba lleno de libros, raquetas de tenis, juguetes y un par de esquís chamuscados. Junto a un blazer escolar había un traje casi nuevo de estambre, el uniforme diurno de un ejecutivo medio, metido entre los escombros como el desechado uniforme de faena de un soldado que ha arrojado el fusil y se ha echado al monte. El traje parecía extrañamente vulnerable, la bandera abandonada de toda una civilización, y tuve la esperanza de que uno de los ayudantes se lo mostrara al ministro del Interior. Traté de pensar qué respuesta daría si me pidieran un comentario. Como miembro del Adler Institute, especializado en relaciones industriales y en psicología del lugar de trabajo, yo era nominalmente un experto en la vida afectiva de la oficina y en los problemas mentales de los mandos intermedios. Pero no resultaba fácil encontrar una explicación convincente para el traje.

Kay Churchill habría sabido qué responder. Mientras atravesaba los charcos de agua de delante de su casa, oí su voz dentro de mi cabeza: agresiva, suplicante, sensata y totalmente loca. La clase media era el nuevo proletariado, la víctima de una conspiración secular, que por fin se deshacía de las cadenas del deber y de la responsabilidad civil.

Por una vez, la respuesta absurda era quizá la correcta.

Los bomberos habían empapado la casa, asegurándose de que Kay no le prendería fuego nunca. El agua todavía goteaba de los aleros, y de los ladrillos emanaba un vaho. La sala abierta era una gruta marina y la humedad se filtraba a través del cielo raso agrietado, convirtiendo las paredes en húmedos tapices. Me detuve entre los pósters de Ozu y de Bresson, casi esperando que Kay saliera de la cocina con dos copas y una botella de vino de algún admirador, insistiendo en que habíamos ganado la batalla.

Kay se había ido, pero su mundo alegre y desordenado seguía en su sitio: los post-its en el espejo de encima de la chimenea, las invitaciones a conferencias de grupos anarquistas, el montón de guijarros blancos en la repisa de la chimenea. Cada piedra, me dijo, era un recuerdo de una aventura amorosa veraniega en una playa griega. Gotas de humedad cubrían la foto enmarcada de su hija, ahora una adolescente

en Australia, sacada en las últimas vacaciones antes de que concedieran la custodia a su marido. Kay había seguido adelante, asegurando que la memoria es una trampa con cebo, los restos de la última noche en un vaso manchado con lápiz de labios, pero a veces la sorprendía enjugándose las lágrimas ante de la foto y apretando el marco contra el pecho.

El sofá donde Kay y yo habíamos dormitado juntos era un armatoste empapado. Pero mi ordenador portátil estaba entre los guiones de cine y las revistas. El disco duro contenía pruebas más que suficientes para condenarme como conspirador junto con Richard Gould. Había listas de videoclubes para incendiar, agencias de viajes para atacar, galerías y museos para sabotear y los equipos de residentes destinados a cada acción. Tratando de impresionar a Kay, yo había añadido notas sobre los daños realizados, las lesiones a los miembros de los equipos y las probables demandas de seguro. A veces, mientras tecleaba esos detalles innecesarios, con el brazo de Kay rodeándome afectuosamente los hombros, sentía que estaba desenrollando una alfombra que llevaba directamente a mi celda en la cárcel.

Pensando cariñosamente en Kay, alargué la mano para enderezar el retrato de su hija. Un fragmento de cristal se soltó del marco y me hirió en la palma, cortando ligeramente la línea de la vida. Mientras miraba la mancha brillante y buscaba el pañuelo, me di cuenta de que aquélla era la única sangre derramada en Chelsea Marina durante toda la rebelión.

Con el ordenador portátil bajo el brazo, cerré la puerta a mis espaldas. Eché una última mirada al revestimiento de madera y en el liso esmalte vi que una ventana se movía y reflejaba el sol. En el último piso del edificio de apartamentos al lado de Cadogan Circle se movió el marco de una ventana. Extrañamente, salió una mano y limpió los cristales, sacudiendo un trapo, y después se retiró.

Bajé a la calle y caminé hacia los apartamentos, pasando por delante de un Saab calcinado dejado en su lugar de estacionamiento. ¿Estarían los ocupas mudándose a Chelsea Marina, dejando las drogas blandas y los colchones duros? ¿Estarían preparados para intentar un nuevo estilo de vida, para afrontar los problemas de las matrículas del colegio y las mucamas brasileñas, las clases de ballet y las cuotas del seguro médico privado? Nuestra modesta revolución entraría en el calendario folklórico, y se celebraría junto con la última noche de los conciertos al aire libre y la quincena de tenis de Wimbledon.

Apretando el pañuelo contra la palma de la mano, pulsé los botones del ascensor en el vestíbulo del edificio de apartamentos. Para mi frustración, habían cortado el suministro de electricidad a Chelsea Marina. Subí por las escaleras, descansando en cada rellano, rodeado por las puertas abiertas de los apartamentos abandonados, un actor en busca del plató correcto. Cuando llegué al último piso, estaba mareado. Sin pensar, empujé la puerta, que no estaba cerrada con llave, y miré a través de la sala de estar vacía hacia la ventana que se había movido a la luz del sol.

Una inquilina del tercer piso del mismo bloque de apartamentos, Vera Blackburn, era una antigua asesora científica del gobierno y amiga íntima de Kay Churchill.

Recordé que los dueños del apartamento del último piso eran una joven óptica y su marido. Las ventanas de la sala de estar tenían la mejor vista de Chelsea Marina, y daban a Beaufort Avenue, por donde pasaría el ministro del Interior en su recorrido de inspección.

Pasé por encima de una maleta desechada y entré en la habitación. Junto al escritorio había un bolso azul de lona, con el sello de la policía londinense grabado en un costado, parte del equipo llevado por los grupos antidisturbios. Dentro habría armas aturdidoras, botes de gas lacrimógeno y las picanas con las que la policía se defendía de sus enemigos siempre presentes.

El ordenador portátil me pesaba aún más en la mano, una semiconsciente señal de advertencia. Oí a dos personas que hablaban en el dormitorio cercano, el tono seco pero grave de un hombre y las respuestas más mordaces de una mujer. Supuse que un policía y una colega vigilaban la llegada del ministro del Interior. Excesivamente metódicos, habían limpiado las ventanas para tener la visión más clara posible del ministro y de sus adulones asesores. Si me descubrían en su puesto de observación, supondrían lo peor, y pronto decidirían que el ordenador portátil de un psicólogo era un arma potencialmente ofensiva.

Tratando de no tropezar en la maleta, me fui acercando a la puerta, consciente por primera vez de los diagramas de la óptica clavados en la pared encima del escritorio, círculos como dianas e hileras de letras sin sentido que parecían mensajes en clave.

La puerta del dormitorio se abrió y un hombre distraído con traje andrajoso entró en la sala. Tenía el sol detrás, pero le vi la cara desnutrida y la luz que le brillaba en las altas sienes. Se dio cuenta de que yo estaba allí, pero parecía preocupado por un problema propio, como si yo fuera un paciente que había acudido a su consultorio sin una cita. Miró por la ventana hacia las calles vacías y las casas dañadas por el fuego con los ojos cansados de un médico agotado que trata de cumplir con su trabajo en un barrio del Oriente Medio arrasado por la guerra.

Por fin se volvió hacia mí, sonriendo con repentina cordialidad.

-¿David? Entra. Todos te hemos estado esperando.

Muy a mi pesar, sabía que deseaba verlo.

2. La bomba de Heathrow

Mi seducción por el doctor Richard Gould y la revolución que lanzó en Chelsea Marina habían empezado hacía sólo cuatro meses, aunque a menudo tenía la sensación de que conocía a ese desacreditado pediatra desde mis tiempos de estudiante. Era el inconformista que no iba a clase ni se presentaba a los exámenes, un solitario de traje desplanchado y programa de estudios propio, que sin embargo había conseguido un título de posgrado y emprendido una exitosa carrera profesional. Llegó a nuestras vidas como una figura surgida de uno de nuestros sueños del futuro, un desconocido que daba por sentado que seríamos sus más fervientes discípulos.

Una llamada telefónica fue el primer aviso de la llegada de Gould. Mi móvil sonó cuando estábamos saliendo hacia el aeropuerto de Heathrow para asistir en Florida a un congreso de tres días con psicólogos industriales. Yo ayudaba a Sally a bajar por la escalera y supuse que la llamada era uno de esos mensajes de último momento que el Instituto enviaba deliberadamente para alterar mi vuelo a través del Atlántico: la renuncia de una secretaria valiosa, la noticia de que un colega muy apreciado había entrado en rehabilitación, un correo electrónico urgente de un presidente de empresa que había descubierto la teoría de los arquetipos de Jung y estaba convencido de que explicaba el futuro del diseño de los artículos de cocina.

Dejé que Sally atendiera el teléfono mientras yo llevaba las maletas hasta el vestíbulo. Enderezadora y curadora nata, tenía un talento natural para hacer que todo el mundo se sintiera mejor. En minutos, las colas de los mostradores de facturación de Heathrow se desvanecerían, y el Atlántico se alisaría como una pista de baile. Me detuve delante de la puerta y escudriñé la calle para ver si venía nuestro coche de alquiler. Algunos taxis se metían en esa vía tranquila que nacía de Abbey Road, pero pronto eran requisados por fans de los Beatles que hacían su peregrinaje a los estudios de grabación, o por miembros muy bien comidos del Marylebone Cricket Club que salían del campo de criquet de Lord's para internarse en el inquietante mundo exterior. Yo había pedido que el coche llegara dos horas antes del vuelo a Miami desde la Terminal 3, pero el señor Prashar, por lo general fiable, ya llevaba veinte minutos de retraso.

Sally seguía al teléfono cuando regresé a la sala de estar. Se apoyó contra la repisa de la chimenea, alisándose el pelo hasta los hombros con un despreocupado movimiento de mano, tan bella como una actriz de una película de Hollywood de los años treinta. A su alrededor, los espejos contenían el aliento.

-Bueno... -dijo colgando el teléfono-, tendremos que esperar.

-Sally, ¿quién era? Espero que no se tratara del profesor Arnold...

Aferrando un bastón con cada mano, Sally se apartó de la repisa. Di un paso atrás, consintiendo como siempre su pequeña fantasía de que era una minusválida. Sin ir más lejos, la tarde anterior había jugado al ping-pong con la mujer de un colega,

olvidando los bastones sobre la mesa mientras golpeaba la pelota de un lado para otro. Hacía meses que no necesitaba los bastones, pero todavía recurría a ellos en los momentos de tensión.

-Tu amigo, el señor Prashar. -Se inclinó hacia mí, apoyándome la cabellera perfumada en la mejilla-. Hay un problema en Heathrow. Las colas llegan hasta Kew. Piensa que no vale la pena salir mientras no se despeje el camino.

-¿Y qué pasa con el vuelo?

-Se ha retrasado. No sale ningún avión. Todo el aeropuerto está paralizado.

-Entonces ¿qué hacemos?

-Tomarnos un buen trago. -Sally me empujó hacia el mueble bar-. Prashar llamará dentro de quince minutos. Al menos se preocupa.

-De acuerdo. -Mientras servía dos whiskies con soda miré por la ventana el coche de Sally, con la descolorida pegatina de minusválida en el parabrisas y la silla de ruedas plegada en el asiento trasero-. Sally, puedo conducir yo. Iremos en tu coche.

-¿En el mío? Tendrás problemas con los mandos.

-Querida, yo mismo los diseñé. Iré por el arcén, con los faros encendidos, tocando la bocina. Lo dejaremos en la zona de estacionamientos breves. Es mejor que estar aquí sentados.

-Aquí podemos emborracharnos.

Sally se recostó en el sofá y levantó el vaso, tratando de reanimarme. La guerra de sucesión en el Adler, la lucha para reemplazar al profesor Arnold, me había dejado agotado y de mal humor, y ella tenía mucho interés en llevarme a la otra orilla del Atlántico. El congreso en Celebration, la comunidad modélica de Disney en Florida, era una útil oportunidad para aparcar a un marido exhausto junto a una piscina de hotel. Viajar al extranjero era para ella un esfuerzo: la incómoda geometría de los taxis y los cuartos de baño, y los psicólogos norteamericanos que veían a una mujer atractiva caminando con bastones como un tipo especial de desafío erótico. Pero Sally siempre estaba bien dispuesta, aunque la mayor parte del tiempo su única compañía era el minibar.

Me recosté junto a ella en el sofá, entre tintineos de vasos, y escuché el tráfico. Era más ruidoso que de costumbre, y la cola de Heathrow llevaba su frustración hasta el centro de Londres.

-Nos quedan diez minutos. -Terminé el whisky, pensando no ya en el siguiente sino en el tercero-. Tengo la sensación de que no vamos a llegar.

-Relájate... -Sally echó su whisky en mi vaso-. Para empezar, tú no querías ir.

-Quería y no quería. Lo que me saca de quicio es tener que estrechar la mano a Mickey Mouse. A los norteamericanos les encantan esos hoteles de Disney.

-No seas malo. Les traen recuerdos de la infancia.

Librodot

-Infancia que en realidad no tuvieron. Y a los demás, ¿por qué tienen que recordarnos infancias americanas?

-Eso es, en pocas palabras, el mundo moderno. —Sally olió el vaso vacío, abriendo las ventanas de la nariz como las agallas de un pez exótico y delicado-. Al menos sirve para alejarse.

-¿Esos viajes? Reconozcamos que son pura ilusión. Los viajes en avión, todo lo de Heathrow, es una huida colectiva de la realidad. La gente se acerca a los mostradores de facturación y por una vez en la vida sabe adonde va. Pobres imbéciles, lo tienen impreso en los billetes. Mírame, Sally. Yo soy igual. Volar a Florida no es lo que de verdad quiero hacer. Lo hago en vez de renunciar al Adler. No tengo valor para hacer eso.

-Claro que tienes.

-Aún no. Es un refugio seguro, un departamento universitario sobrevalorado, lleno de neuróticos ambiciosos. Imagina encerrados juntos a treinta psicólogos que odiaban a su padre.

-¿Tú no lo odiabas?

-Nunca lo conocí. Fue lo único bueno que hizo mi madre por mí. ¿Dónde estará Prashar?

Me levanté y fui hasta el teléfono. Sally recogió de la alfombra el mando a distancia del televisor y puso las noticias del mediodía. Al aparecer la imagen, reconocí una sala de aeropuerto.

-David... Mira. -Sally se inclinó hacia adelante, apretando los bastones junto a los pies-. Algo horrible...

Yo escuchaba la voz de Prashar, pero no podía apartar la mirada del boletín informativo. El gemido de las sirenas de la policía ahogaba las palabras del locutor, que se alejó de la cámara cuando el equipo de una ambulancia pasó por delante llevando una camilla entre el tumulto de pasajeros y empleados de las compañías aéreas. Sobre la camilla iba una mujer apenas consciente, con el pecho cubierto por harapos y los brazos salpicados de sangre. El polvo formaba remolinos en el aire, flotando por encima de las tiendas de ropa y las cajas de cambio, un microclima frenético que intentaba escapar por los conductos de ventilación.

Detrás de la camilla estaba la puerta principal de llegadas de la Terminal 2, protegida por policías armados con metralletas. Un grupo de preocupados conductores de coches de alquiler esperaba junto a la barrera, mostrando ya a media asta los nombres escritos en carteles. Por la puerta de llegadas apareció un hombre con un maletín de ejecutivo, y la chaqueta sin mangas del traje cruzado dejaba ver un brazo ensangrentado. Miró los carteles que levantaban hacia él, como si tratara de recordar su propio nombre. Dos paramédicos y una azafata de Aer Lingus estaban arrodillados en el suelo, atendiendo a un pasajero exhausto, aferrado a una maleta vacía que había perdido la tapa.

-¿Señor Markham? -dijo débilmente una voz en mi oído-. Soy Prashar...

Sin pensar, desconecté el teléfono. Me quedé junto al sofá, rodeando con los brazos los hombros de Sally. Ella temblaba como una niña, limpiándose la nariz con los dedos, como si las imágenes violentas de la pantalla le recordaran el accidente que casi le había causado la muerte.

-Sally, aquí no hay peligro. Me tienes a mí.

-Estoy bien. -Más tranquila, apuntó al televisor con el dedo-. Han puesto una bomba en una cinta de equipajes. David, podríamos haber estado allí. ¿Han matado a alguien?

-«Tres muertos, veintiséis heridos...» -leí en la pantalla-. Ojalá no haya niños entre ellos.

Sally, nerviosa, apretó botones en el mando a distancia, subiendo el volumen.

-¿No dan un aviso? ¿Palabras que la policía reconoce? ¿Por qué ponen bombas en la sala de llegadas?

-Algunas personas están locas. Sally, nosotros estamos bien.

-Nadie está bien.

Me apretó el brazo e hizo que me sentara a su lado. Juntos miramos las imágenes del aeropuerto. La policía, los equipos de primeros auxilios y los empleados de las tiendas iban metiendo a los pasajeros heridos en las ambulancias. Entonces cambió la escena y apareció el vídeo grabado por un pasajero que había entrado en la zona de recogida de equipaje poco tiempo después de la explosión. El aficionado filmaba de espaldas a los controles aduaneros, evidentemente demasiado horrorizado por la violencia que había arrasado la sala abarrotada para dejar la cámara y ayudar a las víctimas.

El polvo bullía allí arriba, formando remolinos alrededor de las partes rotas del alumbrado fluorescente que colgaba del cielo raso. En el suelo había carritos volcados, retorcidos por la explosión. Pasajeros aturdidos se habían sentado junto a sus maletas; con la ropa de la espalda arrancada, estaban cubiertos de sangre y fragmentos de cuero y cristales.

La cámara de vídeo se detuvo en la cinta inmóvil con los paneles abiertos como abanicos de goma. Del tobogán del equipaje seguían saliendo maletas, y sobre la pila cayeron juntos un juego de palos de golf y la sillita de un niño.

A tres metros de distancia, dos pasajeros heridos, sentados en el suelo, miraban cómo las maletas salían del tobogán. Uno era un veinteañero con téjanos y los harapos de una cazadora de plástico. Cuando se acercaron los primeros a ayudarlo, un policía y un guarda jurado del aeropuerto, el joven empezó a consolar a un africano de mediana edad tendido a su lado.

El otro pasajero que miraba el tobogán del equipaje era una mujer de poco menos de cuarenta años, frente angulosa y cara huesuda pero atractiva y pelo oscuro recogido. Llevaba un traje negro entallado, picado por los cristales, como el esmoquin con lentejuelas de una cabaretera. Un trozo de escombro volador le había hecho sangrar el labio inferior, pero casi no parecía haber sufrido los efectos de la explosión.

Se sacudió el polvo de la manga y miró sombríamente la confusión que la rodeaba, una profesional ocupada que llegaba tarde a la siguiente cita.

-David... -Sally trató de alcanzar los bastones-. ¿Qué es eso?

-No estoy seguro. -Me levanté del sofá y me arrodillé delante de la pantalla, casi con la certeza de que conocía a la mujer.

Pero el cámara aficionado apuntó hacia el cielo raso, donde un tubo fluorescente soltaba una cascada de chispas, fuegos artificiales en un manicomio-. Creo que es alguien que conozco.

-¿La mujer del traje oscuro?

-Es difícil saberlo. Su cara me ha recordado... -Miré el reloj y advertí el equipaje allí en el vestíbulo-. Hemos perdido el vuelo a Miami.

-No importa. Esa mujer que has visto ¿era Laura?

-Creo que sí. -Apreté las manos de Sally, notando lo firmes que estaban-. Parecía ella.

-No puede ser. -Sally se apartó y se sentó en el sofá, buscando su vaso de whisky. El boletín informativo retransmitía otra vez desde la sala del aeropuerto, donde los conductores de coches de alquiler se marchaban bajando los carteles-. Hay un número de contacto para los parientes. Yo te lo marcaré.

-Sally, no soy pariente de ella.

-Estuvisteis casados ocho años. -Sally hablaba con total naturalidad, como si describiera mi papel de socio de un disuelto club gastronómico-. Te dirán cómo está.

-Tenía buen aspecto. Podía ser Laura. Esa expresión suya, siempre impaciente...

-Llama a Henry Kendall al Instituto. Él lo sabrá.

-¿A Henry? ¿Por qué?

-Porque vive con Laura.

-Es cierto. Pero no quiero aterrorizar al pobre hombre. ¿Qué pasa si estoy equivocado?

-No creo que te equivoques. -Sally bajó la voz, una adolescente sensata hablando con un padre nervioso-. Necesitas saber qué ha pasado. Laura significó mucho para ti.

-Eso fue hace mucho tiempo. -Consciente de su tono ligeramente amenazador, dije-: Sally, te encontré a ti.

-Llámalo.

Atravesé la sala, volviendo la espalda a la pantalla del televisor. Con el móvil en la mano, me puse a tamborilear con los dedos en la repisa de la chimenea y traté de sonreír a la foto de Sally sentada en la silla de ruedas entre sus padres, sacada en el St. Mary's Hospital el día de nuestro compromiso. De pie detrás de ella, con la bata blanca

de laboratorio, yo parecía muy seguro de mí mismo, como si por primera vez en la vida supiera que iba a ser feliz.

El móvil sonó antes de que pudiera marcar el número del Instituto. Entre el barullo del ruido de fondo, el aullido de las sirenas de las ambulancias y los gritos del personal de urgencias, oí la voz exaltada de Henry Kendall.

Llamaba desde el Ashford Hospital, cerca de Heathrow. Laura había sido alcanzada por la explosión de la bomba en la Terminal 2. Uno de los primeros evacuados, había sufrido un colapso en la sala de urgencias y ahora estaba en la unidad de cuidados intensivos. Henry logró controlarse, pero su voz estalló en un torrente de ira confusa, y admitió que había pedido a Laura que tomara un vuelo posterior desde Zurich para que él pudiera acudir a una cita en el Instituto y encontrarse con ella en el aeropuerto.

-El Comité de Publicaciones... Arnold me pidió que lo presidiera. ¡Por el amor de Dios, lo que él hacía era avalar su propia y maldita ponencia! Si no hubiera aceptado, Laura aún estaría...

-Henry, todos hemos hecho eso. No puedes echarte la culpa...

Traté de tranquilizarlo, pensando en el chorro de sangre que salía de la boca de Laura. Por alguna razón, me sentía muy involucrado en el crimen, como si yo hubiera puesto la bomba en la cinta transportadora.

El tono de marcar sonó contra mi oreja, una señal cada vez más lejana que llegaba de otro mundo. Durante unos minutos todas las líneas de contacto con la realidad se habían cortado. Me miré en el espejo, perplejo por la ropa de viaje que llevaba puesta, la chaqueta liviana y la camisa deportiva, el indiscreto disfraz de un turista playero que por equivocación se ha metido en un funeral. Ya tenía una sombra en las mejillas, como si la sacudida de la bomba de Heathrow me hubiera hecho crecer la barba. Mi rostro parecía agobiado y sospechoso de manera típicamente inglesa, con la mirada ceñuda de un desviado maestro de escuela primaria.

-David... -Sally se levantó, olvidándose de los bastones. Su cara parecía más pequeña y más afilada, con los labios fruncidos por encima de una barbilla de niña. Me quitó el móvil y me apretó las manos-. Tú estás bien. Mala suerte para Laura.

-Ya lo sé. -La abracé, pensando en la bomba. Si el terrorista hubiera escogido la Terminal 3 una o dos horas más tarde, Sally y yo podríamos estar juntos en cuidados intensivos-. Sabe Dios por qué, pero me siento responsable.

-¡Cómo no te vas a sentir responsable! Ella era importante para ti. -Sally me clavó la mirada, asintiendo en silencio, casi convencida de que me había pescado en una pifia menor pero reveladora-. David, tienes que ir.

-¿Adonde? ¿Al Instituto?

-Al Ashford Hospital. Lleva mi coche. Llegarás más rápido.

-¿Por qué? Henry estará con ella. Laura no forma parte de mi vida. ¿Sally...?

Librodot

-No es por ella. Es por ti. -Sally me dio la espalda-. Sé que no la amas. Pero todavía la odias. Por eso tienes que ir.

Librodot

3. «¿Por qué a mí?»

Llegamos al Ashford Hospital una hora más tarde, un viaje corto a un pasado muy lejano. Sally condujo con brío y determinación, aferrando con la mano derecha el control del acelerador instalado junto al volante, manejándolo como si fuera un piloto de caza, soltando con la mano izquierda la palanca del freno al lado de la transmisión automática. Yo había diseñado los mandos, ayudado por un especialista en ergonomía del Instituto, que había tomado las medidas de Sally con la esmerada atención de un sastre de Savile Row. A esas alturas ella había recuperado toda la fuerza en las piernas, y sugerí que pidiéramos al taller de reparaciones la reconversión del coche. Pero a Sally le gustaban los mandos adaptados, hechos a su medida. Cuando cedí, ella me hizo la broma de que yo, en el fondo, disfrutaba de la emoción perversa de tener una esposa minusválida.

Fueran cuales fuesen mis motivos, la miré como un marido orgulloso. Llevaba el Saab entre el denso tráfico del mediodía haciendo señales con los faros a los agotados policías de la autopista, golpeando con furia la pegatina de conductor minusválido en el parabrisas. Al ver la silla de ruedas en el asiento trasero nos indicaban que usáramos el arcén, un sendero de alta velocidad del que sólo podía apropiarse una mujer con glamour.

Mientras íbamos a gran velocidad, haciendo señales con las luces de emergencia, casi creí que Sally estaba impaciente por encontrarse con su antigua rival, ahora internada en la unidad de cuidados intensivos. En cierto sentido se había hecho algún tipo de justicia: Sally siempre había visto su accidente como un acontecimiento fortuito, un déficit cruel del orden moral de la existencia, que había contraído con ella una firme deuda.

Mientras visitaba con su madre el Barrio Alto de Lisboa, un laberinto de callejuelas empinadas, Sally había cruzado la calle detrás de un tranvía parado. La flota de vehículos antiguos, con paneles de madera y estructura de hierro fundido, había sido instalada por ingenieros británicos hacía casi un siglo. Pero el encanto y la arqueología industrial se pagaron caros. Los frenos del tranvía fallaron unos segundos y la máquina retrocedió antes de que el mecanismo de seguridad bloqueara las ruedas, derribando a Sally y atrapándole las piernas debajo del enorme chasis.

Conocí a Sally en el ala de ortopedia del St. Mary's, a primera vista una joven valiente, decidida a mejorar pero que inexplicablemente no respondía al tratamiento. Los meses de fisioterapia habían propiciado un temperamento gruñón, y hasta algunas rabietas insolentes. Oí por casualidad una de esas invectivas, una fea tormenta en una suite privada, y la reconocí como la hija consentida de un industrial de Birmingham que venía a verla en el helicóptero de la empresa y satisfacía todos sus antojos.

Yo visitaba el St. Mary's una vez a la semana para supervisar un nuevo sistema de diagnóstico desarrollado en colaboración con el Adler. En vez de enfrentarse a un especialista cansado con ganas de tomarse una buena ginebra y darse un baño caliente,

Librodot

el paciente se sentaba ante una pantalla y tecleaba respuestas a preguntas pregrabadas por un médico saludable, interpretado por un actor comprensivo. Para sorpresa y alivio de los especialistas, los pacientes preferían la imagen informatizada a un médico verdadero. Desesperado por hacer caminar a Sally y consciente de que la minusvalía de ella era «optativa» según la diplomática jerga del hospital, su cirujano propuso que sentáramos a Sally delante de la máquina prototipo.

El proyecto, del que yo desconfiaba porque trataba a los pacientes como si fueran niños en una sala de videojuegos, hizo sin embargo que Sally y yo nos conociéramos. Reescribí el diálogo de un programa para úlcera péptica, adaptando las preguntas al caso de Sally, me puse una bata delante de la cámara e interpreté a un médico comprensivo.

Sally respondió apretando contenta los botones, mostrando toda la rabia por la injusticia del accidente. Pero unos días más tarde se cruzó bruscamente conmigo en el pasillo y por poco no me atropello. Cuando se detuvo para pedir disculpas, descubrió con asombro que yo existía. A lo largo de los días siguientes fue recuperando el buen humor, y disfrutaba imitando mi actuación acartonada. Cuando me sentaba en su cama, bromeaba diciendo que yo no era del todo real. Nos hablábamos con las voces grabadas, un cortejo de imbéciles que yo me cuidaba de no tomar en serio.

Pero nos unió un diálogo tácito, más profundo. Yo pasaba a verla todos los días, y el personal de enfermería me decía que cuando yo me retrasaba Sally se levantaba de la cama y me buscaba prescindiendo de la silla de ruedas. Pronto descubrí que era una psicóloga más sutil que yo. Con el libro de pinturas de Frida Kahlo en la mano, me preguntó si le podría averiguar la marca del tranvía que había herido a Kahlo en Ciudad de México. El fabricante ¿sería por casualidad una firma inglesa?

Comprendía la ira que unía a las dos mujeres, pero Kahlo había sido gravemente herida por un hierro que le había perforado el útero y le había dado toda una vida de dolor. Sally había cruzado una calle en otro país sin mirar a la izquierda ni a la derecha, y no había perdido nada de su belleza. La curiosa obsesión con la naturaleza fortuita del accidente era lo que le impedía caminar. Incapaz de resolver el enigma, insistía en que era una lisiada en silla de ruedas, que compartía su difícil situación con otras víctimas de accidentes sin sentido.

-Así que está en huelga -le dije-. Hace su propia protesta de brazos caídos contra el universo.

-Estoy esperando una respuesta, señor Markham. -Jugueteó con el pelo mientras se recostaba contra tres enormes almohadas-. Es la pregunta más importante que existe.

-Adelante.

-«¿Por qué a mí?» Responda. No puede.

-Sally... ¿tiene eso alguna importancia? Es una casualidad que estemos todos vivos. Había sólo una probabilidad entre millones de que nuestros padres se conocieran. Somos billetes de alguna lotería.

-Pero la lotería no carece de sentido. Alguien tiene que ganar. -Hizo una pausa

para que le prestara atención-. Como nuestro encuentro en este sitio. No fue un encuentro sin sentido...

Se acercaba Heathrow, una ciudad varada caída del cielo, medio estación espacial y medio barrio de chabolas. Salimos de la autopista y avanzamos por el Great West Road, entrando en una zona de fábricas de dos pisos, oficinas de alquiler de coches y embalses gigantescos. Formábamos parte de un invisible mundo marino que lograba combinar misterio y aburrimiento. En cierto modo parecía apropiado que mi ex mujer estuviese allí en un hospital, al alcance de la voz, de la vida y de la muerte, en una zona que se debatía entre la vigilia y el sueño.

Sally conducía con más entusiasmo que de costumbre, adelantándose por el carril de la izquierda, saltándose los semáforos en rojo, incluso logrando a bocinazos que un coche de la policía se apartara del camino. La bomba de Heathrow le había recargado las pilas. Este ataque cruel y desquiciado confirmaba sus sospechas sobre el despotismo del destino. A pesar de todas sus preocupaciones de esposa, estaba ansiosa por visitar el Ashford Hospital no sólo para librarme de los recuerdos de un matrimonio poco feliz sino para convencerse de que no había un sentido ni un objetivo en la bomba terrorista. Yo ya tenía la esperanza de que Laura se hubiera recuperado de repente y estuviera regresando a Londres con Henry Kendall.

Encendí la radio y sintonicé las noticias sobre los trabajos de rescate en la Terminal 2. Como la policía buscaba explosivos en las otras tres terminales, el aeropuerto estaba cerrado por tiempo indefinido. Casi inadvertidas por los periódicos, varias bombas pequeñas habían detonado en Londres durante el verano, en su mayoría artefactos incendiarios y de humo, parte del extraño clima metropolitano. Dejaron bombas en el centro comercial Shepherd's Bush y en un multicine de Chelsea. No hubo avisos y, por suerte, tampoco víctimas. Una silenciosa fiebre ardía en la mente de algún siniestro solitario, una vela de descontento que proyectaba sombras cada vez más largas. Sin embargo, sólo me enteré del artefacto incendiario que quemó un MacDonald's en Finchley Road, a poco más de un kilómetro de nuestra casa, cuando hojeé el periódico local gratuito que había dejado la manicura de Sally. Londres sufría el asedio de un enemigo tímido, invisible.

-Ya estamos -me dijo Sally-. Ahora, tómatelo con calma.

Habíamos llegado al Ashford Hospital. Delante de la entrada de Urgencias las luces de las ambulancias giraban sin cesar, radares hambrientos que aspiraban del cielo todas las noticias de heridas y dolor. Los paramédicos sorbían tazas de té, preparados para cuando los llamaran desde Heathrow.

-Sally, debes de estar cansada. -Le atusé el pelo mientras esperábamos para entrar en el parking-. ¿Quieres quedarte fuera?

-Voy a entrar.

-Puede ser desagradable.

-Lo de aquí tampoco es muy agradable. Lo hago también por mí, David.

Soltó la palanca de freno, subió bruscamente a la acera y adelantó a un Jaguar

conducido por una monja anciana. Un hombre de seguridad metió la cabeza por la ventanilla de Sally, vio los mandos adaptados y nos indicó por señas que dejáramos el coche en el estacionamiento de un supermercado cercano, donde la policía había instalado un puesto de mando.

El Jaguar se acomodó a nuestro lado y la monja se bajó y abrió la puerta a un sacerdote canoso, un monseñor preparado para dar la extremaunción. Estaba ayudando a Sally a bajar del coche cuando me fijé en un hombre barbudo con gabardina blanca delante de la entrada de Urgencias. El hombre miraba por encima de los policías y los conductores de ambulancias, clavando los ojos en el cielo mudo, como esperando que pasara de una vez un avión por encima del hospital y rompiera el encanto. Apretaba contra el pecho un bolso de mujer, un equipo de reanimación que podría obrar su desesperado milagro.

Distraído, ofreció el bolso a un preocupado paramédico que le dijo algo. Las luces de las ambulancias le ocultaban los ojos, pero vi que abría y cerraba la boca, un discurso subvocal dirigido a ninguno de los que lo rodeaban. A pesar de todos aquellos años en el Adler y los clientes pesados con las secretarias imposibles, ésa era la primera vez que veía a Henry Kendall totalmente perdido.

-¿David? -Sally esperó a que yo la levantara del asiento del conductor. Como vacilé, sacó las piernas del coche, agarró con las manos el marco de la ventanilla y se levantó. A su alrededor había interminables filas de coches estacionados, feligreses mudos adorando la muerte-. ¿Ha ocurrido algo?

-Parece que sí. Allí está Henry.

-Muy serio... -Sally siguió mi mano levantada-. Te está esperando.

-Pobre hombre, no espera nada.

-¿Laura? No es posible...

-Quédate aquí. Hablaré con él. Si es que me presta atención...

Cinco minutos más tarde, después de intentar consolar a Henry, volví hacia donde estaba Sally, que esperaba junto al coche, un bastón en cada mano, el pelo rubio sobre los hombros. Llevando el bolso de Laura, rodeé el Jaguar del monseñor, lamentando que nuestra agresiva forma de conducir hubiese retrasado su llegada aunque fuera por unos segundos.

Abracé a Sally con fuerza, consciente de que estaba temblando. Tenía el bolso bajo el brazo y me di cuenta de que la muerte de Laura había interpuesto un pequeño espacio entre nosotros.

Librodot

4. El último rival

Cuando salí de la capilla y me sumé a los dolientes reunidos a la luz del sol, un avión de pasajeros descendía hacia Heathrow. Miré cómo pasaba sobre el Deer Park en Richmond y sobrevolaba el abandonado observatorio desde donde en una época el Astrónomo Real había escrutado el cielo del imperio. Quizá el avión traía de vuelta a Londres a los últimos delegados de la conferencia de Celebration, la piel tonificada por el aire de Florida, las mentes adormecidas por el murmullo de los discursos.

Esa mañana, en la oficina de mi secretaria, había estudiado los resúmenes de las ponencias enviados por correo electrónico. Las expresiones de confianza en la nueva psicología corporativa parecían flotar por encima del mundo como una regata de globos de aire caliente, desligados de la realidad de la muerte moderna que los amigos reunidos en el crematorio del oeste de Londres habían ido a respetar. Los psicólogos del Adler trataban de atenuar los conflictos del lugar de trabajo, pero las amenazas del mundo exterior eran cada vez más reales y urgentes. Nadie estaba a salvo del psicópata sin causa que rondaba los aparcamientos y las cintas de equipajes de nuestra vida diaria. Un aburrimiento feroz dominaba el mundo, por primera vez en la historia de la humanidad, interrumpido por actos de violencia sin sentido.

El avión volaba sobre Twickenham con el tren de aterrizaje bajo, seguro de que lo esperaba tierra firme en Heathrow. Todavía nervioso por la muerte de Laura, imaginé que una bomba estallaba en el compartimiento de carga, esparciendo las chamuscadas conferencias acerca de la psicología del nuevo siglo sobre los tejados del oeste de Londres. Los fragmentos cubrirían como lluvia inocentes viodeoclubes y tiendas de comida china para llevar, antes de ser leídos por amas de casa aturdidas, la flor marchita de la era de la desinformación.

Mis colegas del Adler, incómodos en sus trajes oscuros, formaban pequeños grupos mientras el órgano resonaba en los altavoces de la capilla. Henry Kendall hablaba con el director de la funeraria, una figura afable con traje de etiqueta y aire de conserje mayor que siempre podía conseguir entradas para los espectáculos más codiciados, en este mundo o en el otro.

Me alegró ver que Henry se había recuperado de los momentos de desesperación frente al Ashford Hospital. Se había afeitado la barba, liquidando el pasado ahora que afrontaba un futuro sin Laura. Se había dejado la barba poco tiempo después del comienzo de su relación, y siempre sospeché que era un mal presagio. Había envejecido con rapidez durante sus años con Laura, y ya parecía más joven, con la mirada vivaz que tenía al entrar en el Adler.

Saludé con la cabeza al profesor Arnold, el director del Instituto, un hombre afable pero astuto con mentalidad de abogado de asuntos menores, consciente de que estaba rodeado de rivales ansiosos por quedarse con su puesto. La muerte de Laura los había inquietado a todos, recordándoles cuánto los había despreciado. Le habría asombrado la presencia de sus ex colegas -«hombres grises con complejos a los que se

Librodot

aferran como si fueran amuletos», comentó una vez-, y se habría desternillado de risa si hubiera oído los serios homenajes que le rendían. Durante años había estado dándome la lata para que dejara el Adler y pusiera mi propio consultorio, afirmando que mi lealtad al Instituto ocultaba una negativa a crecer. Durante los últimos años que pasamos juntos, yo necesitaba la seguridad que me ofrecía el Adler, y cuando ella renunció para poner una consulta propia, supe que nuestro matrimonio se había terminado.

Pero la seguridad no era algo que Laura pretendiera ofrecer. Recordé su agudo humor y las depresiones que mostraban un lado más cálido y más interesante, y los entusiasmos repentinos que hacían que todo pareciera posible. Por desgracia, para ella yo era demasiado estable y prudente. Una vez me provocó a propósito para que le cerrara una puerta en la cara. De su firme nariz, un órgano al que siempre había sido muy sensible, brotó un torrente de sangre. Curiosamente, era la sangre en la cara de la mujer herida junto a la cinta de equipajes lo que primero me había hecho pensar en Laura.

Dejé a los dolientes y caminé por delante de la exposición de flores, cada una un estallido de color que me recordaba otra explosión. La bomba de la Terminal 2 había detonado cuando el equipaje de un vuelo de British Airways procedente de Zurich estaba llegando a la cinta transportadora. No había habido ningún aviso, y ninguna organización se hizo responsable de las tres muertes y de los muchos heridos. Nada explicaba por qué habían sido objetivo esos pasajeros, un grupo de representantes bancarios, turistas y esposas suizas que visitaban a sus maridos destinados en Londres. Laura había participado en un seminario sobre estudios de urbanismo organizado por la Nestlé. Murió en la unidad de cuidados intensivos del Ashford Hospital, media hora antes de que llegáramos nosotros; tenía el corazón desgarrado por un fragmento del temporizador que había hecho estallar la bomba.

Volví a la capilla, dejando que las flores brillaran por última vez al sol de la tarde. Los dolientes regresaban a sus coches, preparados para el reconfortante vino de Borgoña que el profesor Arnold ofrecería en lugar de un velatorio. Henry Kendall estaba en los escalones de la capilla, hablando con un hombre fornido de pelo rojo pálido que llevaba un abrigo de piel de cordero encima del traje. Lo había visto en la última fila cuando entré en la capilla, estudiando a los dolientes como queriendo familiarizarse con los hombres de la vida de Laura. Al acercarme yo, se marchó, caminando con paso enérgico hacia el coche.

-David... -Henry me agarró del brazo. Parecía afable y seguro, aliviado de que hubiera terminado algo más que el funeral. -Me alegro de que hayas venido-.

-Todo ha salido bien. -Apunté con un gesto hacia los dolientes que se estaban marchando-. Breve, pero...

-Laura lo hubiera detestado. Todas esas palabras de despedida falsas. Estoy asombrado de que haya aparecido por aquí todo el mundo.

-No pudieron evitarlo. Los había aterrorizado a todos. Tienes aspecto...

-Estoy bien, bien...

Henry se apartó de mí, llevándose una mano a la mejilla. Se buscaba la barba,

consciente de que su rostro bien parecido y todas sus inseguridades estaban a la vista. Yo sospechaba, y no por primera vez, que sólo era su atractivo, y una cierta pasividad, lo que atraía a Laura. Para él siempre habíamos sido rivales, y se desconcertaba cada vez que yo dejaba pasar una oportunidad de debilitar su posición. Su aventura con Laura era en parte un intento de ponerme en evidencia. Me caía bien, y podía permitírmelo porque sabía que él nunca podría llegar a ser director del Adler.

Señalé al hombre del abrigo de piel de cordero, ahora sentado solo en el estacionamiento con sus grandes manos apoyadas en el volante.

-¿Quién es? ¿Un antiguo amor de Laura?

-Espero que no. El comandante Tulloch, ex miembro del cuerpo de policía de Gibraltar. Un verdadero matón. Depende del Ministerio del Interior y forma parte de una especie de unidad antiterrorista.

-¿Investiga la bomba de Heathrow? ¿Hay alguna novedad?

-Cuesta enterarse. Los servicios de Inteligencia siempre saben menos de lo que uno cree. Quiso hablar contigo antes de la ceremonia, pero te vio un poco preocupado.

-¿Acaso tú no lo estabas?

-Lo estaba y no lo estaba. -Henry ensayó una sonrisa furtiva, sin dejar de ponerme a prueba-. Según Tulloch han encontrado un póster sospechoso cerca del sitio de recogida de equipaje en la Terminal 2.

-¿Relacionado con la bomba?

-Es posible. Alguien metió un bolso dentro de un respiradero detrás de un cubículo de los aseos. A sólo veinticinco metros de la bomba.

-Quizá llevaba allí meses. O años.

Henry me miró con paciencia, asintiendo para sus adentros como si confirmara algo que Laura hubiera dicho de mí.

-Sí, pero uno puede llegar a ser demasiado escéptico. Algunas cosas tenemos que tomarlas literalmente. Había una cinta en la que se protestaba contra los viajes de vacaciones al Tercer Mundo. Ya sabes, el turismo sexual, pavimentar los hábitats de los lugareños. La cultura de los poderosos.

-¿En Suiza?

-¿Quién sabe? -Al darse cuenta de que me había puesto nervioso, Henry bajó la voz-. ¿Quieres hablar con Tulloch? El Ministerio del Interior valora tu pericia.

-¿Para la muerte violenta? No creo que tenga nada de eso.

-Les preocupa la aparición de nuevos grupos terroristas. Buscadores de emociones con gusto por la violencia indiscriminada. Últimamente ha habido una serie de atentados con bomba de los que casi no se ha hablado. De hecho, Tulloch me preguntó si me gustaría trabajar con ellos. Extraoficialmente, claro. Participar en manifestaciones, apartarse y observar, trazar un mapa de la psicología emergente.

-¿Hacer un trabajo clandestino?

-Semiclandestino.

-¿Vas a aceptar? -Esperé su respuesta-. ¿Henry?

-Es difícil decirlo. En cierto modo se lo debo a Laura.

-No le debes nada. Hay centenares de grupos de ese tipo. «Defiende la Orca.» «Salva el Virus de la Viruela.»

-¿Por dónde empezarías, exactamente? Tulloch admite que hay un elemento de peligro.

-¿De veras? No te metas, Henry.

-Buen consejo. Quizá demasiado bueno. -Mientras nos estrechábamos la mano, dijo-: David, ¿por qué fuiste hasta el hospital? Ashford queda muy lejos de St. John's Wood.

-Estábamos preocupados por Laura. Y por ti. -Muy bien. A propósito, ¿el bolso de Laura...? -Está en mi coche. Te lo daré. -Vale. ¿Lo abriste? -No.

-Conozco esa sensación. Hay secretos que ninguno de nosotros puede enfrentar.

Miré cómo se iba en el coche, dejándome solo con Tulloch. De la chimenea del crematorio salían volutas de humo mientras la cámara de combustión alcanzaba su más alta temperatura. Hubo una bocanada más oscura, como si parte de Laura se hubiera soltado del ancla del cuerpo: quizá una mano que alguna vez me había acariciado o el pie suave que tocaba los míos mientras dormía. Observé cómo subía el humo, una serie de ráfagas violentas, como si aquella mujer muerta me estuviera enviando señales. Debajo de mi traje oscuro, la camisa estaba empapada de sudor. La muerte de Laura me había liberado de todos los resentimientos, de todo el dolor de la memoria. Recordé a la rara joven que había conocido en el bar del National Film Theatre e invitado a una sesión de madrugada de *El reportero* de Antonioni.

El comandante Tulloch me contemplaba desde su coche, mientras el humo subía rápidamente al cielo. Me molestaba la presencia de aquel policía matón sentado con el abrigo de matarife mientras el cuerpo de mi mujer se dispersaba en el cielo. Pero él sabía que yo necesitaba encontrar al asesino de Laura, buscar el amor secreto de su vida, mi último rival.

5. Enfrentamiento en Olympia

A mi alrededor todo el mundo estaba tranquilo, signo inequívoco de que había llegado el momento de la crisis. Animados por la aparición de un equipo de cámaras de la televisión, los manifestantes se mostraban decididos, con la confianza estimulada por la sensación de que un público mayor compartía su indignación. Agitaron las pancartas rotuladas a mano y se burlaron amistosamente de los visitantes que entraban en la exposición de Olympia. Pero la policía parecía aburrida, por lo general un presagio de acción violenta. Ya se habían cansado de aquella protesta sin motivo, un grupo de amantes de los gatos enfrentado con otro.

Yo estaba en la primera fila de manifestantes en Hammersmith Road, del brazo de dos mujeres maduras de Wimbledon. Al despejarse la calle, avanzamos atravesando el carril de dirección este hacia la policía expectante, como un coro de una comedia musical de propaganda política. Detrás de mí, una joven sostenía en alto una pancarta.

¿GATOS CON VIDA DE PERRO?

¡NO A LA CRÍA YA!

Me eché hacia atrás, tratando de impedir que mis compañeras de Wimbledon chocaran contra el grupo de agentes más cercano. A esas alturas, dos meses después del entierro de Laura, yo era un veterano de una docena de manifestaciones. Sabía que si resultaba difícil interpretar los cambios en la psicología de las masas, predecir el estado de ánimo de la policía era imposible.

En unos segundos, con la partida de la furgoneta de una radio o la llegada de un alto cargo, del tono amistosamente bromista se pasó a una franca hostilidad. Después de una ráfaga de golpes disimulados, nos vimos obligados a retirarnos, dejando a algún hombre canoso en el pavimento con una pancarta rota y la nariz ensangrentada.

-¡Gatito, gatito, gatito... ven, ven ven!

Volvimos a atravesar la calle, golpeando con los puños el techo de un taxi que traía a más visitantes a la exposición de gatos. Cuando llegamos a la fila de hoscos policías me di cuenta una vez más de lo enormes que parecían cuando uno se les acercaba, y de cómo hacían que casi cualquier conducta pareciera una amenaza. Empujado por la avalancha de manifestantes, rocé a una pequeña mujer policía empequeñecida aún más por sus colegas hombres. Miraba por encima de mi hombro, y la ruidosa multitud no parecía asustarla en lo más mínimo. Casi sin cambiar de postura, me pateó dos veces en la espinilla derecha.

-¿Señor Markham? ¿Está usted bien? Apóyese en mí...

La joven con la pancarta de GATOS CON VIDA DE PERRO me rodeó la cintura con

el brazo. Doblado en medio de la avalancha de policías y manifestantes, me sumé a la retirada a través de Hammersmith Road, cojeando y saltando sobre una pierna.

-Qué cruel. No hubo ninguna provocación. Señor Markham, ¿puede respirar?

Agradable y vehemente, Angela era una programadora informática en Kingston, con marido y dos hijos. Habíamos unido fuerzas poco después de llegar a Olympia, comprando entradas y haciendo un reconocimiento de la enorme feria gatuna con sus quinientos expositores y su población de mascotas más mimadas del mundo.

La agarré la mano y me senté en los escalones de entrada de un señorial edificio de apartamentos. Me arremangué los pantalones y toqué los enormes cardenales que ya se estaban formando.

-Volveré a caminar. Me parece... -Señalé con el dedo a la mujer policía, ahora eficiente encargada de la vigilancia del tráfico, mandando las filas de coches detenidos hacia Kensington y Hammersmith Broadway-. Qué desagradable. No quiero ni imaginar cómo será en la cama.

-Indescriptible. Más vale no pensarlo.

Angela miró hacia la calle con los ojos entornados y toda la ilimitada capacidad de indignación de un típico habitante de barrio residencial. Paseando por la muestra dos horas antes, quedé impresionado por su firme entrega al bienestar de aquellas mascotas de lujo. Las concentraciones de protesta a las que yo había asistido hacía poco, contra la globalización, la energía nuclear y el Banco Mundial, habían sido violentas pero bien planificadas. En cambio, aquella manifestación contra la exposición de gatos en Olympia parecía tan alejada de la realidad que resultaba encantadoramente quijotesca. Traté de explicarle eso a Angela mientras pasábamos por delante de las hileras de jaulas.

-Angela, se los ve tan felices... -Señalé las exquisitas criaturas: persas, korats y rusos azules, birmanos y colourpoint de pelo corto, dormitando sobre la paja inmaculada, el pelaje inflado y brillando después del lavado y el marcado-. Reciben unos cuidados maravillosos. Estamos tratando de salvarlos del cielo.

Angela nunca cambiaba de paso.

-¿Cómo lo sabe?

-Mírelos. -Nos detuvimos delante de una fila de abisinios tan profundamente sumergidos en el lujo de ser ellos mismos que apenas se fijaban en las admirativas multitudes-. No son lo que se dice unos desdichados. Si lo fueran, andarían por ahí dando vueltas, tratando de salir de las jaulas.

-Están drogados. -Angela arrugó el ceño-. Señor Markham, no se debería enjaular a ninguna criatura viva. Ésta no es una exposición de gatos, es un campo de concentración.

-Sin embargo, están preciosos.

-Están criados para la muerte, no para la vida. Al resto de la carnada lo ahogan en el momento de nacer. Es un cruel experimento eugenésico, el tipo de cosas que hacía el

Librodot

doctor Mengele. Piénselo, señor Markham.

-Lo hago, Angela...

Completamos el recorrido por la galería superior. Angela tomó nota de las salidas, de las escaleras y los ascensores antiguos, de las escaleras de incendios y de las cámaras de vigilancia. La planta baja estaba dominada por stands de fabricantes, exposiciones de tónicos naturales para gatos, juguetes y estructuras de barras para trepar, cosméticos y kits para cepillado. Se ofrecía suntuosamente todo el placer mundano que un gato podía experimentar.

Pero como había descubierto durante los últimos dos meses, la lógica no era el punto fuerte de los movimientos de protesta. El día después del entierro de Laura empecé a mirar las revistas de espectáculos y los sitios de Internet para saber detalles de los mítines de protesta más extremistas, buscando grupos marginales aficionados a la violencia. Una de esas sectas fanáticas, frustrada por no poder dañar el flanco débil de la vida burguesa, podía haber colocado la bomba de Heathrow.

Decidí no ponerme en contacto con el comandante Tulloch y el Ministerio del Interior, que tendrían sus propias prioridades y desecharían la atrocidad de Heathrow cuando ya no fuera útil para sus fines. La policía, me dijo Henry Kendall, no avanzaba mucho en la investigación. Ahora descartaban la bolsa de viaje con la cinta de cásete metida en el respiradero de los aseos cerca de la cinta de equipajes de la Terminal 2. Las confusas amenazas relacionadas con el turismo al Tercer Mundo pertenecían a la mente de algún mochilero que volvía de Goa o de Katmandú con la cabeza llena de maría y de anfetaminas.

Los equipos forenses habían revisado cada fragmento de cristal, metal y plástico. Curiosamente, no encontraron vestigios de un detonador barométrico diseñado para provocar una explosión en el aire. La bomba había sido un dispositivo sencillo con un disparador compuesto por una cápsula de ácido, que quizá habían cebado sólo cinco minutos antes de la explosión. No sólo había carecido de sentido la muerte de Laura, sino que el asesino estaba casi con certeza entre la gente que habíamos visto por televisión escapando del lugar.

Los movimientos de protesta, cuerdos y locos, sensatos y absurdos, afectaban a casi todos los aspectos de la vida en Londres, una amplia red de manifestaciones que evidenciaban una desesperada necesidad de un mundo con más sentido. Casi no había ninguna actividad humana que no fuera blanco de un grupo comprometido dispuesto a pasar los fines de semana formando piquetes ante laboratorios, bancos comerciales y depósitos de combustible nuclear, subiendo por caminos embarrados para defender una madriguera de tejón, tumbándose del través en una autopista para detener el injuriado enemigo de todos los manifestantes, el motor de explosión.

Lejos de ser marginales, ahora esos grupos formaban parte de las tradiciones cívicas del país, junto con el desfile del alcalde de Londres, la semana de Ascot y la Regata de Henley. A veces, cuando me sumaba a una manifestación contra los experimentos con animales o contra la deuda del Tercer Mundo, sentía que estaba naciendo una religión primitiva, una fe en busca de un dios al que adorar. Los feligreses vagaban por las calles, buscando con ansia una figura carismática que tarde o temprano saldría del desierto de un centro comercial suburbano y levantaría un alentador viento

de pasión y de credulidad.

Sally era mi investigadora de campo, que exploraba la red en busca de noticias anticipadas de recónditas concentraciones de protesta, encantada de poder colaborar. A ambos nos había conmovido la muerte de Laura, a Sally más de lo que yo esperaba. Ayudada por los bastones, ella andaba por la casa con la misma determinación que había mostrado en la unidad de fisioterapia del St. Mary's, donde yo había empezado a cortejarla. Ella estaba volviendo al período de tiempo herido, dominado por la obsesión con Frida Kahlo y sus compartidos accidentes de tranvía. Aunque sólo fuera por el bien de ella, necesitaba descifrar el enigma de la muerte de Laura.

Desde el fondo de las salas y detrás de las barricadas en los mítines de protesta, examinaba las filas de rostros decididos buscando una mente realmente trastornada, un solitario perturbado ansioso por vivir un sueño de violencia. Pero, de hecho, casi todos los manifestantes eran joviales miembros de la clase media, estudiantes equilibrados y profesionales de la salud, viudas de médicos y abuelas que tomaban cursos en la Open University. Algún remordimiento de conciencia, algún compromiso con los principios, inactivo durante mucho tiempo, los sacaba al frío y a la lluvia.

Las únicas personas aterradoras con las que me encontraba eran los policías y los periodistas de la televisión. Los policías eran taciturnos, paranoicos con todo lo que desafiara su autoridad. Los reporteros eran poco más que agentes provocadores, tratando siempre de llevar las tranquilas protestas a la acción violenta. La postura más agresiva era la neutralidad, y lo más cercano a un exponente de violencia política que conocí era Angela, el ama de casa de Kingston aficionada a los gatos.

Mientras yo esperaba sentado en los escalones del edificio de apartamentos, ella sacó de la chaqueta vendas y un spray antiséptico. Me limpió las heridas y roció las llagas con el punzante vapor. Lo hacía vigilando hoscamente a la mujer policía, que ahora amenazaba con arrestar a dos ciclistas que se habían detenido a observar la manifestación.

-¿Se siente mejor? -Angela me flexionó la rodilla-. Yo iría a ver al médico en seguida.

-Estoy bien. Debería presentar una queja, pero no la vi acercarse.

-Nunca se los ve.

Señalé el botiquín.

-¿Contaba con que habría problemas?

-Por supuesto. La gente se compromete mucho.

-¿Con los gatos?

-Son prisioneros políticos. Se empieza a experimentar en animales y se sigue con los seres humanos. -Sonrió con sorprendente dulzura y me besó en la frente, una condecoración a un valiente soldado. Me saludó con la mano y se fue, abandonándome a mi propia suerte.

Emocionado por su afabilidad, miré cómo los manifestantes se reagrupaban e intentaban por segunda vez bloquear el vestíbulo de entrada a la sala de exposiciones y la taquilla. Las pancartas se elevaban en el aire, y de la punta de un palo colgaba una jaula pequeña ocupada por un gato de color naranja embalsamado, con las patas asomando atadas a los barrotes. Una lluvia de confeti de plástico amarillo cayó sobre la mujer policía y le resbaló por la chaqueta del uniforme. Quitándose las pegajosas hebras de la barbilla, la mujer se metió en el grupo de manifestantes y trató de arrebatarle el aerosol a un joven con una máscara de tigre.

Se inició un desagradable forcejeo que bloqueó el tráfico de Hammersmith Road, una serie de refriegas y carreras que dejaron a media docena de manifestantes de edad madura sentados, aturdidos, junto a las ruedas de los taxis parados. Pero yo observé a Angela mientras cruzaba la calle, las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. Sin prestar atención a los manifestantes que luchaban contra la policía, agarró del brazo a un hombre con coleta que bajó de la acera para acompañarla.

Me levanté y avancé hacia la sala de exposiciones, abriéndome paso entre los turistas alarmados y los transeúntes curiosos que se apiñaban en el centro de la calle. Angela y su compañero de la coleta recorrieron el vestíbulo de entrada, abrazados como amantes sumergidos en su propio mundo.

Los estaba siguiendo a la altura de la taquilla cuando oí la explosión de un petardo en la sala de exposiciones. Alarmados por la violenta onda expansiva y por el ruido de las puertas cerradas de golpe, los visitantes que había a mi alrededor se escabulleron unos detrás de otros. Un segundo petardo detonó en la galería superior, iluminando los espejos de los antiguos ascensores. Delante de mí, una pareja mayor tropezó contra una pirámide de collares antipulgas y la derribó, provocando una vistosa catarata.

Se estaba produciendo una violenta pelea junto a las jaulas de la planta principal. Angela y el hombre de la coleta se abrieron paso a la fuerza entre los desconcertados criadores y arrancaron las puertas de los expositores. Supuse que un grupo de infiltrados había estado esperando a que el alboroto en Hammersmith Road distrajera a la policía y les diera tiempo para llevar a cabo su acción.

Cojeé siguiendo a Angela, consciente de que ella no podría estar a la altura de los indignados criadores. Un sargento de la policía y dos agentes se me adelantaron entre la multitud, agachando la cabeza al oír la explosión de otro petardo dentro de un pabellón de ventas lleno de cestos acolchados.

Un gato grande, un Maine Coon impecablemente acicalado, vino como un rayo hacia nosotros, se detuvo para orientarse en un bosque de piernas humanas y salió como una flecha entre las botas del sargento. La aparición de esa criatura produjo un espasmo de furia entre los espectadores. Uno de los agentes de policía tropezó conmigo, me apartó y corrió detrás de Angela. El compañero de la coleta blandió una lata de gas lacrimógeno, frenando a un grupo de criadores mientras Angela rompía las cerraduras de las jaulas con unas tenazas.

El sargento apartó al colega de Angela de un empellón, y a ella le hizo saltar las tenazas de las manos y la aferró por los hombros desde atrás. La levantó en el aire como si fuera una niña y la arrojó a los pies del compañero, entre el serrín y los

florones desparramados. Mientras la levantaba de nuevo, dispuesto a arrojar a esa mujer pequeña y aturdida al suelo de cemento, corrí y le agarré del brazo.

Menos de un minuto más tarde yo estaba tirado en el suelo, la cara en el serrín, las manos esposadas a la espalda. Los enfadados criadores me habían pateado brutalmente mientras me resistía a gritos aduciendo que defendía a un ama de casa de Kingston, amante de los gatos y madre de dos niños.

Me puse boca arriba mientras las sirenas sonaban en Hammersmith Road y los altavoces de Olympia pedían calma a los visitantes. La protesta había terminado y los últimos restos del vapor de la cordita de los petardos flotaban bajo las luces del cielo raso. Los criadores enderezaban las jaulas y tranquilizaban a las despeinadas mascotas, y una vendedora reconstruía la pirámide de collares antipulgas. Angela y el hombre de la coleta se habían esfumado, pero la policía se llevaba a varios manifestantes esposados hacia la salida.

Dos agentes me pusieron de pie. El más joven, un policía negro perplejo ante la enorme colección de gatos y la atención que se les dispensaba, me quitó el serrín de la chaqueta. Esperó mientras yo trataba de respirar a través de las costillas magulladas.

-¿Tiene algo contra los gatos? -preguntó.

-Sólo contra las jaulas.

-Qué pena. Lo vamos a meter en una.

Respiré hondo, mirando las luces del techo. Noté que un segundo olor había reemplazado el olor acre de la cordita. Al estallar los petardos, mil criaturas aterrorizadas se habían sumado a un acto colectivo de pánico, y el hedor potente de la orina felina había invadido la sala de exposiciones.

Librodot

6. Rescate

Un perfume menos vigorizante, el olor de los culpables y sucios, flotaba en el juzgado de primera instancia de Hammersmith Grove. Esperé en la última fila de los asientos destinados al público, tratando de oír el veredicto del tribunal sobre una madre de tres niños acusada de ejercer la prostitución delante del Queen's Tennis Club. Era una mujer deprimida de poco más de cuarenta años, casi analfabeta, que necesitaba con urgencia algún tipo de terapia. Su alegato, dicho entre dientes, fue ahogado por la incesante actividad del juzgado mientras los abogados, los acusados, los policías, los ujieres y los testigos iban y venían por los pasillos, un reparto salido de las páginas de Lewis Carroll. Lo que se impartía no era justicia sino una serie de cansinas soluciones de compromiso con lo inevitable, llamamientos de un arbitro acosado en un caótico partido de fútbol.

Se me impuso una multa de cien libras y quedé bajo apercibimiento. Los jueces desoyeron la reclamación de mi abogado según la cual yo era un inocente visitante en Olympia que había tratado de defender a una manifestante de la injustificada violencia policial. La culpabilidad de cuantos eran llevados ante el tribunal -ladronzuelos, conductores borrachos, manifestantes por los derechos de los animales- se daba por sentada. Sólo el arrepentimiento tenía un mínimo peso. Mi abogado recitó todos mis títulos profesionales, mi falta de antecedentes penales y mi buena reputación en la comunidad. Pero un policía al que yo nunca había visto declaró que aparecía en numerosas películas de vigilancia y que con frecuencia asistía a manifestaciones callejeras violentas.

Los jueces me miraron amenazantes, suponiendo que yo era uno de esos profesionales de clase media que traicionaban el orden establecido y merecían un buen escarmiento. Antes de la sentencia expliqué que estaba buscando a los asesinos de mi ex mujer. Al llegar a ese punto, el presidente del tribunal cerró los ojos.

-¿En una exposición de gatos?

Después, mi abogado se ofreció a llevarme en coche al centro de Londres, pero para su alivio rechacé la invitación. Necesitaba un sitio donde descansar, aunque fuera en el manicomio del juzgado. Las despiadadas patadas que los amantes de los gatos me habían propinado tres días antes en el pecho y los genitales, y el duro trato en el furgón policial, me habían dejado los brazos y las costillas amoratados y un testículo hinchado que asustó a Sally. Sentarse en el banquillo de los acusados era muy embarazoso, pero yo estaba demasiado agotado para sentir auténtica vergüenza. Muchos de los pacientes tratados en el Adler sentían una profunda e infundada culpabilidad, pero ninguno de aquellos condenados por los jueces mostraba el menor remordimiento. La justicia no conseguía nada, hacía perder el tiempo a la policía y se trivializaba.

Descansé sobre el punitivo banco de madera mientras el tribunal escuchaba un alegato en el que se pedía que el siguiente caso se resolviera en un juicio con jurado. Ante el tribunal, una mujer con un traje de chaqueta gesticulaba teatralmente con un

Librodot

fajo de documentos en la mano. Detrás de ella, de pie ante la mesa de altar que servía de banquillo, estaban los acusados, una joven china de flequillo negro y expresión combativa y un incómodo clérigo de alzacuello y chaqueta de cuero, con la vista baja y las mejillas sin afeitar. Se los acusaba de alterar el orden público en el centro comercial Shepherd's Bush y de haber causado daños valorados en veintisiete libras.

Había visto al grupo en los escalones del juzgado al llegar, y supuse que la mujer bien vestida era su abogada. Iba y venía con paso enérgico por delante de los jueces, deteniéndose de vez en cuando para darles tiempo a seguirla. Giraba sobre los altos tacones, haciendo volar el pelo gris ceniza alrededor de los hombros, luciendo las caderas ante el atento tribunal, con suficiente seguridad en su atractivo físico como para llevar las gafas en la punta de la nariz.

Intrigado por su dominio del escenario, lamenté no haberle pedido que me representara. El público ya empezaba a reírse de sus ocurrencias, y ella buscaba el aplauso como una hábil actriz. Cuando el presidente del tribunal desestimó su petición de juicio con jurado, la mujer dejó los papeles y avanzó hacia los jueces de manera casi amenazadora. Un policía le cerró el paso y la llevó de vuelta al banquillo de los acusados, donde se quedó desafiante junto a la muchacha china y el abatido clérigo.

Así que aquella fogosa abogada no era defensora sino acusada. Miró con insolencia a los jueces, consciente de que se le había acabado el momento de gloria. Malhumorada, se quitó las gafas como una niña a quien han arrebatado un juguete. Supuse que ella y los compañeros acusados pertenecían a algún grupo evangélico, un nuevo y raro culto New Age que había intentado practicar un ritual de solsticio prehistórico en el vestíbulo de un centro comercial.

Salí de la sala del tribunal con ganas de volver a la cordura, a Sally y a mi trabajo en el Instituto. Sally había aceptado no asistir a la audiencia y ahorrarme un momento de bochorno. La búsqueda de los asesinos de Laura debería tomar otro rumbo, o quedar en manos de la policía y las unidades antiterroristas.

Me abrí paso entre la multitud de parientes y testigos reunidos en el vestíbulo, consciente del desagradable perfume que salía de mi camisa, mezcla de sudor y de culpa. Delante de mí estaba un chófer uniformado que había declarado contra su jefe, un hombre de negocios local condenado por buscar prostitutas con el coche. Giró de repente y chocó conmigo, golpeándome el pecho con el codo; se apresuró a disculparse apretándome los brazos y se zambulló entre la gente.

Una ráfaga de dolor me desgarró el esternón, como si me hubieran abierto las costillas magulladas. Casi sin poder respirar, salí a la luz de Hammersmith Grove y traté de parar un taxi que pasaba, pero el esfuerzo de levantar el brazo me dejó sin aliento. Me apoyé contra el león de piedra de la balaustrada y el policía de servicio me indicó con la mano que saliera de los escalones del juzgado, como si fuera un borracho tambaleante.

Era la atestada hora del almuerzo, con todo el personal de oficinas al completo buscando bares de bocadillos. Todo el aire de la calle había desaparecido. Estaba a punto de desmayarme, y tuve la desesperada impresión de que si quedaba tendido en la acera alguien creería que me estaba muriendo y llamaría una ambulancia.

Con las manos en las rodillas, descansé contra un coche estacionado y logré

meterme un poco de aire en los pulmones. Entonces el brazo de una mujer me sujetó por la cintura. Apoyado contra su cadera, olí una embriagadora mezcla de perfume y prendas de lana, tapada por el sudor causado por la pura indignación, un aura inquietante que me hizo mirarla.

-¿Señor Markham? Creo que necesita ayuda. ¿Está borracho?

-Todavía no. Me cuesta respirar...

Miré el rostro fuerte de la mujer que había arengado a los jueces. Me contemplaba con auténtica preocupación pero también con una dosis de cálculo, apoyando una mano en el teléfono móvil que llevaba en el bolso, como si yo fuera un posible recluta para su célula evangélica.

-Ahora trate de levantarse. -Me acomodó contra el vehículo y saludó alegremente con la mano al policía que nos estaba observando. -Tengo el coche por aquí cerca, si no me lo han robado. Los tribunales policiales crean sus propias oleadas de delitos. Tiene un aspecto horrible... ¿Qué le ha pasado?

-Me lastimé una costilla -expliqué-. Alguien me pateó.

-¿En Olympia? Habrá sido la bota de un policía.

-Los amantes de los gatos. Son muy violentos.

-¿De veras? ¿Qué hacía a los pobres mininos? -Casi llevándome a rastras, buscó en las filas de coches estacionados-. Hay que llevarlo a un sitio seguro. Conozco a un médico que puede examinarlo. Créame que nada provoca más violencia que una manifestación pacífica.

Librodot

7. El excluido

Unas manos fuertes me ayudaron a sacar la cabeza del coche y me condujeron hacia una puerta al lado de una ventana salediza cubierta de pegatinas de protesta. Kay Churchill, la mujer que me había auxiliado, apoyó el hombro en la puerta y la abrió de un empujón, como si dirigiera un asalto policial. Supuse que nos estábamos metiendo en una casa desocupada en algún lugar de Chelsea, pero ella entró con seguridad en el vestíbulo y arrojó las llaves del coche al mueble perchero. Olfateó el aire: era evidente que no sabía bien si le gustaba su propio olor corporal, y me indicó por señas que la siguiera.

En la sala había pósters enmarcados, un samurai ceñudo que miraba desde una película épica de Kurosawa, una mujer que gritaba desde el acorazado *Potemkin.* Kay levantó una pila de guiones de un sillón de cuero y me acomodó entre los cojines, esperando con una sonrisa alentadora hasta que empecé a respirar. Ansiosa por cuidar a un compañero manifestante que había sido maltratado por la policía, buscó una pequeña botella de whisky entre los guiones y sacó un vaso del cajón del escritorio. Mientras yo inhalaba el embriagador aroma, ella hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

-Pobre hombre... lo necesitaba usted. Esos cabrones se ensañaron de verdad.

-Es usted muy amable... -Me recosté, tratando de no respirar-. Si llama a mi mujer, ella vendrá a buscarme.

-Primero que venga el médico. No estoy segura de que su mujer deba verlo ahora. -Se inclinó hacia adelante-. ¿Señor Markham? ¿Está todavía ahí?

-Claro que sí. ¿Cómo sabe mi nombre?

-Oí al funcionario llamarlo.

Estaba sentada sobre el brazo del sofá, y la falda ajustada le dejaba los muslos al descubierto. Era generosa y agradable, aunque demasiado afectada, y estaba acostumbrada a ser el centro de atención. A pesar de toda su cordialidad, sentía curiosidad por mí, como si de algún modo no le convenciera. Durante el viaje desde el juzgado había conducido con una mano en el volante del Polo mientras, apretándome el hombro con la otra, comprobaba si yo seguía con vida. Después de presentarse dedicó buena parte de su atención al espejo retrovisor.

-¿El funcionario? -Sorbí el potente whisky-. El juzgado era un manicomio. Lo que reparten allí, sea lo que sea, no es justicia.

-A usted no le fue tan mal. ¿Delito de daños, colocación de explosivos, ataque a la policía? La multa fue bastante benévola, incluso para un primer delito.

-No le encuentro explicación. Pero le puedo asegurar que no trabajo para los

servicios de seguridad.

-Le creo. -Asintió con la cabeza, otorgándome el beneficio de la duda-. Pero todas las precauciones son pocas. Nuestra vieja democracia tiene los ojos y las orejas por doquier: cámaras en teteras, micrófonos detrás de las cortinas. Cada vez que usted orina, un funcionario del MI5 toma notas sobre su virilidad. Todos lo hacemos. ¿Debo suponer que esa ropa vieja que lleva puesta es su disfraz?

-En cierto modo. -Traté de alisar las solapas del lustroso traje de espiguilla-. Se la compré al jardinero. No quería tener un aspecto demasiado...

-¿De clase media?

-Deberíamos tener más sentido común. De todos modos, ya estamos muy pasados de moda. La gente piensa que necesitamos una buena patada en el culo.

-Es cierto. -Hablaba con total naturalidad, como si confirmará un cambio en el tiempo-. Su abogado descubrió el pastel. David Markham, asesor psicológico de Unilever y BP. Ahora lucha contra la policía y trata de cambiar el mundo. Tiene suerte de que no lo hayan metido en la cárcel.

-¿Y qué me dice de usted, y de la chica china y el clérigo?

-Parece una ópera de Bartok. -Buscó el móvil-. Llamaré otra vez a mi amigo médico. Ya debería estar en la sala.

-¿Operando?

-Poniendo en escena una obra teatral escrita por sus pacientes. *Reina Diana.*

-Suena bastante conmovedora.

-No, por desgracia. Son niños con síndrome de Down. Es una obra encantadora, pero aburridísima. *Blancanieves* reescrita por Harold Pinter.

-Interesante... Podría tener más sentido. -Traté de ponerme de pie-. Camino a casa, veré a mi médico de cabecera.

-No. -Me puso una mano firme en la frente-. Su mujer no quiere que se muera en el asiento trasero de un taxi. Además, necesito que nos ayude con nuestro siguiente proyecto...

Miré cómo se alejaba a grandes zancadas con aquellos elegantes tacones. Me había llevado a casa porque estaba realmente preocupada por mí, pero sentí que me estaba convirtiendo en un prisionero. Me recosté en el sillón, escudriñando todo lo que tenía a la vista en aquella casa destartaladamente bonita, tan diferente de nuestra mole formal en St. John's Wood, amueblada por la hija de un rico dotada de excesivo buen gusto. Me encantaba el tenue olor de hierbas aromáticas, ajo y extraños perfumes. Había dibujos infantiles pegados en la repisa de la chimenea, manchados con vino arrojado al hogar, pero era evidente que Kay Churchill vivía sola. Había una capa de polvo en la mesa de centro y en el escritorio, un nimbo que parecía una presencia ectoplásmica, un mundo paralelo con sus propios recuerdos y pesares.

Por delante de la ventana pasó un autobús escolar lleno de niñas con sombreros de fieltro y blazers de color púrpura, el uniforme de una escuela primaria exclusiva, con el coste de cuyas matrículas se educaría a todo un barrio del East End. Yo estaba sentado en alguna parte de Chelsea Marina, una urbanización de viviendas para ejecutivos al sur de King's Road y, a mi juicio, el corazón de otro tipo de tinieblas.

Construida en el terreno de una antigua fábrica de gas, Chelsea Marina había sido pensada para una clase profesional asalariada interesada en conservar sus tótems tribales: la educación privada, la cultura de las cenas y una jamás confesada aversión a las clases «inferiores», entre las que se incluía a los vendedores de coches, los asesores financieros, los productores de la industria discográfica y la lumpenintelectualidad de los articulistas de periódicos y los publicistas. Todos esos eran rechazados por el comité de admisiones, aunque a la mayoría Chelsea Marina les habría parecido demasiado modesta y educada para sus gustos más amplios.

Mientras Kay iba y venía por la sala, hablando por teléfono, me pregunté cómo hacía para encajar en ese enclave de decoro de clase media. Daba órdenes a una desdichada recepcionista, subía la voz y chillaba como una pescadera al describir las heridas de mi pecho y los probables daños cerebrales. Mientras tanto, se observaba con admiración en el espejo del perchero. Cuando se sirvió un vaso de whisky advertí sus uñas sumamente mordidas y la poderosa nariz en la que se metía el dedo desde que era niña.

-El doctor Gould está en camino. -Se sentó en el brazo de mi sillón y me revisó los ojos, acercándome el cuerpo-. La verdad es que tiene mejor aspecto.

-Me alegro. Hay que hacer cualquier cosa para alejarse de ese juzgado. -Señalé la calle tranquila al otro lado de la ventana salediza-. Así que esto es Chelsea Marina. Se parece más a...

-¿A Fulham? Es Fulham. «Chelsea Marina» es una estafa de un agente inmobiliario. Viviendas a precios asequibles para todos esos mandos intermedios y esos funcionarios del Estado tienen lo justo para ir tirando.

-¿Y el puerto deportivo?

-Del tamaño de un inodoro y con el mismo olor. -La mujer levantó la cabeza, como si hubiera olido aquella miasma tóxica-. Esto fue construido especialmente para la clase media responsable, pero se está convirtiendo en un barrio pobre muy caro. Aquí no tenemos prima por productividad ni podemos comprar acciones a precios ventajosos ni contamos con tarjetas de crédito de la empresa. Muchos vamos realmente con el agua al cuello. Por eso nos estamos despertando y haciendo algo al respecto. Estamos organizando una serie de manifestaciones callejeras.

-El problema es que todas las calles conducen al tribunal de policía más cercano.

-Eso tiene solución. Recuerde que la policía es neutral: odia a todo el mundo. Ser respetuoso con la ley no tiene nada que ver con ser buen ciudadano. Sólo significa no molestar a la policía.

-Un buen consejo. -Me sorprendí respirando demasiado hondo y solté el aire de los pulmones-. Aprende las reglas y podrás hacer lo que quieras.

Librodot

-Eso siempre escandaliza a la clase media. -Pasó un dedo por el polvo de la mesa, como una bacterióloga sorprendida por algo que ha crecido en una caja de Petri-. ¿Qué sucedía en Olympia?

-Nada... -Esperé a que Kay se sentara en el sofá, preparada para escucharme, y me di cuenta de que esa mujer tan resuelta y atractiva estaba sola. Sentí la tentación de describir mi búsqueda del terrorista de Heathrow, pero ella estaba un poco demasiado atenta. Había oído mi declaración ante los jueces y quizá suponía que yo estaba metido en los movimientos de protesta en un nivel más serio. En tono defensivo, agregué-: Una exposición de gatos: parece trivial, pero sale en primera plana. Es algo inesperado, y obliga a la gente a pensar.

-Hay que atraer la atención. -Asintió vigorosamente-. Hay que inquietar a la gente. No basta con ser sincero: creen que eres un trotskista llorón o un chiflado. Hay que arriesgarse. Yo lo he intentado, y Dios sabe que por eso he pagado un precio.

Señalé con el vaso los pósters de la pared.

-¿Es usted crítica cinematográfica?

-Enseño cine en la South Bank University. O enseñaba.

-¿Kurosawa, Klimov, Bresson?

-Los últimos. Después de eso vino el entretenimiento.

-Está bien. -Tenía que irme, pero me costaba levantarme del sillón. El whisky contenía el dolor mientras yo estaba quieto. Exploré con la mirada los títulos impresos en centenares de vídeos apiñados en los estantes de detrás del escritorio-. ¿Ninguna película norteamericana?

-No me gustan las historietas.

-¿Cine negro?

-El negro es un color muy sentimental. Detrás de él se puede esconder cualquier basura. Las películas de Hollywood son entretenidas si la idea que uno tiene de pasarlo bien es comer una hamburguesa y tomar un batido. Norteamérica inventó el cine para no necesitar crecer nunca. Nosotros tenemos la angustia, la depresión y el arrepentimiento de la madurez. Ellos tienen Hollywood.

-Se lo merecen. -Señalé las carpetas que había encima de la mesa-. ¿Guiones presentados?

-Por mis alumnos. Pensé que necesitaban una excursión de un día a la realidad. Estamos rodeados de jerga: «el voyeurismo y la mirada masculina», «la angustia de la castración». Jerigonza de la teoría marxista que se muerde la propia cola.

-Pero ¿los curó de eso?

-Les dije que llevaran las cámaras al dormitorio y que rodaran una película porno. Como lo único que hacen en el tiempo libre es follar, ¿por qué no mirarlo a través de la lente de una cámara? Aprenderían poco de sexo, pero mucho de cine.

Librodot

-¿Y salió todo bien?

-Les encantó, pero al jefe de estudios no le causó muy buena impresión. Estoy suspendida hasta que resuelvan qué hacer conmigo.

-Vaya reto.

-Yo sentí lo mismo. Entonces, al verme dueña de todo este tiempo, decidí iniciar una revolución.

-¿Una revolución?

Traté de mostrarme impresionado. Parecía crispada y frustrada, y miraba la alfombra deshilachada como una actriz privada de su audiencia. La revolución, cuando llegara, traería consigo al menos un buen guión y algunos papeles valiosos.

-Usted montó un buen espectáculo esta mañana -le dije-. De hecho, estoy sorprendido de que la hayan declarado culpable. Multar a un sacerdote...

-¿Stephen Dexter? El párroco de Chelsea Marina. No estoy segura de que eso sea tan sagrado.

-Entonces ¿la protesta de Shepherd's Bush fue religiosa?

-No para Stephen. El pobre es uno de esos curas que se sienten obligados a dudar de su Dios. Pero es útil tenerlo cerca, sobre todo en una manifestación.

-¿Daños por valor de veintisiete libras? ¿Qué hizo usted? ¿Volcó un cubo de basura?

-Arrancamos algunos pósters. -Se estremeció con auténtica repugnancia-. Materiales corruptores.

-¿Impíos?

-En cierto modo. Muy seductores.

-¿En un centro comercial? ¿Qué era? ¿Una sala de lectura provivisección?

-Una agencia de viajes. -Se volvió para mirarme con la barbilla levantada-. Resulta que estamos en contra de la idea de viajar.

-¿Por qué?

-El turismo es el gran soporífero. Un enorme timo, que despierta en la gente la peligrosa idea de que hay algo interesante en su vida. Es el juego de las sillas, al revés. Cada vez que para el hilo musical, la gente se levanta y baila alrededor del planeta, y se agregan más sillas al círculo, más puertos deportivos y hoteles Marriott, de manera que todo el mundo cree que está ganando.

-Pero ¿es otra estafa?

-Una estafa total. Hoy el turista no va a ninguna parte. -Allí, en la destartalada sala, apasionada, hablaba con la seguridad y la confianza de un conferenciante a quien nunca interrumpía el público-. Todas las mejoras en la existencia conducen a los

mismos aeropuertos y a los mismos hoteles turísticos, y a la misma estupidez de pina colada. Los turistas sonríen al verse el bronceado y los dientes brillantes y creen que son felices. Pero el bronceado oculta lo que son en realidad: esclavos del salario, con la cabeza llena de basura norteamericana. El viaje es la última fantasía que nos dejó el siglo xx, la ilusión de que ir a algún sitio nos ayuda a reinventarnos.

-¿Y eso no es posible?

-No hay adonde ir. El planeta está lleno. Más valdría quedarse en casa y gastar el dinero en caramelos.

-El Tercer Mundo gana algo...

-¡El Tercer Mundo! -La voz de la mujer subió y terminó en una risotada burlona-. Pandillas de culis que mezclan el cemento y construyen las pistas de aterrizaje. Una minoría privilegiada mezcla los cócteles y se tira a las turistas.

-Trabajos pesados, pero que permiten vivir.

-Ellos son las auténticas víctimas. Dios mío, cómo me gustaría poner una bomba en cada agencia de viajes del país.

Me palpé las costillas, ya sin pensar si podría caminar hasta King's Road. Kay Churchill inició una diatriba muy ensayada, haciendo un inventario de su catecismo de obsesiones. Según Henry Kendall, la cinta encontrada en el respiradero de Heathrow contenía una invectiva similar. Recordé el vídeo amateur de Laura tendida entre los cristales y las maletas, y escuché a Kay dirigiéndose a su verdadero público, los cansados jueces que finalmente la confinarían a una celda en Holloway. Costaba creer que esa mujer misteriosa pero imprevisible tuviera el autocontrol necesario para poner una bomba. Pero ¿había oído las protestas ante el ataque a la cinta transportadora e incorporado la tragedia de Heathrow en su enardecida cosmovisión?

-¿David? -Se sentó a mi lado y me puso una mano maternal en la frente-. Me ha encantado la charla. Estoy segura de que vemos las cosas de la misma manera. Necesitamos reclutar a más gente, sobre todo a alguien del Adler. Cuando te sientas mejor hablaremos de eso. Estamos entrando en una fase más seria.

-Kay, yo no estoy hecho para la violencia.

-¡Por favor!, yo no quiero violencia. -De sus labios salió hacia mí un suave perfume-. Todavía no. Pero la ocasión puede presentarse antes de lo que la gente cree.

Le miré la cara cautelosa pero decidida, los dientes irregulares y los ojos firmes. Supuse que durante años se había ido apartando del mundo real, y que mentalmente circulaba en un tren fantasma por un parque de atracciones que ella misma se había construido.

-Pusieron una bomba en Heathrow -le recordé-. Hace dos meses-. Hubo muertos.

-Eso fue horrible. -Solidariamente, me apretó las manos-. Un acto sin sentido. La gente que emplea la violencia tiene que ser responsable. Es un tema muy delicado. Todo el mundo sueña con la violencia, y cuando tantas personas tienen el mismo

Librodot

sueño es que algo terrible está a punto de suceder...

El carraspeo de una moto alteró la paz de la calle, tamborileando contra las ventanas. Después de acelerar varias veces, una Harley-Davidson se acercó al bordillo y se detuvo al lado del Polo de Kay. El conductor, totalmente vestido de motorista, apagó el motor y se recostó a saborear el penetrante olor final que salía del tubo de escape. Detrás de él iba sentada una pequeña mujer china con una chaqueta acolchada y el rostro escondido dentro del casco. Los había visto a los dos en el juzgado, pero ahora parecían menos recatados.

Estaban allí sentados juntos, negros astronautas de la calle, sin ninguna prisa por desmontar, preparándose para reincorporarse al mundo de los no motoristas. Kay los saludó con la mano desde la ventana, pero ninguno le respondió, absortos en las misteriosas formalidades de desabrochar las pinzas y los corchetes que les sujetaban la ropa.

-Necesito ir a casa. -Con enorme esfuerzo logré levantarme, sostenido por el lastre del alcohol-. ¿El párroco local? Estaba en Hammersmith Grove esta mañana. Necesito un médico, no la extremaunción.

-No creo que Stephen pueda darla. No le dejan volar.

-¿Volar? ¿Es piloto?

-Lo era. Aunque no me refería a eso. Era un cura volador en las Filipinas, y saltaba de isla en isla llevando la palabra de Dios. Un día se equivocó de isla.

-¿No puede volar?

-Espiritualmente, no. Como tú, no está seguro de nada.

-¿Y la chica china?

-Joan Chang. Es su navegante, y lo conduce por el oscuro bosque del mundo.

Escuché el sonido de botas pesadas en el camino de piedra. Los efectos anestésicos del whisky estaban desapareciendo con rapidez, y se me empezaba a despejar la mente. En algún lugar dentro de mi pecho un Rottweiler había despertado y miraba el mundo.

-David, trata de descansar. Ya viene el médico...

Sonriéndome con la mayor ternura, Kay me agarró de las manos y me llevó hacia el sofá. Detrás de la puerta de la sala había un póster de *El tercer hombre,* donde aparecía Alida Valli, una angustiada belleza europea que expresaba toda la melancolía de la Europa de posguerra. Pero el póster me recordó otra película de Carol Reed, acerca de un pistolero herido que huye y es manipulado y traicionado por los desconocidos con quienes busca refugio.

Tratando de recuperar el equilibrio mientras Kay iba hacia la puerta, comprendí que era un prisionero en aquella modesta casa, atrapado entre los sueños de los

Librodot

melodramas que había visto hacía años con Laura en el National Film Theatre. Oí que en el vestíbulo abrían las cremalleras de chaquetas de cuero y arrancaban tiras de velero, y unas voces hablaban de la severidad de la policía, de un médico sin nombre y después, con mucha claridad, de Heathrow. El timbre volvió a sonar mientras yo trataba de calmar al Rottweiler en mi interior, y me desplomé de rodillas en la alfombra polvorienta.

Librodot

8. Los sonámbulos

Las mujeres andaban cuidadosamente a mi alrededor, quitándome los zapatos y aflojándome el cinturón. La joven china se inclinó sobre el sofá y me desabrochó la camisa. Entre nosotros flotaba un perfume tenue pero caro, el olor acre de un extraño dentífrico, indicios de los aseos de primera clase en los largos vuelos de Cathay Pacific, un sueño de abrigos de marta cibelina y salas de embarque de Hong Kong.

Entonces intervino un olor más fuerte, el vulgar hedor del aceite lubricante. El motorista-cura, Stephen Dexter, me levantó la cabeza y me la apoyó en un cojín con cordón que le pasó Kay. Sus pesados pulgares me tocaron la frente, la marca de un sacerdote que convoca un alma a la luz.

Había otra figura en la habitación, un hombre delgado con traje negro cuyo rostro no había visto nunca. Supuse que era el médico, Richard Gould, a quien había llamado Kay. Se sentó detrás de mí y me auscultó los pulmones con el estetoscopio. Cuando me puso una inyección me fijé en aquellas pálidas manos de uñas rotas, que se movían con el estilo furtivo de un curandero filipino.

Mientras esperaba a que me hiciera efecto el analgésico, apoyó una mano en mi hombro, y sentí un cuerpo descarnado anclado en el mío como un íncubo, el agotado físico de un médico treintañero, un interno al que Kay había despertado de su sueño vespertino. Un olor menos agradable que el aceite de motor o la pasta dentífrica de Cathay Pacific flotaba alrededor de las mangas manchadas de su traje, una pista sobre los cuerpos sin lavar de los niños Down.

Al ver que yo estaba casi dormido, terminó conmigo y se retiró a la cocina. Los demás mostraban deferencia cuando hablaba, pero yo sólo pescaba mi apellido. Se cerró la puerta de una nevera y unos pasos se alejaron por la sala. Hubo un ruido de sillas arrastradas alrededor de la mesa de la cocina y, mientras yo entraba en una borrosa modorra, las voces de un noticiario en la televisión, algo sobre un incendio en la librería del British Museum.

Cuando me desperté, Joan Chang estaba sentada en la silla a mi lado, sonriendo afablemente por debajo del flequillo. El telediario seguía sonando en la cocina, y supuse que sólo había dormido unos minutos. Pero me sentía sorprendentemente mejor, y el dolor del pecho y del diafragma era apenas un débil eco de sí mismo. Recordé la clara referencia a Heathrow que había oído antes de quedarme dormido, pero decidí no hacer preguntas sobre eso por el momento.

-¿Señor Markham? Se ha recuperado. -Joan asintió con alivio, como si hubiera esperado que de mi sueño saliera alguna otra persona-. Kay estaba muy preocupada.

-Dios mío, respiro de nuevo. Ese dolor...

-Richard le puso una inyección. -Me limpió algo en la barbilla-. Descanse media hora y después márchese a casa. Mañana vaya a su médico. No tiene costillas rotas, pero quizá tenga afectado el bazo. Obra, supongo, de esas botas de policía.

-Botas de goma altas: mucho más peligrosas.

-¿Los amantes de los gatos? Me lo contó Kay. -Comprensiva, hizo una mueca de dolor cuando me incorporé y le apreté las pequeñas manos-. Parece que lo han lastimado de verdad.

-Hay una especie sagrada: los gatos. -Con la mirada recorrí la habitación, que parecía más pequeña y más doméstica. Hasta el ceñudo samurai resultaba menos amenazador-. Su amigo, el médico, tiene un toque especial.

-Richard Gould. Es un gran médico, sobre todo de niños. Kay lo está acompañando en coche a su piso. -Bajó la voz y sonrió con malicia-. No le gusta el Adler Institute. De hecho, dijo que habría que ahorcar a todo su personal. Creo que con usted hizo una excepción.

-Gracias por advertirme.

-Yo siempre digo la verdad. -Ensayó una sonrisa encantadora-. Es una nueva forma de mentir. Si uno cuenta la verdad, la gente no sabe si creerle. Me ayuda en el trabajo.

-¿Dónde? ¿En el Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿En el Banco de Inglaterra?

-Recaudo fondos para la Royal Academy. Un trabajo fácil. A todos esos jefazos les parece que es bueno para su alma.

-¿Y no lo es?

-Les pudre el cerebro. La Tate Modern, la Royal Academy, el Hayward... Walt Disney para la clase media.

-Pero ¿se guarda las dudas para usted?

-Voy a dimitir. Es más importante este trabajo. Tenemos que liberar a la gente de toda esta cultura y esta educación. Richard dice que no son más que maneras de atrapar a la clase media y volverla dócil.

-¿Es entonces una guerra de liberación? Me gustaría conocer al doctor Gould.

-Ya lo conocerá, David. -Stephen Dexter entró en la habitación con una lata de cerveza en la mano-. Necesitamos nuevos reclutas, incluso un psicólogo...

El clérigo se había quitado la ropa de cuero y llevaba pantalones vaqueros y una camisa Timberland: a primera vista, la viva imagen de un elegante párroco de Chelsea apasionado por el baile country, los vuelos de fin de semana y las mujeres de sus parroquianos. Era un hombre alto, de mejillas enjutas, que rondaba los cuarenta, con una mirada fija profesional y una cabeza potente que con una iluminación adecuada casi era agraciada. Centenares de horas en una cabina de piloto abierta le habían

Librodot

marcado la cara, y una cicatriz horizontal le cruzaba la frente, quizá un recuerdo de una pista de aterrizaje inesperadamente corta en las Filipinas.

Pero la cicatriz era demasiado reciente, y sospeché que la mantenía deliberadamente inflamada. Cuando me sonrió advertí que le faltaba uno de los colmillos, un hueco que no intentaba ocultar, como si anunciara un defecto innato en su carácter. Recordé a Kay insinuando que había perdido la fe, pero en el sacerdocio contemporáneo eso era casi una obligación. Apoyó una mano en el hombro de Joan Chang, un maestro de escuela con una alumna favorita. Su afecto era evidente, pero de algún modo carecía de confianza, parte de una mayor falta de valor.

-Echemos un vistazo. -Se acercó al sofá tomando la cerveza, como un actor con un elemento de utilería-. Kay dice que los amantes de los gatos lo patearon. Mañana ya se sentirá mejor. Necesitamos tenerlo con nosotros, David.

-Haré lo que pueda. -Sin saber bien a qué me comprometía, añadí-: Si vuelvo a caminar.

-¿A caminar? Usted va a correr. -Dexter movió la silla para que la luz del escritorio le diera en la cara. Estaba haciendo al mismo tiempo de interrogador y de sospechoso, probándose en los dos papeles-. Lo observé en el juzgado esta mañana. Los jueces tenían ante ellos lo que más detestan: un ciudadano responsable dispuesto a sacrificarse por sus principios.

-Espero ser eso. ¿Acaso no lo somos todos?

-No, por desgracia. Una cosa es la protesta, otra la acción. Por eso lo necesitamos en el proyecto.

-Estoy con ustedes. ¿En qué consiste exactamente el proyecto? ¿En poner piquetes a la puerta de las agencias de viajes? ¿En prohibir el turismo?

-Es mucho más que eso. No nos limitamos a las obsesiones de Kay. -Consciente de que aquello podía parecer duro, apretó la mano a Joan. Se inclinó hacia adelante y se masajeó las mejillas, tratando de llevar color a los huesos descarnados-. Mire el mundo que lo rodea, David. ¿Qué ve? Un infinito parque temático, donde todo está pensado para el entretenimiento. La ciencia, la política, la educación... son como vueltas en la montaña rusa. Por desgracia, la gente compra alegre las entradas y sube encantada a los juegos.

-Es muy cómodo, Stephen. -Joan le dibujó un carácter chino en el dorso de la mano, un símbolo conocido ante el cual el clérigo esbozó una sonrisa-. No entraña esfuerzo y no hay sorpresas.

-Se supone que el ser humano no tiene que estar cómodo. Necesitamos tensión, estrés, incertidumbre. -Dexter señaló los pósters cinematográficos-. El tipo de desafío que implica volar en un Tiger Moth con visibilidad cero, o sacar a un terrorista suicida de un autobús escolar.

Al oír eso Joan frunció el ceño y su mirada perdió concentración.

-Stephen, tú intentaste eso en Mindanao. Estuviste a punto de morir.

Librodot

-Ya lo sé. Me faltó valor. -Dexter levantó la cabeza y miró con aire sombrío la mueca del samurai-. Cuando llegó el momento, no...

-¿No tuviste huevos...? -Joan, irritada, le sacudió el hombro-. ¿Y qué? Nadie los tiene. Cualquier idiota puede morir.

-Tuve huevos... -Dexter la calmó con aquella extraña sonrisa-. Lo que no tuve fue esperanza, o confianza. Dependía de mí mismo. Para mí, esos niños ya estaban muertos. Yo debería haber recordado quién trataba de ser. Entonces habría subido al autobús para acompañarlos cuando llegara el fin.

-Al menos está aquí. -Esperé a que Dexter se repusiera y recuperara el tono en el rostro cubierto de cicatrices-. La agencia de viajes que intentó atacar... Supongo que tiene un objetivo más importante. ¿Acaso Chelsea Marina?

-Mucho más importante todavía. -Relajado otra vez, Dexter levantó las manos-. Uno de los más importantes que existen. El siglo xx.

-Creía que se había terminado.

-Continúa. Moldea todo lo que hacemos, nuestra manera de pensar. Guerras genocidas, medio mundo en la miseria y la otra mitad caminando como un sonámbulo por su propia muerte cerebral. Le compramos sus sueños baratos y ahora no podemos despertar. Todos esos hipermercados y esas comunidades valladas. Una vez que se cierran las puertas, es imposible salir. Usted lo sabe bien, David. Le garantiza clientes empresariales.

-Es cierto. Pero hay un problema con esa sociedad barata. A la clase media le gusta.

-Claro que sí- intervino Joan-. La tiene esclavizada. Es el nuevo proletariado, como los obreros de las fábricas hace cien años.

-Entonces ¿qué podemos hacer para liberarlos? ¿Poner bombas en algunos parques temáticos?

-¿Bombas? -Dexter levantó una mano para interrumpir a Joan-. ¿De qué manera?

-Acción violenta. Un ataque directo.

-No. -El clérigo miró a la alfombra manchada-. Creo que no deberíamos usar bombas...

Se hizo el silencio en la habitación, y oí el zumbido metálico de la nevera en la cocina. Dexter soltó la mano de Joan y, terminada su actuación, se volvió para apagar la luz del escritorio. Algo lo había contenido, y se acarició la cicatriz de la frente, tratando de quitarla y al mismo tiempo hacerla más prominente, una advertencia indirecta que se hacía a sí mismo. Su novia china lo miraba con una mezcla de enfado y de preocupación, consciente de que él se había metido en un terreno peligroso que nunca podría soportar su peso. Me pregunté si habría permitido que los militares filipinos lo usaran en los ataques aéreos a las fuerzas de la guerrilla. Sentado a mi lado en aquella habitación destartalada, tenía cierta dignidad sombría, pero yo casi sospechaba que era un impostor.

Librodot

Un poco mareado, me asomé a la ventana cuando estaban subiendo a la Harley-Davidson. Kay regresó en su Polo y les dijo adiós con la mano desde la puerta. Con los cascos negros, sentados en aquella ancha máquina norteamericana, parecían el colmo de lo mundano, el elegante sacerdote agnóstico y su hiper-observadora novia, motociclistas desafiando las apacibles calles del lugar.

De hecho, estaban totalmente fuera de la realidad con aquel discurso ingenuo, según el cual vencerían a todo un siglo. Buscando un nuevo milenio, habían arrancado un póster en un centro comercial, y la sociedad había calculado que eso le costaba veintisiete libras.

A pesar de las heridas, yo me sentía más cerca de la meta. La mayoría de los manifestantes que había conocido, como Angela en la exposición de gatos de Olympia, eran gente sensata y disciplinada, pero entre los defensores de los derechos de los animales había fanáticos más extremos que ponían bombas debajo de los coches de los científicos y estaban preparados para matar. Uno de esos fanáticos, centrado en el turismo en el Tercer Mundo, ¿se habría cruzado en el camino de Kay, Stephen Dexter y Joan Chang? Yo necesitaba desempaquetar sus obsesiones y desenrollarlas a la luz del sol como una alfombra barata.

Me senté junto a Kay, que se había ofrecido a llevarme a una parada de taxis en King's Road. Parecía satisfecha con las actividades del día, y yo le agradecía la amabilidad que había mostrado con un compañero de manifestación. Admiraba la franqueza con que exhibía las propias inseguridades, como una colección de su bisutería favorita.

Cuando salíamos de Chelsea Marina, un grupo de residentes se había reunido delante de las oficinas del agente inmobiliario. Resueltos y seguros, abucheaban al joven director que intentaba dirigirse a ellos. Las voces, pulidas por centenares de intervenciones en la escuela y en congresos, sofocaban los esfuerzos del director por hacerse oír.

-¿Qué ocurre? -le pregunté a Kay mientras metía el coche entre la muchedumbre-. Parece algo serio.

-Es serio.

-¿Buscan a un pedófilo?

-Es el precio del aparcamiento. -Kay miró con dureza al desdichado director, que se había refugiado detrás de la puerta de cristal-. Créeme, la próxima revolución tendrá que ver con el aparcamiento.

En ese momento pensé que era una broma.

Librodot

9. Apocalipsis tapizado

-Todos están un poco locos -le dije a Sally, señalando el remolino de excitadas burbujas del jacuzzi-. Un extraño grupo marginal. Enormes obsesiones que flotan en una acogedora sala de estar. Y es útil ver lo rara que puede llegar a ser la gente aparentemente cuerda.

-Entonces ¿son excéntricos inofensivos?

-No estoy seguro de que sean inofensivos. Se rigen por ideas extrañas. Abolir el siglo xx. Prohibir el turismo. La política, el comercio, la educación... todo está corrompido.

-Es un punto de vista. Un poco corrompidos están.

-Sally... -Le sonreí, cómodamente instalado en el baño de burbujas con una pila de revistas de moda, la imagen del confort y la seguridad-. Hay que verlo en su contexto. Es Kropotkin tomando ginebra con angostura sobre alfombras de Axminster. A esa gente, que quiere cambiar el mundo y usar la violencia en caso de necesidad, nunca en su vida le faltó calefacción central.

-Sin embargo, te han movilizado. Hacía años que no estabas tan entusiasmado.

-Eso es cierto. No se por qué... -Me miré en el espejo del baño; el pelo me brotaba de la frente, sobre un rostro tan tenso como el del reverendo Dexter. Parecía veinte años más joven, el hombre de ciencia recién licenciado con el nudo de la corbata torcido y un vivo deseo de enderezar el mundo-. Podría escribir un artículo sobre el fenómeno. «El apocalipsis tapizado.» Las clases medias han pasado de las obras de beneficencia y las responsabilidades civiles a catastróficas fantasías de cambio. Cócteles de whisky y Armagedón...

-Al menos te cuidaron. Ese médico, Richard Gould... lo busqué en Internet. Ayudó a inventar un nuevo tipo de *bypass* para bebés con hidrocefalia.

-Bien hecho. Lo digo de verdad. No se por qué, nunca me dejó verle el rostro.

-Quizá te tomaron el pelo. -Sally me agarró la mano mientras yo andaba por el baño-. Hay que reconocer, querido, que estás esperando que te sorprendan.

-Lo he pensado. -Me senté en el borde de la bañera, inhalando los perfumes embriagadores del cuerpo de Sally-. La policía me había intimidado y ellos sabían que yo era un aficionado. Los manifestantes a ultranza nunca permiten que los tiren al suelo. Es demasiado peligroso. Hacen lo suyo y se largan antes de que empiece la violencia. Como Angela, el ama de casa de Kingston en Olympia. Rapidísima cuando echó a correr, y encantada de dejarme allí dando la cara.

-Esa profesora de cine que te ayudó parece una persona encantadora.

Librodot

-Kay Churchill. Estupenda. Completamente chiflada, pero me salvó delante del juzgado. Yo estaba muy mal.

Esperé a que Sally me compadeciera, pero se quedó pasivamente en la bañera, jugando con las burbujas sobre los pechos. Las radiografías que me hicieron en el Royal Free Hospital no mostraron fracturas de costillas pero, como había predicho Joan Chang, los criadores de gatos me habían lesionado el bazo. Al buscarme en el hospital, Sally miró las placas asintiendo levemente con la cabeza. Estaba inmersa en su propia y eterna recuperación, y no deseaba compartir su monopolio de duda y malestar con nadie, ni siquiera con su marido. Para ella, yo mismo me había producido esas heridas, algo muy diferente de las heridas sin sentido que presidían su vida como un misterio insoluble.

-David, la toalla... ¿Cuándo vuelves a Chelsea Marina?

-No los veré por ahora. No son la clase de gente que pone bombas.

-Pero mencionaron Heathrow. Lo oíste cuando ellos creían que estabas dormido. Eso fue lo primero que dijiste cuando el taxista te ayudó a subir la escalera.

-Trataban de impresionarme. O de impresionarse a ellos mismos. La conspiración es su alimento. A ese sacerdote motorista lo asusta la violencia. Algo le ocurrió en las Filipinas mucho antes de Heathrow.

-¿Y el doctor Gould? Cuando tenía catorce años lo llevaron a un tribunal de menores, acusado de provocar un incendio en unos grandes almacenes de Kilburn.

-Sally, estoy impresionado. -Miré cómo se ataba la toalla de baño por debajo de los brazos-. Tendrías que trabajar en la brigada antiterrorista.

-Está todo en la red. El doctor Gould tiene su propia página web. Ha colgado en ella su declaración ante el tribunal de menores. Es evidente que está orgulloso de ella.

-Que te arreste la policía es parte de la emoción. Te pilla el maestro y te sientes querido.

-Los grandes almacenes de Kilburn fueron construidos por el padre de Gould. -Sally se examinó los dientes en el espejo-. Era un arquitecto y constructor comercial. Cuando murió, McAlpine's compró la empresa.

-Sally..., tómatelo con calma.

Daba la espalda al espejo, con el cuerpo y el pelo envueltos en toallas blancas, y me miraba a través del vapor como una sacerdotisa en una arcaico santuario marino. Mirándola a los ojos, sentí que podía ver todo mi futuro.

-David, escúchame.

-Por Dios, Sally... -Abrí la ventana, dejando que se fuera el vapor-. Estás obsesionada.

-Sí, lo estoy. -Me agarró de los hombros y me hizo sentar en el borde del bidé-. Tenemos que descubrir la verdad acerca de la bomba de Heathrow. De lo contrario, la muerte de Laura te va a perseguir toda la vida. Para eso, podrías sentar su momia en el

Librodot

sillón de tu despacho.

-Estoy de acuerdo. Ando buscando la pista.

-Muy bien. No te rindas. Quiero guardar el pasado bajo candado y tirar la llave.

Sally se interrumpió al sonar su móvil. Saludó a una amiga y caminó hasta el dormitorio, escuchando con atención. Tapó el teléfono con la mano y me dijo:

-David, hay una foto tuya en el *Kensington News.* -Se sentó en la cama y se acurrucó contenta sobre una almohada-. Lo multaron. Cien libras. Sí, estoy casada con un delincuente...

Me alegró ver que Sally disfrutaba de mi fama recién adquirida. Yo había pedido al Instituto una semana de baja por enfermedad, pero Henry Kendall llamó para explicar que el profesor Arnold estaba descontento por mi condena. Las empresas clientes podrían preferir que no las asesorara un psicólogo con antecedentes penales. Era evidente que mi status había bajado, junto con mis aspiraciones de ocupar el asiento del director.

Por fortuna, había una larga tradición de psicólogos inconformistas con gusto por la conducta excéntrica. Mi madre había sido psicoanalista en la década de los 60, amiga de R. D. Laing y figura conocida en las marchas de la campaña por el desarme nuclear, que acompañaba en las sentadas a Bertrand Russell y a la que la policía se llevaba glamourosamente por la fuerza. Su habitat natural estaba tanto en los programas nocturnos de debate de la televisión como en el consultorio.

De niño la miraba en el televisor de mi abuela, muy impresionado por los caftanes, el pelo negro hasta la cintura y su elocuente pasión. Para mí poco significaban el amor libre y la despenalización de las drogas, aunque suponía que todo eso estaba de algún modo relacionado con los hombres simpáticos pero desconocidos que la visitaban los fines de semana, y con los cigarrillos caseros que ella me enseñaba a liar y que fumaba a pesar de las protestas de la abuela, tan cansinamente tolerante.

A pesar de los elogios que recibía, de las reseñas sobre ella que aparecían en las revistas y de sus declaraciones sobre Piaget y Melanie Klein, su conocimiento de la maternidad era casi totalmente teórico. Hasta la edad de tres años me criaron una serie de *au pairs* reclutadas en la sala de espera de su consultorio semanal gratuito: temperamentales fugitivas de universidades provinciales francesas, neuróticas licenciadas norteamericanas poco dispuestas a entender el concepto de infancia, fanáticas de la terapia profunda que me encerraban en el dormitorio e insistían en que durmiera veinticuatro horas al día. Finalmente me rescataron mi abuela y su segundo marido, un juez retirado. Tardé algunos años en descubrir que los demás chicos de la escuela disfrutaban de un fenómeno social conocido como «padres».

Cuando ingresé en el University College de Londres hacía tiempo que había terminado la fase hippy de mi madre, que ahora era una analista seria en la Tavistock Clinic. Esperaba que su instinto maternal, reprimido durante casi toda mi infancia, tuviera un florecimiento tardío. Pero nunca fuimos más que amigos, y no asistió a la ceremonia de entrega de mi título universitario.

Librodot

«Parece una bruja», había comentado Laura a modo de consuelo, antes de invitarme a almorzar con su familia después de la celebración. Con sinceridad, le contesté: «Es una persona libre. Me amó profundamente... durante diez minutos. Ahí acabó todo».

En el Adler, al tratar con familias disfuncionales, descubrí que demasiados padres trataban a sus hijos con indiferencia. Según el mito popular, las relaciones padre-hijo eran ricas y satisfactorias, pero en algunas familias esas relaciones ni siquiera existían. Laura entró en un vacío expectante; con sus enérgicas emociones tremendamente a favor o en contra, era lo opuesto de mi madre. Después de mi dulce abuela, que resolvía la menor rabieta con la sabiduría de Salomón, Laura había sido un tifón de pasión purificadora.

Ahora mi madre era una anciana paciente en el hospicio de Highgate, muriendo de un inoperable cáncer de ovario. El enorme abdomen, que no dejaba de crecer, le daba aspecto de embarazada, una mujer de setenta años que aún no se había enterado de que estaba encinta. Sentado al lado de la cama de ese ser apenas receptivo, descubrí con cierta tristeza que ya no me interesaba demasiado.

-David... —Sally desconectó el teléfono-. Eres una celebridad. No paran de llegar invitaciones para cenar.

-Dios nos libre. Tendré que organizar una fiesta.

-No te burles... lo haces con demasiada frecuencia. -Sally me miraba con verdadero respeto-. Has luchado contra la policía. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo?

-¿Cuántas quieren decirlo? Están de nuestro lado.

-Casi. ¿Qué me dices de Heathrow? Es la única pista real que hemos encontrado. David, tienes que cambiar de idea.

-De acuerdo. Volveré a Chelsea Marina y empezaré a hacer preguntas. A ese clérigo y a la gente que rodea a Kay Churchill. Veré si puedo ponerme en contacto con el doctor Gould.

-Muy bien. Necesitamos saber qué le ocurrió a Laura. De eso dependen muchas cosas, David...

En su voz había algo más que una vaga amenaza. Seguía con el cuerpo envuelto en la toalla de baño, esperando a que yo saliera de la habitación para tirarla en la cama, señal inconfundible de un leve distanciamiento entre nosotros. Ella había decidido que en la muerte inmotivada de Laura había una especie de mensaje desafiante que clausuraría por fin mi primer matrimonio.

Pero yo ya sabía que en realidad esa búsqueda del asesino de Laura tenía que ver con mi segundo matrimonio. Evitando la mirada de Sally, recordé la expresión de ceñuda furia que había puesto al dar los primeros pasos por sí sola en el pabellón de ortopedia del St. Mary's. Bañada en sudor, con el camisón pegado a la piel, vi que los músculos de sus muslos cobraban vida, diagramas de una ambigua voluntad de

Librodot

caminar. Durante mis visitas nos habíamos hecho confidencias, bromas amistosas en las que apenas se insinuaba alguna forma de coqueteo. Pero en ese momento, mientras venía cojeando hacia mí ayudada por los bastones, las muñecas blancas de dolor y de rabia, supe que seríamos amantes.

Como siempre, un cálculo perverso refrescaba y redefinía el mundo.

Librodot

10.Cita con una revolución

Como cualquier profesional disciplinado, llegué puntualmente a mi cita con una revolución. Al mediodía, tres sábados más tarde, cuando ya me habían desaparecido las magulladuras y el bazo se me había recuperado, estacioné el Range Rover en una calle paralela a King's Road. Había llamado a Kay Churchill poco después del desayuno, bajo la mirada algo curiosa de Sally. Kay contestó con un chillido sobre un fondo de enfadadas voces de clase media, y dijo que me buscaría en la entrada de Chelsea Marina.

-Haremos una vuelta de reconocimiento. Tú serás el David Attenborough de los barrios residenciales...

Contento de que me recordara, fui por King's Road y al girar a la izquierda me metí en un pequeño motín. Junto a la casa del guarda había un coche de policía estacionado, con las luces lanzando destellos y con la radio graznando sola. Una grupo de más de cien residentes había rodeado las oficinas del agente inmobiliario. La mayoría eran mujeres con ropa de fin de semana, liberadas de los trajes de chaqueta que llevaban en los consultorios y en los estudios. Los hijos estaban con ellas, las caras iluminadas por el espectáculo de las madres enojadas con alguien que no fuera ellos. Algunos maridos cautelosos rondaban por la periferia, sumándose con recelo al alboroto.

Dos policías se abrieron paso entre la gente, tratando de calmar a los manifestantes, y llamaron a la oradora que arengaba a los vecinos. Pero sus voces se perdieron entre los abucheos y los insultos, y un niño de cinco años subido a los hombros de su padre intentó golpearle en la gorra a un agente.

Con el pelo gris ceniza en furioso desorden, los huesos de la cara en el ángulo más televisivo, el escote lo bastante profundo para amedrentar a cualquier varón en un radio de un kilómetro, Kay Churchill estaba en su elemento. Se había subido a una silla giratoria sacada de la oficina del agente inmobiliario y lucía los muslos mientras se bamboleaba deliberadamente, ajena a todo lo que no fuera su apasionada entrega. Resultaba un placer verla tan crecida. Los estudiantes que asistían a sus conferencias sobre Godard y la Nueva Ola probablemente habían escrito guiones para películas pornográficas mucho antes de que ella les sugiriera ese trabajo.

-¿Qué ocurre? -pregunté a una joven que tenía al lado, la sillita de paseo y el niño olvidados a sus pies-. ¿Los parquímetros? ¿Los badenes?

-Los gastos de mantenimiento. Están por las nubes. -Hizo un gesto de aprobación con la cabeza-. Kay ha encerrado con llave al director en su oficina. El pobre hombre ha tenido que llamar a la policía.

Una angustiada cara masculina miraba a través de la puerta de cristal. Era evidente que estaba horrorizado por el abucheo de aquellas mujeres hostiles, una

escena espantosa que atacaba todas las certezas de la administración inmobiliaria. Kay sacó un manojo de llaves y lo agitó mostrándoselo, y después lo sacudió ante los policías. Cuando se le acercaron, amenazando con arrestarla, ella arrojó las llaves por encima de sus cabezas. Con los brazos en jarras, sonrió afablemente mientras la gente las atrapaba al vuelo y las tiraba de un lado para otro.

Me sumé a los aplausos y di media vuelta para marcharme, asumiendo que Kay estaría demasiado ocupada con su revolución de bolsillo para perder el tiempo conmigo. Había llegado un segundo coche de policía, y un sargento más severo instalado en el asiento del pasajero hablaba por la radio. En unos minutos devolverían a esos niños de jardín de clase media a su armario de juguete.

-¡Señor Markham! ¡Espere!

Una mujer delgada con chaqueta de lino blanca, el pelo severamente recogido, despejando una frente alta, me detuvo antes de que pudiera llegar a la entrada. Lograba, no sé cómo, sonreír y mirar con ceño al mismo tiempo, y me recordó a una de esas guías oficiales de los congresos científicos en la Europa del Este. Me miró de arriba abajo, poco convencida por mi traje de tweed.

-¿Señor Markham? Soy Vera Blackburn, una amiga de Kay. Ella me dijo que se uniría usted al grupo.

-No estoy seguro. -Miré la muchedumbre que abucheaba a la policía. El sargento había bajado del coche y contemplaba la escena con frialdad, como el director de un matadero en un sacrificio de animales con fiebre aftosa-. Esto no es lo mío...

-¿Demasiado infantil? -Me puso una mano firme en la solapa, impidiéndome avanzar. Era delgada pero fuerte, con un cuerpo musculoso trabajado con aparatos de gimnasia. Se le movieron los labios, como si estuviera tragándose un comentario sarcástico-. ¿O demasiado burgués?

-Algo por el estilo. -Señalé hacia King's Road-. Tengo mis propios problemas con los parquímetros...

-Parece infantil y quizá lo es. -Miró a los vecinos entornando los ojos-. La verdad es que necesitamos su contribución, señor Markham. Las cosas se están complicando.

-¿De veras? No sé si podré ayudar.

Me aparté de ella porque estaban entrando más policías en la urbanización, hombres corpulentos como los agentes que habían actuado en Olympia. Uno de ellos me clavó la mirada, como si reconociera mi cara de una manifestación anterior.

-Señor Markham, es hora de que se marche si no quiere recibir otra paliza. Esperaremos a Kay en mi apartamento.

Vera me agarró del brazo y me llevó entre la gente, gobernándome con una mano huesuda, dura como una caña de timón. Kay Churchill bajó de la silla giratoria y fue a refugiarse entre sus admiradores. Los dos agentes de policía que estaban junto a la oficina inmobiliaria tenían la custodia de las llaves y soltaron al desdichado director escondido detrás de la puerta de cristal. Prudentes, los manifestantes se dispersaban.

Librodot

Caminamos por Beaufort Avenue hacia el centro de la urbanización. Los jardines, las alegres habitaciones de los niños llenas de prácticos juguetes, los sonidos de adolescentes ensayando con el violín, adquirían una extraña dimensión ante la idea de una rebelión inminente. La mayoría de los revolucionarios del último siglo habían aspirado exactamente a ese nivel de opulencia y ocio, y se me ocurrió que estaba viendo la aparición de una forma superior de aburrimiento.

Llegamos a Cadogan Circle, donde había un bloque de apartamentos al lado de la rotonda. Vera iba delante contoneándose con zancadas enérgicas, como una prostituta con un cliente a quien va a esquilmar, o una temperamental monitora de un colegio de niñas en una picara misión. Blandiendo la tarjeta ante un gorrión vigilante, entró en el vestíbulo.

-Kay llegará cuando se haya cambiado. Toda esa indignación hace que uno tenga que desahogarse...

-En media hora tendré que irme, con o sin revolución.

-No hay problema. La pospondremos por usted. -Me regaló una rápida sonrisa-. Considere esto su Estación Finlandia, señor Markham.

Subimos en un pequeño ascensor hasta el tercer piso. Del bolso que llevaba colgando del hombro sacó un juego de llaves y abrió las tres cerraduras de la puerta como si se tratara de la entrada de una cripta. Su apartamento estaba escasamente amueblado, con sillones negros sin brazos, un escritorio con tapa de cristal que parecía una mesa de autopsias, y bombillas de pocos vatios que apenas iluminaban la penumbra. Aquello era un club nocturno a mediodía. No había libros, y sentí que esa severa joven había venido a borrar el mundo. Una foto suya con marco cromado colgaba encima de la repisa de la chimenea, una ampliación de estilo Helmut Newton, de cuyo rostro se había eliminado toda emoción. Pero la habitación era un santuario de un narcisismo desesperado.

Fue hasta la ventana y levantó la persiana, mostrando una buena vista de Beaufort Avenue. La protesta había terminado y las familias volvían caminando a casa.

-Se acabó. Al menos dimos al director algo en que pensar.

-¿Encerrándolo en la oficina?

-Ya sé que es un poco infantil. Pero la gente tiene que trabajar con las convenciones a las que está acostumbrada. Banquetes en el dormitorio del colegio, pitillos detrás del pabellón de criquet, bajada de pantalones...

-Habla de eso como si fuera una nueva clase de privación.

-En cierto modo lo es. -Vera se sentó en una reproducción de una silla Eames desde donde tenía una vista constante del fotorretrato. Dejándome allí de pie, dijo-: Quizá no sea evidente, pero la gente de Chelsea Marina está muy intranquila. Algo se está cociendo aquí.

-¿De veras? Cuesta creerlo. -Me senté en un sofá negro de cuero-. La comunidad parece muy satisfecha de sí misma. Ninguna señal de raquitismo, escorbuto o goteras.

-Sólo en la superficie. -Vera se miró en el espejo de la polvera-. Mis vecinos son los nuevos pobres. Éstos no son triunfadores de la City ni cirujanos con clínica propia y pacientes árabes ricos que llegan del Golfo. Muy pocos son autónomos. Son mandos medios, periodistas, conferenciantes como Kay, arquitectos que trabajan para clientes grandes. Los pobres soldados de infantería del ejército profesional.

-¿Suficientemente prósperos?

-No. Los sueldos se han estancado. Está la amenaza de la jubilación anticipada. Una vez que llegas a los cuarenta es más barato contratar a una licenciada entusiasta aferrada a su pequeño diploma.

-Entonces se produce una reacción. Pero ¿por qué aquí, en Chelsea Marina? Es una zona de moda, cerca de King's Road...

Vera se volvió y me clavó la mirada.

-¿Es usted agente inmobiliario? Este sitio es un vertedero. El mantenimiento es casi nulo pero los costes no paran de subir. Este apartamento me costó más de lo que mi padre ganó en toda su vida.

-Hay una vista maravillosa. ¿No es feliz aquí?

-Lo he pensado. -Olió el esmalte de uñas negro-. ¿Felicidad? Me gusta la idea, pero no parece merecer la pena. Además...

-¿No es intelectualmente respetable?

-Exacto. -Hizo un gesto de aprobación con la cabeza-. Necesitamos algunos principios. Por cierto, uno de los ascensores está estropeado desde hace meses. Durante dos horas diarias no hay agua corriente. Si quieres cagar, tienes que planificarlo.

-Hablen con el administrador. El arrendamiento debería garantizarles reparaciones rápidas.

-Lo hacemos. No escucha. Está conchabado con un promotor inmobiliario que quiere echarnos de aquí a todos. Su intención es hundir esta zona, comprar nuestras propiedades y derribarlas. Después traerá a Foster y a Richard Rogers para diseñar enormes bloques de apartamentos de lujo.

-Mientras no se vaya, estará a salvo. ¿Para qué preocuparse por algo que quizá no ocurra nunca?

-Ya ocurre. Nos están apretando, y nada tiene de sutil una mano que te agarra las pelotas. El ayuntamiento acaba de pintar doble línea amarilla en todas partes.

-¿Pueden hacer eso?

-Pueden hacer cualquier cosa. Éstas son calles públicas. Así que han tenido la gentileza de proveernos de parquímetros. Kay paga para estacionar el coche delante de su casa.

-¿Por qué no se mudan?

Librodot

-No podemos. -Perdiendo los estribos, Vera levantó los puños y miró el cielo raso buscando compasión-. Por el amor de Dios, lo hemos invertido todo en Chelsea Marina. Todos estamos atrapados en hipotecas enormes. La gente tiene que pagar cuotas astronómicas en el colegio y los bancos les pisan los talones. Además, ¿adonde podríamos mudarnos? ¿A lo más recóndito de Surrey? ¿A Reading o a Guildford, y tener que viajar un par de horas todos los días?

-Dios nos libre. Así que están atrapados.

-Sí. Como la vieja clase obrera en sus casas adosadas. Las profesiones basadas en los conocimientos no son más que otra industria de extracción. Cuando se acaban los filones, nos quedamos en la estacada con un montón de software anticuado. Créame, comprendo por qué los mineros hacían huelgas.

-Estoy admirado. -Con cara seria, agregué-: Chelsea Marina hombro con hombro con la vieja clase obrera...

-No es un maldito chiste. -Vera me clavó una mirada enigmática, los huesos de la frente empujándole la piel pálida-. Nos estamos impacientando. Se espera que las clases medias sean la gran ancla social, todo ese deber y esa responsabilidad. Pero las cadenas del ancla se han aflojado. Los títulos profesionales no valen nada: tener una licenciatura en Letras es como ser diplomado en origami. La seguridad, por su parte, no existe. Alguna computadora en el Ministerio de Hacienda decide que los tipos de interés deben subir un punto y a partir de entonces yo adeudo al director del banco el arduo trabajo de todo otro año.

-Lo siento. -Preocupado por ella, observé cómo tamborileaba con los dedos en la polvera, el ceño ferozmente fruncido. Aunque me ponía nervioso con aquella silenciosa ira, descubrí que casi me gustaba-. ¿Y dónde trabaja? ¿En la Federación de los Sindicatos? ¿En la sede del Partido Laborista?

-Soy... una especie de asesora. -Hizo un ademán, como quitándole importancia, pero su rostro era inexpresivo-. Antes estaba en el Ministerio de Defensa: consejera científica de alto rango. Analizaba residuos de uranio raspados en las laderas de Kosovan.

-Trabajo interesante. E importante, además.

-Ni interesante ni importante. Ahora tengo otro. Mucho más valioso.

-¿Y qué es?

-Fabrico las bombas de Richard Gould.

Esperé a que continuara, consciente de que estaba haciendo una broma y al mismo tiempo tratando de decirme algo. Pero siguió callada, alzando las cejas para saborear una frase favorita.

-Es peligroso tanto para usted como para todos los demás -dije-. ¿Qué clase de bombas fabrica?

-Bombas de humo, armas de percusión, dispositivos incendiarios de liberación lenta. No hacen daño a nadie.

-Muy bien. ¿Diferentes de la bomba de Heathrow?

-¿Heathrow? -Sorprendida, se acordó de cerrar la boca, y después se apresuró a decir-: No, decididamente. Ésa estaba pensada para matar. Sabe Dios por qué. Richard dice que las personas para las que el mundo carece de sentido encuentran sentido en la violencia inmotivada.

-¿Richard? ¿El doctor Richard Gould?

-Lo volverá a ver cuando esté preparado. Es el líder de nuestra rebelión de clase media. Su mente es asombrosamente lúcida, como la de esos niños con lesiones cerebrales que cuida. En cierto modo, él es uno de ellos.

Vera sonrió para ella misma, como si pensara en un amante, pero vi el sudor que se le había formado en el labio superior, que relucía como el espíritu de una segunda presencia, un yo secreto. Mi mención de la atrocidad de Heathrow la había perturbado.

-Esas bombas -dije-, ¿qué objetivos tienen?

-Esto es el principio. Centros comerciales, multicines, tiendas de bricolaje. El vómito regurgitado que la gente llama sociedad de consumo. -Casi con pedantería, añadió-: En realidad no son bombas, sino provocaciones acústicas. Como los petardos que sus amigos pusieron en Olympia. Aunque una vez hice una bomba de verdad. Hace años...

-¿Qué pasó?

-Mató a alguien. El blanco buscado.

-¿Para el Ministerio de Defensa? ¿Los SAS? ¿El Servicio de Seguridad del Estado?

-Para defensa, en cierto modo. Defendía a mi padre. Después de la muerte de mi madre, conoció a esa mujer horrible. La odiaba, pero lo tenía dominado. Una verdadera alcohólica, que sólo quería que yo desapareciera. Yo tenía doce años, pero era inteligente.

-¿Fabricó una bomba casera?

-Usando ingredientes que había en casa, traídos de los estántes del supermercado. Ella y mi padre iban los domingos al pub a la hora del almuerzo, y ella volvía hinchada de todo lo que había bebido, con la enorme vejiga a punto de reventar. Mientras estaban fuera destapé la cisterna del inodoro, trabé el flotador e hice salir toda el agua. Después llené la cisterna de lejía, solté el flotador y puse de nuevo la tapa. A continuación eché cristales de soda cáustica en la taza del inodoro y removí hasta conseguir una solución concentrada. Hecho eso, bajé y esperé.

-¿La bomba estaba lista?

-Todo listo para estallar. Volvieron del pub y ella fue directamente al inodoro. Cerró la puerta y vació la vejiga. Después accionó la palanca de la cisterna.

-¿Y eso hizo estallar la bomba?

-El hidróxido de sodio y el hipoclorito sódico forman una mezcla explosiva,

sobre todo si se los revuelve violentamente. -Vera se sonrió; volvía a ser una niña implacable-. La reacción libera enormes cantidades de gas de cloro. Algo letal para una alcohólica con el corazón debilitado. Fui y me puse el vestido de fiesta. Mi padre estaba dormido delante de la tele. Pasaron dos horas antes de que derribara la puerta.

-¿Estaba muerta?

-Fría como una piedra. Para entonces, todo el gas se había dispersado y la cisterna se había llenado de agua. Mi modesta bomba se había ido por el inodoro. Veredicto: muerte por causas naturales.

-Un debut impresionante. ¿Eso la llevó a...?

-A licenciarme en química, y al Ministerio de Defensa. -Vera entornó los ojos-. Creo que usted convendrá conmigo en que fue una elección sensata.

Por sus labios pasó una sonrisa de satisfacción. La película de sudor había desaparecido, y supuse que había inventado la historia para ganar tiempo y recuperarse. Pero me daba cuenta de que esa historia letal podía ser cierta. Me había ofrecido la conversación sobre la fabricación de bombas como una zanahoria, parte de una larga broma que había comenzado cuando yo estaba medio drogado en el sofá de Kay Churchill. Se había abierto otra puerta de un pasillo lateral que podía llevar a la Terminal 2 de Heathrow.

El portero eléctrico zumbó dos veces, y después de una pausa zumbó por tercera vez. Vera se levantó, habló por el auricular y se abrochó la chaqueta.

-David, ¿viene usted? Kay está abajo. Vamos a dar una vuelta de reconocimiento...

Librodot

11. El corazón de las tinieblas

-David, piensa en Joseph Conrad y en el señor Kurtz -me dijo Kay mientras atravesábamos el puente Richmond-. Estás entrando en una zona de miseria casi extrema.

-¿Twickenham? ¿El corazón de las tinieblas?

-Te impresionará.

-¿Clubes de tenis, directores de bancos, la Meca del rugby?

-Twickenham. Una zona de intensa pobreza espiritual.

-Bueno..., cuesta creerlo. -Mientras Kay conducía el Polo a una prudente velocidad, con las dos manos sobre el volante, señalé las aceras. Estaban abarrotadas de prósperos vecinos que salían de charcuterías y pastelerías o que miraban los escaparates de prósperos agentes inmobiliarios-. No veo mendigos pidiendo, ni desnutrición.

-Quizá en el nivel físico. -Kay asintió con seguridad-. El problema reside en su mente, en sus costumbres y valores. Vera, ¿tú estás de acuerdo?

-Desde luego. -Vera Blackburn iba sentada detrás de mí, aferrando con una mano una bolsa de deportes. Se examinaba los dientes, parte de la inspección continua del cuerpo que la ocupaba casi todos los momentos conscientes. Echó una breve mirada a la alegre forsitia y a los elegantes coches-. Espiritualmente, es una enorme aldea Potemkin...

Salimos de la calle principal y nos metimos en una zona residencial de Twickenham, calles arboladas con casas grandes, jardines lo bastante profundos como para poner en ellos una pista de tenis o una carpa de boda. Vi un Bentley en una entrada, con los neumáticos blancos sobre la grava recién lavada.

-Podríamos parar aquí -sugerí-. Hay un ambiente claramente tercermundista.

-David, esto no es una broma. -Kay me miró cansada, frunciendo el ceño-. Por una vez, quítate las anteojeras...

El enfrentamiento de la mañana delante de las oficinas de la agencia inmobiliaria le había abierto el apetito para otra pelea. Recordé cómo había dominado el juzgado de Hammersmith usando su personalidad rebelde como una hábil actriz. Yo admiraba su espíritu y la mente resuelta que se centraba en una sola obsesión. Ante ella, ni yo ni los estudiantes de sus clases de cine tuvimos nunca posibilidad alguna. Al mismo tiempo pensé en los dibujos infantiles pegados junto a los pósters de Bresson y Kurosawa, y en la fotografía de su hija, ahora en el otro lado del mundo. Sólo la más profunda obsesión podía calmar ese tipo de tristeza.

Vera Blackburn iba sentada detrás, mirando con desaprobación las hojas

acumuladas. Me recordaba a una dama de compañía, que sabe el lugar que le corresponde y siempre está lista para mostrarse de acuerdo. Pero yo intuía que tenía sus propias prioridades y que respetaría a Kay mientras le conviniera. Cada vez que la miraba, ella apretaba las rodillas, gesto que era a la vez una manera de poner distancia y una invitación indirecta.

-David... -Kay señaló a través del parabrisas las hileras de casas grandes, con entramado de madera-. Mira bien. Twickenham es la Línea Maginot del sistema de clases inglés. Si logramos atravesarla, todo lo demás se cae.

-Así que el objetivo es el sistema de clases. Pero ¿no son universales? Norteamérica, Rusia...

-Por supuesto. Pero sólo aquí es el sistema de clases un medio de control político. Su verdadera función no es acallar a los proletarios sino impedir que las clases medias suban, asegurarse de que sean dóciles y sumisas.

-¿Y Twickenham es una manera de hacer eso?

-Desde luego. Aquí la gente está dominada por una profunda ilusión, el sueño de la clase media. Vive sólo para eso: educación liberal, responsabilidad civil, respeto a la ley. Deben de pensar que son libres, pero están atrapados y empobrecidos.

-¿Como los pobres de un bloque de apartamentos de Glasgow?

-Exacto. -Kay me miró haciendo un movimiento de aprobación con la cabeza y alargó la mano para darme una palmada en la muñeca-. Si vives aquí estás sorprendentemente constreñido. Esta no es una buena vida, llena de posibilidades. Pronto chocas con las barreras que levanta el sistema. Trata de emborracharte el día de entrega de premios en el colegio, o de hacer un chiste ligeramente racista en una cena de beneficencia. Trata de no cortar el césped y de no pintar la casa cada pocos años. Trata de vivir con una adolescente o de hacer el amor con tu hijastro. Trata de decir que crees en Dios y en la Santísima Trinidad, o de alojar de manera gratuita a una familia refugiada del África negra. Trata de pasar unas vacaciones en Benidorm o de conducir un nuevo Cadillac con tapizado de cebra. Trata de tener mal gusto.

-¿Y cuál es la alternativa? ¿Qué pasará cuando caiga la Línea Maginot?

-Ya veremos.

-¿Quemamos todos los libros y los mazos de croquet y las donaciones benéficas? ¿Con qué los reemplazamos?

-Cuando llegue el momento lo decidiremos. Es aquí. Esto es lo que buscaba.

Kay se metió por una avenida de casas de tres plantas con jardines grandes, labradores y todoterrenos. Se oían los golpes a las pelotas de tenis, los feroces gruñidos de las madres decididas a pegar a sus hijas quinceañeras. Cuando nos detuvimos junto a la acera pasaron a nuestro lado unos caballos montados por adolescentes seguros en su santuario de clase media. Se daba la casualidad de que aquél era el mundo de mi abuela, idéntico a la zona residencial de Guildford donde yo había pasado la infancia. En esas

Librodot

pilas de ladrillos se acumulaba el desdén de los intelectuales, pero el estilo de vida había sido copiado por todo el mundo. Toda la indignación de Kay no alcanzaría para perturbar a un solo ranúnculo.

Bajó y sacó una tablilla con sujetapapeles de la cartera. Dejando a Vera a cargo del coche, se puso en la chaqueta un distintivo de una empresa de encuestas. Pegó otro en mi solapa, con una foto del reverendo Dexter.

-Perfecto. Trata de pasar por Stephen. Te pareces bastante. Angustiado. Un poco perdido. Y no muy piadoso...

-Eso es fácil.

Nos acercamos a la primera casa, una confortable mansión de estilo Tudor, y pasamos por encima de una bicicleta de niño que bloqueaba la puerta. Delante del garaje estaba estacionado un coche familiar con la pegatina de un médico.

Una simpática cuarentona salió a recibirnos, secándose las manos en un paño de cocina. Kay sonrió por encima de la tablilla y nos presentó.

-¿Podría concedernos unos minutos? Estamos haciendo una encuesta sobre hábitos sociales.

-Vale. Me temo que los nuestros son bastante deplorables. No sé si encajamos en lo que buscan.

-Estoy segura de que sí. Nos interesan sobre todo las familias de ingresos altos.

-Me siento halagada. -La mujer dobló el paño de cocina-. Tendré que decírselo a mi marido. Se sorprenderá mucho.

Kay ensayó una sonrisa tolerante.

-Es evidente que tiene una casa impecable. Todo está tan limpio y resplandeciente. ¿Podría calcular cuántas horas dedica por día a las tareas domésticas?

-Ninguna. -La mujer hizo como que se mordía el labio-. Tenemos un ama de llaves interna y alguien que viene todos los días a ayudar. Yo soy médica de cabecera, y estoy demasiado ocupada en el centro médico para siquiera pasar un plumero. Lo siento, no creo que esto sea de gran utilidad.

-Lo es... -Segura de que había encontrado a una conversa, Kay se inclinó hacia adelante y bajó la voz-. Como médica, ¿no le parece que hay un énfasis excesivo en la higiene doméstica?

-Depende. La gente está muy obsesionada con los microbios. La mayoría son inofensivos. -Se interrumpió al pasar a su lado un adolescente, regañado desde la cocina por una hermana-. Mire, se avecinan disturbios.

-Una última pregunta. -Kay echó un vistazo a la tablilla, con el lápiz preparado-. ¿Con qué frecuencia diría usted que se limpian sus inodoros?

-No tengo ni idea. Supongo que todos los días.

-¿Toleraría que se limpiaran cada tres días?

Librodot

-¿Tres? Me parecería un poco peligroso.

-¿Y una vez por semana?

-No. -La mujer echó una ojeada al distintivo de la solapa de Kay-. No me parece buena idea.

-¿Está segura? ¿Le preocuparía que la taza del inodoro no estuviera blanca como la nieve? ¿Qué opina del predominio de los tabúes relacionados con el baño en la clase media profesional?

-¿Tabúes relacionados con el baño? ¿Trabaja para un fabricante de papel higiénico?

-Estamos trazando un mapa del cambio social. -Kay hablaba en tono tranquilizador-. El acicalamiento personal está en el centro de lo que las personas perciben que son. ¿Su familia se plantearía la posibilidad de bañarse con menos frecuencia?

-¿Menos? -La médica buscó con la mano el picaporte, sacudiendo la cabeza-. Es inimaginable. Mire...

-¿Y usted, personalmente? -insistió Kay-. ¿Se bañaría con menos frecuencia? Los olores corporales naturales son un importante medio de comunicación, sobre todo dentro de las familias. Usted tendría tiempo para relajarse, jugar con los hijos, adoptar un estilo de vida más libre...

La puerta se nos cerró en la cara. Kay, impertérrita, se quedó mirando los paneles de roble. Mientras volvíamos por el camino de acceso, hundiendo los pies en la espesa grava, marcó las respuestas en la tablilla.

-Ha sido útil. -Hizo una seña a Vera, que arrancó el Polo y nos siguió-. Para mí, un comienzo prometedor.

-Puede ser. Yo no creo que haya entendido lo que le insinuabas.

-Ya lo pensará, cuando ordene al hijo darse una ducha y cambiarse los calcetines. Créeme.

-Te creo. ¿Es la primera vez que andas por aquí?

-Hace meses que vengo. -Kay iba a zancadas por la acera, animándome a que siguiera su ritmo-. Recuerda, David, que a la clase media hay que tenerla controlada. Ella misma lo entiende, y se vigila. No con armas y gulags, sino con códigos sociales. La manera correcta de hacer el amor, de tratar a tu mujer, de coquetear en partidos informales de tenis o de iniciar una aventura. Hay reglas tácitas que todos tenemos que aprender.

-¿Y tú nunca te molestaste en aprenderlas?

-Las estoy desaprendiendo. No te preocupes: todavía me ducho todos los días...

Librodot

Después de caminar cien metros por la calle, nos acercamos a otra casa grande, un chalet georgiano con piscina en el jardín trasero. La luz de la superficie bailaba entre las hojas del alto roble que protegía el camino de acceso. Abrió la puerta una niña de seis años con bañador aferrándose al collar de un airedale terrier encantado de encontrarnos en el umbral.

Una mujer que rondaba la cuarentena vino a la puerta, preparada para salir por la noche con un vestido negro de raso y maquillaje de vampiresa.

-Hola... No tiene usted aspecto de niñera.

Kay explicó el motivo de la visita.

-Estamos haciendo una encuesta sobre los hábitos durante el tiempo libre. Cuánto tiempo dedica la gente a los viajes al extranjero, a ver películas, a asistir a fiestas...

-No el suficiente.

-¿De veras? -Kay se apresuró a tomar nota en la tablilla-. ¿Cuántas vacaciones en el extranjero se toma por año?

-Cinco o seis. Además de un descanso en verano. Mi marido es piloto de British Airways... Este fin de semana está en Ciudad del Cabo.

-Así que tienen vuelos baratos. ¿Siente usted que los viajes en avión son una estafa?

-Son una ventaja. -La mujer sacó un gin-tonic de detrás de la puerta y, pensativa, tomó un trago, mirando la fotografía de Stephen Dexter en mi solapa-. Las mujeres se inquietan si los únicos que se divierten son los maridos.

Kay asintió.

-Me refiero a los viajes en general. ¿No son un timo? Los mismos hoteles, los mismos puertos deportivos, las mismas empresas de alquiler de coches... Para eso uno puede quedarse en casa y mirar la tele.

-A la gente le gusta ir a los aeropuertos. -La mujer miró al cielo, como si se le hubiera pasado por la cabeza que el marido podía adelantar el regreso-. Les gustan los parkings para estacionamiento prolongado, los mostradores de facturación, los artículos libres de impuestos, mostrar los pasaportes. Pueden fingir que son otra persona.

-¿No cree que es una forma de lavado de cerebro?

-Yo quiero que me laven el cerebro. -La mujer se dio la vuelta al oír unos ladridos procedentes de la zona de la piscina-. Tengo que irme. Están tratando de ahogar al perro. Hablen con los vecinos de al lado. Él va en silla de ruedas...

-Poco interesante -reconoció Kay mientras bajábamos a la acera. Se dio un golpecito en los dientes con el lápiz-. Nadie puede ser tan pasivo.

Librodot

-Tú tienes un problema -le dije mientras echábamos a andar-. ¿Qué pasa si a la gente le gustan las cosas como son? A lo mejor les encanta que les timen.

-¿Te parece que los prisioneros lustran sus propias cadenas? No estoy de acuerdo.

Seguidos por Vera y el Polo, avanzamos por la tranquila calle, preparados para provocar la revolución. Pero faltaban los catalizadores que habían radicalizado Chelsea Marina. No había desempleo ni deudas imposibles ni hipotecas más altas que el valor de la propiedad ni líneas amarillas dobles. Las zonas residenciales prósperas eran una de las cimas de la historia. Una vez que se consolidaban, sólo una peste, una inundación o una guerra nuclear podía amenazar su control. Pero Kay seguía impertérrita, y se me adelantó para inspeccionar los emplazamientos de la Línea Maginot, buscando una trinchera donde enterrar las minas.

En la tercera casa nos atendió una mujer delgada y canosa con los ojos claros y los labios delgados de una funcionaría de alto rango. Me recordaba a los tres magistrados que me habían despreciado en el juzgado. Detrás del vestíbulo vi a un hombre mayor sentado en la sala, un vaso de whisky junto al codo mientras miraba con ojos entrecerrados un crucigrama.

Kay nos presentó, omitiendo mi título clerical.

-¿Podemos hacerles unas preguntas? Estamos realizando una encuesta sobre el estilo de vida.

-No estoy segura de que tengamos un estilo de vida. ¿O es que en esta época todo el mundo lo tiene? -La mujer oyó el grito del marido y le contestó-: Estilos de vida, querido.

-No quiero -gritó el marido-. No he tenido ninguno durante treinta años.

-Bueno, ya ve usted. -Los ojos de la mujer estudiaban el maquillaje de Kay, las uñas rotas y los hilos sueltos de su chaqueta-. Parece ser que no necesitamos un estilo de vida.

Kay insistió con una sonrisa entusiasta. Un cocker spaniel se sumó al grupo y empezó a olfatear las rodillas de Kay-. ¿Cree usted que últimamente se pone demasiado énfasis en el ocio? Viajes al extranjero, cenas...

-Sí, claro que sí. Se organizan demasiadas cenas. No sé de qué consigue hablar la gente. -Por encima del hombro, contestó al marido-: Cenas, querido.

-No las soporto. ¿Judith?

-Yo he dicho lo mismo.

-¿Qué?

Kay dio un golpecito en la tablilla.

-¿Apoyaría usted una ley que prohibiera las cenas?

-Costaría mucho promulgar una ley de ese tipo, y no se podría hacerla cumplir.

Es una idea muy extraña.

-¿Bailes en los clubes de tenis? ¿Intercambio de parejas? ¿Habría que prohibirlos? ¿O son el opio que mantiene bajo control las clases medias?

-¿Judith?

-Intercambio de parejas, querido. -La mujer me lanzó una mirada nerviosa-. No, no tengo nada contra el intercambio de parejas.

Kay hizo un garabato en la tablilla.

-¿Es usted liberal en temas sexuales?

-Sí. Siempre lo he sido, quizá sin darme cuenta. Ahora...

Kay apartó el spaniel.

-¿Qué postura tiene frente al sexo consentido?

-¿Con el marido? En teoría es una excelente idea. Dígame, ¿quién patrocina esta encuesta?

-¿Y los animales?

-Me gustan mucho, por supuesto.

-¿Necesitan nuestro afecto?

-Sin duda.

-Entonces ¿firmaría una petición para revocar las leyes que prohiben las relaciones sexuales con los animales?

-¿Perdón?

Kay miró al spaniel con una alegre sonrisa.

-Podría hacer el amor con *Bonzo...*

Llegamos a la seguridad de la calle y regresamos al Polo. Kay tiró la tablilla y subió conmigo al asiento trasero. Saludó con la mano hacia la casa mientras pasábamos por delante. El spaniel ladraba, mientras marido y mujer, en la puerta abierta, miraban hacia la grava que habíamos desacomodado.

-Qué pena -reflexionó Kay-. No se quiere follar a *Bonzo.* Pero quizá lo haya pensado.

-¿Qué tal ha ido la entrevista? -preguntó Vera-. ¿No ha habido problemas?

-Ha ido bien. ¿Tú qué dices, David?

-Sorprendentemente bien. No hay duda de que los has hecho reflexionar.

-Ésa es la idea. Provocar. Hacerles comprender que son víctimas. -Se inclinó

hacia adelante y tocó el hombro de Vera-. Para aquí. Sólo será un momento.

Había visto a un propietario en la entrada de la casa, quitando con una manguera el barro de fin de semana del Rolls Royce. Con la tablilla en la mano, bajó del coche antes de que se detuviera. La seguí mientras se alisaba la falda y se acercaba al hombre, que llevaba una camiseta sin mangas y tenía el físico fornido de un constructor próspero.

-Buenas tardes, señor. Todo ese barro en el coche... parece un trabajo reservado a la mujer. Estamos preparando un nuevo producto para el automovilista refinado.

-¿Usted y el padre? -El hombre leyó mi etiqueta de identificación-. Cómo han cambiado. Tanto tiempo de rodillas debe de ser un gran esfuerzo.

-El padre Dexter es un amigo de la familia. Dígame, señor, ¿qué le parece el Barro en Aerosol?

-¿Qué en aerosol?

-Barro. Un barro líquido sintético, convenientemente envasado en un pulverizador. -Kay adoptó la voz cantarína de una demostradora de unos grandes almacenes-. Una manera eficaz de impresionar a la gente en el parking de la oficina el lunes por la mañana. Una rápida rociada en las ruedas y sus colegas pensarán en pérgolas de rosas y en casas de campo con techo de paja.

-Mis colegas pensarán que hay que meterme en el loquero. -El hombre volvió a concentrarse en la manguera-. Es una tontería. No tiene ninguna posibilidad de éxito. Necesitará algo más que la ayuda del padre...

-Kay, por Dios...

La agarré del brazo y la llevé de vuelta al coche. Mientras la empujaba al asiento trasero, ella temblaba de cansancio y de excitación. Al arrancar me apoyó la cabeza en el hombro y se echó a reír a carcajadas.

-«Barro en Aerosol.» David, lo siento, no pude resistirme. Pero piénsalo. Podríamos ganar millones. Es el producto ideal para nuestra época...

Librodot

12. El videoclub

Intercambiamos pareceres ante unos vasos grandes de ginebra en un pub cerca del campo de los Harlequins. Sentada en un taburete junto a la barra, con la falda subida, Kay se desenmarañaba el pelo, segura de que era la presencia dominante en una sala de rugbistas bebedores, hombres maduros que miraban por encima de las cervezas. Nuestra expedición al corazón de la clase media tenía sus aspectos absurdos; sin embargo ella no era consciente de eso. Se estaba introduciendo entre el enemigo: no los residentes, sino las prisiones culturales en las cuales se consumían.

La observé con verdadera admiración, consciente de que nada en el Adler me había preparado para ella. La psiquiatría daba lo mejor de sí misma cuando se ocupaba del fracaso, pero nunca se enfrentaba al éxito. A Kay la movía el entusiasmo del auténtico fanático, un sistema de creencias que se conformaba con un solo converso, ella misma. En muchos sentidos tenía razón. Había que acabar con las convenciones sociales que ataban a la gente a sus prudentes y sensatas vidas.

-Hoy Twickenham, mañana el mundo -anunció Kay después de decirme que pidiera otra ronda-. ¿Vera?

-Estuviste magnífica. -Vera olió la ginebra, apartándose el pelo de la elevada frente y negándose a cruzar la mirada con los jugadores de rugby-. ¿Por qué siempre acuden a la puerta las mujeres? ¿Dónde demonios están los hombres?

-Los hombres están desapareciendo. Sentados en habitaciones insonorizadas, preguntándose qué ha ocurrido. -Kay me palmeó la mejilla-. Quedáis pocos, David.

-Se lo diré a mis amigos ecologistas. Necesitamos protección.

Vera terminó la ginebra, cruzó una mirada con Kay y salió a esperar en el coche. Miré cómo se iba con expresión pétrea por una puerta que sostuvo con falsa galantería un bebedor de cerveza con hombros de pilar.

-Un espíritu temperamental -comenté-. Debe de echar de menos el Ministerio de Defensa. Poder jugar con todas esas armas peligrosas.

-Yo le tengo afecto. -Kay arrancó la primera hoja de la tablilla-. Es muy dulce. Una sociópata calificada. ¿Te contó la historia de su crimen?

-¿La madrastra cruel y el juego de química casero? Me la refregó en la cara.

-Veamos si eres un buen psicólogo. ¿Dice la verdad?

Vacilé, recordando la cómplice sonrisa de satisfacción de Vera.

-Sí.

-Muy bien... Durante un par de días apareció en los periódicos. Después

decidieron no llevarla a los tribunales. Una niña tan peligrosa iba a ser muy útil a la sociedad. -Relajándose por fin, Kay me agarró la mano-. Me alegro de que hayas vuelto. Necesitamos a personas que no estén demasiado condicionadas por pequeños odios.

-No fue fácil. Pero algo ha ocurrido en Chelsea Marina, y yo quiero estar allí.

-No olvides que lo de esta tarde ha sido en cierto modo una farsa; sé que no lo aprobabas. Pero estás más comprometido de lo que crees. -Descendió del taburete y se bajó la falda, sonriendo a los bebedores de cerveza-. Muy bien. Una última visita y después directamente a un baño caliente. Me podrías rascar la espalda, David...

Arrancamos con Vera al volante por las calles nocturnas. Twickenham se había convertido en una zona residencial televisiva, con pantallas azules que brillaban en los salones y los dormitorios de los chalés, donde las adolescentes se preparaban para ir a los clubes. Pasamos por delante de un pequeño supermercado que proveía a toda una zona residencial y estacionamos en una vía de acceso a treinta metros de un videoclub.

El supermercado había cerrado, y los últimos clientes se iban en sus coches. Kay esperó hasta que nos quedamos solos en la vía, abrió la bolsa deportiva y sacó tres cintas de vídeo.

-David, hazme un favor. Estoy hecha polvo. Devuelve esto en mi nombre.

-Por supuesto. -Abrí la puerta y miré los vídeos a la luz de la calle-. *Independence Day, Diva, Armagedón...* No son tu tipo de película. De todos modos, son cintas vírgenes.

-Las saqué la semana pasada. Estoy escribiendo un artículo para *Sight and Sound* sobre las carátulas de los vídeos. Déjalas en el estante.

-¿Qué pasa si me ve el empleado?

-Dile que las encontraste en el supermercado. -Kay me empujó para que bajara del coche-. Los chicos las roban constantemente. No mires a la cámara de seguridad.

En el videoclub reinaba el silencio. Detrás del mostrador estaba sentado un joven veinteañero, absorto en la pantalla del ordenador. Dando la espalda a la cámara de vigilancia, metí las películas de ciencia ficción en uno de los estantes principales y fui hasta el modesto muestrario de películas extranjeras con la cinta de *Diva* debajo de la chaqueta.

Recorrí con la vista la hilera de clásicos de Truffaut, Herzog y Fellini, y pensé en la gran afición por el cine que nos había unido a Laura y a mí. Revisábamos los programas del National Film Theatre, buscando algún oscuro director portugués o coreano. Trágicamente, Laura había vivido sus últimos momentos en un vídeo de un aficionado, y se me ocurrió que podría tratar de localizar al propietario de la videocámara.

-Dios mío, ¿qué...?

Sentí una punzada en las costillas lastimadas debajo del brazo. Un calor feroz me

quemaba el pecho y de mi chaqueta empezó a salir humo, un asfixiante vapor de hidrocarburo. A tres metros de distancia, una nube hollinosa brotaba del estante donde había dejado la cinta de *Armagedón.* Hubo un fogonazo de luz de magnesio, un destello de intenso calor.

La cásete que llevaba debajo de la chaqueta humeaba. La arrojé al suelo y retrocedí cuando empezó a escupir y a encenderse. Mientras trataba de encontrar la puerta hubo una segunda explosión en los estantes. Un fuerte humo llenó la tienda y nubló las luces de arriba, débiles luciérnagas en un apagón. El joven empleado pasó corriendo a mi lado, tapándose la boca con las manos. Encontró la puerta y, tropezando, salió a la noche.

Un hombre alto con casco de motorista entró tambaleándose en la nube de humo, protegiéndose los ojos de los estallidos luminosos. Al verme me aferró por los hombros con manos fuertes.

-¡Markham! ¡Salga!

Traté de taparme la cara y sentí que el hombre me llevaba hacia la puerta. Con mejor luz, reconocí la mancha blanca de un alzacuello.

-¿Dexter? Busque el extintor... Llame al 999.

-¡Vamos!

El humo alquitranado, una nube densa y oscura, salía a la calle. El clérigo soltó mi chaqueta y corrió hacia la vía de acceso, envuelto en el humo que salía de su ropa de cuero. Hizo señas con las manos y el Polo de Kay avanzó con rapidez hacia él con Vera al volante. Esperé a que el coche se detuviera, pero aceleró alejándose, haciendo que Dexter cayera de rodillas.

Le ayudé a levantarse y lo seguí al trote. Las luces traseras del Polo, dos manchas de sangre, viraron adentrándose en la oscuridad, hacia el puente Richmond. El clérigo se apoyó en mí, jadeando a través de la flema que le llenaba la boca. Se levantó la visera y tragó a bocanadas el aire nocturno. A la intensa luz de magnesio vi su cara intranquila y la mueca de ira que le dejaba a la vista el agujero del diente. Siguió con la mirada el Polo hasta que desapareció, y comprendí que Kay Churchill siempre había pensado abandonarme.

Librodot

13. Un neurocientífico mira a Dios

Chelsea Marina estaba tranquilo cuando regresamos en la Harley de Stephen Dexter. Cerca de la casa del guarda un agente de policía ordenaba el tráfico de King's Road y observaba con atención a los residentes que paseaban hacia los restaurantes de la zona. Esperaba ver algunos piquetes incondicionales, un candente brasero de coque y una lata para donativos navideños. Pero habían cambiado la fecha de la revolución para un momento más conveniente. Los rebeldes de clase media valoraban su tiempo libre, y programarían el ataque a las barricadas entre asistencias a conciertos y al teatro y los placeres de los mariscos frescos.

Dexter saludó al policía, que nos invitó por señas a entrar en la urbanización. Iba a amonestarme por no llevar casco, pero nos dejó pasar, sin duda suponiendo que yo era una nueva adquisición que engrosaría el rebaño del pastor, rescatado de la calle y transportado a una vida más digna por el sagrado mensajero.

Me sacudí con la mano los últimos restos de vapor hollinoso y me di cuenta de que me alegraba ver al policía. El esfuerzo de Kay por sabotear la cultura bien podía haber acabado en un desastre. Stephen Dexter y yo apenas habíamos podido escapar. La Harley estaba estacionada en un callejón sin salida a cien metros del videoclub. Haciendo arcadas sobre los guantes de cuero, Dexter puso en marcha el suave motor norteamericano. Miramos cómo llegaban los coches de bomberos y apuntaban con las mangueras a la furiosa llamarada de magnesio. En la calle había miles de casetes, humeando bajo las luces de arcos voltaicos, mientras las cintas se desenrollaban entre los cristales rotos.

Salimos hacia el puente Richmond antes de que la policía advirtiera nuestra presencia. Reclinándome en el asiento trasero, dejé que el aire nocturno me diera en el cuerpo y se llevara toda la ira y el pánico. Nunca había confiado en Vera, pero Kay había sido mucho más despiadada de lo que esperaba. En vez de salir en seguida, yo había permanecido en el videoclub, pensando en Laura y las noches en el NFT. Al no volver al coche, Kay había ordenado a Vera que arrancara y me dejara con mis recuerdos.

Atravesamos Chelsea Marina y nos detuvimos en Nelson Lane, una hilera de casas que dan sobre un dique de madera. En el embarcadero había dos yates amarrados juntos, como amantes que hubieran buscado un refugio. Al lado de la última casa de la calle se veía una pequeña capilla, cuyas modestas dimensiones reflejaban con exactitud las necesidades espirituales de Chelsea Marina.

Al otro lado de la calle estaba aparcado un escarabajo blanco con las luces de posición encendidas, y Joan Chang saludó con la mano desde la ventanilla del conductor. Se quitó los auriculares del walkman y sonrió a Dexter, contenta de verlo regresar; entonces arrancó el motor y el coche se puso en marcha con un estruendo.

El pastor observó cómo se marchaba, sonriendo desoladamente entre los gases de escape, tocando nerviosamente los mandos de la Harley.

-Markham, ¿va a entrar?

-Gracias. Le aceptaré un trago.

-Uno grande, ¿verdad? Creo que se lo ha ganado.

Esperó a que yo bajara de la moto, pero no se lo veía muy impaciente por invitarme a su rectoría. Mientras apagaba la Harley dejó que contemplara el puerto deportivo. Yo suponía que él había sido la persona que Kay había puesto de guardia en el videoclub, y que ahora su trabajo consistía en señalar mi torpe comportamiento.

Con el casco en la mano, caminó delante de mí hacia la casa. En el estrecho vestíbulo me notaba el olor del humo acre en la ropa.

-Qué cosa más diabólica -comenté-. El tipo de material que usan los destructores.

-Sí. Vera Blackburn trabajó para el Ministerio de Defensa. Si por ella fuera, habría metido cargas de profundidad en toda la calle.

La sala de estar era una celda con pocos muebles. El escritorio y el sillón de cuero habían sido empujados contra las paredes, y una cama de campaña ocupaba el centro de la habitación, dentro de una tienda baja de lona. Sobre la alfombra había una cocina de camping, junto con una pequeña selección de latas y cajas de cereales. En una estructura metálica se aireaba una casulla y en una mesa plegable de patas de madera había himnarios y misales, un calendario de adviento infantil y un ejemplar de una publicación de la BBC, *Un neurocientífico mira a Dios,* el libro de la serie de televisión en la que yo había colaborado. Apoyada en la almohada caqui de la cama de campaña había una fotografía enmarcada del padre Dexter con sotana negra y gafas de piloto, posando junto a un biplano Steerman estacionado cerca de una pista de aterrizaje en la selva. Con él estaban un cacique de la aldea, su mujer filipina y cuatro hijas sonrientes.

El resto de la casa -el vestíbulo, el comedor y lo que veía de la cocina- estaba intacto y en apariencia deshabitado. Comprendí que el clérigo acampaba en su propia casa, como si en una renuncia parcial al mundo hubiera decidido privarse de las comodidades de los sillones, los colchones de muelles y las cocinas eléctricas. Con aquella cama plegable, la cocina de camping y la tienda, se recordaba que su misión en Chelsea Marina era temporal.

Esperó mientras yo me adaptaba a ese extraño escenario. Vestido con las botas de remaches metálicos y la ropa de cuero de motorista, a primera vista parecía un hombre tremendamente seguro de sí mismo. Pero su expresión era cetrina y distraída, y miraba hacia la calle con el aire inquieto de un fugitivo que espera que en cualquier momento llegue la policía a derribarle la puerta. Me preguntaba cómo se habría asociado con Kay Churchill, receta perfecta para un ataque de nervios.

Yo estaba preparado para pedirle cuentas por la acción de esa noche, y preguntarle por qué habíamos destruido el videoclub. Nuestra misión por la clase media había terminado en vandalismo sin sentido. Pero él se metió en la tienda y salió con una botella de vino español y dos copas.

-Aquí tiene. -Me llenó la copa, mirando cómo el líquido subía hacia el borde-. Tendría que haberlo dejado junto a la casa del guarda. Antes de conducir necesita usted descansar.

-Me iré en taxi. Aún me siento débil.

-Por supuesto. ¿Pasará por casa de Kay?

-¿Me espera?

-Supongo que sí. Un poco de ira estimula las glándulas. Dicen que es una amante interesante.

-Entonces me perderé algo bueno. Un acto de traición por noche es suficiente.

-¡Bien hecho!

Traté de mantener firme la copa en la mano. Todavía temblaba de tensión y de miedo, como si hubiera cambiado de personalidad y fuera ahora un terrorista aficionado.

-Entonces... -Tomando un sorbo de vino, esperé a que se me calmara el pulso-. ¿Cree que fue una misión satisfactoria?

-Estoy seguro de que eso es lo que Kay piensa.

-Me alegro. Podría costarme un año de cárcel. A usted también.

-Más tiempo. -Dexter miró el polvo acumulado en los estantes vacíos-. Todos tenemos condenas anteriores.

-Causamos daños por valor de miles de libras. -Levanté la voz, molesto por la pasividad de ese musculoso clérigo-. Las mangueras de incendios deben de haber destruido todo lo que había en la tienda.

-Y las cámaras de seguridad. Al menos nadie sabrá que usted estuvo allí. Las películas no valen mucho, pero le entiendo.

-Dígame, ¿cómo explica todo esto a su obispo?

-No se lo explico. Un párroco tiene un amplio margen de discreción.

-¿Discreción? Un concepto práctico. ¿Usted puede ajustar las cuentas con su... conciencia?

-Una palabra que su profesión no emplea muy a menudo. -Dexter sonrió por primera vez-. ¿Ha notado cómo fluctúan los vocabularios para hacer frente a nuestra necesidad de justificarnos?

-Dexter... -Irritado por eso, dejé de golpe la copa en la repisa-. Ustedes me han utilizado para cometer un delito.

-No exactamente... -Dexter trató de calmarme, mirando por la ventana para ver si mi explosión había alcanzado el otro lado de la calle-. Yo suponía que eran artefactos de humo, no incendiarios. Además, ni siquiera estaba seguro de que usted aparecería.

-¿No era usted el centinela?

-No. Yo actuaba por cuenta propia. Kay todavía no sabe que yo estaba allí. Me dijo que había planeado una acción en el videoclub. Pensé que usted estaría implicado y que podría necesitar ayuda.

-La necesité. -Me controlé y dije-: Me alegro de que estuviera allí. Pero ¿para qué arriesgarse por mí? Yo no soy más que un aficionado. Podrían haberme arrestado.

-Kay quería que lo arrestaran. -Dexter terminó la copa de vino y miró la botella que estaba en el suelo, entre nosotros-. Todavía no sabe bien quién es usted, ni por qué está aquí. Acostarse con usted no le aclararía todas esas cosas. Si le dieran un año de cárcel, quedaría demostrada su lealtad.

-¿No es un poco cruel?

-Lo habría visitado en Wandsworth. -Levantó una mano antes de que yo pudiera responder-. Aquí ocurren cosas que hay que observar. En un nivel, todo es bastante absurdo, pero hay un lado más oscuro. Kay es una mujer extraordinaria, pero está atrapada en una escalera mecánica de expectativas personales. Hay quienes se aprovechan de eso. Gente potencialmente peligrosa.

-¿Como Vera Blackburn? ¿Y ese doctor Gould? Eran mechas de magnesio. Pueden derretir el acero. No sé cómo se justificaría a usted mismo haber dejado a un niño.

-No podría hacerlo. Fue imperdonable.

-Yo debería acudir a la policía. De hecho, lo estoy pensando seriamente.

-Tiene razón. Yo no haría nada para impedírselo. Declararía encantado como testigo de cargo.

-Entonces ¿por qué participa en todo esto? Usted está involucrado en delitos graves.

Dexter bajó la cabeza y miró fijamente la cama de campaña y la tienda, su refugio de aquella inhóspita rectoría.

-Chelsea Marina es mi parroquia. Si yo fuera pastor en Cornualles en el siglo XVIII y descubriera que todos los habitantes del pueblo se dedicaban a hundir barcos, sería un error mantenerse al margen. Tendría que sumarme a ellos.

-¿Se subiría a las rocas y haría señas con un farol?

-Espero que no. Pero por lo menos me aseguraría de que los supervivientes no fueran asesinados o arrojados de nuevo al mar.

-¿Y es eso lo que hacen en Chelsea Marina? ¿Encerrando al director de la inmobiliaria en su oficina? El pobre hombre estaba muy asustado.

-No sienta lástima por él. Aquí la gente puede ser de clase media, pero no es mucho más que mano de obra barata.

-¿El «nuevo proletariado»? ¿Provisto de colegios privados y BMW?

Librodot

-Hay auténtica preocupación. Muchas familias están desesperadas. Escuchan a Kay y a Richard Gould y empiezan a cuestionar su propia vida. Ven que los colegios privados lavan el cerebro a sus hijos para lograr una especie de docilidad social, para convertirlos en una clase profesional que dirigirá el espectáculo del capitalismo de mercado.

-¿El siniestro Gran Hermano?

-No hay ningún Gran Hermano. El sistema se regula de manera automática. Depende de nuestro sentido de responsabilidad civil. Sin eso, la sociedad se derrumbaría. De hecho, puede haber empezado a derrumbarse.

-¿Aquí, en Chelsea Marina?

-No, eso empezó hace años. -El cura estaba junto a la ventana, mirando un helicóptero de la policía que patrullaba el río, alumbrando con el reflector los silenciosos bloques de oficinas-. Todos esos movimientos de protesta: «Recupera las calles», «Salva el campo», las manifestaciones contra los alimentos transgénicos y la Organización Mundial del Comercio. Causas dignas, pero parte de una revolución de las clases medias que empezó hace cuarenta años con la Campaña pro Desarme Nuclear. Lo que está ocurriendo ahora es la fase final: la renuncia a la responsabilidad civil. Pero usted ya lo sabe; por eso está aquí.

-No exclusivamente. Estoy investigando la bomba de Heathrow. Mataron a mi mujer.

-Su mujer, es cierto. Una terrible tragedia. Una locura total.

-Mi primera mujer. -Molesto conmigo mismo por el lapsus, dije-: Volví a casarme y soy muy feliz. Pero necesito descubrir quién puso la bomba en la cinta de equipajes. Siento una especie de deuda, de obligación moral, como si una parte de mí estuviera allí, en la Terminal 2. ¿Padre...?

El clérigo me había dado la espalda, y miraba a la oscuridad por encima del puerto deportivo, un pozo vacío. Tenía el rostro pálido y casi exangüe, los ojos fijos como un deudo en un funeral, tratando de no mirar la tumba que espera a sus pies. Se tocó la cicatriz de la frente, como si tratara de apagar una señal luminosa.

-Lo siento. -Se recuperó y se tocó el alzacuello-. Pensaba en Heathrow. Cuesta comprenderlo. Estoy seguro de que la policía encontrará a quienes colocaron la bomba.

-Nadie lo ha reivindicado. Había una pancarta de protesta en el servicio de hombres, una especie de invectiva contra los viajes.

-Entiendo. Usted está pensando en Kay y Joan en el juzgado de Hammersmith. No hay ninguna relación, créame.

-Lo acepto -dije-. De todos modos, existen señales de violencia en el ambiente. Algo más que palabras.

Dexter sacudió la cabeza, contando con un dedo las latas que había alrededor de la cocina de camping.

Librodot

-El ataque de esta noche al videoclub no ha sido típico. La violencia fue erradicada de entre las clases medias, hace años.

-¿Eso incluye a Richard Gould, que estuvo implicado en un caso de incendio, prendiendo fuego a unos grandes almacenes que había construido su padre?

-¿Lo encontró en su página web? Internet es nuestro confesionario. Era un niño, un adolescente con problemas. -Sin levantar la cabeza, para evitar mi mirada, el clérigo me agarró del brazo y me condujo al vestíbulo-. David, necesitamos dormir, y tiempo para pensar. Mucho tiempo. No le cuentes a nadie lo del videoclub. No te estoy echando, pero tengo que preparar un sermón.

-Me alegro. -Delante de la puerta, señalé la capilla oscurecida. Tenía las puertas cerradas con candado, y en los escalones se había acumulado una pila de panfletos-. ¿No dices misa en Chelsea Marina?

-Hemos tenido problemas con el techo. -Hizo un vago ademán-. Y de otro tipo. A veces hago de suplente en la iglesia de St. James, Piccadilly.

-Kay Churchill cree que has perdido la fe.

Dexter me rodeó los hombros con un brazo fuerte. Más cómodo en la oscuridad, levantó la barbilla para mirar hacia la calle silenciosa. Sabía que yo estaba tratando de provocarlo, pero había recuperado la confianza.

-¿La fe? Diría que me la han sacado a golpes. Los agnósticos dan mucha importancia a la fe. No es lo que tú crees... ¿quién sabe? Es mucho más importante el mapa que uno hace de sí mismo. Mi mapa tenía toda clase de defectos. Un terrible accidente me hizo zozobrar durante un tiempo...

-¿En las Filipinas?

-Mindanao. Me desorienté y aterricé en una pista controlada por guerrilleros del lugar. Durante dos semanas me dieron todos los días una buena paliza. Decían que me estaban convirtiendo al islam.

-¿Resististe?

-No mucho tiempo. -Se tocó la cicatriz de la frente-. Pensé en volver a trabajar como maestro de escuela, pero mi deber está aquí. El malestar social siempre produce gente peligrosa. Personas que usan la violencia extrema para explorarse, así como algunas personas usan el sexo extremo.

-¿Kay Churchill?

-Kay no. Es demasiado generosa consigo misma.

-¿Y Vera Blackburn?

-Es más problemática. La estoy vigilando.

-¿Y el doctor Gould?

Dexter se apartó y miró al agua oscura del puerto deportivo.

Librodot

-¿Richard? Es difícil decirlo. Está ante un enorme peligro: él mismo.

Antes de que nos separáramos, dije:

-Una última pregunta. ¿Por qué los jueces no nos metieron en la cárcel? Kay, Vera, tú y yo, todos los demás. El Ministerio del Interior debe de estar enterado de lo que pasa.

-Lo está. Nos dejan ir a nuestro aire. Quieren ver adonde lleva todo esto. Nada los asusta más que la idea de una revolución de la verdadera clase media...

Miró cómo me alejaba, con el rostro preocupado oculto en las sombras, y después regresó a su refugio nada protector.

Librodot

14. De Guildford a la Terminal 2

Sally arrojó los bastones al suelo y cruzó la habitación a grandes zancadas, horrorizada por mi aparente indiferencia.

-¡David! Podrías ir a la cárcel...

-Es posible. Pero no te preocupes. Lo más probable es que esté fuera de toda sospecha.

-Esa gente está totalmente loca. No te acerques a ellos.

-De acuerdo. Lo único que hice fue pasar con ellos una tarde.

-¿Una tarde? Incendiaste Twickenham.

-Eso suena como un cuadro de John Martin. *Twickenham en llamas.* El estadio ardiendo, la pista de tenis quemada, las piscinas empezando a hervir... eso sí que sería el fin del mundo.

-David... -Cambiando de estrategia, Sally se sentó en el brazo de mi sillón. Dormía cuando llegué a casa, pero durante el desayuno le conté mi bautismo como terrorista de Chelsea Marina. No dijo nada, mirando con el ceño fruncido su tostada. Durante una hora pensó en el tema y después intentó por todos los medios hacerme entrar en razón. Como de poco servía la indignación ante su imbécil marido, pasó a los mimos. Me agarró la cabeza entre las manos-. David, estás demasiado involucrado. Pregúntate por qué será. Esa gente, por algún motivo, te ha dominado. ¿Destrozos, vandalismo, bombas incendiarias? En las zonas residenciales, los vídeos son objetos casi sagrados. Provocar explosiones... es casi inconcebible.

-Bombas de humo. El fuego fue un accidente. Las mechas eran demasiado potentes... no sé por qué.

-¿Por qué? Porque quien las puso estaba drogado. -Sally hizo una mueca al recordar su propia adicción a los calmantes en el hospital-. Eso es Chelsea para ti. Como el grupo de mi madre en los setenta. Lesbianas, heroína, tiendas de ropa rara abiertas todo el día, personas estrafalarias que simulaban ser estrellas de la música pop. Siempre hay que evitar Chelsea.

-Fulham, querrás decir. Nada de drogas duras y la ética del trabajo protestante a toda marcha. Mandos medios, contables, funcionarios. Les han dado una patada en su carrera hacia el ascenso y ven alguaciles por todas partes.

-Tendrían que estar en Milton Keynes. -Sally me alisó el pelo, tratando de invocar mis rasgos de respetabilidad. La excitación del día anterior me había dejado el pelo de punta como un mohawk-. Chelsea, Fulham... tú, David, eres del norte de Londres. Tú eres de Hampstead.

Librodot

-¿Socialismo a la antigua? ¿Psicoanálisis y erudición judía? Yo no soy eso. La gente de Chelsea Marina te gustaría. Tiene pasión. Detesta la vida que lleva y está haciendo algo para cambiarla. La Revolución francesa empezó por obra de la clase media.

-¿Revolución? ¿Atacar un videoclub?

Tomé sus manos y miré las líneas de la vida, rutas de tiempo que se prolongaban sin fin, todavía encallecidas por las empuñaduras de los bastones.

-Olvídate del videoclub. Lo interesante es que protestan contra ellos mismos. No hay ningún enemigo ahí fuera. Saben que *ellos mismos* son el enemigo. Kay Churchill piensa que Chelsea Marina es un campo de rehabilitación a base de trabajos forzados, como los que tienen en Corea del Norte, actualizado con BMW y seguros médicos privados.

-Me parece que esa mujer está loca.

-Un poco, sí. Es algo premeditado. Se está dando cuerda, como un niño con un juguete, viendo hasta dónde podrá llegar. Esas casas grandes de Twickenham fueron una revelación. Gente civilizada, perros de caza, pero cada una de esas viviendas era un escenario. Lo único que hacen es habitar el decorado. Me recordaron a la casa de mi abuela en Guildford.

-Allí fuiste feliz. -Sally me pellizcó la oreja, tratando de despertarme-. Piensa en la alternativa: armar jaleo con tu madre, dormir en camas extrañas del norte de Oxford, fumar marihuana a los ocho años, beber whisky con R. D. Laing. Nunca habrías llegado a ser psicólogo.

-No lo hubiera necesitado.

-Exacto. Habrías sido un arquitecto de Chelsea Marina. Irías a cenas a casitas elegantes y tus preocupaciones serían el Volvo y pagar el colegio. Al menos las cosas te van bien.

-Gracias a tu padre.

-Eso no es cierto. Nunca te ha caído bien.

-Sally, no lo neguemos. No me gustaría que tuviéramos que depender de mi sueldo del Adler. La mitad de nuestros ingresos proviene de los anticipos que paga su empresa. Es una bondadosa manera de ayudarte sin que yo pierda la dignidad.

-Haces trabajos importantes para él. Ese problema de estacionamiento en la fábrica de Luton. Lograste que los ejecutivos caminaran más que cualquier otro.

-Sentido común. El trabajo más útil que hago para tu padre es hacerte feliz. Para eso me paga. Para él no soy más que un asesor con pretensiones y un asistente médico.

-¡David! -Sally, más que escandalizada, estaba desconcertada. Me miró como una niña de diez años que encuentra una araña en el cajón de los calcetines-. ¿Es así como ves nuestro matrimonio? Por eso te gusta tanto Chelsea Marina.

-Sally...

Librodot

Traté de agarrarle la mano, pero nos interrumpió el timbre. Soltando tacos entre dientes, Sally fue hasta el vestíbulo. Yo me quedé sentado en el sillón, mirando la casa que me rodeaba, un regalo de la madre de Sally que me recordó el papel que el dinero desempeñaba en mi vida, el dinero de otros. Como había advertido Sally, yo me sentía cada vez más cerca de los residentes de Chelsea Marina, de la irresponsable profesora de cine y el evasivo sacerdote de la Harley y su novia china. Me gustaba la manera franca con que se miraban y arrojaban por la borda todo el equipaje inútil.

Demasiados elementos básicos de mi vida eran equipaje de otros que yo me había ofrecido a llevar: las degradantes peticiones de los gerentes de mi suegro, las reuniones del comité durante el año en que fui miembro del consejo de un reformatorio en Hendon, el cuidado de mi anciana madre, a quien cada vez quería menos, la aburrida recaudación de fondos para el Adler, poco más que un gancho para captar clientes empresariales.

Llegaban unas voces desde la acera. Me levanté del sillón y fui a la ventana. Henry Kendall estaba junto a su coche con una maleta en la mano. A su lado tenía un policía uniformado, que miraba hacia la casa mientras hablaba con Sally. Sin pensarlo, di por supuesto que venía a arrestarme y que había invitado a Henry, un colega cercano, para facilitar mi entrega. En la maleta estarían las pocas pertenencias que me permitirían llevar a la comisaría.

Me quedé detrás de las cortinas. El corazón me saltaba en el pecho como un animal enjaulado. Tuve la tentación de salir corriendo, de atravesar el jardín y refugiarme en el santuario de Chelsea Marina. Pero me calmé y caminé rígido hasta la puerta.

Henry me saludó afablemente. Almorzábamos con frecuencia en el comedor del Instituto, pero noté que tenía muy buen aspecto. La ojerosa figura que había visto delante del Ashford Hospital había sido sustituida por un psicoanalista muy seguro de sí mismo y un arribista de cuidado con los ojos puestos en el asiento del profesor Arnold. Se había vuelto más condescendiente conmigo y al mismo tiempo más desconfiado, convencido de que mi interés por Chelsea Marina ocultaba un proyecto propio.

El policía había regresado al coche y se había sentado en el asiento del pasajero; miraba una carpeta con el emblema del Adler. Henry y yo caminamos juntos por la acera.

-El superintendente Michaels -explicó Henry-. Lo acompaño al Ministerio de Defensa. Trabaja en el caso de Heathrow.

-Creí que venía a arrestarme. -Sonreí con demasiada facilidad-. ¿Se ha avanzado algo?

-¿Extraoficialmente? No. Es un crimen casi sin sentido. Nadie lo ha revindicado y no hay ningún móvil aparente. Lo siento, David. Los dos debemos a Laura la solución del caso.

-¿Y qué pasó con los fragmentos de la bomba? Algo dirán.

Librodot

-Es curioso. Se detectaron detonadores del Ejército Británico de tipo muy secreto. Los que se usan en operaciones clandestinas. Nadie entiende cómo los consiguió la persona que puso la bomba.

Saludé con la mano a Sally, que estaba en la puerta y sonreía cada vez que Henry la miraba. Sin pensarlo, dije:

-Anoche hubo una bomba en Twickenham.

-¿Oíste la noticia? En el informativo del desayuno no dijeron nada. -Henry me clavó la mirada, un perro señalando un ave escondida-. Creen que ha sido una travesura de la gente del rugby. Es rara la cantidad de pequeños incidentes como ése que hay: la mayoría de los «incendios» que uno encuentra en los periódicos son en realidad ataques con bombas. Muchos de los objetivos son de lo más curiosos.

-¿Cines de los barrios residenciales, McDonalds, agencias de viajes, escuelas privadas de educación primaria...?

-No te equivocas. -La barbilla de Henry subió aún más, y me miró con desdén-. ¿Tienes algún contacto en Scotland Yard?

-No. Eso... se respira en el ambiente.

-Es evidente que tienes buen olfato para todo lo subversivo. -Henry me entregó la maleta-. Unas pocas cosas de Laura. He estado despejando la casa con su hermana. Artículos que escribisteis juntos, un par de libros que le regalaste, fotografías de congresos. Pensé que te gustaría tenerlas.

-Bueno...

Acepté la maleta, sorprendido de lo liviana que parecía, los documentos de una relación de diez años, los últimos actos del matrimonio y del recuerdo. Con ella en la mano, ante la mirada de Henry, tuve la impresión de que aumentaba de peso.

Sally bajó por las escaleras usando los bastones para complicar la operación, señal inequívoca de que estaba a punto de tomar una decisión importante. Henry y yo la esperamos, pero nos dejó en la acera y bajó a la calle, caminando trabajosamente alrededor del coche. El superintendente Michaels la vio por el espejo retrovisor y sacó la mano para parar un taxi que se estaba acercando. El policía trató de bajar, pero Sally se apoyó en la puerta del pasajero con los codos en el techo.

-¿Sally? -Henry la esperó, olvidándose de nuestra conversación, y sacó las llaves del bolsillo-. ¿Quieres que te lleve?

Ella hizo como si no lo oyera y miró por encima del techo del coche, apuntándome con la mirada mientras yo sostenía la maleta llena de recuerdos de mi primera mujer. Comprendí que iba a denunciarme al superintendente Michaels y contarle mi participación en el incendio del videoclub. Me miró sin sonreír, como si estuviera revisando toda nuestra vida compartida en la bruñida celulosa del coche de Henry, más ancho que el Helesponto.

Desconcertado por la presencia de ella junto a su codo, el superintendente abrió

Librodot

la puerta como pudo y le dijo algo. Sally vio su sonrisa de preocupación y oí que se disculpaba por no invitarlo a un trago. Se saludaron con la mano mientras el coche se ponía en marcha.

Más tarde, en la cocina, miré cómo Sally se tomaba una pequeña copa de jerez, oliendo nerviosamente el volátil fluido. Su cara parecía más afilada, y por primera vez vi en ella a la mujer mayor, menos consentida y menos segura de su marido y del mundo.

-Sally... -dije con calma-. El superintendente... Tú ibas a...

-Sí. -Removió el jerez con el dedo-. Lo pensé.

-¿Por qué? Me habría arrestado en el acto. Si el caso llegara a los tribunales, probablemente terminaría en la cárcel.

-Exacto. -Sally asintió sabiamente, como si ésa fuera la primera cosa sensata que yo había dicho-. Y si sigues con esa tontería de Chelsea Marina seguro que terminarás en la cárcel. Por mucho tiempo, si alguien muere. Yo no quiero que eso ocurra, y quizá éste es el momento de parar.

-No ocurrirá. -Atravesé la cocina con la intención de abrazarla, y me di cuenta de que seguía con la maleta de Laura en la mano-. Créeme, se ha acabado.

-No, no se ha acabado. -Cansada, Sally apartó la copa-. Mírate. Los pelos de punta, magulladuras en la cara, esa vieja maleta. Pareces un inmigrante ilegal.

-En cierto modo lo soy. Qué extraña idea. -Dejé la maleta en una silla y me volví confiado hacia Sally-. He visto todo lo necesario. Chelsea Marina quizá no tenga ninguna relación con el ataque de Heathrow. Funcionan en niveles diferentes.

-¿Estás seguro? Esas personas son aficionados y no tienen idea de lo que hacen. De todos modos, tú no vuelves a Chelsea por la bomba de Heathrow.

-¿No? Entonces ¿por qué vuelvo?

-Has encontrado allí alguna pista. Crees que ésta lleva a una nueva personalidad que estás buscando. Quizá necesites encontrarla. Por eso no le conté nada al superintendente.

Aparté la copa de jerez y apreté sus manos contra la mesa.

-Sally, no hay ninguna pista y no hay nada que buscar. Soy feliz aquí, conmigo y contigo. La gente de Chelsea Marina no puede hacer frente a sus deudas. Está harta de sí misma y se desquita con algunas dobles líneas amarillas.

-Averigua por qué. Ése es el mundo en el que vivimos: la gente está dispuesta a tirar bombas para conseguir parking gratuito. O por nada. David, todos estamos aburridos, mortalmente aburridos. Somos niños a los que han dejado demasiado tiempo en un cuarto de juegos. Después de un rato tenemos que empezar a romper los juguetes, incluso los que nos gustan. No creemos en nada. Hasta ese cura volador que has conocido parece haber vuelto la espalda a Dios.

Librodot

-¿El padre Dexter? No le ha dado la espalda, pero guarda las distancias. Aunque cuesta saber qué, en su mente hay algo.

-En la tuya también. -Sally puso la copa de jerez en el fregadero. Me sonrió animosamente, el mismo gesto alentador que le había visto en la sala de ortopedia, dándome ánimos como se los había dado a ella misma para caminar-. Averigua qué es, David. Sigue la pista. De Guildford a la Terminal 2. En algún lugar del camino te encontrarás a ti mismo...

Librodot

15. El almacén de sueños

La rebelión del nuevo proletariado había comenzado, pero ¿era yo amigo o enemigo? Sorprendido de mí mismo, ayudé a meter a los guardas de seguridad esposados en el despacho del director y traté de protegerlos de las botas que les apuntaban a la cara. Kay Churchill me agarró cuando tropecé con la maraña de piernas. Me hizo rodear el escritorio y me sentó en la silla del director.

-David, decídete.

-Ya lo he hecho. Kay, estoy con vosotros.

-Por una vez, tienes que controlarte. -Aquellos ojos grandes con las pupilas excitadas me miraban por las aberturas del pasamontañas-. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

-Me quedo junto a la taquilla hasta que todo el mundo salga. Me aseguro de que las puertas estén cerradas con llave y no dejo entrar a nadie. Kay, lo he ensayado todo.

-Bien. Ahora basta de ensayar. Ha llegado el momento de la verdad.

Vera Blackburn, fría y desconfiada con su mono azul, estaba en el pasillo, esperando a que los equipos de asalto llegaran a los puestos de demolición. Levantó hacia mí una mano enguantada con la palma hacia arriba y la cerró con fuerza, como si me estrujara los testículos.

-Muy bien... -Kay vaciló, pero pronto se restableció. Se ajustó el pasamontañas, suministrado, lo mismo que los monos de la unidad de arresto y el gas lacrimógeno, por un policía de Surrey ex amante de Vera. Planificada en la sala de estar de Kay, discutida ante interminables botellas de vino búlgaro, la acción contra el National Film Theatre había prometido ser poco más que una broma estudiantil. Yo no estaba preparado para la cruel violencia de aquellos saboteadores de clase media. Tentado de llamar a la policía, me había retrasado cuando gasearon y aturdieron a los tres guardas de seguridad.

Dos de los guardas eran pluriempleados estudiantes de cine de la City University. Estaban tendidos boca abajo, tosiendo una flema verde sobre la alfombra del director. Los dos lloraban, como si les impresionara encontrarse en un drama brutal sacado de las películas de gángsters que tanto veneraban.

El tercer guarda era un profesional de una empresa de seguridad, un hombre de cincuenta años con los hombros anchos y el pelo al rape de un gorila de club nocturno retirado. Había estado sentado en el despacho de al lado, observando las pantallas de las cámaras de vigilancia, cuando Vera Blackburn llegó silenciosamente por detrás. El hombre recibió la rociada de gas lacrimógeno directamente en la cara, pero se resistió y arrancó el bote de las manos de Vera. Ella dio un paso atrás, asombrada por esa muestra de ingratitud, sacó la porra y lo derribó de un golpe. Ahora el hombre yacía a

Librodot

mis pies en el despacho del director, perdiendo sangre por el cuero cabelludo, mirando con ojos desenfocados al cielo raso.

-Kay... -Me arrodillé junto al guarda y le busqué el pulso entre la sangre y el vómito-. Este hombre necesita ayuda. Debe haber un botiquín de primeros auxilios.

-¡Más tarde! Tenemos que movernos.

Me tiró una chaqueta de la empresa de seguridad sobre los hombros y me metió a la fuerza los brazos por las mangas; después me empujó hacia el pasillo. En la sala de cámaras, Joan Chang arrancaba casetes de vídeos de vigilancia y los arrojaba en una bolsa de lona. Estaba pálida de miedo, pero se volvió y me indicó con un vigoroso movimiento de pulgares que todo iba bien.

Las puertas del pasillo se abrieron al entrar en el NFTI dos miembros del equipo con monos. Jóvenes abogados vecinos de Kay que llevaban portafolios con las cargas incendiarias y los temporizadores. Caminaban al mismo ritmo, y entraron en el silencioso auditorio como cobradores de la mafia.

Cuando llegamos al vestíbulo del NFT, Kay se detuvo para orientarse. Las altas puertas de cristal dejaban la zona de la taquilla expuesta a la noche de cemento del complejo de South Bank. Una vía de acceso comunicaba el NFT con el parking de Hayward Gallery por debajo de las escaleras y pilares de aquel bunker cultural. Una furgoneta de la empresa de seguridad estaba estacionada cerca de la entrada para artistas del Queen Elizabeth Hall, pero los ocupantes estarían junto a la máquina expendedora de café en el vestíbulo de arriba, mirando por encima del río hacia el Big Ben y contando las largas horas que faltaban para que terminara su turno.

-Kay... -Le sujeté el brazo antes de que pudiera marcharse-. ¿No nos estamos arriesgando? Cualquiera me puede ver.

-Tú eres un guarda jurado. Actúa tal como actuaría uno de ellos. -Me arrancó el pasamontañas de la cabeza-. Vera necesita tiempo.

-¿Cincuenta minutos? ¿Por qué tanto rato?

-Tiene que desconectar las alarmas de incendios. Hay docenas. -Me pellizcó la mejilla en una fugaz muestra de afecto-. Haz las cosas lo mejor que puedas, David.

-¿Y si alguien trata de entrar?

-No lo harán. Saluda y aléjate. Eres un guarda de seguridad aburrido.

-¿Aburrido? -Señalé los pósters de películas enmarcados-. Este sitio me trae muchos recuerdos.

-Empieza a olvidarlos. Dentro de una hora serán cenizas.

-¿Es necesario llegar tan lejos? Burt Lancaster, Bogart, Lauren Bacall... sólo son actores de cine.

-¿Sólo? Envenenaron todo un siglo. Te pudrieron la mente, David. Hemos de resistir, construir una Inglaterra más cuerda...

Se esfumó entre las sombras, asesina sin rostro de los rostros más famosos que el mundo había conocido. Los seis habíamos llegado en parejas al South Bank, fingiendo ser entusiastas del cine negro, tarea fácil para mí pero difícil para Kay, que consideraba el cine de Hollywood como su enemigo jurado. Ocupamos nuestros asientos en el NFT2 para una función nocturna de *Retorno al pasado.* Mientras nos sentábamos entre los fans de Mitchum, costaba creer que el cine donde había pasado tantas horas de formación pronto quedaría reducido a cenizas. Estaba demasiado intranquilo para concentrarme en un solo fotograma, pero Kay miraba atenta, fascinada por ese brutal drama de enamoramiento y traición. En un momento especialmente tenso, cuando la protagonista fingía sentir remordimiento, incluso noté la presión de la mano de ella en mi muñeca.

Media hora antes de los créditos salimos del cine y fuimos hasta el abandonado Museo de la Imagen Móvil, ahora un almacén lleno de cajas de embalaje. Allí nos unimos con los otros miembros del equipo y nos cambiamos, poniéndonos los monos de policía y los pasamontañas. Vera Blackburn montaba guardia junto a las puertas cerradas, cuyas llaves había copiado mientras trabajaba como catalogadora voluntaria de películas religiosas.

Agazapados en la oscuridad, esperamos a que terminara la función y se vaciara el complejo. En las cajas de madera abiertas que había alrededor sentí las cámaras antiguas y las luces desmontadas en sus fundas a prueba de humedad, los trajes usados por Margaret Lockwood y Anna Neagle, los guiones de *La barrera del sonido* y *El caso Winslow,* el inolvidable mobiliario del mayor sueño del siglo XX, a punto salir por la chimenea de un horno de su propia creación.

Los sueños morían de muertes diferentes, saliendo de nuestras vidas por puertas inesperadas. Tratando de actuar como un guarda de seguridad aburrido, me puse a caminar por la alfombra por delante de la taquilla, pensando en las innumerables horas que había pasado allí con Laura. Había discutido con Kay y con Vera, instándolas a olvidarnos del NFT y fijar como objetivo un multicine de un barrio residencial. Pero Kay se había propuesto destruir el NFT.

A pesar de su despreocupada traición en el videoclub de Twickenham, Kay me había recibido alegremente cuando regresé a Chelsea Marina. En la lucha por un mundo mejor, me dijo sin vergüenza, nadie era más desechable que un amigo. Si los amigos no estaban preparados para traicionarse mutuamente, ninguna revolución triunfaría jamás.

Al visitar Chelsea Marina en la semana posterior a nuestra expedición a Twickenham, presté atención a las reuniones que se formaban en los umbrales, tratando de pescar algún indicio de participación en la bomba de Heathrow. Estaba sorprendido por el creciente número de grupos de protesta. Sin líder y sin coordinación, se constituían en banquetes y en las reuniones de las asociaciones de padres y maestros. Una comisión planificó una sentada en las oficinas de la empresa responsable de los pésimos servicios de Chelsea Marina, pero la mayoría de los residentes estaban ahora empeñados en una respuesta mucho más radical a los males

Librodot

sociales que trascendían los problemas locales de la urbanización. Habían pasado a objetivos más amplios: una tienda de comida para llevar en King's Road, la Tate Modern, un restaurante Conran previsto para el British Museum, los Promenade Concerts, las librerías Waterstone, todos ellos explotadores de la credulidad de la clase media. Sus fantasías corruptoras habían engañado a toda la casta culta, ofreciendo un peligroso pábulo que había envenenado a una malacostumbrada intelectualidad. Desde el bocadillo hasta la escuela de verano, eran los símbolos de la sumisión y los enemigos de la libertad.

El NFT era una pálida luz azul que llenaba los apagados pasillos. Me ajusté la chaqueta ante el espejo detrás de la caja. Una mancha de vómito salpicado de sangre se me estaba secando en el distintivo de identidad sujeto al bolsillo superior. O yo había sido presa del pánico o uno de los guardas de seguridad estaba más herido de lo que creía.

Me puse el pasamontañas y caminé hasta el despacho del director. Los prisioneros estaban tendidos sobre la alfombra al lado del escritorio. Los dos estudiantes habían despertado y yacían espalda contra espalda, tratando de ocultar su intento de aflojarse las esposas. El guarda de mayor edad apenas respiraba, con la cabeza caída en la alfombra manchada de vómito. Parecía profundamente inconsciente, y el débil aliento le pasaba entre los dientes ensangrentados.

El humo flotaba en el pasillo de delante del despacho, esparciéndose por debajo de las luces del cielo raso. Di por supuesto que, una vez desconectadas las alarmas de incendios, Vera había decidido fumarse un cigarrillo rápido. En alguna parte habían abierto una ventana a la noche, y un aire más fresco circulaba a mi alrededor, junto con los perfumes callejeros del gasóleo, la lluvia y la grasa de cocina de los cafés abiertos toda la noche cerca de la estación de Waterloo.

Salí del despacho del director y atravesé el pasillo hacia el NFTI. Cuando empujé la cortina, una nube de vapor químico se elevaba desde el escenario, una niebla acre que rodaba por encima de las butacas como un fantasma salido de una película de monstruos. El vapor que ondeaba por debajo del cielo raso encontró la salida abierta y me rodeó formando remolinos.

Traté de que el hedor plástico no me produjera arcadas, cerré las puertas y corrí al NFT2. Busqué en los pasillos a Kay o a Vera. La pantalla se elevaba allí delante, un espejo empañado al que habían vaciado de recuerdos. En su piel metalizada flotaba la sombra pálida de mi propio reflejo, un espectro atrapado. Un vapor ácido llenaba el auditorio, y en el escenario se produjo una luminosa llamarada. Las paredes resplandecían con el blanco eléctrico de una lámpara de arco voltaico, y detrás de las butacas se estremecía un centenar de sombras.

En el vestíbulo de la entrada las puertas de cristal estaban abiertas a la noche. El humo me pasaba por encima de la cabeza y salía al aire, subiendo hacia la cubierta de paseo de la Hayward Gallery. Los dos estudiantes iban tropezando entre el humo del pasillo, con las manos esposadas a la espalda.

-¡Fuera! ¡Corred! -Uno de ellos se detuvo para levantar las esposas y mostrármelas-. ¡Corre!

En el despacho del director me arrodillé junto al guarda mayor y traté de levantar el pesado torso. Tenía los ojos abiertos, pero apenas estaba consciente, con la sangre coagulada en la barbilla y en la camisa. Lo agarré de los tobillos y lo arrastré por la alfombra, apretando sus enormes piernas contra mis muslos.

Cuando me detuve junto a la puerta, tratando de protegerme la cara del humo, sus pies me resbalaron de las manos. Me incliné para agarrarlos, pero él echó hacia atrás las botas de cuero, se arqueó en el suelo y me dio una patada en el pecho.

Sin aliento por el golpe, caí contra la puerta, demasiado aturdido para respirar. El guarda estaba completamente despierto y me clavaba la mirada. Con las muñecas esposadas a la espalda, avanzó sobre la alfombra y encogió las piernas, preparándose para patearme la cabeza.

Una bota me rozó la oreja izquierda, y rodé apartándome de él hacia el pasillo. Él se apoyó contra la puerta, giró hacia un lado y se levantó.

-¡Salga de aquí! -grité a través del humo que llenaba el despacho-. Corra hacia el vestíbulo...

Buscó el equilibrio sobre los dos pies, bajó los hombros y arremetió contra mí, saliendo de la niebla como un jugador de rugby que se levanta de una humeante melé. Su cabeza topó con un póster enmarcado de una película de Robert Taylor y Greer Garson y lo tiró al suelo. Pisó el cristal, apartó los fragmentos de una patada y se lanzó hacia mí a través del humo.

Me siguió hacia la noche, por las puertas del vestíbulo y por la vía de acceso a la Hayward Gallery, las manos a la espalda, echando humo por la ropa. Sólo diez metros delante de él, corrí alrededor de la furgoneta de la empresa de seguridad, buscando la escalera de la Purcell Room. Los estudiantes seguían espalda con espalda, tratando de quitarse las esposas. El guarda los embistió y los tiró a un lado con sus poderosos hombros.

Sus botas resonaban en los escalones de cemento cuando llegué a la cubierta de paseo de la Hayward Gallery. Detrás de las puertas de cristal dos guardias jurados me vieron pasar corriendo, aparentemente seguido por un colega herido. Sus ojos se volvieron hacia la columna de humo que salía del techo del NFT. Ambos hablaron por radio y oí el primer gemido de una sirena de la policía cerca del puente de Westminster.

Atravesé la terraza superior al lado del Festival Hall, respirando con dificultad el aire húmedo del río. Yo apenas podía avanzar, pero mi perseguidor había dejado de seguirme. Encorvado, se recostó exhausto contra una escultura cromada, soltando un hilo de flema por la boca, clavándome la mirada.

Eché a andar hacia la Noria del Milenio. Lanzadas contra el cielo nocturno, las cabinas giraban alrededor del brazo voladizo, un frío enrejado blanco, el armazón de un cisne que navegaba en el aire oscuro. Una fiesta empresarial tenía lugar en tres de las cabinas, y los invitados se agolpaban contra el cristal curvo, mirando las primeras llamas que salían por el techo del NFT.

Me alisé la chaqueta de guarda de seguridad, quitándome con la mano los restos de hollín, y pasé por delante de las furgonetas del catering estacionadas debajo de la

Librodot

noria. Las camareras limpiaban las bandejas de canapés a medio comer. Mastiqué un muslo de pollo y tomé un trago de una botella de agua Perrier. Juntos miramos cómo un coche de bomberos entraba en Belvedere Road haciendo sonar la campana. Un coche de policía se detuvo delante del Festival Hall, y su foco apuntó a la Hayward Gallery. Bomberos y policías se acercaban rodeando el NFT y pronto encontrarían a los guardas de seguridad esposados.

A mi lado pasó una cabina vacía con las puertas abiertas. La fiesta terminaría en una hora, y cuando los invitados fueran a buscar sus coches yo me perdería entre ellos.

Subí a la cabina y me apoyé en la barandilla que daba sobre el río, casi demasiado cansado para respirar. Mientras avanzamos por la plataforma de embarque, un camarero fuera de servicio entró por la puerta, llevando en la mano una bandeja con dos copas de champán. Colocó la bandeja en el asiento y se sentó al lado mientras buscaba un cigarrillo en los bolsillos.

Al subir sobre County Hall, los fuegos alumbraban el aire nocturno y parecían arder en las oscuras aguas del Támesis. Una enorme caldera abierta al lado del puente de Waterloo devoraba el South Bank Centre. Nubes de humo se estiraban sobre el río, y veía las llamas reflejadas en las lejanas ventanas del Parlamento, como si todo el Palacio de Westminster estuviera a punto de incendiarse desde dentro.

El camarero apuntó hacia una copa de champán en la bandeja. Sin darle las gracias, saboreé el tibio vino. Las burbujas me picaron en los labios, agrietados por el intenso calor del auditorio. Pensé en los pasillos llenos de humo y cubiertos de retratos de las máximas estrellas mundiales del cine. Los fuegos iniciados por Vera Blackburn habían prendido, y ardían con fuerza por todo el NFT, tragándose las sonrisas de James Stewart y Orson Welles, Chaplin y Joan Crawford. Mis recuerdos de ellos parecían subir con la noria, escapando de un almacén de sueños que espiraban en la noche.

Atravesé la cabina, dando la espalda al camarero que había empezado a fumar y al Támesis, y miré con atención las calles que rodeaban el County Hall. Casi esperaba ver Kay y Joan Chang corriendo de un portal a otro mientras los coches de policía pasaban a toda velocidad, haciendo aullar las sirenas. Huelga decir que habían huido sin avisarme, usando la entrada al café del cine que daba sobre el río y dejando abierta la puerta para que la corriente de aire avivara el fuego.

La primera nube de humo había llegado a las ventanas de la cabina, y se apoyaba contra los cristales curvos. Empecé a toser, probando el vapor acre que se arremolinaba delante del despacho del director. Tuve una arcada sobre el pasamanos y derramé el champán en el suelo a mis pies.

Preocupado, el camarero se levantó detrás de mí, y cuando carraspeé me saludó con la cabeza, sonriendo de manera extrañamente cómplice. Lo tenía tan cerca que casi esperaba que me susurrara una proposición, y se me ocurrió que la Noria del Milenio podía ser un buen sitio para ligues entre gays.

Traté de indicarle que se apartara, pero me sacó de la mano la copa vacía. Era un hombre delgado y ágil de frente amplia y cara huesuda, casi demacrada, y una palidez tuberculosa que tendría que haberlo descartado como camarero. Lo imaginé moviéndose en los márgenes de un mundo crepuscular de oscuros escenarios

Librodot

empresariales. Como muchos camareros que había conocido, era amistoso pero un poco agresivo, con una simpatía superficial que cubría una actitud distante apenas disimulada.

Cuando se me acercó por detrás tenía algo de evasivo que me recordó a otra figura oscura que me había ocultado el rostro. Allí reinaba el mismo olor de salas de hospital olvidadas y niños consumiéndose. Pero sus movimientos eran rápidos y decididos, y lo veía metiéndose entre uno de sus pequeños pacientes y una torpe enfermera, con una jeringa en una mano y un juguete para distraer la atención en la otra.

-¿Doctor Gould? -Me volví para mirarlo, tratando de ver detrás de aquella sonrisa encantadora-. Ya nos conocemos.

-Sí, nos vimos en el piso de Kay Churchill. -Me sostuvo cuando la cabina empezó a mecerse entre el humo y el aire recalentado-. Ha actuado bien esta noche, David.

-¿Usted me recuerda?

-Por supuesto. Quería que nos encontráramos en el momento y el lugar adecuados. Necesito mostrarle muchas cosas. -Me apretó con firmeza el brazo mientras la cabina iniciaba el descenso final-. Pero salgamos de aquí antes de que alguien más lo recuerde...

La luz de los edificios en llamas a lo largo del Támesis bailaba en sus intranquilos ojos. Traté de desasirme, pero me sujetó con una mano fuerte.

Se acercaba un incendio más oscuro.

Librodot

16. El santuario de los niños

Un alegre friso de dibujos infantiles me miraba desde arriba cuando desperté, un vivaz mosaico de hombres sin brazos, tigres de dos patas y casas hechas con cajas de zapatos que se despegaban de las paredes de la sala vacía como esbozos de sueños desmontados.

Yo estaba acostado en el desvencijado colchón con sus manchas de desinfectante y orina antiguos, contento de que esa afable galería hubiera velado por mí mientras dormía. Un espeso polvo cubría los cristales Victorianos, y temblaba ante el incesante zumbido de los aviones de pasajeros que aterrizaban en Heathrow. En las camas del dormitorio, los niños discapacitados debían de haber sentido que todo el mundo que los rodeaba sufría un eterno dolor de cabeza.

Me incorporé y apoyé los pies en el suelo. Había dormido profundamente cuatro horas, pero mis muslos se sacudían al recordar la noche violenta en el National Film Theatre. Un torrente de imágenes pasó por mi mente como una cinta de vídeo en avance rápido: el humo espectral que recorría los pasillos, los duros puños de Vera Blackburn, las sombras que se estremecían en las salas, la desesperada carrera hasta la Noria del Milenio y Richard Gould con su chaqueta de camarero ofreciéndome una copa de champán mientras incendiaba el Támesis.

Me levanté, tambaleándome un poco en el suelo inestable, y esperé a que los huesos engranaran unos con otros. Pensando en Sally y en un baño caliente en St. John's Wood, caminé entre los gastados colchones. Supongo que pocos padres habían visitado alguna vez a los niños retrasados que languidecían en aquel sitio. Pero los dibujos eran conmovedoramente optimistas, esperanzados ecos de un mundo que esos pequeños discapacitados jamás conocerían. Un maestro paciente y cariñoso los había guiado hacia los lápices de colores y hacia una alegre senda dentro de sus mentes.

Detrás de las puertas había un rellano de piedra que conducía al siguiente dormitorio, otro espacio de techo alto lleno de polvo. Un hombre moreno de bata blanca, cabizbajo y ensimismado en sus pensamientos, apareció brevemente y me saludó con la mano; después subió de prisa por la escalera hasta el piso siguiente.

-¡Doctor Gould! Necesitamos... -le grité, pero mi voz se perdió en el espacio infinito de aquel hospital abandonado, y escuché los pasos de Gould subiendo hasta la azotea. La arquitectura vieja pero imponente, los juicios morales conservados en cada intimidante voladizo, me recordó a otros vestíbulos donde se impartía justicia. Quería advertir a Gould, aquel escurridizo autor de la rebelión de Chelsea Marina, que pronto la policía nos daría caza y que nos encerrarían por los siguientes cinco años.

Me palmeé los muslos, tratando de calmar los alborotados nervios. Había participado en un delito grave, contra un museo del cine y los recuerdos de mi primera mujer, pero curiosamente no me sentía involucrado. Yo era un actor que sustituía al yo real que dormía al lado de Sally en St. John's Wood. Un sueño de violencia había

escapado de mi cabeza a las calles circundantes, impulsado por la promesa de cambio.

Recordé nuestro viaje a través de Londres sólo unas horas antes. El coche de Gould estaba aparcado delante del hotel Marriott en el viejo County Hall, una ranchera Citroen con pegatinas del Hospice de Beaune en la luna trasera. Por la manera en que Gould examinaba los mandos, sospeché que nunca había conducido ese vehículo con su complicada hidráulica, prestado por un residente francófilo de Chelsea Marina. Preocupado por los lamentos de las sirenas y por los coches de policía que bloqueaban el puente de Westminster, me ofrecí a conducir, pero Gould rechazó mi oferta con un ademán, calmándome con aquella sonrisa distante pero siempre amistosa. Mientras buscaba el contacto en el salpicadero y entre las palancas de mando, me recordó a Sally la primera vez que se sentó en el Saab adaptado, ante un modelo geométrico de su propia discapacidad.

Salimos dando bandazos, subiéndonos a los bordillos, y rara vez pasamos de segunda mientras acelerábamos por las calles oscuras al sur del río. Percibía el miedo en los ojos de Gould, y me lo imaginé sirviendo bebidas a los clientes de las empresas en la Noria del Milenio. Saliendo del humo y del fuego, había ido a parar a su atalaya, pero él había parecido contento de verme. Cuando giramos en la rotonda del Lambeth Palace, mi cabeza golpeó el marco de la ventanilla, y me apretó el brazo con sorprendente preocupación, como si yo fuera un niño asustado en un parque de atracciones.

Atravesamos el puente de Chelsea y nos internamos en las calles más oscuras que llevan a King's Road. Los faros del coche iban buscando el camino en un laberinto de curvas, llevándonos por delante de escaparates llenos de módulos de cocina y juegos de dormitorio, mobiliario de oficina y aparatos sanitarios, retablos de una segunda ciudad en condiciones de reemplazar la Londres que ardía a nuestra espalda. Gould se encerró en sí mismo, refugiándose detrás de los huesos del rostro. Mientras miraba por el espejo retrovisor, se convirtió en un estudiante de posgrado con un traje raído, dejado y desnutrido.

Atravesamos los silencios de estuco de South Kensington con sus imponentes museos, verdaderos almacenes de tiempo, y nos dirigimos hacia el oeste por Cromwell Road. El centro de Londres quedó atrás cuando salimos del paso elevado de Hammersmith y de Hogarth House y nos metimos en la autopista a Heathrow. Veinte minutos más tarde entramos en la zona de servicio del aeropuerto, un lugar de oficinas de transporte por avión y de alquiler de coches, rodeados por hileras de luces de aterrizaje como campos magnéticos, los fantasmas de parques y polígonos industriales, un mundo nocturno frecuentado por guardas de seguridad y perros de presa.

Cerca del aeropuerto nos detuvimos junto a un grupo de altos edificios Victorianos que se levantaban al lado de una enorme obra. Gould llevó el Citroen por delante de los cascos moteados de barro de las niveladoras y los tractores y estacionó en un sitio lleno de casetas prefabricadas y bloques de cemento sobre palés.

Bajamos del coche y Gould me condujo hasta un edificio abandonado después de atravesar un ruinoso vestíbulo con letreros que indicaban adonde se habían trasladado los distintos departamentos del hospital. Subimos por la escalera de hierro hasta el cuarto piso. Agotado, seguí a Gould hasta una sala de camas polvorientas y sin hacer. Demasiado cansado para resistirme, dejé que ese hombre extraño, un atento fanático

Librodot

de manos delicadas, me buscara un colchón. Me quedé profundamente dormido entre los dibujos de niños perturbados.

Gould estaba en la azotea cuando fui a acompañarlo, el rostro levantado al sol, protegido del viento por un parapeto de chimeneas victorianas. Tenía el teléfono móvil pegado a una oreja y aparentemente escuchaba una puesta al corriente de la acción de la noche anterior contra el NFT, pero mostraba más interés por las grúas del constructor debajo del parapeto. Mirándole la cetrina cara, vi años de rápidas comidas de cantina y noches de sueño intermitente en salas de estar de hospitales. Llevaba en la solapa de la chaqueta una etiqueta que lo identificaba como médico, como si todavía fuera el pediatra encargado de los niños difuntos.

Observé un helicóptero de policía que volaba sobre la autopista, y traté de imaginar cómo podría escaparme de aquel hospital en ruinas. Escudriñé los enormes edificios, inmensas pilas de mampostería con hastiales que recordaban las superestructuras de barcos de guerra. Ésa era la arquitectura de las prisiones, fábricas de algodón y fundiciones de acero, monumentos a la resistencia del ladrillo y a las certezas victorianas. Todavía quedaban tres edificios, junto a un parque descuidado por donde en otra época almidonados voluntarios de un destacamento aéreo paseaban a los pacientes en silla de ruedas.

-¿David? —Gould desconectó el teléfono en medio del mensaje y se volvió para mirarme, como un médico ocupado ante un paciente inesperado-. Veo que te sientes mucho mejor.

-¿De veras? Me alegro...

Suponía que para Gould yo parecía agotado e inquieto, con urgente necesidad de un café y decididamente inservible como insurrecto de fin de semana. En cambio, él estaba sorprendentemente tranquilo, como si se hubiera inyectado un fuerte sedante antes de acostarse y un fuerte estimulante al despertar. Los músculos de su cara habían relajado la presión sobre los huesos que había debajo, y andaba casi con desenfado en aquel tranquilo ambiente de domingo. En el antiguo psiquiátrico se sentía como en casa, y se me ocurrió que él allí no había sido médico sino paciente. Devuelto a la comunidad al cerrar el hospital, se había creado una nueva identidad que fácilmente convenció a los residentes de Chelsea Marina. La página web y su historia del incendio de los grandes almacenes eran una idea ingeniosa. Se mostraba un poco demasiado amistoso, vigilándome todo el tiempo con el rabillo del ojo, pero había en él una franqueza que casi era agradable, y una nerviosa autoridad ante la cual todo el mundo en Chelsea Marina respondía.

Esperó a que el helicóptero desapareciera completamente del horizonte de la policía y entonces se acercó a darme una palmada en el brazo.

-David, estás intranquilo. Operaciones como la de anoche le dejan a uno el corazón palpitando durante días. Pero te recuperarás y te sentirás más fuerte por haber hecho lo que hiciste.

-Gracias a Dios. No me gustaría sentirme como me siento ahora durante el resto de mi vida.

-Eso no ocurrirá. Para nosotros no hay nada mejor que actuar movidos por una auténtica convicción.

-No sé si ése fue mi caso. -Me miré las palmas magulladas-. Estuve a punto de entregarme a la policía.

-¿Los demás no te esperaron? No... -Gould sacudió la cabeza mostrando su comprensión-. Esos revolucionarios de clase media han estado reprimidos durante años. Ahora pueden probar la crueldad y la traición, y les están tomando el gusto.

-Qué pena. Cuando se den cuenta estarán a la sombra.

-Es un riesgo. Pero mientras conservemos el factor sorpresa estaremos seguros. -Gould miró el sol frunciendo el ceño, como si le molestara el eficaz control que tenía sobre los hechos, y después se tocó el distintivo, acordándose de su propia identidad-. No te preocupes por la cárcel. Todavía no.

-Así que todos escaparon. ¿Cómo estaba el NFT?

-Totalmente arrasado. Por desgracia se perdieron algunas cintas de una de las primeras películas de Fritz Lang. Pero Vera Blackburn sabe lo que hace.

-Es una trastornada. Tienes que vigilarla.

-¿Vera? -Gould se volvió para mirarme y asintió, mostrando su acuerdo conmigo-. Es una niña dolida, que trata de encontrar algún sentido al mundo. Yo hago todo lo posible por ayudarla.

-¿Provocándola? ¿Dándole un campo de acción donde pueda desarrollar su talento natural?

-Cosas por el estilo. -Divertido por el sarcasmo de mi voz, Gould hizo un ademán con una mano blanca hacia los edificios abandonados que nos rodeaban-. David, ¿a quién le importa el NFT? Mira lo que han hecho aquí. Para trescientos niños, éste fue el único hogar que conocieron.

Aquellos dedos exangües señalaron los pabellones abandonados. Paredes altas, ocultas por rododendros, encerraban cada edificio. Había patios dentro de patios, ventanas con rejas en las plantas superiores.

-Paredes y rejas -comenté-. Esto parece una prisión. ¿Dónde estamos?

-En el Bedfont Hospital. Menos de dos kilómetros al sur de Heathrow. Un buen sitio para un loquero: es imposible oír si alguien grita. -Gould imitó una reverencia-. El último de los grandes manicomios Victorianos.

-¿Un hospital psiquiátrico? ¿Así que los niños...?

-Tenían lesiones cerebrales. Encefalitis, casos de sarampión que se habían complicado, tumores inoperables, hidrocefalia. Todos muy disminuidos psíquicamente, y abandonados por los padres. Los servicios sociales no querían hacerse cargo de ellos.

-Qué duro.

-No. -Gould pareció sorprenderse de mi respuesta refleja-. Algunos eran felices.

Librodot

-¿Tú trabajabas aquí?

-Durante dos años. -Gould miró hacia la azotea vacía, sonriendo como si viera a los niños brincando alrededor de la chimenea-. Espero que les diéramos una buena vida.

-¿Por qué te fuiste?

-Me suspendieron. -Gould atrapó una mosca con la mano, después la soltó y miró cómo se alejaba por el aire-. El Consejo Médico General tiene espías por todas partes. Son como la Gestapo. Yo solía llevar a unos pocos niños al parque temático de Thorpe. Les encantaba ir apretujados en un viejo microbús. Nada de supervisión. Yo les daba rienda suelta. Durante unos minutos conocían el asombro.

-¿Qué ocurrió?

-Algunos se perdieron. La policía avisó a los servicios sociales.

-Qué lástima. Pero no parece algo tan grave.

-No creas. ¿En el ambiente actual? -Echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos al pensar en los caprichos de la burocracia-. Había otro tema. El gran tabú.

-¿Sexual?

-Bien visto, David. Lo llamaron abusos genitales. Pareces impresionado.

-Lo estoy. No...

-¿No me imaginas haciendo eso? No fui yo. Pero me di cuenta de que algo estaba pasando.

-¿Otro médico?

-Una de las enfermeras. Una joven jamaicana muy dulce. Era la verdadera madre de los niños. Algunos de ellos tenían tumores cerebrales y sólo les quedaban semanas de vida. Ella sabía que un poco de estimulación sexual no les haría daño. Era el único vislumbre de felicidad que experimentarían en su vida. Así que cuando se apagaban las luces los masturbaba un poco. Aquellos cerebros dañados conocieron unos segundos de placer antes de morir.

-¿Tú eras el médico encargado?

-La defendí. Eso fue demasiado para los miembros del consejo. Seis meses más tarde, las autoridades sanitarias cerraron el lugar. Había que lavar la cara al psiquiátrico Bedfont. -Gould señaló hacia el parque-. Vendieron todo el terreno a una compañía inmobiliaria. Observa con atención y verás el futuro que se acerca.

Miré a través de una barrera de álamos el perímetro occidental del parque. Avanzando sobre la hierba, había hileras de casas con estructura de madera, la vanguardia de una enorme urbanización. Ya estaban trazadas las primeras calles, esquemas de cemento que llevaban a garajes y a jardines minúsculos.

-Primeras viviendas -explicó Gould-. Conejeras para matrimonios ambiciosos. La primera experiencia como clase media. Sin depósito, un sueño de intereses bajos,

Librodot

inventado por la vieja empresa de mi padre. Un día cubrirán toda Inglaterra.

-Vaya sitio han ido a escoger.

-¿El antiguo psiquiátrico?

-Heathrow. -Protegiéndome los ojos con la mano, veía las aletas de cola de los aviones de pasajeros detrás de los techos de la terminal de carga-. Viven en el suburbio de un aeropuerto.

-Les gusta. Les gusta la alienación. -Gould me agarró del brazo, un maestro aliviado al encontrar a un alumno inteligente-. No hay pasado y no hay futuro. Si pueden, optan por zonas sin significado: aeropuertos, centros comerciales, autopistas, aparcamientos. Están huyendo de lo real. Piensa en eso, David, mientras preparo un café. Después te llevaré de vuelta a Londres.

-Muy bien. -Contento de irme de la azotea, alargué la mano para agarrar el móvil de Gould que estaba entre nosotros, sobre el pretil-. Debería decirle a mi mujer dónde estoy.

-No te preocupes. -Gould se metió el teléfono en el bolsillo y me guió hacia la puerta de la escalera-. La llamé anoche. Tú dormías.

-¿A Sally? ¿Estaba bien?

-Por supuesto. Le expliqué que te quedabas en Chelsea Marina. Podría haberse puesto en contacto con la policía. -Gould me palmeó la espalda mientras bajaba por la estrecha escalera-. Curiosamente, me preguntó si te quedabas a dormir en casa de Kay Churchill.

Me detuve en la escalera, tratando de no perder pie.

-¿Qué le dijiste?

-Bueno..., no soy la discreción personificada, David.

Su generosa carcajada resonó en las paredes de piedra y atravesó los dormitorios como llamando a los espectros de los niños muertos para que salieran a jugar.

Librodot

17. Cero absoluto

-Sally parece muy dulce, David.

-Lo es.

-Me alegro. A veces los accidentes de tráfico sacan lo peor de una persona.

-¿Te contó que era...?

-¿Minusválida? -Gould movió despacio la cabeza-. Una palabra horrible, David. Tú no la ves así.

-No. Su «minusvalía» no es física. Camina tan bien como tú o como yo. Es su manera de increpar al mundo, de recordarle el mal que es capaz de infligir.

-Estoy impresionado. Es una mujer con carácter.

Nos sentamos a la mesa del dispensario de la cuarta planta. Sin moverse de la silla, Gould buscó en la hilera de refrigeradores. Habían cortado la corriente eléctrica hacía meses, y cada refrigerador era una cueva de Aladino de pasteles podridos y cordiales de colores chillones. Encontró una botella de agua mineral con el precinto intacto y se puso a calentar una cacerola encima de una lata de vaselina.

-Así que... -Después de echar unas cucharadas de café instantáneo en la cacerola, David sirvió el oscuro brebaje en vasos de papel decorados con personajes de Disney-. Me gustaría conocerla. Tráela a Chelsea Marina.

-No creo que lo haga. -Miré cómo Gould bebía con avidez el hirviente líquido, casi quemándose los labios-. No es un sitio para ella. Además, tiene algo contra...

-¿Los médicos? -Gould asintió, tolerante. Mientras miraba mi café se limpió la boca con el dorso de la mano, dejando una mancha que parecía sangre en la piel blanca-. Prefiere tus ordenadores que diagnostican y tus médicos virtuales. Si tiene una crisis nerviosa, pulse el botón B. ¿Verdad?

-Sí y no. Es curioso, pero las personas prefieren hablar con una pantalla de vídeo. Son mucho más francas. Cara a cara con un médico de verdad, nunca confiesan tener una enfermedad venérea. Dales un botón que apretar y descruzan las piernas.

-Magnífico. -Gould parecía realmente encantado. Me quitó el café de las manos y, en un gesto alentador, tomó un trago-. No te das cuenta, David, pero tú eres el apóstol de una nueva forma de alienación. Tendrías que mudarte a una de esas primeras viviendas. Te vi en aquella serie de televisión, no recuerdo cómo se llamaba..., una especie de desafío al Todopoderoso.

-Era un programa superficial. «Un neurocientífico mira a Dios.» Televisión en su vertiente más simplista. Un programa concurso.

-¿Sobre Dios? -Gould sonrió mirando hacia el techo-. Vaya idea. Pero recuerdo un par de cosas que dijiste: la idea de Dios como un enorme vacío imaginario, la nada más grande que la mente humana puede inventar. No un inmenso algo que está allá, sino una inmensa ausencia. Dijiste que sólo un psicópata puede soportar la idea del cero hasta un millón de decimales. Los demás nos resistimos al vacío y tenemos que llenarlo con cualquier lastre que podamos encontrar: trucos de espacio-tiempo, viejos sabios con barba, universos morales...

-¿Tú no estás de acuerdo?

-La verdad es que no. -Gould terminó mi café y me devolvió el vaso vacío-. No es que sólo el psicópata pueda entender la idea de la nada absoluta. Hasta un universo sin sentido tiene sentido. Si aceptamos eso, todo adquiere un nuevo tipo de significado.

-Algo difícil de hacer sin sacar a relucir las propias obsesiones. -Arrojé el vaso al fregadero atestado-. Todos arrastramos un bagaje. El psicópata es único en el sentido de que no tiene miedo de sí mismo. De manera inconsciente, ya cree en la nada.

-Eso es cierto. -Gould movió las manos sobre la mesa como alguien que va a repartir cartas-. Tienes razón, David. Estoy demasiado apegado a la tierra. Además, aquí había vacíos reales, espacio ilimitado dentro de un cráneo pequeño. Buscar a Dios es un negocio sucio. A Dios se lo encuentra en la caca de un niño, en el hedor de pasillos con aire viciado, en los pies cansados de una enfermera. A los psicópatas les cuesta manejárselas con eso. Los verdaderos templos son sitios como el Bedfont Hospital, no St. Paul ni...

-¿El NFT? -Antes de que Gould pudiera contestar, dije-: Un edificio en llamas es un gran espectáculo, sobre todo si uno está dentro. Me interesaría saber si era necesario quemarlo.

-No. -Gould rechazó la pregunta con un ademán, mandándola a los orinales que había debajo del fregadero. El café había conferido a su rostro un color invernal, pero su piel era tan pálida como los azulejos sin lavar. Subalimentado durante años, lo mantenían entero el rencor profesional y la entrega a los niños perdidos-. ¿El NFT? Claro que no. Eso fue absurdo, totalmente inmotivado. Y peligroso.

-Entonces ¿para qué las bombas incendiarias?

Gould dejó que sus blandas manos dibujaran círculos en el aire.

-Es una cuestión de impulso. Tengo que mantener las ruedas girando. La ambición se alimenta de sí misma. Kay, Vera Blackburn y los demás de Chelsea Marina quieren cambiar el mundo. Siempre optan por lo más fácil. Personas que son casi nulidades lo han logrado. Por eso necesito a gente como tú, David. Tú puedes calmar a los exaltados. Y tus motivos son diferentes.

-Me alegro. Por curiosidad, ¿cuáles son mis motivos? Quizá resulte útil saberlo, si la policía me lo pregunta...

-Bueno... -Gould limpió la mesa, puso el vaso de papel en el fregadero y guardó la cacerola y la vaselina en un armario-. Tus motivos están muy claros: la muerte de tu primera mujer en Heathrow. Eso te afectó profundamente.

Librodot

-¿Eso es todo?

-No lo subestimes. La primera mujer es un rito de paso a la vida adulta. En muchos sentidos es importante que el primer matrimonio fracase. Así aprendemos la verdad sobre nosotros mismos.

-Estábamos divorciados.

-El divorcio de la primera mujer nunca es completo. Es un proceso que dura hasta la muerte. La tuya, no la de ella. La bomba de Heathrow fue una tragedia, pero no te trajo a Chelsea Marina.

-¿Qué fue lo que me trajo? Supongo que lo sabes.

-Algo mucho más prosaico. -Gould se recostó en la silla, tratando de adoptar una actitud comprensiva, con el rostro inexpresivo estirado en direcciones contrarias por una serie de pequeñas muecas-. Mira con atención el espejo, David. ¿Qué ves? Alguien que no te gusta mucho. Cuando tenías veinte años, te aceptabas con todos tus defectos. Después empezó el desencanto. Al llegar a los treinta se te estaba acabando la tolerancia. Ya no eras una persona totalmente fiable y sabías que tendías a hacer concesiones. El futuro se alejaba y los brillantes sueños se perdían más allá del horizonte. Ahora eres un decorado: un empujón y todo se desmorona a tus pies. A veces sientes que vives la vida de otra persona, en una casa extraña que has alquilado por accidente. La persona en la que te has convertido no es tu yo verdadero.

-Pero ¿por qué Chelsea Marina? ¿Un grupo de profesionales de clase club quejándose de que no tienen espacio para estirar las piernas? ¿Kay Churchill tratando de escandalizar a la burguesía hablándole de sus hábitos en el baño?

-Exacto. -Gould se inclinó hacia adelante, levantando los brazos para llevarme a su territorio-. Esa protesta es absurda: lo supe cuando lo puse todo en marcha. Dobles líneas amarillas, matrículas del colegio, gastos de mantenimiento..., un rumor aquí, un murmullo allá. Todo el mundo respondió, aunque sabían que no tenía sentido contraatacar. Era la última tirada de dados, y cuanto menos sentido tuviera, mejor. Eso es lo que te llevó a Chelsea Marina. Es una incógnita, una apuesta imposible, un gesto loco que comunica algún tipo de mensaje. Volar un videoclub, incendiar el NFT... totalmente absurdo. Pero eso solo te hizo sentir libre.

-Sin embargo, Kay y los demás tienen razón. En su nivel, la vida de clase media puede ser muy apurada. -Me levanté, tratando de evitar las pálidas manos de Gould, que buscaban mis muñecas-. Vacaciones baratas, viviendas demasiado caras, una educación que ya no compra seguridad. Cualquiera que gane menos de trescientas mil libras al año apenas cuenta. Eres un proletario con traje.

-Y eso no hace que nos queramos a nosotros mismos. Yo no me quiero y tú tampoco te quieres, David. -Gould me miró mientras yo trataba de abrir el grifo sobre el desordenado fregadero-. Hoy la gente no se quiere. Somos una clase rentista que sobró del último siglo. Toleramos todo, pero sabemos que los valores liberales están pensados para volvernos pasivos. Nos parece que creemos en Dios, pero estamos aterrados por los misterios de la vida y de la muerte. Somos profundamente egocéntricos, pero no soportamos la idea de la finitud de nuestro yo. Creemos en el progreso y en el poder de la razón, pero nos persiguen los lados más oscuros de la

naturaleza humana. Nos obsesiona el sexo, pero tememos la imaginación sexual y tenemos que protegernos con enormes tabúes. Creemos en la igualdad pero detestamos a la clase inferior. Tememos nuestros cuerpos y, sobre todo, tememos la muerte. Somos un accidente de la naturaleza pero nos creemos el centro del universo. Estamos a pocos pasos del olvido pero tenemos la esperanza de ser de algún modo inmortales...

-¿Y la culpa de todo eso la tiene... el siglo xx?

-En parte, porque ayudó a cerrarnos las puertas. Vivimos en una prisión de régimen blando construida por anteriores generaciones de presos. De alguna manera tenemos que liberarnos. El ataque al World Trade Center en 2001 fue un valiente intento de liberar a Norteamérica del siglo xx. Las muertes fueron trágicas, pero por lo demás aquello fue un acto sin sentido. Y ése era el propósito. Como el ataque al NFT.

-¿O a Heathrow?

-Heathrow... sí. -Gould bajó la mirada, tratando de que no se cruzara con la mía. Se miró las manos, que descansaban delante de él como un par de guantes blancos de cirujano, y advirtió la mancha de café. Se lamió un pulgar y trató de sacársela frotando, poniendo en ello tanta atención que parecía no percatarse de mi presencia-. ¿Heathrow? Te resulta difícil pensar en eso. Te entiendo, David, pero la muerte de tu mujer no fue necesariamente una muerte sin sentido.

Observé cómo se recostaba en la silla y echaba un vistazo al reloj, como si hubiera decidido que era hora de marcharse. ¿Habría desempeñado algún papel en el atentado con bomba de Heathrow? Se lo veía tan recluido dentro de su sórdido universo, aquel hospital en ruinas y sus recuerdos de los niños, que me costaba creerlo. Yo casi estaba convencido de que había creado el movimiento de protesta en Chelsea Marina como un acto de desafío contra el establishment médico. Al mismo tiempo descubría que me caía bien y que me atraían sus ideas rebeldes. Su traje raído y su cuerpo abandonado hablaban de cierto tipo de integridad, rara en el mundo empresarial con sus pasillos del poder que tanto determinaban nuestras vidas.

Parecía comprender mis sentimientos, y mientras bajábamos por la escalera de hierro se detuvo de repente y me estrechó la mano, sonriéndome con un entusiasmo casi juvenil.

Sentí su mano, y los huesos que esperaban su día.

Librodot

18. Milenio negro

Era mediodía cuando llegué a St. John's Wood, y las ediciones de última hora de los periódicos dominicales mostraban fotografías en colores vivos del incendio del National Film Theatre. El mismo infierno resplandecía en los quioscos de Hammersmith y Knightsbridge. En los semáforos yo miraba desde el taxi las feroces llamas naranja, casi sin comprender que en parte habían sido responsabilidad mía. Al mismo tiempo sentía un extraño orgullo por lo que había hecho.

Una vez en Hyde Park Córner se me antojó pedir al conductor que se desviara hacia Trafalgar Square y el Embankment. Las últimas nubes de humo salían de los escombros del NFT, una pila de cenizas que habían renunciado a sus sueños. Una manguera rociaba los maderos carbonizados, lanzando una columna de vapor por encima de la Hayward Gallery. Debajo del puente de Waterloo, subidos a un caballete, unos ingenieros examinaban los daños producidos en los arcos. La Noria del Milenio colgaba inmóvil junto al County Hall, con las cabinas tiznadas por el humo, un cisne despojado del plumaje. Una multitud silenciosa bordeaba el Embankment y miraba por encima de las calmadas aguas, como esperando a que la Noria girara, una máquina sacada de una pintura de El Bosco para producir tiempo y muerte.

Cuando pusimos rumbo a St. John's Wood pasamos por delante de las mismas imágenes catastróficas colgadas en los quioscos de Charing Cross Road. El centro de Londres estaba vestido para un día apocalíptico. El incendio en una filmoteca tocó sin duda capas profundas de malestar, ya que los miedos inconscientes proyectados por un millar de películas de Hollywood saltaron por fin a la realidad. Pensé en Kay Churchill con su bata, metiéndose en la boca huevos revueltos mientras miraba las noticias de la televisión. Vera Blackburn estaría en su apartamento jugando malhumoradamente con sus mechas y temporizadores, preparada para abordar otro baluarte de servidumbre de la clase media, la Hatchards, Fortnums o el V&A. Planificaban el día del Juicio Final dos jóvenes neuróticas con las uñas muy comidas y lo ponían en práctica dos jadeantes psicólogos con complejo de culpa y madres moribundas.

El taxi llegó a nuestra casa y se detuvo detrás del coche de Sally. Decidí no decir nada acerca de mi papel en el ataque al NTF, que Sally jamás entendería y pronto confiaría a sus amigos: el lunes, cuando llegara al Instituto, el profesor Arnold me estaría esperando con el superintendente Michaels al lado.

Entré en la casa, recogiendo los periódicos del umbral. Aguardé a que Sally me saludara desde dentro, pero en el ambiente tranquilo no había rastros de su ducha matutina, el aroma de toallas y café recién hecho, esfera conyugal en la que ahora me sentía un intruso. La cocina estaba intacta, con los platos de una cena para una persona -una tortilla francesa y una copa de vino junto al fregadero.

Subí las escaleras dándome cuenta de lo cansado que estaba, magullado y aporreado como si hubiera pasado la noche con una violenta mujer policía. Nadie había dormido en nuestra cama, pero la huella del cuerpo de Sally marcaba la colcha de

Librodot

seda. El teléfono estaba directamente en mi almohada, casi reduciendo mi papel de marido a una serie de dígitos y mensajes sin contestar. Supuse que Sally me había esperado, que había visto el informativo de medianoche con la noticia del NTF sin pensar nunca que su marido había sido uno de los pirómanos. Pero la llamada de Richard Gould quizá la había desconcertado. Confundida por ese médico inconformista, había decidido pasar la noche con una amiga.

Esperando a que llamara por teléfono, me quedé en la bañera durante una hora y después miré el telediario de la hora del almuerzo. El ataque al NTF todavía encabezó el noticiario. No había aparecido ningún motivo creíble, pero se hablaba de un grupo islámico que protestaba por el vilipendio que sufrían los pueblos árabes en las películas de Hollywood. Una vez más, gracias a la suerte y a la torpeza de otros, habíamos logrado nuestro objetivo.

Al buscar un par de zapatos limpios vi la bolsa de viaje de Sally en el suelo del armario. Su bata estaba colgada junto a la mía, pero había sacado los analgésicos de la mesilla de noche y la caja de anticonceptivos.

Me senté en la cama y miré el cajón abierto. Levanté el auricular del teléfono, pulsé la tecla de marcación automática y anoté el número en el bloc de Sally.

Los dígitos me resultaban dolorosamente conocidos, y los había marcado con frecuencia, un viejo código privado, asociado con sentimientos de pérdida y de pesar. Era el número al que llamaba a Laura para hablar de la lentitud con que el abogado llevaba nuestro divorcio durante su primer año de convivencia con Henry Kendall.

Estacioné el Saab junto a la acera, una serie de maniobras complejas y agotadoras, y me recosté agradecido, ocultando la cara detrás un periódico apoyado en el volante. A quince metros de distancia estaba la pequeña casa adosada de Henry en el Swiss Cottage, un chalet de ladrillo que nunca me había gustado. El corto viaje desde St. John's Wood había puesto a prueba al máximo tanto el sistema de tráfico de norte de Londres como mi humor. Pero al dominar aquel coche difícil y testarudo yo seguía controlando de algún modo a su errante propietaria.

Al atravesar Maida Vale traté de cambiar de marcha y puse el freno de mano, parando el coche ante los ojos de un policía cercano. El agente se me acercó, mirándome a la cara con seriedad, y entonces reconoció los mandos adaptados. Pensando que yo era un conductor minusválido, detuvo el tráfico hasta que arranqué de nuevo el motor y pude seguir.

Cuando estacioné en Swiss Cottage casi sentía que me había vuelto un minusválido, más que Sally, que prescindía de los bastones cuando le daba la gana y podría conducir con facilidad mi todoterreno. Yo parecía un experto bailarín obligado a ejecutar un tango haciendo el pino. Metido como un marido obsesivo en el coche de su mujer infiel, con los mandos pegados a las rodillas y los codos, yo era ahora una versión distorsionada de mí mismo, remodelada por mi dulce, cariñosa y promiscua esposa.

Esperé una hora, mirando la llamarada amarilla de forsitia junto a los cubos de la basura de Henry, mientras el tráfico dominical llevaba a familias hacia Hampstead

Librodot

Heath. Suponía que Sally había pasado la noche con él, aunque la llamada telefónica quizá había sido para tratar de encontrarme. Las bombas de los terroristas la ponían nerviosa y no quería dormir sola. Pero no había pedido un taxi, y alguien había ido hasta St. John's Wood a buscarla.

Sabía muy bien que Sally exigía ser libre de tener sus aventuras. Sólo había habido unas pocas a lo largo de los años; ninguna había durado más de una semana, y algunas habían sido más cortas que las fiestas donde ligaba con un hombre libre y se perdía con él en la noche. A menudo llegaba a casa antes que yo. Siempre pedía perdón, sonriendo abatida ante la metida de pata social, como si me hubiera abollado el coche o arruinado una nueva máquina de afeitar eléctrica.

Daba por sentado que se había ganado el derecho a esos gestos impulsivos. Como a Frida Kahlo, el accidente del tranvía le daba derecho a satisfacer todos sus caprichos, a jugar con el azar y con su tolerante marido. Se permitía esas infidelidades como manera de retribuir mi cariño y comprensión. En su mente seguía siendo una eterna convaleciente, libre de cometer las pequeñas crueldades que mostraba en el St. Mary's. Sabía que las aventuras continuarían hasta que encontrara una explicación convincente al accidente que había estado a punto de matarla.

Encogido en el asiento del conductor, estiré las piernas contra el volante, acomodando las rodillas y los codos entre los mandos para minusválidos, un mundo retorcido que parecía imitar un reino de deseos sexuales anormales. Accioné el mando del acelerador y oí cómo chasqueaban las conexiones, transmisiones que se acoplaban y desacoplaban.

En muchos sentidos, mi vida era tan deforme como ese coche, equipada *con* mandos a distancia y frenos de emergencia de fácil acceso. Me había ajustado a la estrecha cabina de la labor profesional en el Adler, con sus estúpidas rivalidades y sus tensas necesidades emocionales.

Por contraste, la colocación de las bombas incendiarias en el NFT permitía vislumbrar un mundo más real. Todavía sentía el sabor del humo en las salas condenadas, rodando sobre mi cabeza como un sueño agobiante. Oía el ardiente resuello de la figura de macho cabrío que me había perseguido hasta el Festival Hall, y veía la sonrisa tranquilizadora del camarero que me ofrecía una copa de champán en la cabina de la noria. Mi búsqueda del asesino de Laura era la búsqueda de una existencia más intensa y llena de sentido. En algún lugar de mi mente, una parte de mí había ayudado a poner la bomba de Heathrow.

Un taxi se detuvo a ocho metros del Saab. Henry Kendall bajó y pagó al conductor. Estaba cansado pero eufórico, la cara roja por algo más que un buen almuerzo. Introdujo la mano por la puerta del pasajero y ayudó a bajar a una mujer atractiva de melena hasta los hombros y una rosa de tallo largo en la mano. Mientras la ayudaba a salir fue como si la levantara en el aire y la depositara en la acera, un marido que atraviesa el umbral llevando a la novia en brazos.

Sally lo agarró del brazo, sonriendo irónicamente como si los dos hubieran realizado un inteligente truco de magia. Riendo juntos, se detuvieron a mirar la casa de Henry, con la agradable sensación de no saber bien dónde estaban.

Caminaron por la acera mientras Henry buscaba las llaves, pero a ella le llamaron la atención los titulares de primera plana del periódico con el que me tapaba la cara. Se detuvo al reconocer el coche y señaló la pegatina de minusválido que llevaba en el parabrisas.

-¿David...? -Esperó mientras yo bajaba la ventanilla y después llamó por señas a Henry, que me miraba como si no nos conociéramos-. Acabamos de almorzar.

-Excelente. -Saludé con la mano a Henry, que no hizo el menor movimiento-. ¿Todo bien?

-¿Por qué no? Gracias por traer el coche. -Se inclinó y me besó con verdadero afecto, a todas luces encantada de verme-. ¿Cómo has sabido que estaba aquí?

-Lo he adivinado. No ha sido nada difícil. Soy psicólogo.

-Henry también. Te llevaría a casa, pero...

-Buscaré un taxi. -Salí como pude de entre los mandos, bajé del coche y le di las llaves-. Nos vemos pronto. Están pasando muchas cosas. El NFT...

-Ya lo sé. -Me examinó la cara y tocó el pequeño cardenal que tenía en la frente-. ¿No estarás luchando de nuevo contra la policía?

-Nada de eso. Todavía estoy investigando lo de la bomba de Heathrow. Han aparecido algunas pistas que me parecen importantes. Puedes contárselo a Henry.

-Lo haré. -Se apartó, despejándome el camino hacia Henry, esperando a que mostrara mi indignación de marido. Al ver que yo no reaccionaba, dijo-: Muy bien. Volveré a casa más tarde.

-De acuerdo. Cuando estés preparada...

Miré cómo se iba de prisa, la cabeza baja, la mirada en el suelo. Por una vez no había logrado provocarme. Henry se detuvo al llegar a la puerta y levantó una mano. Me saludó con ella, pero yo no le contesté y seguí caminando.

Dirigiéndome a St. John's Wood, alargué el paso. Había hecho un pequeño gasto en orgullo masculino, pero la inversión había merecido la pena. El ataque al NFT había abierto la puerta de mi celda. Me sentía libre de nuevo, por primera vez desde que había entrado en el Adler y había sido reclutado por la masonería de la clase profesional. Sus asfixiantes galas -la culpa y los rencores y la falta de confianza en uno mismo-, colgaban todavía en el armario de mi mente y exigían que los sacara y desfilara con ellos por delante del espejo más cercano, un recordatorio de responsabilidad y deberes civiles. Pero las galas iban camino del cubo de la basura. Ya no me amargaba mi madre con su displicente egoísmo, ni los colegas del Instituto con el insoportable aburrimiento que infligían al mundo. Y ya no me ofendía Sally con sus pequeñas infidelidades. La amaba, y nada importaba que yo fuera la enfermera particular de su padre.

Atravesé Maida Vale y saludé al agente de guardia, que pareció sorprenderse al ver que caminaba con tanta soltura. Pensaba en Chelsea Marina y en el incendio en el South Bank, y en la negra Noria del Milenio preparada para girar sobre las ruinas.

Librodot

Recordé a Kay Churchill y a Vera y a Joan Chang, y sobre todo al doctor Richard Gould, y supe que necesitaba verlos de nuevo.

Librodot

19. El sitio de Broadcasting House

Imprevisible como siempre, la policía había decidido no intervenir. Yo estaba entre la multitud de manifestantes reunidos delante de Broadcasting House, esperando en vano a que sonaran las sirenas y los vehículos antidisturbios llegaran a nuestras filas. Pero, por orden del comisario de policía, reinaba la calma. Autobuses de dos pisos pasaban por Langham Place con turistas que nos miraban, entusiasmados de observar uno de los rituales históricos de Londres: levantar el puño contra el establishment.

Del otro lado de la calle, dos agentes patrullaban la acera cerca de la embajada china. Un tercero custodiaba la puerta del Langham Hotel, charlando con un conductor de limusina. Ninguno de ellos mostraba el menor interés en el centenar de manifestantes que ahora bloqueaban la entrada de la sede del buque insignia de la BBC. Pero sin la policía y un brusco enfrentamiento nunca nos animaríamos a actuar. Necesitábamos perder los estribos, apartar al personal de seguridad y apoderarnos del edificio.

-Creen que somos fans -dije entre dientes a la cincuentona con chaqueta de piel de carnero que tenía al lado. Veterinaria y sacristán voluntaria en la capilla de Chelsea Marina, era vecina del padre Dexter-. Señora Templeton, ¿por qué será que nunca se encuentra un policía cuando hace falta? Deben de pensar que estamos aquí por alguna estrella de la música pop...

-¿Señor Markham? ¿Otra vez hablando solo...?

Como la mayoría de los manifestantes, la señora Templeton escuchaba la radio portátil, sintonizada en Radio 4, que en ese momento emitía un comentario sobre la manifestación. Con el micrófono en los labios, el reportero transmitía desde el vestíbulo de Broadcasting House, detrás de los guardas jurados, y hubo algunas carcajadas al oír una observación absurda sobre los motivos que habían llevado a formar ese piquete delante de la BBC.

Mirando a mi alrededor las atentas caras con la radio pegada al oído, me di cuenta de que recibíamos las órdenes de la organización contra la cual nos estábamos manifestando. Durante los tres últimos días, el programa de la una de la tarde había realizado una investigación sobre el malestar en Chelsea Marina y sobre estallidos similares entre gente de ingresos medios en Bristol y Leeds.

Como era de esperar, los periodistas no habían entendido nada. Atribuían el levantamiento a las profundas insatisfacciones de la generación nacida en la época del *baby boom,* una clase demasiado culta y demasiado indulgente consigo misma incapaz de defenderse de un grupo más joven que se agolpaba en el acceso a las profesiones. Expertos, parlamentarios, incluso un secretario del Ministerio del Interior ofrecieron perlas similares. Escuchándolas en la cocina de Kay mientras ella cortaba el pepino para la ensalada, supe que yo hubiera sido tan simplista como ellos si no hubiera estado nunca en Chelsea Marina.

Librodot

Kay estaba tan furiosa por el tono condescendiente de la BBC que se cortó en un dedo, y empezó a organizar una manifestación. Llenaríamos Portland Place de manifestantes, asaltaríamos el venerable edificio Art Decó y tomaríamos el control del estudio de «World at One», y desde allí transmitiríamos la verdadera historia de la rebelión que estaba abriéndose paso por el mapa de media Inglaterra.

Había una enorme carga de resentimiento esperando un detonante. Como explicaba Kay, usando un megáfono para dirigirse a la multitud reunida delante de su casa, durante más de sesenta años la BBC había desempeñado un papel fundamental en el lavado de cerebro de las clases medias. Su régimen de moderación y sensatez, su compromiso con los objetivos de educación y tolerancia enunciados por Lord Reith habían sido una complicada tapadera, a través de la cual imponía una ideología de pasividad y autocontrol. La BBC había definido la cultura nacional, una estafa en la que habían colaborado las clases medias al suponer que la moderación y la responsabilidad civil les convenían.

Sosteniendo a Kay, que se tambaleaba sobre la silla de la cocina, yo asentía confiado ante su diatriba. Presentó a dos compañeros residentes, ex productores artísticos de la BBC recién despedidos. Sabían orientarse en Broadcasting House y dirigirían el asalto al estudio de «World at One». Lo único que nos faltaba, cuando atravesamos Londres a la mañana siguiente, cada uno por su lado, era un enemigo resuelto e implacable.

Sin embargo, yo seguía dominado por las emociones de la revolución. Después de dejar a Sally y a Henry Kendall delante de la casa de él, yo había abordado un radiotaxi y lo había hecho esperar en St. John's Wood mientras preparaba una pequeña maleta. No sabía cuánto tiempo me quedaría en Chelsea Marina ni cuántas cosas llevaba Lenin cuando subió al tren en la estación Finlandia, pero suponía que los revolucionarios viajaban ligeros de equipaje.

Sentí una oleada de alivio al llegar a King's Road, como un niño que regresa a una casa de acogida en la que se siente feliz. Había pedido tres semanas de permiso con el argumento de que mi madre moribunda me necesitaba cerca. El profesor Arnold, que la había conocido en su juventud, se mostró escéptico, lo cual era comprensible. Yo vería encantado a Sally más adelante, cuando hubiera castrado a Henry con sus complejas necesidades. En ese momento, lo que sucedía en aquella urbanización del oeste de Londres significaba mucho más, y de alguna manera tenía la llave de mi futuro.

A pesar de eso, el conductor pakistaní se negó a entrar en la urbanización y se detuvo junto a la casa del guarda.

-Demasiado peligroso, señor... La policía nos aconseja no entrar. Han apedreado una furgoneta de Harrods.

-¿Apedreado? ¿Por qué motivo?

-Cuestión de rivalidades étnicas. Aquí la gente tiene su propio problema de Cachemira. Hay una lucha por el poder entre los partidarios tradicionales del *Guardian* y la nueva clase media del ámbito de los servicios financieros.

Librodot

-Interesante. -Vi un ejemplar de *The Economist* en el asiento delantero-. ¿Y de qué lado estoy yo?

El conductor se volvió y me miró con atención.

-Usted es un no alineado. Sin duda...

Pagué, bajé del coche y eché a andar por delante de las ventanas entabladas de la oficina del administrador de la urbanización. Un coche de policía patrullaba Beaufort Avenue, seguido de cerca por dos residentes en un destartalado Mini que le hacía luces de advertencia. Esperaba encontrar la casa de Kay estrechamente vigilada, pero la calle sin salida estaba tranquila; sólo rompían el silencio las tijeras de Kay podando el seto.

Me abrazó con entusiasmo, levantó mis manos y se las apretó contra los pechos; después agarró mi maleta. Pasamos una agradable tarde con varias botellas de vino, dándonos parte mutuamente del ataque al NFT. Kay ya no recordaba que me había abandonado... con la esperanza, sospechaba ahora, de que yo cayera en la trampa y la traicionara a ella. Entre su ambición se incluía el martirio, listo para ofrecer el estrellato. Describía gráficamente planes de nuevos ataques en la orilla sur, avanzada de la nueva tiranía que esclavizaba a quienes buscaban refugio cultural contra sus paredes de estilo brutalista.

-Hormigón desnudo, David. Cuidado, es la vuelta a Alcatraz. Construido por el tipo de personas a las que les gustaban Anna Neagle y Rex Harrison...

Me encantaba estar con Kay y sus caóticos intereses. Por la noche dormí profundamente en otro colchón infantil en el dormitorio de su hija, rodeado de alegres dibujos al pastel de la guerra de Troya. Troya, me di cuenta, tenía un notable parecido con Chelsea Marina, y el caballo de madera era el primero que había visto dotado con un pene de pino natural. Poco después del amanecer, cuando la despertó un helicóptero de la policía, Kay se metió en la cama conmigo. Se quedó en silencio a la luz gris de Londres, inhalando el perfume de la almohada de su hija antes de volverse hacia mí.

Durante la siguiente quincena, la rebelión de Chelsea Marina hizo importantes progresos. Más de la mitad de los residentes participaban en los actos de protesta. Como señaló el *Daily Telegraph* -ahora órgano oficial de la revolución- en un editorial, muchos de los activistas eran importantes profesionales. Médicos, arquitectos y abogados tuvieron una participación destacada en la sentada para protestar ante el Ayuntamiento de Chelsea por las nuevas tarifas de parking. Un abogado retirado encabezó la manifestación delante de las oficinas de la empresa de administración, exigiendo la cesión absoluta de la propiedad en la urbanización.

El primer enfrentamiento con la policía se produjo una semana después de mi regreso. Los administradores de la urbanización trataron de entrar por la fuerza en la casa de un joven contable, su mujer y cuatro hijos. La pareja se negaba a pagar las exorbitantes facturas de los servicios y se los amenazó con embargarlos.

Pero los administradores fueron recibidos por un ejército de mujeres indignadas y

elocuentes que atacaron su furgoneta antes de que pudieran descargar los mazos. Veinte minutos más tarde llegó la policía con un equipo de la televisión francesa a remolque. Cayó una tormenta de proyectiles, piedras recogidas con cariño en las Seychelles, Isla Mauricio y Yucatán. La policía, discretamente, se retiró, persuadida por un secretario del Ministerio del Interior cuya hermana vivía en Chelsea Marina. No obstante, las escenas televisivas de los aterrorizados hijos del contable, gritando desde las ventanas de los dormitorios, despertaban incómodos recuerdos de la violencia sectaria de Belfast.

Muchos padres sacaban a sus hijos de los colegios de pago, rechazando los valores de la educación privada, una enorme conspiración para someterlos. Preocupados por la seguridad de su familia, muchos residentes pedían permisos sin sueldo, con la esperanza de darse tiempo para pensar. Sus mujeres e hijos empezaron a robar en los supermercados y las charcuterías de King's Road. Al ser llevados ante los jueces, se negaban a pagar las multas, y el *Daily Mail* los apodó «los primeros gitanos de clase media».

Cuando una oficina de Hacienda de Fulham se vio obligada a cerrar después de abandonar el trabajo los principales encargados de la informática, las autoridades despertaron por fin. Un prolongado boicot de la clase media a la sociedad de consumo tendría efectos desastrosos en los ingresos tributarios. Investigadores del Ministerio de Sanidad recorrían Chelsea Marina con sus cuestionarios, tratando de identificar las reivindicaciones subyacentes.

La amplia variedad de objetivos elegidos hacía difícil encontrar una mentalidad común que los explicara. Los piquetes que bloqueaban la entrada de Peter Jones y la London Library, Legoland y el British Museum, agencias de viajes y el V&A, el centro comercial Hendon y un pequeño colegio privado, no tenían en común más que el rechazo de la clase media. Dos bombas de humo en la sección de alimentos de Selfridge's y en el ala de los dinosaurios del Natural History Museum no parecían guardar ninguna relación entre sí, pero lograron cerrar ambas instituciones por un día. El lema «Destruid los museos» de los futuristas de Marinetti adquirió una sorprendente resonancia.

Durante unas elecciones locales para cubrir un escaño vacante en el Parlamento, cuando Kay y Vera salieron hacia el colegio electoral con la intención de pintarrajear las papeletas, descubrieron que el rechazo a la colaboración civil se había vuelto una seria amenaza para el sistema democrático. Hacía mucho tiempo que las elecciones parlamentarias dependían de los voluntarios de clase media. La decisión de quedarse en casa por parte de unos cuantos escrutadores con experiencia obligó a postergarlas, ante el aplauso de los residentes de Chelsea Marina, que veían la democracia parlamentaria como una manera nada sutil de castrar a la clase media.

Satisfecha con todo eso, Kay me mandó a comprar los periódicos serios, y mientras tomábamos una botella de vino leímos los preocupados editoriales. El *Times* y el *Guardian* no entendían por qué tantos de sus lectores se estaban escindiendo de la sociedad. Ambos citaban a un subdirector de colegio y residente de Chelsea Marina entrevistado por la televisión:

-Estamos cansados de que no nos valoren. Estamos cansados de que nos utilicen. No nos gustan las personas en las que nos hemos convertido...

Delante de Broadcasting House, los manifestantes presionaron acercándose más a la entrada, haciendo retroceder las vallas de madera que los guardas jurados de la BBC habían puesto para proteger las puertas. Ahora eran unos doscientos, y escuchaban en sus radios un programa de actualidad en el que se hablaba de los acontecimientos que se estaban desarrollando debajo de las ventanas de la BBC.

Busqué con la mirada las caras conocidas de los residentes de Chelsea Marina, pero no había señales de Kay, Vera Blackburn o Richard Gould. Sabía que había planes para una protesta en V&A, que Kay había calificado de «emporio de delirios culturales». El objetivo era el Cast Room, donde derribarían de la basa una copia del *David* de Miguel Ángel, de la misma manera que habían tumbado las estatuas de Stalin y Lenin después de la caída del Muro de Berlín. El *David,* afirmaba Kay, engañaba a las clases medias haciéndoles creer que tenían una sensibilidad «cultural» que les otorgaba una superioridad moral negada a los hinchas del fútbol o a los entusiastas de los enanos de jardín.

-Ay, Dios mío...

La señora Templeton se balanceó sobre los tacones. A nuestro alrededor la gente se reía, incrédula.

-¿Señora Templeton? ¿Ha ocurrido algo?

-Vaya si ha ocurrido. -Se espantó una mosca de la manga de la chaqueta de piel de cordero-. Somos la «clase inferior» de la burguesía. Santo Dios...

Traté de pensar una respuesta apropiada, pero había estallado un airado enfrentamiento entre los guardas jurados y un grupo de manifestantes que estaban derribando las vallas de madera. En seguida se produjo un tira y afloja, y los encargados de la seguridad empezaron a decir que la valla era propiedad de la BBC, y a insultar a los alborotadores por negarse a pagar el impuesto por el uso del televisor.

Cerca de la entrada estalló un petardo, una fuerte explosión que nos golpeó los oídos. En el atónito silencio flotaba una nube azul sobre nuestras cabezas. Agarré del brazo a la señora Templeton y vi cómo obligaban a un vehículo de la televisión a subir a la acera en Portland Place. Furgonetas blancas de la policía, con las luces de las sirenas girando, zigzaguearon entre los coches y frenaron delante de la iglesia de los Difuntos en Langham Place. Agentes con uniforme antidisturbios, con los escudos y porras preparados, saltaron de las furgonetas y se abrieron paso entre los espectadores curiosos de la hora del almuerzo.

Un bomba de humo lanzó al aire una ráfaga de vapor negro. Un asustado guarda jurado tropezó con una de las vallas y cayó al suelo. Los manifestantes aprovecharon la oportunidad, pasaron al otro lado y lograron cruzar las puertas. Sin soltar el brazo de la señora Templeton, sentí que la presión de la policía me empujaba hasta el vestíbulo.

Un centenar de nosotros nos atestábamos en la zona de la recepción, arrollando al personal de seguridad que trataba de proteger los ascensores. Un grupo de invitados se había refugiado entre los sillones, expertos que por fin se enfrentaban con la realidad. El humo nos siguió hasta el vestíbulo y se metió en los pozos de los

Librodot

ascensores que habían empezado a llevar a la avanzadilla de los manifestantes hasta los pisos altos. Conducidos por uno de los productores de la BBC que se habían puesto de nuestro lado, planeaban invadir los estudios de los informativos y transmitir el manifiesto de la rebelión de la clase media a la atenta nación, que dejaría los huevos benedictinos y los bocadillos de tocino para escuchar con la boca abierta.

El otro hombre de la BBC, un angloindio de delgado rostro, nos llevó en manada hacia la escalera a la izquierda del vestíbulo. Al llegar a la primera planta atravesamos una puerta que decía «Sala del Consejo». En la habitación de techo alto, con su pared semicircular por el sur, colgaban los retratos de los directores generales de la BBC, que habían presidido la benévola tiranía de la Corporación.

Como una turba revolucionaria que entra por la fuerza en el salón de un *ancien régime* y se enfrenta a las efigies de una aristocracia corrupta, miramos horrorizados los retratos, dominados por el principal arquitecto de la BBC, Lord Reith. Advertí que las cabezas de aquellos personajes crecían a medida que pasaban los años y aumentaba el poder de la BBC, culminando en la sonriente cabeza de globo de una persona recién nombrada, un inmenso dirigible inflado de autosatisfacción.

Una nerviosa hilera de ayudantes de producción y técnicos de los estudios nos miraron desde el otro extremo de la sala, muy poco convencidos de tener que hacer algún sacrificio. Se rindieron sin mover un dedo cuando nos abrimos paso entre ellos. La señora Templeton sacó un aerosol del bolso. Mientras el humo del vestíbulo avanzaba por la sala, apuntó hábilmente con el chorro de tinta a los retratos y los dotó de una serie de bigotes y coletas.

Cinco minutos más tarde todo había acabado. Mientras la policía antidisturbios nos maltrataba en el vestíbulo, supimos que el ataque a «World at One» había fracasado. Mucho antes de nuestra llegada, todo el equipo de producción se había trasladado a un estudio seguro en el sótano. Las unidades de arresto de la policía habían entrado en Broadcasting House por una puerta lateral en Portland Place. Nos estaban esperando, con las porras calientes y preparadas, y rápidamente despacharon a todos los manifestantes perdidos en los laberínticos pasillos. Con brusquedad nos acorralaron y nos echaron del edificio, y la Corporación reanudó su tarea histórica de cautivar a las clases medias.

La violencia policial, advertí, era directamente proporcional al grado de aburrimiento de la policía, y no a la resistencia de los manifestantes. Nos salvaron de una verdadera brutalidad nuestra propia incompetencia y el rápido fin de la manifestación. Con la ayuda de patadas y golpes de bastón, nos desplazaron hacia el aire lleno de humo de Portland Place. En media hora seríamos transportados en autobús hasta West End Central, acusados y puestos en libertad bajo fianza antes de presentarnos ante los jueces. Los que no tuvieran antecedentes penales, como la señora Templeton, serían perdonados, pero yo estaba casi seguro de que me caerían treinta días de cárcel.

Empujado por un sudoroso agente, atravesé la puerta y tropecé en una valla de madera. Una mujer policía se adelantó y me agarró del brazo. Mientras me ayudaba a levantarme, reconocí el rostro decidido de la manifestante de Olympia que me había

Librodot

vendado la pierna herida.

-¿Angela...? -Miré debajo del borde de aquel sombrero ladeado sobre la cara-. La exposición de gatos, Olympia...

-¿Exposición de gatos?

-Kingston, dos hijos...

-Exacto. -Al reconocerme vagamente, dejó de apretar tanto-. Me acuerdo.

-¿Entró en la policía?

-Eso parece. -Avanzó hacia la iglesia, donde se estaban ocupando de los prisioneros-. Ha recorrido un largo camino desde Olympia, ¿señor...?

-Markham. David Markham. -La miré fijamente a los acerados ojos mientras una furgoneta de la policía pasaba a nuestro lado-. Qué cambio. ¿Cuándo entró?

-Hace cuatro años. Nunca me he sentido mejor.

-Así que usted era... ¿una agente de paisano?

-Algo parecido. -Me llevó entre una multitud de adiestradores de perros y conductores de la policía-. Lo veo hecho polvo. Búsquese otro pasatiempo.

-¿Como policía secreto? -Al recordar la multa de cien libras por intentar ayudarla, dije-: Estoy impresionado.

-Alguien tiene que garantizar la seguridad en las calles.

-Estoy de acuerdo. Se da la casualidad de que yo también participaba en una misión secreta.

-¿De veras? ¿Para quién?

-No resulta fácil de explicar. Tiene relación con la bomba de Heathrow. El Ministerio del Interior está interesado.

-Ahora la impresionada soy yo. -La mujer señaló a los últimos manifestantes que estaban echando de Broadcasting House. La señora Templeton, con la chaqueta rota, se quejaba a un cansado inspector-. ¿Qué me dice de lo de hoy? ¿Forma parte de su proyecto?

-No. Es más serio de lo que parece. Tenemos algo que decir.

-Quizá usted sea serio, pero mucho que decir no tiene. Está haciendo perder el tiempo a la policía y encubriendo a gente que quiere hacer daño de verdad.

Ya había perdido interés en mí. Sus ojos percibieron un cambio de humor en las unidades policiales. Los adiestradores hacían subir los perros a la parte trasera de las furgonetas y los conductores ponían en marcha los coches. Casi todos los policías que custodiaban a los manifestantes en los escalones de la iglesia dieron media vuelta y corrieron hasta los vehículos. Sin despedirse, Angela me dejó allí y subió al asiento del pasajero de un coche de policía que se detuvo brevemente a nuestro lado.

Las sirenas gemían en Upper Regent Street cuando partió el convoy. Casi había desaparecido toda presencia policial, y el vacío fue llenado por turistas que empezaron a fotografiarnos. Los manifestantes acorralados en los escalones de la iglesia escuchaban de nuevo la radio y, siguiendo las indicaciones de los agentes, empezaron a dispersarse.

La señora Templeton vino hacia mí apretando la radio contra la oreja. Parecía alterada y confusa, y no se daba cuenta de que tenía la chaqueta rota y pintura en la barbilla.

-¿Señora Templeton? Compartiremos un taxi. Creo que nos hemos salvado.

-¿Qué?

Me miró con ojos desorbitados, con toda la atención puesta en la radio. Había perdido el tacón del zapato derecho, y por un extraño reflejo propio de la clase media sentí que con esa apariencia tan descuidada nos hacía quedar mal.

-No hay peligro, señora Templeton. La policía... ¿le hizo daño?

-Escuche... -Poniéndose casi bizca, me entregó la radio-. Explotó una bomba en la Tate Modern. Han muerto tres personas...

Escuché la voz apremiante del reportero, pero a mi alrededor parecieron retirarse todos los sonidos de la calle. Los turistas paseaban por delante de Broadcasting House, mirando mapas que no llevaban a ninguna parte. Mensajeros de la industria de la confección se amontonaban en los semáforos, probando el acelerador, listos para correr de una misión sin sentido a otra. La ciudad era un enorme e inmóvil carrusel al que eternamente se subían millones de aspirantes a pasajeros que se sentaban, esperaban y después bajaban. Pensé en la bomba abriéndose paso en otro templo de ilustración, silenciando el interminable murmullo de conversaciones en la cafetería. Muy a mi pesar, sentí un ramalazo de excitación y complicidad.

20. Espacio blanco

-Si los medios son lo bastante desesperados, justifican los fines.

Kay hablaba con las manos apoyadas en mis hombros, de pie a mi espalda, mientras mirábamos las noticias matinales en su cocina. A pesar de la intimidad y el afecto provocados por la bomba en la Tate, sentía que le temblaban los dedos como si estuvieran tratando de separarse de mí. Pensé en la intensa noche que habíamos pasado juntos, las horas de conversación en la oscuridad, cada uno desplegando los recuerdos de toda una vida. Pero la destrucción de la Tate reavivó unos nervios antes entumecidos por un exceso de palabras sobre la violencia, el cheque en blanco del conspirador que algún día habría que cobrar. La protesta sacaba a la luz todos los grandes ideales de Kay, pero la violencia los devaluaba, haciéndole ver con desazón que la realidad nos esperaba al otro lado de una puerta ya abierta.

Me apretó los hombros, observando por la ventana de la sala un convoy de coches de vecinos que salían a apoyar una huelga de alquileres en el norte de Londres.

-¿Kay?

-Estoy bien. Están pasando tantas cosas...

-La manifestación de Mill Hill... ¿quieres participar?

-Debería hacerlo. -Sus dedos cansados sintieron los huesos de mi cuello-. Hay mucho que pensar.

-¿Nosotros? -Traté de calmarla-. ¿Kay?

-¿Quién?

-Tú y yo. ¿Necesitamos hablar de algo?

-¿De nuevo? Las repeticiones a cámara lenta me ponen nerviosa. El cine murió cuando inventaron el flashback. -Se apiadó de mí y me masajeó las sienes con los índices-. Todo está empezando a ocurrir. Se siente que estamos al borde de algo.

-Sí. De pasar diez años en la cárcel.

-No es una broma. -Me sostuvo la cabeza contra el pecho, en actitud protectora, como una madre con su hijo-. Podrías cumplir una condena bastante larga. Siempre pensé que tal vez fueras un espía policial. Corriste muchos riesgos y volviste con nosotros aunque te habíamos traicionado. O eras muy despreocupado o tenías amigos especiales que te protegían. Pero ayer supe que no era nada de eso. Estabas realmente comprometido.

-Muy bien. ¿La manifestación de la BBC?

-No. Aquello fue una broma. Ni siquiera Peggy Templeton consiguió que la

arrestaran. Me refiero a la bomba en la Tate Modern.

-¿Kay...? -Me volví hacia ella y le rodeé las caderas con los brazos, mirándole la cara preocupada-. ¿La Tate Modern? Eso fue horrible. Yo no participé de ninguna manera.

-Claro que fue horrible, pero tú sí participaste. -Kay se sentó perpendicularmente a mí mirando el perfil de mi cara, como un frenólogo tratando de leer mi personalidad en los ángulos de la frente-. Anoche en la cama estabas tan fascinado por esa violencia, por el horror de esas muertes... tuviste la mejor relación sexual de tu vida.

-Kay...

-Sé sincero y reconócelo. ¿Cuántos orgasmos tuviste? Yo dejé de contar. -Kay me apretó las muñecas-. Querías sodomizarme y pegarme. Dios mío, yo sé muy bien cuándo los huevos de un hombre están que arden. Los tuyos se incendiaron. Pensabas en la bomba y de repente eyaculabas y lo rompías todo. Esa violencia sin sentido te excitaba.

-¿De manera inconsciente? Puede ser. Una vez que nos metimos en la cama yo no hablé más del tema.

-No necesitabas hacerlo. Te levantaste a orinar y miraste el espejo del baño. Viste aquello en tus ojos. -Frustrada por sí misma y por sus respuestas demasiado tolerantes, Kay apagó el televisor. Acusadora, señaló la pantalla sin imagen-. Murieron tres personas. Piénsalo, David. Un pobre guarda dando la vida por un Damien Hirst...

La noche anterior, tensos todavía por el torrente de adrenalina de la protesta en la BBC y la noticia de la explosión en la Tate, habíamos bebido demasiado vino. La bomba, un dispositivo Semtex oculto dentro de un libro de arte grande, había detonado cerca de la librería a las 13.45 horas, matando a la visitante que lo llevaba y destruyendo una importante cantidad de mampostería en la entrada. También resultaron muertos un turista francés y un guarda jurado, y hubo unos veinte visitantes heridos. La policía había acordonado la zona circundante y un equipo forense investigaba por allí cerca, entre el polvo y los escombros que cubrían el césped y los coches estacionados.

Nadie reivindicó el atentado, pero la bomba confirió al ambiente gris y apagado de Londres un cariz más cortante. El futuro se distinguía por el aburrimiento y la inestabilidad. El dispositivo explotó el mismo día de la protesta de Broadcasting House, y parecía apuntar hacia Chelsea Marina y su rebelión de clase media, pero Kay condenó enérgicamente el ataque a la Tate. El público que veía sus entrevistas por televisión y participaba con llamadas telefónicas lo aceptó, aunque sólo fuera porque la siniestra competencia del fabricante de la bomba pertenecía sin duda a otra esfera. Los arquitectos y abogados de Chelsea Marina, con sus petardos y bombas de humo, aseguraban que nunca habían querido matar a nadie. Kay se encontró por primera vez con que se la consideraba portavoz de la moderación.

Quizá para compensar esa novedosa imagen, me contó, mientras se desvestía para acostarse, que se había acostado con todos sus inquilinos, desde estudiantes de cine de dieciocho años hasta un dibujante alcohólico echado de su casa cerca del

Librodot

puerto deportivo por su exasperada mujer.

-Todas las caseras de más de cuarenta años tienen relaciones sexuales con sus inquilinos. Es el último vínculo que queda con el matriarcado...

Kay sacó una botella de vino del refrigerador y puso dos copas en la mesa. Se sentó apretándose la cara con las manos, mirándome.

-¿Kay? ¿No es un poco temprano?

-Lo vas a necesitar. Yo también. Voy a echarte de menos.

-Adelante.

-Regresa con Sally. Sube al coche y vete directamente a St. John's Wood. Sacúdele el polvo al maletín y vuelve a ser un psicólogo de empresas.

-¿Kay...? -Aquel tono tranquilo me sorprendía-. Dios mío, ¿por qué? ¿Por lo de anoche?

-En parte. -Tomó un trago de vino, oliéndose los dedos como si en las uñas todavía quedara olor a mis testículos-. No es la única razón.

-Yo estaba sobreexcitado. La manifestación en la BBC, el maltrato de la policía. Después la bomba en la Tate. ¿Qué pasaría si me hubiera mostrado impotente?

-Ojalá te hubieras mostrado impotente. Yo lo hubiera preferido. La impotencia hubiera sido la reacción normal. Pero tú eras como Colón divisando el Nuevo Mundo. Por eso necesitas volver con Sally. Éste no es tu sitio. -Alargó la mano y estrechó la mía-. Tú, David, eres un hombre de hogar. Sientes todo el tiempo cientos de pequeñas muestras de afecto. Rondan cada amistosa almohada y cada cómodo sillón como dioses familiares. Juntos suman un gran amor, tan grande que puedes olvidar a ese estúpido hombre aferrado a las faldas de tu mujer.

-¿De hogar...? -Observé mi reflejo temblando en la superficie del vino-. Me describes como una especie de rumiante pastando en un campo tranquilo. Pensaba que Chelsea Marina trataba de cambiar todo eso.

-Claro que trata de cambiarlo. Pero para nosotros la violencia no es más que el medio para llegar a un fin. Para ti es el fin.

Te ha abierto los ojos, y crees que puedes ver un mundo mucho más apasionante. Basta de cojines cómodos y sofás amistosos desde donde tú y Sally miráis el informativo de medianoche. Lo que te puso así ayer no fue la bomba en la Tate.

-Kay... -Traté de agarrarle las muñecas, pero no me dejó-. Eso es lo que yo estaba tratando de decir.

-Fue la bomba de Heathrow. -Kay se interrumpió para mirar cómo yo me mordía una cicatriz de la infancia en el labio-. Eso es lo que te ha estado impulsando todo el tiempo. Por eso viniste a Chelsea Marina.

-Tú me trajiste aquí. Recuerda... Tú me encontraste delante del juzgado. Creo que

nunca había estado aquí.

-Pero buscabas algo así. Todas esas manifestaciones y marchas. Tarde o temprano nos habrías encontrado. La bomba de Heathrow seguía resonando dentro de tu cabeza; la oías en St. John's Wood. Una señal que te anunciaba un nuevo mundo.

-Kay... mataron a mi mujer. -Rechacé con un gesto el reiterado lapsus-. Laura. Quería encontrar a quien había puesto la bomba.

-Pero ¿para qué? Eres un hombre feliz en el matrimonio, aunque parece que no lo sepas. Laura existió hace muchos años, y a ti ni siquiera te gustaba demasiado. Al menos no tanto como Sally... o como yo.

-Que alguien nos guste no tiene nada que ver con lo que de veras sentimos hacia esa persona. -Traté de sonreír a Kay-. Laura provocaba el mundo. Casi todo lo que hacía, las cosas más insignificantes que decía, me cambiaban un poco. Curiosamente, nunca pude entender cómo. Ella abría puertas.

-Y la bomba de Heathrow fue la puerta más grande de todas. No había nada que ver, pero estaba ese enorme espacio blanco. Significaba todo y nada. Te fascinó, David. Tú eres como alguien que ha mirado fijamente el sol. Ahora quieres convertirlo todo en Heathrow.

-¿Chelsea Marina? ¿Videoclubes y estatuas de yeso?

-Estás aburrido de todo eso. -Kay apartó la botella de vino y las copas, despejando la mesa para poder pensar-. Estás aburrido como está aburrido Richard Gould. Buscas la violencia verdadera y tarde o temprano la encontrarás. Por eso tienes que subir al coche y volver con Sally. Necesitas esas dobles rayas amarillas, esas normas de estacionamiento y las reuniones de comité para calmarte.

-¿Sally? Me gustaría volver, pero no todavía. -Me toqué los labios y apoyé los dedos en la feroz frente de Kay, agradecido-. Ella tiene problemas que resolver. De algún modo está tan involucrada en la bomba de Heathrow como yo. Necesita encontrarle un sentido.

-¿Sentido? No hay sentido. Así de simple.

-Pero eso no es fácil de comunicar. Sólo un psicópata lo entiende. En esto Richard Gould cree que me equivoco.

-¿Richard? -Interesada, Kay dejó de mirarse las uñas rotas-. No te acerques a él. Es peligroso, David. Puedes quedarte aquí un poco más, pero no te comprometas con él.

-¿Peligroso? -Señalé el viejo ordenador que tenía en la mesa, enterrado a medias en una pila de guiones de estudiantes sin leer-. Tú le llevabas la página web.

-Eso fue al principio. Ha pasado a otra cosa. Chelsea Marina le falló. -Trató de sacar el corcho de la botella de vino, pero se dio por vencida-. Richard Gould te está esperando, David. No sé por qué, pero ha sido siempre así. Cuando lo llamé desde el juzgado, me pidió que te trajera aquí...

Pensé en eso mientras me ponía el traje de tweed, colgado en el armario del dormitorio entre las chaquetas de camuflaje y los vestidos de fiesta con lentejuelas de Kay. Ella era la fan desilusionada, en una época aferrada a cuanta palabra salía de la boca del carismático doctor Gould, que andaba por Chelsea Marina con su demagógica oratoria animando a los residentes a luchar por sus derechos. Pero ahora Kay se había convertido en una figura política que exponía sus ideas en programas de debate, sobre quien aparecían artículos en los periódicos dominicales serios y que contaba con el respaldo de abogados jóvenes y ambiciosos con tiempo libre. Gould era Peter Pan, mentalmente abandonado en su isla manicomio, buscando a sus niños perdidos mientras la realidad avanzaba hacia él bajo la amenazadora forma de mil primeras viviendas.

Cuando salí para el Adler, por primera vez en tres semanas, Kay me contempló desde la puerta. Se apoyó en un pie como una acomodadora que mira una película con una trama poco convincente.

-¿David? Tienes todo el aspecto de un hombre que va a la oficina.

-Sí. Necesito alegrar a mi secretaria y ver a un par de clientes.

-¿Y esas magulladuras?

-No me voy a desvestir. Diré que he estado haciendo submarinismo. Choqué contra algún extraño pez.

-Exacto. -Dejó que la besara y me acomodó la corbata-. Pareces un impostor.

-Kay, eso le pasa a todo el que es demasiado sincero. Durará mientras yo me convenza. Cuando no pueda hacerlo más, sabré que es hora de volver a St. John's Wood.

Allí a la luz del sol pensé en Sally, a la que no veía desde que la había dejado delante de la casa de Henry Kendall en Swiss Cottage. La echaba de menos, pero había empezado a deslizarse hacia el pasado, como parte de una vida que yo quería rechazar, un castillo de obligaciones atadas por la hiedra de la inseguridad de la clase media.

Librodot

21. La bondad de la luz

Saludé a Kay con la mano, un marido que se va al trabajo, observado por varios residentes perplejos que me miraron como si fuera un actor ensayando, por ejemplo, el *maypole.* Cohibido con el traje de tweed, tan bien cortado, atravesé la calle hasta el Land Rover. Al abrir la puerta advertí que tenía un pasajero. Un hombre de traje negro con una camisa sucia descansaba en el asiento de cuero, dormitando al sol de la mañana. Despertó y me saludó con una generosa sonrisa, invitándome a ocupar mi lugar al volante. Se lo veía tan abandonado como siempre, con los huesos de la cara que parecían querer salir a la luz.

-¿Doctor Gould?

-Sube. -Lanzó la bolsa de deporte al asiento trasero-. Encantado de verte, David. ¿Te importaría que condujera yo?

-Es mi coche. -Vacilé antes de introducir la llave de contacto, temiendo que hubieran cambiado alguna conexión para gastarme una broma-. ¿Cómo has entrado?

-Estaba abierto.

-Tonterías.

-No. Las clases medias no roban coches. Es algo tribal, como no llevar traje marrón.

-Creía que todo eso iba a cambiar.

-Exacto. Después de la revolución, la clase media será perezosa, sucia, amiga de lo ajeno, y se olvidará de ducharse. -Me miró a los ojos, fingiendo buscar algo-. Hablando como médico, diría que estás en sorprendente buena forma.

-¿Sorprendente? ¿Después de Broadcasting House?

-No. Después de Kay Churchill. El sexo con Kay es como una resurrección que no ha ido bien del todo. Uno queda profundamente agradecido, pero algunas partes nunca serán las mismas.

Gould hablaba solo, disfrutando de su propia labia. Estaba más relajado que el angustiado pediatra del psiquiátrico de Bedfont. Con aquel traje negro raído parecía un gángster fracasado a causa de sus gustos intelectuales. Me molestaba que se hubiera metido en el coche, pero él sabía que me alegraba de verlo.

-Voy a la oficina -le dije-. ¿Dónde puedo dejarte? ¿En West End?

-Por favor... Demasiados policías dando vueltas. Necesitamos un día en el campo.

-Richard, tengo que ver a mis clientes.

Librodot

-¿Tu suegro? Lo puedes ver mañana. El sitio que vamos a visitar es importante, David. Incluso puede arrojar luz sobre la bomba de Heathrow...

Salimos para Hammersmith y tomamos el paso elevado hacia la rotonda de la cervecería, pasamos por delante de la casa de Hogarth y pusimos rumbo al oeste por la M4. Gould iba recostado en el asiento, mirando las fábricas de una sola planta, las empresas duplicadoras de cintas de vídeo y las luces de estadios desconocidos. Ése era su verdadero territorio, una zona sin pasado y sin futuro, sin responsabilidades o deberes civiles, con los parkings vacíos frecuentados por azafatas fuera de servicio y directores de casas de apuestas, un reino que nunca se acordaba de sí mismo.

-David, cuéntame cómo fue ayer. En la BBC.

-Interrumpimos por un rato. Todo el mundo disfrutó tratando de que lo arrestaran. La indignación encendió toda Regent Street. Algunas personas fueron amonestadas.

-Qué lástima. Un arresto masivo hubiera dado a conocer Chelsea Marina.

-Retiraron a la policía. La bomba en la Tate lo paró todo en seco.

-Espantoso. Realmente espantoso. Vera y yo estábamos en Dunstable, inspeccionando nuestra escuela de vuelo sin motor. -Con un escalofrío, Gould se tapó los ojos-. Mirando en retrospectiva la manifestación de la BBC, ¿cómo la ves?

-Todos llegamos a tiempo y todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Estacionar fue difícil. Cuando llegue el día del Juicio Final, uno de los grandes problemas va a ser el aparcamiento.

-Pero la acción en general... ¿qué te pareció?

-¿Lo de Broadcasting House? Fue infantil.

-Sigue.

-E inútil. Un montón de personas responsables fingiendo ser gamberros. Una trastada estudiantil de gente madura. La policía no lo tomó en serio ni un segundo.

-Han visto demasiadas sentadas. Se aburren con facilidad. Hay que tener eso en cuenta.

-¿Organizar espectáculos más espléndidos? Quemar el NFT fue irresponsable. Y criminal. Podría haber muerto gente. Si lo hubiera sabido, jamás habría participado.

-No te informaron del todo. Violar la ley es un desafío enorme para profesionales como tú, David. Por eso la clase media nunca será un auténtico proletariado. -Gould asintió en silencio y puso los pies en el salpicadero-. La verdad es que pienso lo mismo que tú.

-¿Sobre el NFT?

-Sobre todo: Fortnum's, la BBC, Harrods, Legoland. Bombas de humo y piquetes. Una pérdida de tiempo total. -Alargó la mano para agarrar el volante-.

Librodot

Cuidado. No quiero morir aquí.

Detrás de nosotros sonaba una bocina y unos faros parpadeaban en el espejo retrovisor. Sorprendido por los comentarios de Gould, yo había frenado al pasar por delante del Heathrow Hilton en la autovía de doble calzada que llevaba a Bedfont. Volví a acelerar y pasé al carril lento.

-Richard, creía que tú planeabas toda la campaña.

-Lo hice. Cuando empezamos. Ahora Kay y sus amiguetes eligen los objetivos.

-¿Así que la revolución ha sido postergada?

-Todavía está en marcha. Está ocurriendo algo significativo. David, tú lo has sentido. Chelsea Marina es sólo el principio. Toda una clase social está arrancando el terciopelo de los barrotes y probando el acero. La gente renuncia a empleos bien remunerados, se niega a pagar los impuestos y saca a los hijos de los colegios privados.

-Entonces ¿qué es lo que anda mal?

-No ocurrirá nada. -Gould se examinó los dientes en el espejo del parasol del coche, una mueca de encías infectadas que le hizo cerrar los ojos-. La tormenta amainará y todo se desvanecerá en una llovizna de programas de televisión y páginas de opinión. Somos demasiado educados y demasiado frívolos.

-¿Y si fuéramos serios?

-Mataríamos a un ministro del consejo. O colaríamos una bomba en la Cámara de los Comunes. Pegaríamos un tiro a un personaje menor de la familia real.

-¿Una bomba? -Miraba concentrado el tráfico, consciente de los alerones de cola de los aviones de pasajeros estacionados a unos cientos de metros dentro del perímetro de Heathrow-. No estoy seguro...

-Es un paso grande, pero tal vez resulte necesario. -Gould me tocó la mano con aquellos pálidos dedos-. ¿Tú harías eso, David?

-¿Matar a un ministro? Soy demasiado cortés.

-¿Demasiado dócil? ¿Demasiado educado?

-Desde luego. Hace tiempo que he perdido la ira. Estoy casado con la hija de un hombre rico, una mujer muy dulce y muy cariñosa que me trata como a uno de los inquilinos de su padre. Si anda cazando su último zorro, no tiene problemas en atravesar al galope mi territorio. Y yo me limito a sonreír y a pagar su cuenta en Harvey Nicks.

-Al menos lo sabes.

-No podría poner una bomba en la Cámara de los Comunes ni en ningún otro sitio. Estaría demasiado nervioso, pensando en lastimar a alguien.

-Eso lo puedes superar, David. -Gould hablaba con displicencia, como un médico que quita importancia a una preocupación trivial de un paciente-. Si tus motivos son sólidos, todo es posible. Estás esperando un desafío mayor. Todavía no lo

Librodot

has encontrado, pero ya lo encontrarás...

Gould se inclinó hacia adelante, masajeándose la inexpresiva cara, tratando de llevar un poco de color a las mejillas. Salimos de la carretera del aeropuerto y entramos en East Bedfont, pasando por delante de un pequeño parque industrial hacia la residencia infantil que se había hecho cargo de los niños del Bedfont Hospital.

Gould me guió por un camino de grava que conducía al edificio georgiano de tres plantas. Había arbustos cuidadosamente recortados y un amplio césped sin huellas de pies humanos. Sobre la hierba había columpios y toboganes de brillantes colores, pero faltaban los niños. Los pequeños asientos estaban llenos de hojas y de agua de lluvia, y supuse que aquél era un parque infantil en el que nunca había jugado un niño.

Gould estaba impávido. Cuando nos detuvimos junto a la puerta trasera de la residencia, él sacó del asiento la bolsa de deporte. La abrió sobre las rodillas dejando a la vista un surtido de juguetes de plástico. Agradablemente sorprendido, se puso a probarlos, y se le iluminó la cara cuando una de las muñecas empezó a contestarle con su voz grabada.

Bajó con entusiasmo del coche, como un padrino abnegado en una fiesta de cumpleaños, y extrajo una bata blanca de la bolsa. Se la puso encima del traje, buscó en los bolsillos, sacó una etiqueta de identificación y me la puso en la solapa.

-Trata de tener aspecto profesional, David. Es muy fácil hacerse pasar por un especialista.

-¿«Doctor Livingstone»?

-Siempre funciona. Tú eres un colega mío del Ashford Hospital. Ahora... te encantarán los niños, David.

-¿Nos permiten entrar?

-Por supuesto. Son mis niños. Para ellos el mundo no tiene sentido, y necesitan que yo les demuestre que existen. En cierto modo me recuerdan a ti...

Entramos en una sala detrás de las cocinas, donde estaban preparando el almuerzo para un pequeño grupo de empleados. Gould besó a la enfermera jefe, una negra guapa y cordial, y la llevó del brazo mientras subían la escalera, como si fueran compañeros de conspiración.

En las tres soleadas salas había treinta niños, casi todos postrados en la cama, pequeños paquetes pasivos enviados por correo a la muerte al poco tiempo de nacer. Pero Gould los saludó como a su propia familia. Durante la hora siguiente lo vi jugar entre aquellos niños pequeños, haciendo títeres con los dedos, sobre los que ponía viejos calcetines y celo de colores, corriendo por la sala con los brazos levantados, sacando juguetes de la bolsa de deporte enfundado en una chaqueta de Papá Noel que le había prestado la enfermera. Ella me explicó que Gould había adelantado la Navidad por los niños a los que sólo les quedaban semanas de vida.

Librodot

La acompañé fuera de la sala cuando dejó allí a Gould en lo mejor de su entusiasmo. Aceptó un cigarrillo y se lo encendí.

-Usted hace una tarea extraordinaria -la halagué-. Los niños parecen muy felices.

-Gracias... ¿doctor Livingstone? Hacemos lo que podemos. Muchos de los niños nos dejarán pronto.

-¿Con qué frecuencia viene el doctor Gould?

-Todas las semanas. Nunca les falla. -Una sonrisa cruzó su rostro como una nube soleada-. Se compromete mucho con los niños. A veces me pregunto qué hará cuando se vaya el último...

Cuando volví a la sala, Gould estaba sentado al lado de la cuna de un niño de tres años con la cabeza afeitada. Una ancha cicatriz burdamente suturada recorría aquel cuero cabelludo. Los ojos del niño se habían hundido en la cara, pero miraba fijamente a la visita, sin parpadear. Gould bajó el lateral de la cuna y se echó hacia adelante, metiendo un brazo debajo de la manta de lana. Me miró, esperando a que me fuera, dejando claro que me estaba inmiscuyendo en un momento íntimo.

Más tarde, cuando Gould apareció en el parking, dije:

-Estoy impresionado. Ningún ordenador podría haber hecho todo eso. Un par de ellos casi te han reconocido.

-Espero que sí. David, ellos me conocen. Yo, en realidad, soy uno de ellos.

Arrojó la bolsa de deporte vacía y la bata blanca en el asiento trasero del Range Rover y después miró hacia el césped con los silenciosos toboganes y hamacas. Parecía casi un niño nervioso, más joven pero más apasionado que el terrorista aficionado con el que yo me había encontrado en la cabina de la noria, encima del National Film Theatre.

Tratando de tranquilizarlo, dije:

-Tú los ayudas, Richard. Eso tiene un valor.

-No. -Las manos descarnadas de Gould se calentaban en el techo del coche-. En realidad no me perciben. Soy una mancha borrosa en la retina. Los cerebros de esos niños se han apagado.

-Te oyen. Algunos.

-Lo dudo. Están ausentes, David. La naturaleza cometió un crimen con ellos. Además, algunas cosas carecen de sentido. Después de mucho teorizar y pensar en causas y efectos, siempre llegamos a una falta de sentido. Quizá sea lo único que podemos encontrar en todas partes...

Esperé antes de poner en marcha el motor, mientras Gould contemplaba las ventanas de las salas de la primera planta.

-Dime, Richard, ¿tú has tocado a aquel niño?

Gould volvió la cabeza para mirarme, claramente decepcionado.

-David, ¿tiene eso alguna importancia?

-La verdad es que no. Es algo discutible.

-Háblalo con Stephen Dexter.

Impaciente por irse, alargó la mano e hizo girar la llave de contacto.

Después de una hora de viaje llegamos a una pequeña escuela de vuelo sin motor en lo alto de los Marlborough Downs. Gould se había matriculado por e-mail para hacer un curso, pero la secretaria de la escuela parecía sorprendida por el aspecto desnutrido y desaliñado de ese extraño médico de piel blanca y traje andrajoso. Me ofrecí como avalador, pero Gould me envió de vuelta al coche. Como ya sabía yo que ocurriría, pronto convenció a la secretaria de su imperiosa necesidad de volar.

Me quedé en la sede del club y observé cómo Gould examinaba la cabina de dos asientos de un planeador de entrenamiento. Por la ventanas abiertas escuché el batir del viento sobre el aeródromo de césped, con la estructura de los planeadores estacionados temblando en el aire frío. Gould asintió con la cabeza ante la instructora, mirando al cielo como si ya estuviera planeando meterse de polizón en el transbordador espacial.

-Muy bien -dijo mientras volvíamos hacia el coche-. Vuelo de prueba la semana próxima. Puedes venir a mirar.

-Quizá.

-Es un desafío, David. -Se tocó la oreja-. Tengo un pequeño problema con el órgano del equilibrio. Curiosamente, los secuestradores de aviones suelen sufrir de lo mismo. Se podría interpretar esos secuestros como intentos inconscientes de resolver un problema.

-Parece poco verosímil.

-¿Por qué? -Se volvió para observar cómo un planeador despegaba y después soltaba el cable de remolque y se elevaba con la glacial gracia de un cóndor-. Además, forma parte de la gran búsqueda.

-¿De qué?

-De esto y de lo otro. De alguna tímida explicación. El misterio del espacio-tiempo, la sabiduría de los árboles, la bondad de la luz...

-¿El vuelo en planeador? ¿Más que el vuelo con motor?

-Dios nos libre. El mundo transformado en ruido; la vida y la muerte medidas por el espacio para meter las piernas.

-¿Y el vuelo sin motor?

Se recostó en el asiento mientras buscábamos la autopista, la camisa desabrochada hasta la cintura, desempaquetándose para el sol.

Librodot

Encendí la radio, halagado de que la invasión a Broadcasting House abriera los informativos. Dominaba todos los boletines la bomba en la Tate Modern, el centro cultural más popular de Londres, que desempeñaba el papel antes asignado a la Cúpula del Milenio. Ningún grupo había reconocido su participación en el ataque, y se había reforzado la seguridad en el British Museum y en la National Gallery.

-A partir de ahora va a resultar mucho más difícil -comenté-. El Science Museum, la British Library...

-David, ésos no son los objetivos apropiados. -Gould cerró los ojos al sol, y se perdió en un sueño de alas y de luz-. Ésos son los objetivos que la gente espera que ataquemos. Son una versión ampliada de las protestas por los pasos de cebra, madres educadas que hacen manifestaciones para que pongan bandas desaceleradoras delante de las escuelas. Es lo que hace la clase media.

-¿Qué hay de malo en eso?

-Son demasiado previsibles, y demasiado lógicos. Tenemos que elegir objetivos que carezcan de sentido. Si tu objetivo es el sistema monetario global, no atacas un banco. Atacas la tienda de la Oxfam de al lado. Pintarrajeas el Cenotafio, rocías con Agente Naranja el Chelsea Physic Garden, incendias el zoológico de Londres. Lo que queremos es crear inquietud.

-¿Y lo mejor sería un objetivo sin sentido?

-Bien dicho. Tú me entiendes, David. -Gould me tocó la mano, encantado de que yo lo llevara en coche-. Kay y su grupo todavía están atados a la honradez y a los buenos modales. Todos esos arquitectos y abogados... lo más radical que se les ocurre es incendiar el colegio de niñas St. Paul's. No se dan cuenta de que su vida está vacía.

-¿Es eso cierto? La mayoría aman a sus hijos.

-ADN. Primer mandamiento de la biología. No te reconozcas más méritos por amar a tus hijos que los que se reconocen los pájaros por construir nidos.

-¿Orgullo cívico?

-El plan de vigilancia del vecindario del banco genético. Mira tu ejemplo, David. Comprometido, considerado, afable, pero nada te importa un pito.

-Tienes razón. ¿Qué propones? ¿Fe religiosa?

-La muerte, que de vez en cuando se sienta y agarra al director de la funeraria por las muñecas. Un acto infundado tiene un significado especial. Si se ejecuta con calma, sin que lo afecten las emociones, un acto sin sentido es un espacio vacío más grande que el universo que lo rodea.

-¿Tenemos entonces que evitar los motivos?

-Por supuesto. Matas a un político y quedas atado al motivo que te hizo apretar el gatillo. Oswald y Kennedy, Princip y el archiduque. Pero mata a alguien al azar, dispara un revólver dentro de un McDonald's... el universo da un paso atrás y contiene el

aliento. Mejor todavía, mata a quince personas al azar.

-¿Mejor?

-Lo digo en sentido figurado. No quiero matar a nadie. -Para tranquilizarme, Gould ensayó en el parasol del coche una encantadora sonrisa, y después una mueca-. Tú ves todo esto, David. Tú has entendido la cuestión. Por eso confío en ti. La violencia pone nerviosa a la gente. La excita, claro, pero la desconcierta.

-¿A ti no?

-¿Lo has notado? Supongo que es cierto. La violencia es como un incendio de monte: destruye muchos árboles pero refresca el bosque, le quita la maleza sofocante y permite el crecimiento de muchos árboles nuevos. Tendremos que pensar en objetivos adecuados. Han de ser totalmente inmotivados...

-¿Keats House, el Banco de Inglaterra, Heathrow?

-No, Heathrow no. -Distraído por un letrero al borde de la carretera, Gould alargó la mano y sostuvo el volante-. Reduce la velocidad, David. Quiero ver algo...

Estábamos atravesando una agradable población rural a pocos kilómetros del cruce con la autopista. El tráfico era sorprendentemente denso y los turistas curioseaban por las ventanillas. En las afueras del pueblo había caminos bordeados de arbustos y altos sicómoros, y Gould miraba hacia las ramas lejanas como un Samuel Palmer moderno, buscando la ventana del cielo para vislumbrar la luz que había detrás. Su pálida mano recorría las capas de ramas, como buscando la salida de un laberinto.

Pero el pueblo era anodino, casas de campo con falsos techos de paja convertidas en lavanderías y videoclubes, una tienda de comida china para llevar con entramado de madera, tiendas de souvenirs y cafés. Había un bosque de letreros que amablemente guiaban al automovilista forastero hasta los parkings, aunque no se sabía bien por qué tanta gente visitaba el pueblo y por qué quería estacionar allí.

No obstante, Gould parecía satisfecho, y se dio la vuelta con una sonrisa cuando nos estábamos acercando a la autopista.

-Un lugar encantador, David. ¿No te parece?

-Bueno... ¿Watford con campos?

-No. Hay algo muy especial. Ya has visto todos esos turistas. Es casi un sitio de culto.

-Cuesta creerlo. -Seguí la vía de acceso y me metí en el tráfico de la autopista-. ¿Dónde está, exactamente?

-No lejos de la A4, camino a Newbury. -Gould se recostó y aspiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento durante minutos-. Hungerford... el lugar donde me gustaría pasar los últimos días.

¿Hungerford? El nombre me daba vueltas en la mente como una polilla atrapada

Librodot

mientras volvíamos a Londres. Estaba sorprendido por la reacción de Gould ante aquel pueblo, y sospeché que la visita a la escuela de vuelo sin motor había sido un pretexto para atravesar aquellas calles. Si llegaba a ser piloto de planeador, podría volar por encima de los parkings y las tiendas de souvenirs, sastisfaciendo algún profundo sueño de paz rural.

Los que eran pirómanos de niños llevaban sus fantasías apocalípticas a la vida adulta. El fuego y el vuelo parecían colmar la mente de Gould. Lo veía dormitar allí a mi lado, y sólo se movió un poco cuando nos acercamos a Heathrow. El aeropuerto tenía una gran influencia sobre su imaginación, al igual que sobre la mía, lo que nos unía en extraña sociedad. Había invertido medio día en llevarlo al campo, con la esperanza de que me revelara algo más de sí mismo. Pero en realidad me había atrapado en su raro mundo, acercándome a su personalidad fragmentaria, casi ofreciéndose como un kit con el que yo podría construir una figura esencial que faltaba en mi vida. Lo admiraba por su bondad con los niños moribundos, y se había aprovechado de eso y de mi propia debilidad. Me atraían él y la manera en que lo había sacrificado todo para buscar la verdad, un capitán agotado que aún está dispuesto a meter sus propios mástiles en la caldera.

Todos esos pensamientos se fueron de mi mente cuando dejé a Gould en Chelsea Marina y partí para el Instituto. Compré un periódico vespertino que anunciaba con titulares el atentado con bomba a la Tate y leí los nombres de las tres víctimas, un celador, un turista francés y una joven china que vivía en el oeste de Londres. Joan Chang, la amiga del padre Dexter con la chaqueta acolchada...

Librodot

22. Visita al bunker

El Támesis se abría paso bajo el puente de Blackfriars, impaciente con los muelles antiguos, ya no era la corriente pasiva que se deslizaba frente a Chelsea Marina sino un torrente de agua desagradable que había olido el mar y estaba dispuesto a alcanzarlo. Debajo de Westminster el Támesis se convertía en un río más brusco, como los habitantes del estuario, nada impresionados por las lujosas casas pareadas de la ciudad de Londres.

Las salas de la Bolsa eran un timo, y sólo el río era verdadero. Todo el dinero era virtual, un caudal de voltajes codificados que corrían por conductos ocultos bajo los suelos del mercado de divisas. Frente a ellos, al otro lado del río, había otras dos cosas falsas: la réplica del Globe de Shakespeare y una vieja central eléctrica convertida en una discoteca de clase media, la Tate Modern. Al pasar por la entrada del Globe, escuché para ver si oía un eco de la bomba que había matado a Joan Chang, el único acontecimiento significativo en todo el paisaje.

Había estacionado en Summer Street, a cien metros de la parte trasera de la Tate. Los vehículos de la policía rodeaban la galería, y las cintas de seguridad impedían la entrada del público. Di la vuelta más larga, bajando por Park Street hasta el Globe, y después giré hacia el dique. Caminé entre los turistas atraídos por el Puente del Milenio, ansiando ver los daños causados a esa pomposa estructura, más bunker que museo y que Albert Speer habría aprobado sin reservas.

Como todos nuestros amigos, Sally y yo veíamos cuanta exposición se realizaba debajo de aquella bóveda maciza. El edificio triunfaba por pura prestidigitación visual, un truco psicológico que cualquier dictador fascista entendería. Por fuera, la simetría decó lo hacía parecer más pequeño de lo que era, y las enormes dimensiones del vestíbulo de la turbina intimidaban tanto al ojo como al cerebro. La rampa de entrada era lo bastante ancha como para admitir un desfile de tanques. La potencia, en kilovatios-hora o evangelio mesiánico, fulminaba desde las paredes lejanas. Aquello era la exposición de arte como espectáculo de un Führer, una primera señal, quizá, de que las cultas clases medias se estaban volcando hacia el fascismo.

Caminé entre los turistas hasta la puerta principal y miré a través del césped los daños de la bomba. El dispositivo había detonado a las 13.45 horas, cuando la sargento Angela me estaba sacando de Broadcasting House. Los testigos manifestaron que una joven china corría por la librería. Evidentemente angustiada, tomó de los estantes un libro grande de arte y corrió a la sala de la turbina. Los empleados la persiguieron, pero desistieron cuando se dieron cuenta de que ella les iba advirtiendo que no se acercaran. En lo alto de la rampa de entrada el libro le estalló en las manos, y el suelo inclinado multiplicó la potencia. Los cristales y la mampostería estaban esparcidos sobre la hierba y cubrían los coches estacionados en Holland Street.

Pensé en Joan Chang, alegremente sentada detrás de Stephen Dexter en la Harley-Davidson. Supuse que después de ver una exposición había pasado unos

Librodot

minutos en la librería, y por trágica desventura vio cómo el terrorista ponía la bomba, un dispositivo letal destinado a infligir el mayor número posible de bajas. La policía había identificado a los heridos, pero Stephen Dexter no estaba entre ellos. El clérigo había desaparecido de Chelsea Marina, dejando su Harley estacionada bajo la lluvia delante de su capilla. Kay había llamado por teléfono a un amigo en la unidad cinematográfica de la Tate, pero nadie recordaba haber visto a Dexter en la librería o en las galerías. Llorando por la muerte de la joven china, Kay dio por supuesto que él había huido de Londres y se había escondido en algún retiro religioso.

Al recordar la devastación en Heathrow, supe que Dexter y yo ahora teníamos algo en común. Una bomba terrorista no sólo mataba a sus víctimas sino que creaba una violenta grieta a través del tiempo y el espacio y destruía la lógica que mantenía unido el mundo. Durante unas horas la gravedad se volvió traidora, anulando las leyes del movimiento de Newton, invirtiendo el curso de los ríos y derribando rascacielos, despertando miedos que durante mucho tiempo habían estado dormidos en nuestra mente. El horror desafiaba a las autocomplacencias de la vida diaria, como un desconocido que sale de una multitud y nos da un puñetazo en la cara. Sentado en el suelo y sangrando por la boca, uno comprendía que el mundo era más peligroso pero quizá con más sentido. Como había dicho Richard Gould, un acto inexplicable de violencia tenía una intensa autenticidad que ninguna conducta razonada podía igualar.

Un chubasco producido por el ostentoso río azotó la fachada de la galería. La gente se dispersó cobijándose en las calles laterales, dejando que el equipo forense de la policía siguiera trabajando, examinando los escombros y metiendo los cristales rotos en bolsas de plástico.

Un agente de policía gritó a dos mujeres alemanas que atravesaron las cintas de seguridad y se refugiaron detrás de un furgón policial. Las mujeres se marcharon abrochándose los impermeables mientras pasaban apresuradamente por delante de un coche pequeño cubierto de polvo y fragmentos de mampostería.

Las seguí, pero me detuve junto al coche, un escarabajo Volkswagen. Debajo de la capa de mugre y de escombros vi la pintura blanca de un coche idéntico al de Joan Chang. Observé al agente de policía que vigilaba el patio delantero: daba patadas en el suelo y hablaba con los forenses guarecidos en la entrada.

Yo ya había decidido hacer un examen forense propio.

Volví de Sumner Street diez minutos más tarde, llevando la bata blanca que Gould había tirado en el asiento trasero del Range Rover al salir del hospicio infantil. El agente de la policía estaba ocupado con los turistas surgidos con el sol intermitente, y el equipo forense que trabajaba con estacas y cuerdas apenas me miró, suponiendo que yo era un investigador del Ministerio del Interior, quizá un patólogo que buscaba restos humanos.

Me acerqué al escarabajo y tiré de la manija de la puerta, preparado para romper la ventanilla del conductor con el codo. Cuando levanté el brazo sentí que el mecanismo se abría con suavidad bajo mi pulgar. Al salir del coche, Joan se había olvidado de cerrarlo con llave, quizá distraída por el paso del vehículo de algún conocido con quien había aceptado encontrarse.

Librodot

Abrí la puerta y me deslicé en el asiento, reconociendo los pálidos perfumes de jazmín y aceite de orris. Las ventanillas tenían una gruesa capa de polvo de ladrillo, chorros de barro ocre que me ocultaban de la policía a veinte metros de distancia. Me volví y registré el asiento trasero, un revoltijo de pañuelos de papel, muestras de perfume desechadas y una guía turística de China, abierta en la página donde se describía un viaje en bote de cinco días por los barrancos del Yangtsé.

Estiré las piernas y pisé los pedales del freno y el embrague, pudiendo apenas tocarlos con la punta del pie. Habían llevado el asiento hacia atrás para dar espacio a unas piernas más largas que las de Joan Chang. Cuando conducía el escarabajo, la diminuta china se sentaba tocando el volante con la barbilla.

Otra persona, casi con seguridad Stephen Dexter, había llevado a Joan a la Tate. Incómodo con las piernas extendidas, palpé debajo del asiento buscando la palanca para destrabarlo.

Sonó un débil pitido de protesta electrónica. Tenía en la mano un teléfono móvil. Esperando a que sonara, lo llevé a la oreja, casi anticipando la voz aguda de Joan. El teléfono estaba mudo, y había permanecido debajo del asiento del conductor los dos últimos días, inadvertido por los investigadores de la policía.

A través del sucio parabrisas miré al equipo forense que estaba trabajando, dividiendo el patio en estrechas parcelas, una anatomía difícil que podría ofrecer algunas piezas del mecanismo de la bomba. Llamé al último número marcado, y escuché el tono de llamada.

-Ha llamado a la Tate Modern. -Una voz grabada-. *La galería está cerrada hasta nuevo aviso. Ha llamado...*

Desconecté el teléfono, dando por supuesto que Joan había llamado a la Tate antes de salir, quizá para reservar una mesa en el restaurante. Sentado en su coche, con el móvil de ella en la mano, sentí que revivía los últimos momentos de la vida de esa simpática joven.

Una mano empezó a tocar la puerta del conductor, raspando el polvo mojado de la ventanilla. Yo la había cerrado desde dentro y puesto el seguro. Los dedos escarbaban el cristal, como las patas de un perro enorme. Veía la cara y los hombros borrosos de un hombre de impermeable negro, quizá uno de los detectives que trabajaban en el caso.

Bajé la ventanilla. Volvía a lloviznar, pero reconocí la cara agobiada y despeinada de aquel hombre.

Alargó la mano y tiró de mí contra la puerta.

-¿Markham? ¿Qué haces aquí?

-Stephen..., permíteme que te ayude.

Aparté su mano de mi hombro, pero vacilé antes de abrir la puerta. El sudor caía por la frente del clérigo, formándole gotas alrededor de los agrandados ojos. Había perdido el alzacuello, arrancado en un momento de pánico, y tenía las mejillas sin afeitar rojas e hinchadas, como si hubiera estado llorando mientras corría toda la noche

Librodot

por calles profanas y desiertas. Cuando miró dentro del coche, consciente de su imposible vacío, lo imaginé corriendo a lo largo del río todas las noches venideras, siguiendo eternamente su viaje a la oscuridad.

Me miró a la cara, confundido por mi bata blanca, y me mostró un juego de llaves de contacto, obviamente esperando haberse equivocado de vehículo.

-¿Markham? Ando buscando a Joan. Su coche está aquí...

Empujé la puerta y salí a la lluvia. Apoyé las manos en los hombros de Dexter, tratando de calmarlo.

-Stephen... Siento lo de Joan. Es horrible para ti.

-Para ella. -Dexter me apartó y fijó la vista en la entrada cubierta de escombros de la Tate-. Quise llamarla.

-¿Qué pasó? ¿Stephen?

-Todo. Ocurrió todo. -Me miró a la cara, reconociéndome por primera vez, y dio un paso atrás, sobresaltado, como si yo fuera responsable de la muerte de Joan Chang. Con un torrente de palabras, advirtiendo de un peligro inminente, gritó-: Vuelve con tu mujer. Aléjate de Richard Gould. Huye, David...

Con una mano todavía apoyada en mi hombro, apartó la mirada y apuntó por encima del techo del coche. A diez metros de nosotros, sobre el dique, había una joven con el pelo empapado por la lluvia. Por su chaqueta de charol chorreaba el agua, como si acabara de salir del río o de una barca oscura que navegaba por mareas más profundas debajo de la superficie. Observó al clérigo con la mirada punitiva de una feligresa agraviada decidida a vengarse.

Dexter me apretó con más fuerza el brazo. Estaba realmente intimidado por la joven, que parecía haberlo castigado una vez y que pronto lo castigaría de nuevo. Mirándole la cicatriz inflamada de la frente, pensé en los guerrilleros filipinos cuyos latigazos le habían quebrantado el espíritu.

-¡Fuera de ahí, los dos...! -gritó un policía desde la entrada de la Tate, indicándonos por señas que nos alejáramos de los coches confiscados. Lo saludé y me volví para llevar a Dexter al otro lado de la cinta de seguridad. Pero el clérigo me había abandonado. La mirada baja, las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, iba al trote por Summer Street, rumbo al puente de Blackfriars.

La joven de la cabeza descubierta caminaba a toda prisa hacia el teatro Globe. Al verla desde atrás, reconocí su extraña manera de andar, mitad colegiala nerviosa y mitad guía turística aburrida. Estaba elegante pero empapada, y supuse que había caminado alrededor de la Tate durante horas, esperando a que llegara Stephen Dexter.

La sirena de un remolcador se desahogó sobre el río, vaciando los hondos pulmones con un amenazador trompetazo que rebotó en las fachadas de los bloques de oficinas cerca de St. Paul. Asustada, Vera Blackburn tropezó con los tacones altos.

La sostuve antes de que se cayera y la llevé hasta la entrada del Globe, sumándonos a un pequeño grupo de turistas norteamericanos que se protegían de la

lluvia.

Vera no trató de resistirse. Se apoyó en mí, sonriendo con dulzura, absorta en sí misma y emocionalmente muerta, una niña despiadada y letal. Observando cómo medía fuerzas conmigo, vi otra vez a la química prodigio en su dormitorio de los suburbios, convertida en chica de revista del Ministerio del Interior, ama con la que soñaba todo guerrero sedentario.

-¿Vera? Estás sin aliento.

-¿«Doctor Livingstone»? Eres muy convincente. ¿Quién se atrevería a suponerlo?

-Uno de los disfraces de Richard Gould. Lo dejó en mi coche.

-Deshazte de él. -Los dedos de Vera abrieron el botón superior-. La gente pensará que me he escapado de un psiquiátrico.

-Eso es lo que has hecho.

-¿De veras? -La mano se quedó sobre los botones-. ¿Es eso un piropo, David?

-En tu caso, sí. Trágico en el caso de Joan Chang.

-Horroroso. Era tan dulce. Tenía que venir aquí.

-¿Has visto a Stephen Dexter?

Su rostro seguía tranquilo, pero una gota de lluvia centelleó en su ceja izquierda, enviando un mensaje secreto. Ella estaba más perturbada de lo que creía, y en el labio superior le apareció un tic. Por una vez, el mundo real había dado un golpe más grande.

-¿Stephen? No estoy segura. ¿Se había acercado al coche?

-Claro que estás segura. -Los turistas mojados habían entrado en el Globe y observaban la galería barrida por la lluvia. Levanté la voz-. Lo estabas siguiendo. ¿Por qué?

-Nos preocupa Stephen. -Agarró la bata blanca que yo le alcanzaba, la dobló con cuidado y después la tiró en un cubo de basura-. Está muy afectado.

-No es ésa la razón.

-¿Cuál es, entonces?

-Estoy tratando de averiguarla. ¿Él estaba enterado de la bomba?

-¿Cómo lo iba a estar? -Vera me tocó la barbilla-. Jamás hubiera dejado que Joan se acercase. La gente la vio correr con la cosa.

-Es asombroso cómo la encontró. Tantos miles de libros y ella escoge el que tiene dentro setecientos cincuenta gramos de Semtex. -Miré cómo la lluvia se alejaba sobre el río-. Pienso que Stephen estaba sentado en el coche.

-¿Cuando estalló la bomba? ¿Por qué?

Librodot

-El asiento estaba echado hacia atrás. Los pies de Joan no habrían llegado a los pedales. Es casi seguro que él la llevó a la Tate.

-Sigue. ¿Crees que fue Stephen quien puso la bomba?

-Es posible. Puede que estuvieran trabajando juntos. Ella llevó la bomba a la librería y la dejó en un estante. Por alguna razón cambió de idea.

Vera abrió la polvera y se examinó el maquillaje. Me miró dudando: no sabía bien si yo era un ingenuo o trataba de tirarle de la lengua.

-¿Un cambio de idea? Es difícil de creer. De todos modos, ¿por qué habría de querer Stephen poner una bomba en la Tate?

-Es un blanco de primera para la clase media. Él es un sacerdote que ha perdido la fe.

-¿Y haciendo estallar una bomba...?

-...recupera la fe. De una manera solitaria, enloquecida.

-Qué triste. -Cuando pasaron dos policías por el dique, Vera bajó la huesuda frente-. Al menos no piensas que yo estoy detrás de eso.

-No estoy seguro. -Agarré el brazo de Vera y le sentí el pulso por encima del codo-. Hay algunas personas muy peligrosas a las que están tentando para que entren en el juego de la violencia. Tú podrías haber fabricado la bomba, pero jamás la habrías entregado a un par de aficionados. Eres demasiado profesional.

-Es por la formación del Ministerio de Defensa. Sabía que resultaría útil. -Satisfecha, cambió de ánimo y sonrió mientras el sol vacilaba detrás de las nubes-. Pero pobre Stephen.

-¿Para qué querías encontrarte aquí con él? Te tiene miedo.

-Anda en un estado mental peligroso. Piensa en lo culpable que se siente, aunque no haya puesto la bomba. Podría hablar con la policía e inventar algo.

-¿Eso podría ser peligroso para ti?

-Y para ti, David. -Me sacudió unos fragmentos de mortero de la chaqueta-. Y para todos los que vivimos en Chelsea Marina...

Miré cómo se marchaba, alzando la barbilla al pasar por delante de la policía. Admiré su frío dominio de sí misma. Como había dicho Richard Gould, la absurdidad del ataque a la Tate lo ponía en un plano diferente de otras atrocidades terroristas. Ninguna de las obras de arte de la galería igualaba, ni por asomo, la potencia ilimitada de una bomba terrorista. Traté de imaginar cómo haría el amor Vera Blackburn, pero ningún amante tendría jamás el atractivo y la potencia sensual del Semtex cebado.

Regresé a Summer Street y me senté al volante del Range Rover, mirando cómo la multa por estacionamiento aleteaba contra el parabrisas. Me sentía más cerca que nunca de la verdad sobre la bomba de Heathrow desde mi llegada a Chelsea Marina.

Kay se alegró de que compartiera la cama con ella, pero todavía me animaba a que volviera con Sally en St. John's Wood. Pero yo necesitaba pasar más tiempo con Kay y con Vera, y sobre todo con Richard Gould. De las orillas de Chelsea y Fulham había surgido una extraña lógica que se extendería mucho más allá, quizá incluso hasta la cinta de equipajes de la Terminal 2, donde Laura había encontrado la muerte.

Agarré el móvil y llamé al Instituto Adler. Cuando atendió la recepcionista, pedí que me pusiera con el profesor Arnold.

Librodot

23. El último desconocido

-Viene Henry -me dijo Sally—. ¿Te molesta, David?

Ella estaba sentada en mi sillón, con las piernas extendidas con confianza, y los bastones guardados desde hacía tiempo en el paragüero del vestíbulo. Estaba más bonita que nunca en aquella habitación agradable, sonriéndome con sincero placer, como si yo fuera el hermano favorito que ha vuelto de permiso del frente. El estar separada de mí, tuve que admitirlo, había mejorado notablemente su salud.

-¿Henry? No hay ningún problema. Hablé con él ayer.

-Me lo dijo. Llamaste desde cerca de la Tate. Horrible, ¿verdad?

-Espantoso. Muy desagradable. Imposible de entender.

-La joven china... ¿la conocías?

-Joan Chang. Era una persona encantadora. Un especie de hippy de clase club: moto, American Express platino, novio clérigo.

-Lamento no haberla conocido. ¿La bomba fue parte de...?

-¿La campaña de Chelsea Marina? No. Lo nuestro no es la violencia. Somos demasiado burgueses.

-También lo eran Lenin y el Che y Chou En-lai, según Henry. -Sally se inclinó hacia adelante y me tomó de las manos por encima de la mesita del café-. Tú eres diferente, David. Pareces un poco despeinado por el viento. Me parece que no te queda bien. ¿Cuándo vuelves a casa?

-Pronto. -Los dedos de Sally estaban calientes, y me di cuenta de que toda la gente de Chelsea Marina tenía las manos frías-. Necesito no perder de vista algunas cosas. Es mucho lo que está pasando.

-Ya lo sé. Suena a jardín de infancia descontrolado. Contables y abogados que renuncian a sus empleos. Nada menos que en sitios como Guildford. Eso realmente quiere decir algo.

-Claro que sí. La revolución está golpeando en la puerta.

-No en St. John's Wood. O no todavía. -Sally se estremeció, buscando con la mirada los seguros de las ventanas-. Henry dice que podrías dimitir del Instituto.

-Necesito tomarme seis meses de excedencia. A Arnold no le hace ninguna gracia: yo tendría que dejar la asesoría de tu padre. No te preocupes, duplicará tu asignación.

Sally se tocó las puntas de los dedos, haciendo algo más que cálculos.

Librodot

-Nos las arreglaremos. Al menos, por una vez, sentirás que eres honesto. ¿Acaso no ha sido ése el problema? Papá lo paga todo.

-«Papá paga»... -Recordé que había oído esa la frase en el colegio universitario, y a los novatos de clase media sacando su equipaje caro del Jaguar de papá-. De todos modos, es hora de que me valga por mí mismo.

-Nadie lo hace, David. Eso es algo que tú nunca has entendido. Henry dice...

-Sally, por favor... Se acuesta con mi mujer y encima tengo que oír sus últimas opiniones sobre todo. ¿Cómo está?

-Preocupado por ti. Todos quieren que vuelvas al Instituto. Saben que esta «revolución» quedará en la nada y un montón de personas sensatas habrán destrozado su vida.

-Podría ocurrir. Pero no todavía. Aún estoy trabajando sobre la bomba de Heathrow. Las pistas comienzan a encajar.

-Laura... Has hecho por ella todo lo que has podido. -Sally esperó mientras yo trataba de evitar su mirada-. No la llegué a conocer. Henry me contó muchas cosas que yo no sabía.

-¿Sobre Laura? Qué galante.

-Y sobre ti. Los maridos son los últimos desconocidos. ¿Estás preparado para visitar a tu madre? El director de la residencia de ancianos llamó varias veces. Ella ha empezado a hablar de ti.

-¿De veras? Qué lástima. No es mi tema favorito. -Me levanté y di la vuelta alrededor del sofá, tratando de calcular los cambios de posición de los muebles. Todo estaba en el mismo sitio, pero las perspectivas habían cambiado. Había probado la libertad, y comprendido lo irreal, lo absurdamente refinada que se había vuelto la vida en St. John's Wood. Dirigiéndome a Sally, dije-: Suena cruel, pero me he desprendido de mucho equipaje pesado: culpa, falsos afectos, el Adler...

-¿Tu mujer?

-Ojalá que no. -Me detuve junto a la repisa de la chimenea y sonreí a Sally a través del espejo, empezando a entusiasmarme como antes con su reflejo de Alicia-. Espérame, Sally.

-Lo intentaré.

Estaban aparcando un coche delante de la casa, metiéndose poco a poco en el espacio detrás del Range Rover, acelerando y dando marcha atrás, con el conductor empeñado en no tocar mi parachoques trasero. Bajó Henry Kendall, pulcro pero indeciso, como un agente inmobiliario en un barrio más exclusivo, donde se aplicaban reglas sociales diferentes.

Después de hablar con el profesor Arnold había llamado a Henry desde fuera de la Tate y le había preguntado si todavía tenía aquellos contactos en el Ministerio del

Interior. Necesitaba saber si el terrorista había hecho una llamada de advertencia a la Tate en los minutos anteriores a la explosión. Contento de colgar, Henry prometió consultar a sus fuentes.

Ahora nos encontrábamos frente a frente, separados por una chimenea doméstica, tratando de decidir cuál de los dos invitaría primero al otro a sentarse. Henry estaba impaciente por ceder ante mí, y le sorprendió que yo pareciera tan dispuesto a dejarle asumir los deberes de hombre de la casa. Ya me miraba con el pánico repentino del amante que descubre que el marido al que se le han puesto los cuernos está encantado de dejarlo en plena posesión de su mujer.

Cuando se resolvió todo eso, Sally nos dejó y nos quedamos sentados tomando whisky con soda.

-Has cambiado, David. Sally lo notó.

-Muy bien. ¿En qué exactamente?

-Pareces más fuerte. Ni tan evasivo ni tan calculador. La revolución te ha hecho bien.

Levanté el vaso y brindé por eso, comprendiendo que nunca me había dado cuenta de lo aburrido que era Henry, y cuánto lamentaba los años que había pasado junto a él.

-Tienes razón, yo estaba hecho una calamidad. Pero la verdad es que no participo en nada importante.

-Estuviste en Broadcasting House.

-¿Te lo contó alguien?

-El Ministerio del Interior muestra un vivo interés por todo.

-Deben de estar preocupados.

-Lo están. Que gente del gobierno renuncie a su empleo... La antigüedad, el derecho a una pensión, las medallas y los títulos, todo tirado por la ventana. Socava la moral, rompe las cadenas de envidia y rivalidad que mantienen todo unido.

-Ése es el objetivo. Puedes dar las gracias a la revolución.

-Pero ¿no te parece que es un poco tonto? -Henry me miró con una sonrisa comprensiva-. Boicotear a Peter Jones, hacer explotar bombas de humo en tiendas de ropa deportiva...

-El resentimiento de la clase media. Sentimos que nos están explotando. Todos esos valores liberales y esa preocupación humanitaria por los menos afortunados. Nuestro papel es mantener a raya a las clases inferiores, pero de hecho nos estamos vigilando a nosotros mismos.

Henry me observó con tolerancia por encima del whisky.

-¿Crees todo eso?

Librodot

-¿Quién sabe? Lo importante es que la gente de Chelsea Marina lo cree. Es cosa de aficionados y de niños, pero las clases medias son aficionadas y nunca han superado la infancia. Sin embargo, ocurre algo mucho más importante. Algo que debería preocupar a tus amigos del Ministerio del Interior.

-¿Qué es eso?

-Personas decentes y juiciosas están sedientas de violencia.

-Si es cierto, sería espantoso. -Henry dejó el vaso de whisky-. ¿Dirigida a qué?

-No importa. De hecho, el acto ideal de violencia no está dirigido a nada.

-¿Nihilismo puro?

-Exactamente lo contrario. Es en eso donde todos nos hemos equivocado: tú, yo, el Adler, la opinión liberal. No es una búsqueda de la nada. Es una búsqueda de significado. Vuela la Bolsa y rechazas el capitalismo global. Pon bombas en el Ministerio de Defensa y protestas contra la guerra. Ni siquiera tienes que repartir folletos. Pero un acto de violencia verdaderamente inmotivado, disparar al azar a una multitud, nos hace prestar atención durante meses. La ausencia de motivo racional conlleva un significado propio.

Henry escuchó el ruido de pasos de Sally en el dormitorio encima de nuestras cabezas.

-Da la casualidad de que la gente del Ministerio del Interior piensa cosas parecidas. La rebelión en Chelsea Marina es una atracción secundaria. Las personas realmente peligrosas están esperando en otro rincón del parque. Tomemos esa bomba de la Tate, sin duda obra de terroristas de verdad: renegados del IRA, un grupo de musulmanes locos. Ten cuidado, David...

Cuando salí, media hora más tarde, oí que Sally se estaba bañando. La imaginé saliendo de una nube de talco y perfume, preparada para Henry y para una tarde larga y agradable.

-Henry, despídeme de Sally.

-Te echa de menos, David.

-Ya lo sé.

-Los dos esperamos que regreses.

-Lo haré. Estoy metido en algo que hay que resolver. Todos esos deberes son como ladrillos en una mochila.

-Con ladrillos se hacen catedrales. -Nos cruzamos con dos vecinos y Henry se arreglo la corbata. Condenado siempre a sentirse un intruso, todavía le costaba aceptar que había concluido con éxito su hazaña extramatrimonial. Cuando estuve al volante, él se apoyó en la ventanilla del conductor-. A propósito, tenías razón. Hubo una llamada de advertencia.

Librodot

-¿A la Tate?

-Unos minutos antes de que estallara la bomba. Alguien llamó a la recepción de la galena.

-¿Unos minutos? -Pensé en Joan Chang corriendo frenéticamente por la librería-. ¿Por qué no desalojaron el edificio?

-La persona que llamó dijo que la bomba estaba debajo del Puente del Milenio. Los empleados creyeron que era un falso aviso, una broma sobre el famoso bamboleo del puente.

-¿Quién hizo la llamada? Deben de haber rastreado su origen.

-Por supuesto, pero no se lo digas a nadie. Telefonearon desde un móvil, robado hace casi una semana en Lambeth Palace. Allí estaba reunido un grupo de trabajo de la Iglesia anglicana, estudiando el malestar de las clases medias. El teléfono se lo robaron al obispo de Chichester...

Puse en marcha el motor y observé a Henry regresando a la casa. Sally estaba en la ventana, envuelta en la toalla. Me saludó con la mano, como una niña despidiendo al padre que emprende un largo viaje, y comprendí que una pequeña revolución, aunque fuera de aficionado y desencaminada, empezaba por fin a afectarla. Me había invitado a la casa pero no había hecho ningún esfuerzo especial por reconquistarme; incluso me había dejado solo conversando con Henry. Al verla allí en la ventana sentí que se alegraba de no olvidar mi inexplicable conducta, que contradecía del todo mi naturaleza. Que alguien tan predecible como su marido pudiera actuar de una manera tan poco típica ayudaba a explicar el acontecimiento cruel y sin sentido que había ocurrido en una calle de Lisboa. La ira y el resentimiento se desvanecían, arrinconados en el paragüero con los bastones. En cierto sentido yo estaba ayudando a Sally a liberarse de sí misma. El mundo la había provocado, y sólo los actos irracionales podían desactivar esa amenaza.

Librodot

24. La defensa de Grosvenor Place

Chelsea Marina estaba preparada para presentar su última batalla. Tres semanas más tarde, desde las ventanas del salón de Kay, miré cómo la comisión de residentes organizaba la defensa de Grosvenor Place. Cincuenta adultos, casi todos los vecinos de la calle sin salida, se habían reunido delante del número 27 y, muy seguros de sí mismos, hablaban a voz en cuello. La indignación estaba a punto de alcanzar unas dimensiones críticas, y la explosión amenazaba todo el orden cívico de Chelsea y Fulham.

Los alguaciles llegarían en unos minutos, decididos a echar a la calle a Alan y Rosemary Turner, ambos entomólogos en el Natural History Museum, y sus tres hijos adolescentes. Los Turner eran una de las muchas familias que se negaban a pagar los gastos de mantenimiento, que estaban en mora con la hipoteca y desoían las demandas de las empresas de servicios y del ayuntamiento. Los Turner eran ahora un caso que sentaría jurisprudencia, y una formidable coalición de bancos y sociedades de crédito hipotecario, funcionarios del ayuntamiento y promotores inmobiliarios estaban decididos a imponerles un castigo ejemplar.

Había conocido a los Turner, una pareja de sólidos principios pero agradable, y a veces ayudaba al hijo menor con los problemas de álgebra que le ponía su madre. Durante un mes no habían tenido agua ni electricidad, pero los vecinos les ofrecieron su apoyo con ellos y les pasaban cables y mangueras por encima de los muros del jardín. Incapaces de pagar el colegio de los niños, los Turner habían colgado una larga pancarta –SOMOS LOS NUEVOS POBRES- del balcón del dormitorio.

Por desgracia, era verdad. Kay organizó una colecta, pero una semana más tarde la señora Turner y su hija fueron sorprendidas robando en el Safeway de King's Road. Al oír la lista de artículos hurtados, desde cereales para el desayuno hasta zumo de naranja, los jueces estaban dispuestos a dejar en libertad a la señora Turner con una amonestación. Cuando se enteraron de que vivía en Chelsea Marina, olvidaron toda clemencia y comentaron enigmáticamente que andaban bandas de Fagin al acecho, luciendo bufandas de Hermes y bolsos de Prada. La presidenta del tribunal, directora de un instituto de secundaria, sermoneó a la señora Turner sobre los peligros de que la clase media abandonara sus responsabilidades, y la multó con cincuenta libras. Las pagué yo, y la señora Turner regresó a una alegre fiesta callejera como primera mártir de Grosvenor Place.

Pero la señora Turner no estaba sola. Los residentes de Chelsea Marina habían iniciado una pequeña oleada de delitos en el barrio circundante. A medida que los ejecutivos y los mandos intermedios renunciaban a sus empleos, se producían brotes de raterismo en charcuterías y bodegas. Todos los parquímetros en Chelsea Marina estaban destrozados, y los barrenderos del ayuntamiento, clase obrera tradicional hasta la médula, se negaban a entrar en la urbanización, disuadidos por el aire amenazador de la clase media. Sacados de sus colegios caros, adolescentes aburridos frecuentaban

Librodot

Sloane Square y King's Road, dedicándose al tráfico de drogas y al robo de coches.

Las unidades móviles de exteriores de canales de televisión japoneses y norteamericanos daban vueltas por Chelsea Marina, esperando sangre. Pero la policía no intervenía, siguiendo órdenes del Ministerio del Interior, para no provocar un enfrentamiento abierto. Ahora los ministros eran muy conscientes de que si la clase media retiraba su buena voluntad, la sociedad se derrumbaría.

Entretanto, volvían a reinar la ley y el orden. Desde la ventana de Kay conté tres furgones policiales estacionados en la entrada de Grosvenor Place. Los agentes aceptaban por las ventanillas las tazas de té que les ofrecían los residentes del barrio. Una mujer policía echó una moneda de una libra en una lata de galletas que decía «LIMOSNAS PARA POBRES DE LA COMUNIDAD». El sargento que estaba al mando consultó con un bufete de alguaciles, un grupo de matones impaciente por desahuciar a los Turnen Una empresa de seguridad de la zona se mantenía a la espera, lista para cambiar las cerraduras de la familia y tapiar las ventanas de la planta baja.

Un equipo de periodistas de *Newsnight* esperaba atento, apuntando con la cámara a los Turner, que valientemente resistían junto a la puerta, pálidos pero incólumes, como la familia de un minero durante un cierre patronal de la bocamina. Los vecinos, formando una cadena humana, protegían la entrada, y una segunda pancarta voló desde el balcón: « LIBEREMOS AL NUEVO PROLETARIADO».

El sargento levantó el megáfono e instó a la gente a dispersarse, pero sus palabras se perdieron entre los abucheos y los gritos. Kay Churchill iba y venía incansable entre la muchedumbre, alentando a todo el mundo, besando las mejillas de maridos y esposas. Con el rostro encendido de orgullo, se apartó del grupo para volver corriendo a su casa. Como siempre, la admiré por su pasión y por su obcecación. A menudo estaba sola, y escribía largas cartas a su hija en Australia, pero nada le levantaba más el ánimo que la perspectiva de un heroico fracaso.

-¿David? Me alegro de que estés aquí. Quizá te necesitemos.

Me abrazó ferozmente; su cuerpo tembló contra el mío. -¿Kay? ¿Qué haces?

-Me cambio la ropa interior. La policía puede ser brutal, créeme.

-No tan brutal... -La seguí hasta la cocina, donde se frotó los brazos con una toalla y se sirvió una ginebra doble-. ¿Qué ocurre, exactamente?

-Nada, todavía. Todo está a punto de empezar. Puede llegar a ser violento, David.

-No pareces muy contenta. Supongo que tenéis un plan.

Kay me arrojó la toalla, un embriagador ramillete de miedo y sexo.

-Sólo algunas personas lo saben. Mira las noticias esta noche.

-¿Una sentada? ¿Un desnudo colectivo?

-Eso te gustaría. -Me tiró un beso mientras se quitaba una chancla-. Éste es nuestro primer enfrentamiento mano a mano con la policía. Esto es la escalera de Odesa y Tolpuddle.

Librodot

-¿Todos esos abogados y publicistas?

-¿Qué importa lo que hacen? Importa lo que son. Ésta es la primera vez que hemos defendido nuestro territorio. Quieren echar a la calle a toda una comunidad. Es hora de que te tomes las cosas en serio, David. Se acabó el papel de observador.

-Kay... -Traté de atusarle el caótico pelo-. No esperes mucho de ti misma. Los alguaciles desalojan casas todos los días en Londres.

-Pero hemos decidido *no* pagar la hipoteca. Estamos forzando un enfrentamiento, para que todo el mundo en Harrow y Purley y Wimbledon pueda mirarse en el espejo. Cada profesor y cada médico de cabecera y cada director de sucursal. Se darán cuenta de que no son más que una nueva clase de siervos. Culis con zapatillas de deporte y chándal. -Kay me arrebató la toalla y se secó las axilas-. Deja de oler eso. Ya nadie se puede quedar al margen, David. Nadie se puede quedar mirando. Comprar una chapata de aceitunas es un acto político. Necesitamos que todo el mundo ayude.

-Muy bien..., me sumaré cuando empiece la acción. -Me toqué el móvil en el bolsillo de la camisa-. Estoy esperando una llamada de Richard Gould. Anda metido en algún proyecto.

-Tendría que estar aquí. Sin él es difícil controlar las cosas. -Irritada por la mención del nombre de Gould, Kay recorrió con la mirada los rincones de la sala-. ¿Dónde está? Hace días que nadie lo ve.

-Nos sigue apoyando, pero...

-¿Le resulta todo demasiado pintoresco? Sentadas, piquetes, pura emoción. Es un tipo aburrido.

-Está tratando de localizar a Stephen Dexter antes de que lo haga la policía. La bomba de la Tate podría desbaratarlo todo.

-¿Joan? El mundo está loco. -Kay hizo una mueca y se llevó las ajadas manos a la cara para tratar de alisarse las arrugas-. Pobre Stephen, no puedo creer que haya puesto la bomba.

Subió corriendo las escaleras, deseando cambiarse y volver a su motín.

Cuando regresé a la ventana se oían los trompetazos de un megáfono; el pesado mensaje se perdía entre la multitud, frases retóricas que rebotaban en los tejados. La policía bajó de los furgones y se ajustó las correas de los cascos. Se alinearon detrás de los alguaciles, seis hombres fornidos con chaquetas de cuero.

Los residentes los enfrentaron formando una cadena humana. Hubo una serie de puñetazos cuando los alguaciles intentaron pasar a empujones, y un ortodoncista medio calvo cayó de rodillas sangrando por la nariz, consolado por su indignada esposa. De una ventana de un piso superior empezó a salir el sonido de un fragmento de Verdi, el coro de los prisioneros de *Nabucco.* Ante esa señal, como un público que acaba de escuchar el himno nacional, los residentes se sentaron en la calle.

Librodot

La policía, impertérrita, avanzó aferrando y arrastrando con manos fuertes a los manifestantes. De Grosvenor Place brotó un potente aullido, la indignación de hombres y mujeres profesionales que nunca habían conocido el dolor y cuyos blandos cuerpos sólo habían sido aporreados por sus amantes y sus osteópatas.

Me volví hacia la puerta, listo para sumarme a la protesta, y oí que sonaba mi móvil en el bolsillo de la camisa.

-¿Markham? -Una voz inexpresiva, débil y metálica, la grabación de una grabación-. David, ¿me oyes?

-¿Quién es?

-¿Qué está ocurriendo?

-¿Richard? -Aliviado por que hubiera llamado Gould, cerré la puerta-. Poca cosa. Kay ha organizado unos pequeños disturbios. Mientras tanto, la policía está desalojando a los Turner.

-Muy bien... -Gould parecía distraído, y su voz subía y bajaba de volumen-. Necesito que me ayudes. He visto a Stephen Dexter.

-¿A Stephen? ¿Dónde? ¿Puedes hablar con él?

-Está bien. Más tarde, si se presenta la oportunidad.

El ruido de fondo, el zumbido de una ajetreada sala de aeropuerto, le ahogó la voz.

-¿Richard? ¿Dónde estás? ¿En Heathrow?

-Esas cámaras de seguridad... Debo ir con cuidado. Estoy en Hammersmith, en el centro comercial de King Street. El infierno del consumidor.

-¿Qué me dices de Stephen?

-Está mirando objetos de cristal en el local de Habitat. Estoy tratando de acercarme. Allí hay otra maldita cámara...

Apreté el móvil contra la oreja, pero sólo oí una barahúnda de ruido peatonal. Gould parecía excitado pero curiosamente distraído, como si compartiera la cabina telefónica con una chica atractiva. Lo había horrorizado la muerte de Joan Chang, y estaba consternado por la verdadera violencia que se había producido después de su relajada conversación sobre los actos sin sentido. La violencia, quería decirle, nunca carece de sentido. Ahora yo pensaba en Stephen Dexter, el angustiado clérigo que merodeaba por el centro comercial, quizá con otra bomba, esperando ahuyentar la pena que sentía por Joan.

-¿Richard? ¿Dexter está ahí todavía?

-Tan claro como el agua.

-¿Estás seguro? ¿Lo reconoces?

-Es... él. Necesito que vengas. ¿Puedes llegar al Range Rover?

Librodot

-Está estacionado a la vuelta de la esquina.

-Excelente. Dame una hora. Espérame en Rainville Road, cerca del River Café. Frente a Fulham Palace Road.

-De acuerdo. Ten cuidado. Si te acercas demasiado, te verá. -No te preocupes. El mundo tiene demasiadas cámaras...

Cuando salí de casa, unos minutos más tarde, la protesta casi había terminado. Los disturbios de Kay, planeados para sublevar Chelsea Marina, habían acabado en una riña local entre la policía y algunos de los residentes más agresivos. Los demás estaban sentados en el suelo, intercambiando insultos con los agentes que trataban de despejar la calle. Demasiado dependientes, como siempre, de los argumentos y la posición social, los rebeldes de Chelsea Marina no habían resistido la brigada pesada. Al revés de las marchas pro desarme nuclear y las protestas contra los misiles de crucero en los años sesenta, aquí había en juego derechos sobre la propiedad. Un asiento en la gran lancha salvavidas británica era sacrosanto, no importa lo apretado que fuera ni el trasero que lo ocupara.

Los alguaciles habían llegado a la puerta de la casa de los Turner y probaban las cerraduras con un conjunto de llaves maestras. Busqué a Kay, esperando verla en la vanguardia de la acción, regañando al sargento o reprendiendo a alguna joven mujer policía. Los Turner se habían refugiado en la casa de unos vecinos y la suya parecía vacía, pero vislumbré un remolino de pelo gris ceniza en el dormitorio delantero. Supuse que Kay había regresado a la casa por una ventana del jardín y estaba recuperando algún recuerdo de la señora Turner antes de que desapareciese en los bolsillos de los alguaciles.

Mientras caminaba hacia Beaufort Avenue, con las llaves de contacto en la mano, advertí que junto a los furgones policiales había un pelirrojo robusto con bigote de cepillo. Lo había visto por última vez durante la incineración de Laura. El comandante Tulloch, ex policía de Gibraltar y contacto de Henry en el Ministerio del Interior, vigilaba Chelsea Marina, a las esposas testarudas y a los maridos desocupados. Su cara tenía la expresión aburrida y dura de un ambicioso entrenador de rugby encargado de un equipo de tercera. Su mirada abarcaba los parquímetros destrozados y las calles sin barrer, los letreros poco profesionales colgando de ventanas de dormitorios, con la cansina paciencia de todos los policías ante la criminalidad sin sentido.

A mis espaldas, la muchedumbre calló, y el megáfono del inspector dejó de resonar en el aire. Los alguaciles salieron a la calle y miraron hacia el techo. De las ventanas superiores de la casa de los Turner salía humo. Las volutas de vapor se enhebraban con los travesaños abiertos, se anudaban en espirales aún más gruesas y subían a toda velocidad por el tejado imitación Tudor. Dentro del dormitorio, un intenso resplandor amarillo se expandía contra el cielo raso.

La primera casa incendiada por sus dueños en Chelsea Marina estaba ahora ardiendo, señal de una auténtica rebelión que desconcertaría al comandante Tulloch y al Ministerio del Interior. Llegué a Beaufort Avenue y me volví para mirar por última vez, consciente de que se había dado un paso importante. El movimiento de protesta ya no era una huelga de alquileres con pretensiones sino una insurrección a gran escala.

Librodot

Muy consciente de eso, Kay Churchill, delante de su puerta, chillaba a los alguaciles y a la policía, levantando los brazos con júbilo.

Estacioné en Rainville Road, a cincuenta metros de la entrada del River Café. La cristalina bóveda de cañón del estudio de diseño de Richard Rogers se levantaba junto al Támesis, un dosel transparente que ingeniosamente ocultaba los caprichosos planes del arquitecto para el futuro de Londres. Eran las cuatro, pero los impecables clientes del restaurante, caciques de la televisión y fugaces celebridades del mundo político, todavía se estaban yendo después del almuerzo, un aroma de fama ebria que se disipaba en las impasibles calles del oeste de Londres.

Miré con atención los tejados bajos para ver si salía humo de Chelsea Marina. La farsa y la tragedia se abrazaban como amigos que no se han visto durante años, pero los Turner habían visto por dónde soplaba el viento. Los residentes de ingresos medios de la urbanización se habían quedado allí mucho tiempo más de lo prudente. El Ministerio del Interior podía temer ese brote de malestar social, pero los promotores inmobiliarios que dominaban la economía de Londres estarían encantados de ver a toda la población de Chelsea Marina deportada a suburbios más aburridos, los sombríos enclaves de ladrillo alrededor de Heathrow y Gatwick. El rugido incesante de los aviones espantaría cualquier futura idea de revolución.

Richard Gould no se había equivocado. Las protestas inexplicables y sin sentido eran la única manera de atraer la atención del público. Durante el último mes, grupos de acción inspirados por Richard Gould habían atacado una serie de objetivos «absurdos»: la charca de los pingüinos en el zoológico de Londres, Liberty's, el Soane Museum y la tumba de Karl Marx en el cementerio de Highgate. Los funcionarios del Ministerio del lnterior y los columnistas de los periódicos estaban perplejos y desechaban los ataques como torpes bromas. Pero los objetivos eran elementos importantes para mantener la mentalidad de rebaño de la clase media, desde las rebuscadas pasarelas para los pingüinos de Lubetkin hasta los estampados demasiado recargados del sofocante emporio de Liberty's. Nadie había sido herido y poco daño habían hecho las bombas de humo y de pintura de Vera Blackburn. No obstante la gente estaba intranquila: sabía que en su seno había una quinta columna trastornada, sin motivos e impenetrable, Dadá paseándose por el pueblo.

Yo había visto por última vez a Gould la noche del ataque con bombas de humo al Albert Hall. Se había ido una semana para ayudar a un equipo de voluntarios que daba a un grupo de niños con síndrome de Down unas vacaciones en la playa, y me pidió que pasara a buscarlo en un hostal de Tooting. Mientras los niños felices volvían bamboleándose a casa con sus trofeos de parque de atracciones y sus máscaras de monstruos, Gould se desplomó en el Range Rover, apestando a ácido fénico y agotado después de pasar las noches restregando inodoros. Se durmió contra la ventanilla, la cara tuberculosamente pálida.

Se reanimó tras una ducha y un cambio de ropa en el piso de Vera, donde se alojaba ahora, y después sugirió que fuéramos a Kensington Gardens. Al salir de Chelsea Marina recogimos a dos residentes jóvenes que iban a la última noche de los Proms, con la bandera del Reino Unido en el sombrero y capa de Robin Hood, preparados para meterse en la orgía de coros de Elgar y exageraciones de lo británico.

Librodot

Los dejamos y luego nos paseamos por el parque atardecido, donde Gould me habló de su preocupación por Richard Dexter. El clérigo aún no había regresado a su casa cerca del puerto deportivo y el médico forense había liberado el cuerpo de Joan Chang para que pudiera hacer su solitario vuelo de regreso a Singapur. Gould temía que se echara a Chelsea Marina la culpa del ataque a la Tate y que eso se usara para desprestigiar la revolución. Desde ahora sólo se debería elegir blancos sin sentido, cada uno un acertijo que la gente tendría que resolver.

Caminábamos cerca del Estanque Redondo cuando oí sirenas de bomberos y vi que del techo del Albert Hall salía un humo de color guinda. Al llegar a Kensington Gore la calle estaba llena de paseantes vestidos con ropa de fin de estación, músicos de orquesta con los instrumentos en la mano, policías y bomberos. Los paseantes se lanzaron a cantar con brío, dispuestos a impedir que intimidaran su patriotismo, mientras salían volutas de humo desde las galerías superiores de la sala de conciertos y del tráfico detenido brotaba una locura de bocinas.

Más tarde supe que los dos residentes que habíamos llevado desde Chelsea Marina actuaban con la bendición de Gould. Habían logrado entrar en la sala con las bombas de humo, que habían dejado en los servicios sincronizadas para estallar con los primeros compases de *Land of Hope and Glory.* Pero Gould parecía demasiado cansado y distraído para disfrutar del espectáculo, por infantil y delirante que fuera. Me dejó en los escalones del Albert Memorial y desapareció entre la gente, logrando que lo llevara el conductor de un vehículo de reparto de comidas. Supuse que pensaba en los niños con síndrome de Down, bamboleándose alegremente por el paseo marítimo de Bognor, y en el absurdo aún mayor sobre el cual la naturaleza nunca daría una respuesta.

Estaba todavía esperando a Gould cuando el último cliente del River Café subió a su limusina. El tiempo de mi parquímetro se había consumido; entretenido metiendo más monedas, casi no oí que sonaba el móvil.

-¿David? ¿Qué ha ocurrido? -Gould jadeaba hablando con voz aguda, como si se estuviera ahorcando-. ¿Markham...?

-Estoy delante del River Café. No ha ocurrido nada. ¿Has visto a Dexter?

-Se... escapó. Demasiadas cámaras.

-¿No lograste atraparlo?

-No te acerques a las cámaras, David.

-De acuerdo. ¿Dónde estás?

-En Fulham Palace. Ven a buscarme. -Hablaba con voz entrecortada, y por encima del ruido del tráfico y de las voces de unas mujeres que hablaban en una cola oí la sirena de una ambulancia-. ¿David? Dexter está por aquí.

Llegué a Fulham Palace en cinco minutos, y esperé en el parking de las visitas, escuchando el estruendo del tráfico en Fulham Palace Road. Por el puente de Putney aceleraban los coches de la policía, llenando el aire con las sirenas. Se había despejado

Librodot

un carril para ellos, y los autobuses esperaban pegados unos a otros sobre el puente, con los pasajeros mirando por las ventanillas.

¿Gould habría avisado a la policía? Estaba demasiado delgado y desnutrido para dominar a Stephen Dexter, y recordé la violencia con la que el clérigo me había sacudido en el escarabajo de Joan Chang delante de la Tate Modern. Al ver a Gould revoloteando detrás de él como un detective incompetente, el clérigo podía haber salido del centro comercial y subido a un autobús en Fulham Palace Road, cediendo a algún deseo atávico de acogerse a sagrado en el recinto del palacio del obispo.

Bajé del Range Rover y me acerqué a una familia que merendaba junto a la puerta trasera de su Shogun. Los padres confirmaron que nadie parecido a Gould o a Stephen Dexter había subido por la vía de acceso del parking en la última hora.

Entré en Bishop's Park, entre el palacio y el Támesis, y miré con atención el ancho césped y los bancos de madera, buscando un clérigo destrozado que quizá aún llevara la bolsa de papel llena de vasos de Habitat. Una pareja de edad daba vueltas alrededor del perímetro, abotonada por las dudas hasta el cuello en aquel caluroso clima de septiembre. El único otro visitante estaba junto al terraplén, un hombre pequeño de traje oscuro que caminaba entre las altas hayas y sicómoros que crecían a lo largo del río. Después de unos pasos se detuvo y levantó las manos para llegar a las ramas más altas. Incluso a través del parque le veía las manos pálidas a contraluz.

Avancé por el camino, escondiéndome detrás de la pareja mayor. Reconocí a Gould cuando lo tuve a diez metros de distancia. Estaba de espalda y estiraba el cuello hacia las oscilantes ramas, tratando de agarrar el aire con las manos, como un devoto alumno de seminario que mira el rosetón de una gran catedral.

Interrumpido por la pareja, esperó a que pasara y después se volvió hacia mí. El sol, una linterna pálida que oscilaba entre los troncos de los árboles, le iluminaba la cara huesuda. Miró por encima de mi cabeza con la atención puesta en un punto mucho más allá de donde fijaba la mirada. Todos los huesos de su cara estaban muy marcados, empujando la piel transparente con sus afiladas cordilleras, como si el cráneo buscara con desesperación la luz. Tenía el traje raído empapado de sudor y la camisa tan húmeda que le veía costillas a través del andrajoso algodón. Mostraba una expresión aturdida pero casi extática, y sus ojos seguían inocentes las ramas movedizas, aparentemente en plena aura de advertencia antes de un ataque epiléptico.

-David...

Habló con suavidad, presentándome los árboles y la luz. Detrás de él las sirenas aullaban atravesando el tráfico, como si las calles que nos rodeaban estuvieran llorando.

25. El asesinato de una celebridad

Las sirenas sonaron durante muchos días, un toque a rebato melancólico que se convirtió en la firma auditiva del oeste de Londres, eclipsando la revolución de Chelsea Marina. Los equipos de todos los noticiarios y todos los fotógrafos de prensa de la capital convergieron en Woodlawn Road, la calle residencial de Hammersmith, a sólo a unos centenares de metros de donde yo había estacionado el coche cerca del River Café. El asesinato cruel de la joven actriz de televisión pinzó con fuerza uno de los nervios más sensibles de la nación. Los problemas de la clase media, que no quería pagar las matrículas de los colegios y las cuentas médicas privadas, se volvieron insignificantes.

La presentadora, una rubia agradable de unos treinta y cinco años, era una de las personalidades más admiradas de la televisión. Durante una década había presentado programas de entrevistas y variedades a la hora del desayuno, mesas redondas familiares e investigaciones sobre las guarderías infantiles, siempre lista para dar consejos sensatos y llena de amistoso encanto. Nunca la había visto en la pantalla y nunca había podido recordar su nombre, pero su muerte en el umbral provocó una efusión de pena que me recordó a la princesa Diana.

Las cámaras de seguridad del centro comercial de King Street la mostraban saliendo de la tienda de Habitat poco después de las cuatro. A continuación tomó la escalera mecánica y buscó el Nissan Cherry en el estacionamiento de varias plantas detrás del centro. El supervisor de la salida no la recordaba, pero el billete que ella metió en la máquina de la barrera automática llevaba su huella digital. Fue en el coche hasta Woodlawn Road, donde vivía sola en una casa adosada de dos plantas. Sus vecinos eran funcionarios y actores, profesionales de clase media como los de Chelsea Marina, y casi todos trabajaban durante el día.

Nadie presenció el asesinato, pero el vecino de al lado, un técnico cinematográfico que trabajaba por su cuenta, dijo a la policía que había oído el petardeo del tubo de escape de una motocicleta a eso de las cuatro y media. Unos minutos más tarde vio a dos mujeres angustiadas junto a la verja del jardín, señalando la puerta. El hombre salió y encontró a la presentadora tendida sobre el umbral. Su traje de lino blanco estaba empapado de sangre, pero él trató de reanimarla. Una vecina cercana, comadrona del Charing Cross Hospital de Fulham Palace Road, se sumó a él y aplicó un boca a boca a la mujer, pero se vio obligada a confirmar que estaba muerta.

Le habían disparado en la nuca mientras abría la puerta y había muerto de manera casi instantánea. La llave estaba todavía en la cerradura, y la policía no lograba entender por qué el asesino le había disparado a la luz del día, a la vista de docenas de casas cercanas, en vez de seguirla hasta la intimidad del vestíbulo.

Nadie vio llegar al asesino a la escena del crimen, nadie recordaba a un posible asaltante merodeando por Woodlawn Road y esperando a que llegara la víctima en su coche. Cómo había logrado eludir la atención de todo el mundo era un misterio que

Librodot

jamás sería resuelto.

La presentadora tenía varios amigos varones y a menudo, cuando sus programas se rodaban en exteriores, se iba durante varios días. Que el asesino pudiera llegar en el momento exacto en que regresaba del centro comercial de King Street hacía sospechar que conocía al detalle sus movimientos. Los empleados y los compañeros de trabajo en el BBC Televisión Centre de White City fueron exhaustivamente interrogados, pero ninguno conocía los planes de ella para ese día. El viejo amante con quien había pasado la noche anterior en el piso que él tenía en Notting Hill declaró que después de las compras matutinas ella había hecho una reserva para una manicura en su salón de belleza favorito de Knightsbridge.

Una vez que el asesino cometió el crimen, se marchó a pie o fue recogido por un cómplice en coche. Varios testigos coincidían en que una hora antes del disparo un Range Rover negro había estado dando vueltas por las calles cercanas. Una cámara de seguridad de Putney High Street captó un Range Rover similar pasando por delante del Burger King del barrio, pero a pesar de las mejoras informáticas no se logró descifrar la matrícula.

Unos días más tarde, al bajar la marea, encontraron un revólver Webley en el cauce descubierto debajo del puente de Putney. El arma, fabricada durante la segunda guerra mundial, estaba enredada en una red de pesca que envolvía una lancha neumática desinflada. Al comparar las huellas metálicas del cañón con los fragmentos de la bala encontrada en el cráneo de la víctima se encontraron claros indicios de que la pistola Webley era el arma del asesino.

El despiadado crimen de esa atractiva y saludable joven desencadenó una enorme operación policial. Como celebridad de éxito en la televisión, había cultivado un estilo amistosamente insulso que la audiencia apreciaba de manera especial. Tenía millones de admiradores pero ningún enemigo. Su muerte era inexplicable, un asesinato aleatorio que por la celebridad de ella carecía aún más de sentido.

Tres semanas después del asesinato vi el funeral en el televisor de la cocina de Kay Churchill. Triste como todos los demás por esa muerte, Kay me apretó la mano por encima de la mesa mientras transmitían el acto desde el Brompton Oratory. Ella nunca había visto los programas de la víctima, y no reconoció su foto en la primera plana del *Guardian,* pero la fama definía sus propias exigencias.

-¿Quién? ¿Quién pudo...? -Kay se limpió la sal de las mejillas con un pañuelo de papel húmedo-. ¿Quién pudo matar así, disparar a otro ser humano?

-Un maníaco... Cuesta imaginarlo. Al menos han arrestado a un hombre.

-¿El inadaptado que vive en la otra calle? -Kay tiró el pañuelo en el fregadero-. No lo creo. Tenían que encontrar a alguien. ¿Cuál fue el móvil?

-La policía no lo dice. En *estos* tiempos no hace falta tener un móvil. -Señalé la pantalla-. Allí está..., detrás del furgón policial.

El desfile de rostros famosos de la televisión, que no sabían bien si sonreír a la gente que había delante del oratorio o bajar solemnemente la mirada, fue interrumpido

por imágenes del acusado mientras era trasladado de una comisaría a otra. Un zoom instalado en una azotea encima de West End Central mostraba cómo lo sacaban de un furgón blindado. Era un joven con sobrepeso y brazos blancos y mantecosos, la cabeza tapada por una manta. Al dar un traspié fue posible vislumbrar unas mejillas redondas y una barba sucia.

-Qué espantoso... -Kay se estremeció de asco-. Un prepúber, como un niño enorme. ¿Quién es?

-Me perdí el nombre. Su piso está a la vuelta de Woodlawn Road. Es un fanático de las armas. La policía encontró un arsenal de réplicas de armas de fuego. Le gustaba fotografiar a las celebridades que salían del River Café.

-La fama... La tienes demasiado cerca, en la cola del supermercado. Quizá la vio bajar del coche. Algunas personas no soportan la idea de la fama...

Kay apoyó su cuerpo contra el mío, apretando el mando del televisor, preparada para arrojarlo contra la pantalla. El crimen de la presentadora había impresionado mucho. La imagen de la casa de los Turner quemada del otro lado de la calle le recordaba la presencia palpable del mal, y reforzaba aún más su decisión de corregir cualquier injusticia que estuviera a su alcance.

Llevé su mano preocupada contra mi mejilla y sentí una oleada de afecto por esa mujer apasionada, de sueños imposibles y sexo descuidado. Kay tenía muchas vidas -amante, incendiaria, instigadora de revoluciones de bolsillo, Juana de Arco de la clase media- que luchaba por controlar como a una yunta de yeguas desenfrenadas. Si yo desapareciera de su vida, me echaría intensamente de menos... durante diez minutos. El siguiente inquilino se sumaría al juego de la oca emocional que llevaba a su dormitorio.

Empezó el funeral, un rito solemne que apelaba a las peores necesidades de la televisión. Kay, vagamente religiosa pero ferozmente anticlerical, apagó el televisor. Fue hasta la sala y miró los maderos chamuscados de los Turner. Había una muerte que vengar, videoclubes que volar, amas de casa de clase media en Barnes y Wimbledon que arrancar de su servidumbre.

Me quedé solo en la cocina, acompañado por la pantalla muda. Ya sospechaba quién había matado a la presentadora de televisión. Richard Gould lo había insinuado cuando lo encontré en el parque de Fulham Palace. En algún lugar de Londres había un sacerdote sentado en una habitación alquilada, mirando el funeral en otro televisor, tratando de alejar de la mente todo recuerdo del crimen sin sentido que acababa de cometer. ¿Habría Stephen Dexter matado a la joven presentadora para borrar sus recuerdos de la muerte de Joan Chang en la Tate? Y Gould, agotado de seguirlo desde el centro comercial de King Street, ¿habría tropezado con la escena del delito en el momento en el que se *cometía* el crimen?

Recordaba la tierra dura debajo de los pies en el parque de Fulham Palace. Yo había agarrado a Gould del brazo y lo había apartado de los grandes árboles que atrapaban el cielo con las ramas. Aquellos zapatos baratos le hacían trastabillar, y al pasarle un brazo por la espalda sentí la tela húmeda del traje y la fiebre fría que le ardía debajo de la piel. Una pareja mayor se detuvo a observarnos, suponiendo sin duda que Gould era un drogadicto en la última fase del síndrome de abstinencia.

Librodot

Desplomado en el asiento trasero del Range Rover, se animó un instante y señaló hacia el puente de Putney. Salimos del parque, nos metimos por Fulham Palace Road y atravesamos el río en medio de un intenso tráfico. Con las sirenas encendidas, los coches de la policía pasaban a nuestro lado rumbo a Hammersmith. Gould se quedó dormido mientras avanzábamos por Upper Richmond Road y regresábamos a Chelsea Marina por el puente de Wandsworth. Lo metí en el ascensor parecido a un ataúd del edificio de apartamentos de Cadogan Circle, busqué las llaves en sus bolsillos empapados y lo dejé delante de la puerta del apartamento de Vera Blackburn. En el ascensor vacío, el sudor de aquellas palmas relucía en el espejo.

Antes de separarnos, me reconoció, y sus ojos sin profundidad me enfocaron de repente.

-David, ten cuidado con Stephen Dexter. -Me apretó las manos, tratando de despertarme de un sueño profundo-. Nada de policía. Volverá a matar, David. Volverá a matar...

Fue la última vez que vi a Richard Gould. Esa noche él y Vera se fueron de Chelsea Marina. Cuando regresé a la casa de Kay, toda la población de Grosvenor Place estaba silenciosamente en la calle, mirando cómo dos coches de bomberos apagaban los rescoldos que quedaban de la casa de los Turnen Por las radios de los bomberos ya empezaban a llegar los primeros informes de un asesinato en Hammersmith. Al oír quién era la víctima, todo el mundo se fue, como si hubiera alguna relación inconsciente entre ese asesinato y los acontecimientos de Chelsea Marina.

Al día siguiente, la policía y los alguaciles se fueron de Grosvenor Place. Delante de los apartamentos de Cadogan Circle, un vecino me contó que Gould y Vera se habían marchado en el Citroen ranchera. No le dije nada a Kay, pero yo suponía que Gould había visto cómo Dexter disparaba a la víctima. Demasiado tarde para salvar a la joven, había seguido al perturbado clérigo hasta Fulham Palace, donde Dexter había tirado el revólver al Támesis antes de desaparecer en el espacio infinito del gran Londres, un territorio fuera de todos los mapas.

Por un momento tuve la tentación de ir a la policía, usando a Henry Kendall para conseguir una entrevista con algún oficial de alto rango en Scotland Yard. Pero mi amistad con Stephen Dexter, los avistamientos del Range Rover cerca de Woodlawn Road y en Putney High Street y nuestro encuentro en la Tate pronto me convertirían en el principal cómplice de ese cura y piloto en tierra. Con el tiempo, Dexter sentiría la presión de la conciencia y se entregaría, preparado para pasar las siguientes décadas en Broadmoor.

Poco después, un solitario fofo y acechador de celebridades fue acusado del asesinato de la presentadora de televisión. Ser humano vacío, de una pasividad casi subnormal, no dijo nada al juez que lo procesó. Su manía de fotografiar a las estrellas, su obsesión por coleccionar réplicas de armas de fuego y una personalidad tan apagada que nadie se fijaría en él fuera del fatídico umbral insinuaban una forma extrema de síndrome de Asperger.

Su arresto tardó días en desaparecer de los titulares. De nuevo se estaba juzgando la fama y la celebridad, como si ser famoso entrañara una incitación a la venganza,

aprovechándose de los incómodos sueños de un mundo sumergido, un oscuro iceberg de impotencia y hostilidad.

Pero yo pensaba en Richard Gould, temblando y exhausto bajo los árboles de Bishop's Park. Pensé en los niños moribundos del hospicio de Bedfont y en los niños con síndrome de Down que él había ayudado a llevar de vacaciones, y en su intento de encontrar un desesperado sentido en los defectos de la naturaleza. El mundo se había alejado de Stephen Dexter, pero corría al encuentro de Richard Gould con toda el hambre del espacio y el tiempo.

Librodot

26. La preocupación de una esposa

Mientras tanto, se producían pequeños enfrentamientos. Callada y sigilosamente, empezaban a levantarse las barricadas en Chelsea Marina. La pausa en la actividad de la policía había dado tiempo a los residentes para organizar sus defensas. El intento de los alguaciles de arrebatar la casa de los Turner era una amenaza a cada propiedad de la urbanización. Como en el pasado, todos estuvimos de acuerdo en que la policía hacía el trabajo sucio de un implacable capitalismo de riesgo que perpetuaba el sistema de clases sociales para dividir la oposición y preservar sus propios privilegios.

Al atravesar Cadogan Circle rumbo al apartamento de Vera Blackburn, noté que casi todas las avenidas estaban bloqueadas por los coches de los residentes, dejando un estrecho espacio para el tráfico, que rápidamente se podía cerrar. De docenas de balcones colgaban pancartas, sábanas del mejor algodón de Peter Jones, sacrificadas de buena gana en nombre de la revolución.

«VISITE CHELSEA MARINA: SU ASILO DE POBRES MÁS CERCANO»

«EL ALMA NO SE RECUPERA POR LA FUERZA»

«BIENVENIDO A LA ÚLTIMA URBANIZACIÓN FREGADERO DE LONDRES»

«LA LIBERTAD NO TIENE CÓDIGO DE BARRAS»

Las aceras estaban llenas de parquímetros destrozados. Pasé por delante de un contenedor metálico adonde una familia había mandado sus tótems tribales: blazers del colegio y pantalones de montar, libros de cocina de Elizabeth David, guías de Lot y Auvernia, un juego de mazos de croquet.

Me impresionaba la abnegación del asalariado ante la amenaza, pero pertenecía al pasado. Yo sólo pensaba en Richard Gould mientras el ascensor me llevaba al apartamento de Vera en la tercera planta. Pasaba por allí todas las tardes, con la esperanza de que hubieran regresado, y tocaba el timbre el tiempo suficiente para que Vera perdiera los estribos. Mi mayor temor era que Gould, todavía febril y exhausto, pudiera confesar el crimen de Hammersmith en un desinteresado intento de salvar a Stephen Dexter.

Al salir del ascensor vi que la puerta de Vera estaba abierta. Atravesé el rellano y miré hacia la sala vacía. Alguien había alterado el ambiente, y el sol alumbraba una débil nube de motas de polvo.

-¿Richard...? ¿Doctor Gould...?

Entré en la sala, mirando las maletas desechadas y una pila de revistas médicas en el sofá. Entonces oí el inconfundible golpeteo de un ciego en el dormitorio. Los sonidos eran lejanos pero conocidos, ecos de un pasado que no había olvidado nunca.

-¿Sally?

Estaba en la puerta del dormitorio, con el pelo rubio sobre el cuello del abrigo de tweed, aferrando los bastones con manos enguantadas. Se había esforzado por vestirse de manera informal para visitar Chelsea Marina, como si fuera un miembro de una delegación de notables que inspecciona una vivienda declarada ruinosa. Aquel pelo cuidado, el maquillaje modesto pero caro y el aire de confianza me hicieron ver lo bajo que habían caído los residentes de Chelsea Marina.

Una dieta de indignación e inseguridad nos había trasformado en una clase mucho más inferior de lo que creíamos. Me gustaba Kay, pero comparada con Sally la antigua profesora de cine era una verdulera intelectual, una marrana de Bloomsbury. Sin pensarlo, me volví hacia el espejo que había encima del sofá de cuero y me vi a mí mismo, desastrado y andrajoso, con las mejillas mal afeitadas y un corte de pelo casero.

-¿David...? -Sorprendida de verme, Sally atravesó la habitación mal ventilada, dudando de que yo fuera su marido-. ¿Vives aquí ahora?

-Esto es de unos amigos. Yo estoy con Kay Churchill, que tiene uno o dos huéspedes.

-¿Kay? -Sally asintió en silencio, observando mis cetrinas mejillas con preocupación de esposa-. ¿Subiste en el ascensor?

-¿Por qué?

-Pareces cansado. Completamente agotado. -Sonrió con calidez no fingida; el sol le tocaba el pelo-. Me alegro de verte, David.

Nos dimos un corto abrazo. Me alegraba sentir aquel afecto hacia ella. Echaba de menos su terquedad de colegiala y sus miradas de reojo al mundo. Era como si me encontrara con una vieja y querida amiga, alguien que había conocido en un safari. Habíamos acampado en las laderas de la montaña de un rico, compartido una tienda aislada y vadeado la agitada corriente de su enfermedad. El sitio de nuestro matrimonio era un parque infantil, donde nunca existía verdadero peligro ni verdaderas posibilidades. La revolución de Chelsea Marina era contra más cosas que los alquileres y los gastos de mantenimiento.

Como no sabía si estábamos solos, pasé junto a Sally y fui hasta la puerta del dormitorio. Sobre la colcha de seda había una maleta vacía. En el armario colgaban unos trajes de hombre en perchas torcidas.

-Aquí no hay nadie -me dijo Sally-. Anduve curioseando. Los dormitorios son muy reveladores.

-¿Qué encontraste?

-Poca cosa. Son muy raros... el doctor Gould y esa mujer, Vera. -Miró las cortinas negras frunciendo el ceño-. ¿Son sadomasoquistas?

-No se lo he preguntado. -Tratando de dominar la situación, dije-: ¿Cómo supiste que yo estaría aquí?

-Hice un cheque para una madre que andaba pidiendo con una hucha: la mujer de

un arquitecto con un par de hijos que alimentar. Al ver mi nombre dijo que tú solías hacer recados para el doctor Gould.

-Es cierto. ¿Viniste sola?

-Me trajo Henry. Está aparcando el coche en alguna calle paralela a King's Road. Vosotros, los de Chelsea Marina, lo ponéis nervioso.

-No lo dudo. ¿Cómo está?

-Como siempre. -Quitó el polvo al sofá, se sentó y se puso a mirar una de las revistas médicas-. Ése es el problema con Henry: siempre es el mismo. ¿Y tú, David?

-Ocupado. -Vi como dejaba los bastones. Su reaparición significaba que los días de Henry Kendall estaban contados-. Pasan muchas cosas.

-Ya lo sé. Da un poco de miedo. La acción directa no es exactamente lo tuyo.

-¿Para eso estás aquí? ¿Para rescatarme?

-Antes de que sea demasiado tarde. Todos estamos preocupados por ti, David. Dimitiste del Instituto.

-No iba nunca por allí. No me parecía justo ante el profesor Arnold.

-Papá dice que aumentará tus honorarios y te dará la oportunidad de investigar o de escribir un libro.

-Más actividades inútiles. Dile que gracias, pero eso es exactamente de lo que quería alejarme. Estoy demasiado metido en esto.

-¿En esta revolución? ¿Va en serio?

-Muy en serio. Espera a necesitar un dentista o un abogado y descubrir que están en un piquete. La situación empieza a estallar.

-Ya lo sé. -Sally se estremeció y después abrió la polvera para ver si la emoción le había estropeado el maquillaje-. Oímos una explosión hace dos noches. La estatua de Peter Pan. ¿Tú tuviste algo que ver?

-No. Sally, yo detesto la violencia.

-Pero te atrae. La bomba de Heathrow... no se trataba sólo de Laura. La bomba desencadenó algo. ¿Peter Pan es una amenaza tan grande?

-Sí, en cierto modo. J. M. Barrie, A. A. Milne, la sensiblería que pudre el cerebro y debilita la voluntad de la clase media. Estamos tratando de remediarlo.

-¿Poniendo una bomba? Eso es aún más infantil. Henry dice que mucha de esta gente va a terminar en la cárcel.

-Es probable. Pero lo hacen en serio. Están preparados para renunciar al empleo y perder la casa.

-Qué pena. -Me tendió las manos, esbozando una sonrisa poco alentadora-. Todavía tienes tu casa. Cuando lo hayas resuelto todo, volverás, David.

-Volveré.

Me senté en el sofá y le agarré las manos, sorprendido de lo nerviosa que parecía. Me alegraba estar con ella de nuevo, pero St. John's Wood quedaba muy lejos de Chelsea Marina. Yo había cambiado. Los conejillos de Indias habían atraído al investigador hacia el laberinto.

-Me alegro de que hayas venido -dije-. ¿La mujer del arquitecto te dio el número de este apartamento?

-No. Me lo dio Gould.

-¿Qué? -Sentí un cambio en el ambiente, un frente frío que avanzaba por la habitación mal ventilada-. ¿Cuándo?

-Ayer. Llamó a la puerta. Un hombre pequeño y extraño. Muy pálido y vehemente. Lo reconocí por la *foto* de su página web.

-¿Gould? ¿Qué quería?

-Tranquilízate. -Se apoyó en mi hombro-. Ya veo por qué tiene tanta influencia sobre ti. Está centrado en una idea fija y no le importa nada más. No piensa en sí mismo y eso realmente te atrae. Al menos en los hombres, porque a ti te gustan las mujeres egoístas.

-¿Lo dejaste entrar?

-Por supuesto. Parecía que tenía hambre. Pensé que se iba a desmayar, tambaleándose, la mirada perdida a kilómetros de distancia, como si yo fuera una especie de visión.

-Lo eres. ¿Y entonces?

-Lo invité a que entrara. Sabía que era amigo tuyo. Se zampó una porción de Stilton y se tomó una copa de vino. Esa novia, Vera, lo cuida que da gusto. El pobre hombre se estaba muriendo de hambre.

-Ella lo prefiere así. De ese modo lo mantiene alerta. ¿De qué habló?

-De nada. Me miraba de una manera muy rara. Casi tenía la sensación de que quería violarme. Ten cuidado, David. Puede ser peligroso.

-Lo es.

Me levanté y me puse a caminar por la sala. Costaba entender los motivos de Gould para visitar a Sally: algún tipo de amenaza, o hasta la sospecha de que yo estuviera protegiendo a Stephen Dexter. Los activistas de Chelsea Marina eran muy posesivos, y se resentían si uno tenía lealtades fuera del barrio.

Al mirar por la ventana vi que Henry Kendall venía caminando por Beaufort Avenue del lado de la casa del guarda. Como todos los profesionales que visitaban la urbanización, parecía avergonzado de las pancartas de protesta y de los parquímetros destrozados. Henry había entrado en un barrio bajo, dispuesto a mostrar su condescendiente preocupación a otro profesional que estaba en dificultades.

-¿David? ¿Hay algún problema?

-Sí. Tu novio. No soporto tanta bondadosa tolerancia. -Me incliné y le besé la tersa frente-. Volveré a casa en un par de días. Ten cuidado con Richard Gould. No le abras la puerta.

-¿Por qué?

-Estamos viviendo días de exaltación. La policía podría pensar que le ayudaste a reventar a Peter Pan.

-Eso fue una estupidez. ¿Qué os pasa?

-Nada. Pero los ánimos están caldeados. Algunos fanáticos quieren volar la estatua de Hodge delante de la casa de Johnson.

-Dios mío..., espero que hayas podido frenarlos.

-No fue fácil, pero los convencí. Una nación que erige una estatua al gato de un escritor no puede ser tan mala.

Ayudé a Sally a levantarse del sofá y me siguió hasta la puerta sin acordarse de los bastones. En su mente, la falta de sentido de las protestas de Chelsea Marina aliviaba su resentimiento y la reconciliaba con un mundo caprichoso.

-Dime, David... -Esperó mientras yo tamborileaba con los dedos en el botón del ascensor-. ¿El doctor Gould corre peligro?

-No. ¿Por qué?

-Llevaba algo debajo de la chaqueta. Olía de un modo extraño y no quise acercarme demasiado. Pero creo que era una pistola...

27. La hoguera de los Volvos

Al amanecer nos despertó una terrorífica tormenta de ruidos. Yo estaba en la cama con Kay, la mano sobre un pecho, oliendo la fragancia dulce y soñolienta de una mujer sin lavar, cuando un helicóptero de la policía bajó del cielo y se quedó suspendido quince metros por encima del techo. Los megáfonos vociferaban una mezcla de amenazas y órdenes incomprensibles. El oscilante llanto de las sirenas hacía temblar las ventanas, ahogado por los motores del helicóptero que volaba sobre Grosvenor Place, apuntando con el reflector a las caras asustadas detrás de las cortinas.

-¡Ya está! -Kay se incorporó como un cadáver en una pira funeraria-. David, ha comenzado.

Traté de librarme del sueño mientras Kay saltaba de la cama, pisándome con fuerza una rodilla.

-¿Kay? Espera...

-¡Por fin! -Ferozmente tranquila, se quitó el camisón y fue hasta la ventana-. Abrió las cortinas de golpe, rascándose ávidamente los pechos mientras los desnudaba hacia el cielo hostil-. Vamos, Markham. Ésta la tienes que bailar.

Kay corrió al baño y se sentó en cuclillas sobre el inodoro, impaciente por vaciar la vejiga. Entró en la ducha y abrió los grifos, mirando la desanimada llovizna que le salpicaba los pies.

-¡Qué cabrones! ¡Han cortado el agua! -Pulsó el interruptor de la luz-. ¿Puedes creerlo?

-¿Qué ocurrirá ahora?

-No hay electricidad. ¡David! Di algo...

Cojeé hasta el baño y le apreté los hombros, tratando de calmarla. Después de dar vueltas y tocar los grifos y el interruptor, me senté en la bañera.

-Kay, parece que va en serio.

-Sin agua... -Kay se miró en el espejo-. ¿Cómo creen que...?

-No creen nada. Es un poco rudimentario, pero una buena medida psicológica. Ningún revolucionario de clase media puede defender las barricadas sin una ducha y un buen capuchino. Tú podrías combatirlos con la ropa interior de ayer.

-¡Vístete! Y pon cara de estar comprometido en esto.

-Estoy comprometido. -Le sujeté las muñecas para que dejara de aporrear el espejo-. Kay, no esperes demasiado. Esto no es Irlanda del Norte. Al final, la policía...

-Eres muy derrotista. -Me miró de arriba abajo mientras se ponía unos téjanos y un grueso jersey-. Ésta es nuestra oportunidad. Podemos sacar la revolución de Chelsea Marina y llevarla a las calles de Londres. La gente empezará a sumarse a nosotros. Miles, hasta millones.

-Cierto, millones. Pero...

El helicóptero se apartó, una fea bestia que parecía devorar la luz del sol y escupirla en forma de ruido. En algún sitio un motor diesel aceleraba por encima de un estruendo de rieles de acero, seguido por el metal maltratado de un coche que arrastraban por la calle.

Salimos de la casa unos minutos más tarde. Grosvenor Place estaba lleno de hombres sin afeitar, adolescentes de cara pálida y mujeres sin peinar. Niños pequeños, todavía con el pijama puesto, miraban desde las ventanas, las niñas apretando los ositos de felpa, los hermanos inseguros por primera vez de sus padres y del mundo adulto. Muchos de los residentes llevaban armas simbólicas: bates de béisbol, putters de golf y palos de hockey. Pero otros eran más prácticos. Un vecino de Kay, un abogado mayor y entusiasta del tiro con arco, llevaba dos cócteles Molotov, botellas de Borgoña llenas de gasolina en las que había metido las corbatas de su club.

A pesar de la emboscada temprana de las fuerzas del orden público y de la cobarde complicidad de las empresas de servicios, toda la gente que me rodeaba estaba alerta y decidida. Kay y los demás jefes de manzana habían hecho bien su trabajo. Al menos la mitad de los residentes de Chelsea Marina habían salido a las calles. Blandían las armas hacia el helicóptero, increpando al piloto cuando bajaba a menos de veinte metros dei suelo para que el cámara de la policía pudiera obtener las imágenes más nítidas posibles de los rebeldes más destacados.

En Beaufort Avenue, centro de la urbanización, casi todos los residentes estaban en las aceras, listos para defender la primera de las barricadas, a veinte metros de la casa del guarda. Un grupo grande de policías con cascos y equipo antidisturbios se había reunido por dentro de la verja, al lado de las oficinas cerradas del administrador. Iban apoyados por unos treinta alguaciles que rabiaban por apoderarse de la docena de casas cuyo embargo habían comunicado.

Confiada en su éxito, la policía había alertado a tres equipos de televisión, y las cámaras ya transmitían imágenes para los telespectadores que estaban desayunando. Un secretario del Ministerio del Interior recorría los estudios haciendo hincapié en la reticente decisión del gobierno de parar aquella desacertada manifestación.

Una excavadora maniobraba contra una barricada de coches en Beaufort Avenue. La pala embistió con torpeza un Fiat Uno, el vehículo más pequeño del montón, pero los residentes se aferraron a las puertas y a las ventanillas, distrayendo al desafortunado maquinista con rechiflas y abucheos. Muchas de las mujeres llevaban niños sobre los hombros. Asustados por el amenazador helicóptero y por el alboroto de megáfonos, los niños más pequeños lloraban abiertamente; el motor de la excavadora ahogaba su llanto, que sin embargo llegaba a los telespectadores que miraban horrorizados ante la mesa del desayuno.

Alentado por un asistente social, un inspector de policía discutió con los padres y trató de subir a la barricada. Un chaparrón de palos de hockey lo obligó a bajar con los

Librodot

nudillos magullados. Un joven agente, que había descubierto una manera rápida de atravesar la barricada, abrió la puerta delantera del pasajero de un Volvo ranchera y subió, con la porra lista mientras trataba de abrir la puerta del conductor. Una docena de residentes agarraron el coche y lo sacudieron con ferocidad, apoyados por el grito de «Fuera, fuera, fuera...». En un minuto lo dejaron casi inconsciente y, aturdido, salió despedido por la puerta y cayó a los pies de sus colegas.

La policía observaba con paciencia, esperando junto a los furgones blindados con tela metálica sobre los parabrisas, dejando en claro que la acción de Chelsea Marina no se diferenciaba en nada de las medidas antidisturbios en las urbanizaciones menos respetables del East End. Se ajustaron las correas de la barbilla, golpearon los escudos con las porras y avanzaron cuando por fin la excavadora atrapó el Fiat Uno y lo levantó en el aire. Formados en doble fila, estaban preparados para entrar por la brecha de la barricada y atacar a los manifestantes.

Pero cuando la pala de la excavadora levantó el Fiat en el aire, como un juguete, lista para arrojarlo sobre los burlones residentes, el inspector levantó los brazos y los detuvo. Tan preocupado que había perdido la gorra, el inspector subió por la escalera hasta la cabina de la excavadora y ordenó al maquinista que apagara el motor.

Todo se paralizó por un instante, mientras el inspector recuperaba la gorra y el megáfono. Del tanque de combustible del Fiat caían gotas de gasolina que le danzaban alrededor de los pies. Pidió a la multitud que pensara en los hijos, que ahora reían de alegría viendo cómo el coche se balanceaba sobre sus cabezas. Los padres alzaban a los pequeños para que vieran mejor y, más importante todavía, para que los telespectadores dejaran las tostadas y los miraran boquiabiertos.

El inspector movió la cabeza con desesperación, pero no había contado con la muy arraigada crueldad de la clase media hacia los hijos. Como yo sabía muy bien, cualquier grupo social dispuesto a desterrar a su descendencia a los rigores deformantes de la vida de internado no tendría ningún problema en exponerla a los peligros de una explosiva fogata.

Agotado por la oleada de emoción que me rodeaba, me fui metiendo entre la gente y llegué a la acera. Me apoyé en un parquímetro averiado y busqué señales de Kay Churchill. Pronto descubrí que había otro observador vigilando la acción.

De pie detrás de los vehículos de la televisión estaba la figura conocida del comandante Tulloch, pecho fuerte y brazos fornidos ocultos dentro de otra chaqueta corta de tweed, con el bigote pelirrojo erizado ante el olor a batalla. Como siempre, parecía aburrido del alzamiento civil que se desarrollaba a su alrededor, y miraba el helicóptero que planeaba a cien metros de distancia, vaciando con la corriente de aire descendente una docena de papeleras y enviando el contenido por encima de los techos como si fuera confeti. Supuse que era el hombre del Ministerio del Interior sobre el terreno, quizá a cargo de toda la acción policial.

La gente parecía tener la sensación de que la protesta de Chelsea Marina había prácticamente terminado, y se fue calmando mientras el maquinista de la excavadora daba marcha atrás con su vehículo, quitando de la barricada un elemento pequeño pero importante. El inspector, situado solemnemente delante de los manifestantes, sonreía a los niños, satisfecho de haber actuado de la manera más humana que le habían

Librodot

permitido las órdenes recibidas. Ante la falange de policías antidisturbios y alguaciles, los manifestantes empezaron a dispersarse, bajando los bates de béisbol y los mazos de croquet, incapaces en el último momento de resistir un llamamiento a la moderación y a la sensatez.

Entonces sonó un grito en una ventana que daba sobre la calle. La gente se apartó y empezó a ovacionar la llegada de un coche que, con la bocina sonando sin parar, hacía un urgente llamamiento a las armas. El pequeño Polo de Kay Churchill venía hacia nosotros con los faros encendidos y la propia Kay al volante, aporreando la bocina para abrirse paso entre la multitud. El pelo le ondeaba como una bandera de guerra, melena espectral de una diosa escandinava enardeciendo a las tropas vencidas.

Llegó a la barricada, frenó de golpe y se metió en el hueco dejado por el Fiat Uno, obligando a retroceder a un agente que cayó sobre el capó. Desafiando a gritos a la policía, haciendo la señal de la victoria con las dos manos, Kay saltó del coche. En segundos el Polo estuvo volcado y en llamas: el abogado mayor encendió las corbatas con un encendedor del Club Garrick y arrojó los cócteles Molotov contra el motor expuesto.

Ya ardía un segundo coche. Las llamas lamieron las ruedas y después saltaron al aire. Aventadas por el helicóptero cercano, las volutas de color naranja oscilaron entre los policías que se acercaban y tocaron la pala levantada de la excavadora, donde la gasolina caída del tanque del Fiat estalló en una violenta llamarada.

Todo el mundo retrocedió, mirando el coche que ardía allí arriba, sostenido por la garra de la excavadora. Las unidades de arresto de la policía retrocedieron y se refugiaron en las furgonetas mientras el inspector hablaba por radio con sus superiores y el comandante Tulloch sacaba un cigarrillo. Se oían sirenas hacia King's Road, y un coche de bomberos se fue metiendo entre la gente que bloqueaba los dos carriles de la vía pública. Las llamas de la barricada brillaban en los faros y en el pulido metal.

Envalentonada y decidida a defender Chelsea Marina hasta el último Volvo y BMW, Kay ordenó a los residentes hacer una retirada táctica. Quitándose las manchas grasientas de las mejillas y de la frente, con un brazo vendado después de que la llamarada salida de un coche volcado la rozara, Kay condujo a los manifestantes a una segunda barricada, a cincuenta metros de distancia por Beaufort Avenue. Al detenerse para dar ánimos a los rezagados, me vio en la cola de la retirada. Levanté los puños, pidiéndole que siguiera, movido siempre por su confuso e inquieto hechizo. La calle ardía, pero Chelsea Marina había empezado a trascenderse, y a trascender sus atrasos en el pago de alquileres y sus deudas de tarjetas de crédito. Ya veía Londres ardiendo, una hoguera alimentada por estados de cuenta impresos, tan purificadora como el Gran Incendio.

De la primera barricada brotó una nube ácida de humo y vapor cuando los bomberos apuntaron con las mangueras a los coches incendiados. Los vehículos echaban chispas y las puertas se abrían mientras se desplegaban como flores chillonas. Espirales de fuego se arremolinaban siguiendo la corriente descendente producida por el helicóptero y lamían los aleros de las casas cercanas.

Policías con viseras saltaron por encima de las paredes del jardín junto a la barricada y corrieron por Beaufort Avenue hacia nosotros. Fueron recibidos con una

lluvia de tejas, pero siguieron hasta la segunda barricada y se refugiaron detrás de los contenedores que Kay había ordenado incendiar. La excavadora avanzó con un ruido metálico, sacudió la pala para librarse de los restos ennegrecidos del Fiat y atacó el humeante Polo de Kay en la calle. Siguió adelante, acompañada por el coche de bomberos y los vehículos de la televisión, todo bajo la atenta mirada del comandante Tulloch, que caminaba detrás de un grupo de nerviosos fotógrafos de prensa.

En la segunda barricada abrieron una brecha después de rociarla con mangueras. La policía se adelantó atravesando la nube de vapor y humo negro, casi líquido, que cubría Chelsea Marina, flotando hacia el Támesis y la costa de Battersea. Agazapado detrás de la modesta barricada de tres rancheras que bloqueaban la entrada a Grosvenor Palace, con un bate de criquet en la mano, yo sabía que el levantamiento de Chelsea Marina casi había terminado. La policía había llegado al final de la Beaufort Avenue y pronto controlaría Cadogan Circle. Después de registrar las calles laterales una por una, arrestarían a los cabecillas y esperarían a que los demás residentes entraran en razón. Pronto llegaría un ejército de ocupación compuesto por asistentes sociales, bienhechores y agentes inmobiliarios aventureros merodeando en busca de un buen negocio. Se restauraría el reino de la doble línea amarilla y regresaría la esfera de la cordura y las exorbitantes matrículas de colegio.

No obstante, algo había cambiado. Me apreté un pañuelo contra la boca, tratando de protegerme los pulmones del chorreante humo, y miré cómo unas de las vecinas de Kay, una actriz de radio de la BBC, llenaba una botella de Perrier con gas del encendedor. Yo estaba aturdido y agotado, pero excitado por la camaradería, por la sensación de enemigo común. Por primera vez creí sin reservas que Kay tenía razón, que estábamos al borde de una revolución social con fuerza para apoderarse de la nación. Espiando a través del vapor y del humo, escuché la excavadora y esperé a que la policía completara la inútil tarea de tomar una calle lateral de Chelsea.

Entonces, tan repentinamente como había llegado, la policía empezó a retirarse. Me apoyé cansado contra un Toyota volcado, aplaudiendo con Kay y su equipo mientras un sargento escuchaba la radio y daba a sus hombres órdenes de replegarse. La excavadora abandonó su victoriosa vuelta alrededor de Cadogan Circle y regresó a la casa del guarda. Docenas de policías levantaban las viseras y bajaban los bastones, caminando a zancadas entre el humo hacía el punto de reunión en King's Road. Subieron a los furgones y partieron entre el tráfico matutino. El helicóptero se retiró y, al dispersarse el humo, el aire empezó a limpiarse. A los quince minutos toda la fuerza policial había salido de Chelsea Marina.

Llegó un segundo coche de bomberos, seguido por camiones grúa del ayuntamiento, cuyos operarios empezaron quitar los restos quemados de las barricadas de Beaufort Avenue. Habían incendiado dos casas recuperadas, y supuse que eso había obligado a la policía a dar por terminada su intervención. Al entrar los alguaciles por la fuerza, los propietarios habían vertido gasolina en las alfombras de la sala y arrojado papeles encendidos por las ventanas del jardín antes de despedirse de su agradable casa de muchos años.

Ante la perspectiva de una conflagración general y el espectáculo, en los informativos vespertinos, de Chelsea Marina transformada en una enorme pira funeraria, el Ministerio del Interior había frenado a la policía y suspendido las hostilidades. Esa tarde, una delegación de residentes encabezada por Kay Churchill se

Librodot

sentó con la policía y el ayuntamiento a conversar en la oficina del administrador. Mientras hablaban, los equipos de emergencia apagaban el fuego en las dos casas vecinas de Beaufort Avenue. El inspector policial aceptó no presentar ninguna acusación por incendio premeditado, y prometió recomendar a los alguaciles retrasar todos los desahucios pendientes. Se restablecería el suministro de agua y luz eléctrica y un equipo de árbitros del Ministerio del Interior prometió estudiar las quejas de los residentes.

A las seis de la tarde, al regresar a Grosvenor Place, Kay nos saludó con el vendaje ensangrentado, el rostro sonrosado por el triunfo. Como explicó en la docena de entrevistas por televisión que siguieron, la única reivindicación rechazada había sido su insistencia en que se rebautizaran todas las calles de Chelsea Marina. Quería que se quitaran falsos nombres como Mayfair y Knightsbride y se los reemplazara por nombres de directores de cine japoneses, pero otros residentes, con más clarividencia, le habían advertido que eso podía dañar los valores de la propiedad. Así que Beaufort, Cadogan, Grosvenor y Nelson quedaron tal cual estaban.

Costaba saber qué más había cambiado. Ya se estaban marchando las primeras familias de Chelsea Marina. Poco convencidos del cambio de idea de los alguaciles y dudando de que se cumpliera la tregua, varios residentes con niños pequeños recogieron sus cosas, cerraron con llave la puerta y se instalaron en casas de amigos. Prometieron volver si los necesitaban, pero su partida era en cierto modo reconocer la derrota.

Kay estaba en la puerta con el puño levantado, impávida ante esa deserción. Los demás miramos cómo se marchaban, con los niños metidos entre las maletas en el asiento trasero. De manera responsable, desmontamos la modesta barricada de Grosvenor Place, empujamos los coches volcados hasta la zona de estacionamiento, barrimos los cristales rotos e hicimos todo lo posible para limpiar la calle. El único parquímetro intacto pronto recibió la primera moneda.

Cuando entré en la casa, con la escoba bajo el brazo, oí los grifos funcionando en el baño y en la cocina. Kay estaba sentada en el sillón, con el sucio vendaje desacomodado, durmiendo profundamente ante el informativo de la televisión que la mostraba jadeando victoriosa junto a lo que quedaba de la barricada de Beaufort Avenue. La besé con cariño, bajé el sonido y fui arriba a cerrar los grifos. En el botiquín, donde había tranquilizantes suficientes para sedar Manhattan, encontré vendas nuevas y crema antiséptica.

Mientras miraba por la ventana la salida del coche de otro residente, se me ocurrió que Kay debía hacer lo mismo, irse de Chelsea Marina y quedarse con amigos en alguna otra parte de Londres, por lo menos hasta que menguara el interés de la policía. Casi *con* seguridad había agentes de paisano vigilando la entrada de la urbanización, y tarde o temprano el Ministerio del Interior exigiría un chivo expiatorio. Para vehículos sólo había una salida de Chelsea Marina, pero por pequeñas callejas peatonales uno se podía marchar a calles laterales cercanas. En una de ellas yo había estacionado el Range Rover y no me costaría mucho sacar a Kay con una maleta y llevarla a un sitio seguro.

Librodot

Regresé a la sala con una palangana llena de agua caliente, preparado para lavarle la quemadura y vendársela de nuevo. Pero cuando traté de desenrollarle la venda se despertó brevemente y me apartó, aferrándose al tejido ensangrentado como si fuera un amuleto.

Yo estaba orgulloso de ella, que se había ganado el trofeo. Mientras me duchaba sólo lamenté que Joan Chang y Stephen Dexter no hubieran estado presentes en esa victoria. Pero sobre todo echaba de menos a Richard Gould, que había inspirado la rebelión de Chelsea Marina y ahora ya no le interesaba.

Librodot

28. Pistas decisivas

Todavía brotaban volutas de humo y vapor de las casas dañadas por el fuego en Beaufort Avenue, pero los servicios de rescate habían hecho su trabajo. Movido por la curiosidad de visitar el campo de batalla antes de que entrara en el folclore, caminé hacia la casa del guarda. De los aleros carbonizados goteaba agua y los agrietados cristales de las ventanas reflejaban un cielo roto. En un salto atrás, los residentes habían barrido la calle y enderezado los carteles de protesta ladeados por el helicóptero. Muchos de los coches que había en los estacionamientos estaban volcados, pero Beaufort Avenue casi parecía la de siempre, una calle con viviendas de clase media que sufría una modesta resaca.

Un grupo de policías patrullaba la entrada a la urbanización, contestando las preguntas de los peatones como guías turísticos de un parque temático recién abierto. Habían convertido en comisaría la oficina saqueada del administrador y un empleado del ayuntamiento repartía tazas de té por una ventana rota. Sin el menor vestigio de rencor, los agentes saludaban afablemente a los residentes que salían a robar en las tiendas de King's Road. Un equipo de televisión esperaba junto al vehículo comiendo bocadillos de tocino y escuchando una emisora de música pop, pero aún no habían sacado las cámaras y el equipo de sonido. Según ese fiable indicador, la revolución de Chelsea Marina había terminado.

Mientras volvía caminando a Cadogan Circle me costaba creer que sólo una semana antes Chelsea Marina hubiera sido el foco de enfrentamiento civil más violento desde los disturbios en Irlanda del Norte. El alzamiento encabezado por Kay Churchill ya parecía una travesura estudiantil. La infantilizante sociedad de consumo llenaba los huecos del statu quo con la rapidez de Kay metiendo el Polo en la tambaleante barricada.

En el cruce con Grosvenor Place, dos niños de diez años jugaban con rifles de aire comprimido, vestidos con uniforme de fajina, parte de una nueva elegancia guerrillera inspirada por Chelsea Marina que ya había aparecido en la sección de moda del *Evening Standard.* De la ventana de una cocina, debajo de un cartel de protesta cuyo lema mojado se había disuelto en una pintura tachista, salía una suave melodía de Haydn.

Habíamos ganado, pero ¿qué exactamente? Mirando las calles tranquilas, tuve conciencia de un vacío emocional. Nuestra victoria había sido un poco demasiado fácil, y como Kay yo había esperado con ilusión comparecer ante un tribunal. Había volcado coches y ayudado a llenar botellas de Perder con gas para encendedores, pero una sociedad tolerante y liberal me había sonreído y seguido adelante, dejándome ante dos chicos vestidos con chaquetas de camuflaje que me apuntaban con rifles de juguete y me miraban con ceño amenazador.

Entendí entonces por qué Richard Gould había perdido la esperanza en Chelsea Marina y en la revolución que había puesto en marcha. Sin su presencia radicalizadora,

Librodot

la urbanización volvía a ser la misma de antes. Todas las mañanas tocaba el timbre del apartamento de Vera Blackburn, esperando que Gould hubiera vuelto y estuviera recuperado de la horrible experiencia de ver cómo un clérigo perturbado mataba a tiros a una joven en una tranquila calle del oeste de Londres. Se había producido un abismo que se tragaba la cordura y la compasión, aunque los motivos de Stephen Dexter eran tan misteriosos como los del regordete fanático de las armas que iba a ser juzgado por el asesinato.

Toqué el timbre de Vera, escuché si había algún ruido dentro del apartamento y después bajé en el ascensor hasta la planta baja. Kay se había ido por todo el día a trabajar en un documental para la televisión sobre el radicalismo de la clase media en las zonas residenciales de Londres. Segura de que un nuevo mundo estaba en camino, esperaba que el programa provocara levantamientos en Barnet y Purley, Twickenham y Wimbledon, baluartes de la moderación y la sensatez.

No había vuelto a tener noticias de Sally, y supuse que estaba esperando a que volviera a St. John's Wood. Quería verla, pero sabía que una vez que atravesara el umbral me comprometería con el pasado y con sus inagotables necesidades, con mi suegro, con el Instituto y con el profesor Arnold.

Paseé por Nelson Lane hacia el puerto deportivo y el aire más limpio que subía del río, libre del hollín y la carbonilla y el olor a queroseno del escape del helicóptero. Una regatista solitaria estaba enrollando los cabos en la cubierta de su balandro, bajo la mirada de su hijo de dos años. Los había visto en la barricada de Beaufort Avenue, el niño sobre los hombros mientras ella insultaba a la policía. Supuse que iba a levar anclas y zarpar hacia el estuario del Támesis, lejos de Chelsea Marina y su puerto de esperanzas perdidas. La saludé con la mano, pensando que podría embarcarme con ella como marinero raso y psicólogo marino, jinete de sueños y lector de mareas...

A mis espaldas, sobre Nelson Lane, cerca de la capilla del padre Dexter, se abrió una puerta. Una mujer vaciló en el umbral, intentó cerrar con las llaves y bajó con rapidez los escalones, dejando entornada la puerta. Llevaba una chaqueta de charol y zapatos de tacón alto con los que daba unos pasos menudos que me resultaban conocidos. Corrió por la acera, haciendo una pausa para ocultarse detrás de un minibús escolar, un Land Cruiser donado por el editor de pornografía blanda que era el residente más rico de Chelsea Marina.

-¡Vera! ¡Espérame!

La seguí entre los coches estacionados y vi que se metía en un callejón peatonal que comunicaba la urbanización con una cercana calle lateral. Sin levantar la cabeza, corrió hacia la verja de seguridad, se escabulló por ella y cerró antes de seguir.

Cuando llegué allí había desaparecido entre los turistas que se paseaban por delante de las tiendas de antigüedades. Apoyándome en las barras de hierro forjado, contuve el aliento. Tan alta como mi cabeza, la verja estaba rematada por un abanico de púas metálicas y los residentes la abrían con una tarjeta.

Alguien había manipulado el mecanismo, usando una herramienta eléctrica para cortar limpiamente el piñón. El metal expuesto ya había perdido brillo, lo que llevaba a pensar que habían forzado el mecanismo por lo menos una semana antes.

Librodot

Tiré de la puerta y salí a la calle, mirando a los compradores. A veinte metros de distancia había tres furgones policiales estacionados contra la acera. En cada uno había seis agentes sentados muy erguidos junto a las ventanillas, mientras el conductor escuchaba la radio.

Cerré la puerta a mis espaldas y regresé al puerto deportivo. En el estrecho callejón había rastros del perfume de Vera, una pista que yo ya no quería seguir. Pensaba en la verja y en los policías que esperaban en los furgones. En cualquier momento, durante los disturbios, podían haber entrado con facilidad en Chelsea Marina y atacado a los residentes por la retaguardia. El enfrentamiento podía haber acabado en minutos y no en horas, mucho antes de que se hubiera volcado ningún coche y de que el malhumor de los amotinados hubiera aumentado hasta transformarse en violencia abierta.

Salí del callejón, volví a la casa de Dexter y me detuve en la acera delante de la puerta. Un helicóptero daba vueltas sobre el puente de Wandsworth y dos lanchas de la brigada fluvial se habían detenido en el centro de la corriente. Las tripulaciones miraban hacia la entrada del puerto deportivo. Un asalto conjunto a Chelsea Marina por aire, mar y tierra habría sido muy fácil de organizar, pero la policía o quien la controlaba había decidido no actuar, y se había limitado a una demostración de fuerza en Beaufort Avenue.

Todo el enfrentamiento, que tanto nos levantó el ánimo, ¿habría sido montado para poner a prueba el grado de resolución de los residentes de Chelsea Marina? Al confinar la acción a una sola calle, la policía había mantenido la revolución dentro de límites aceptables y había probado cuál era su temple. Pensé en el siempre atento comandante Tulloch con sus americanas de tweed y sus vínculos con el Ministerio del Interior, obviamente aburrido de las bombas de gasolina y de la histeria. Para Scotland Yard, el enfrentamiento con Fiats y Volvos incendiados de por medio había sido una estratagema para alejar a los residentes de sus casas y de armas más peligrosas que los mazos de croquet y la indignación moral. Mi impresión era que Henry Kendall estaba enterado de que se estaba organizando una acción policial amplia, y que él y Sally habían ido a Chelsea Marina a tratar de avisarme.

Subí los escalones y empujé la puerta, escuchando el zumbido del helicóptero; después la cerré y entré en la sala. La casa del padre había sido saqueada: habían quitado los cajones del escritorio, enrollado la alfombra y barrido los himnarios de la repisa. La tienda de campaña en la que había acampado Dexter, la cocina de camping y la cama plegable habían sido arrojadas contra la chimenea. Esparcidos por el suelo había latas de comida, un manual de la Harley y las fotos de las Filipinas. En la cocina, la chaqueta de cuero de Dexter había sido extendida sobre una mesa de madera y descosida con un trinchante sacado de un cajón, destripada con una furia que parecía dirigida a su antiguo usuario.

Arriba, en las habitaciones como celdas, Vera también había buscado como una tromba, arrancando el traje de vuelo y la toga de Dexter de las perchas y arrojándolos al suelo junto a la cama. Frustrada por el baño espartano y sus escasos escondrijos, Vera había roto un tarro caro de sales, regalo de una feligresa, arrojándolo contra el lavabo; ahora formaba un refulgente charco de color turquesa.

Me senté en el colchón desnudo con el traje de vuelo en las manos. El perfume

Librodot

de Vera flotaba en el aire: el potente olor mineral de un explosivo exótico. A mi lado, tendida como una sombra oscura, estaba la sotana de Dexter, con las mangas negras a los lados. Mi suposición era que Dexter había puesto la sotana sobre esa cama modesta después de la muerte de Joan Chang, sabiendo que nunca dormirían en ella juntos.

Casi con compasión, alargué la mano y toqué la tela basta, esperando de algún modo invocar al desdichado clérigo, y traté de imaginar qué valioso trofeo había estado buscando Vera Blackburn con tanto frenesí. Mi mano avanzó por la sotana hasta el bolsillo superior, donde sentí un pequeño bulto metálico.

Saqué de allí un pañuelo de seda amarillo, muy doblado y sujeto con una goma elástica. Abrí ese paquete en miniatura y encontré un juego de llaves de un coche. Eran viejas y descoloridas, llenas de mugre, y estaban sujetas al llavero de un concesionario de Jaguar.

Volví a meter la mano en el bolsillo y saqué una tira de cartón con algo impreso. Al acercarla a la luz reconocí un ticket emitido por un parking para estacionamiento prolongado en Heathrow. Sobre él Dexter había garabateado, con bolígrafo verde: *B 41,* y lo que, supuse, era el número del sitio en el parking: *1487.*

¿Acaso Dexter era dueño de un viejo Jaguar que por algún motivo estacionaba en Heathrow? Estudié las marcas de la máquina, tratando de ver si el ticket había sido cancelado. Mis ojos recorrieron la negra cinta magnética, pero mi mente se había fijado en algo mucho más fácil de leer, la fecha de emisión impresa en el borde del ticket: 11.20 A.M., 17 de mayo.

Ésa era la fecha de la bomba en la Terminal 2. El tiempo que figuraba era casi exactamente dos horas antes de la explosión en la cinta de equipajes que había matado a Laura.

Librodot

29. Parking para estacionamiento prolongado

Los recuerdos de la revolución iban quedando atrás, perdidos entre las líneas divisorias que se alejaban en el espejo retrovisor. Llegué a la rotonda cerca de Hogarth House y aceleré hacia la autopista y Heathrow. Por primera vez tenía pruebas tangibles que relacionaban a alguien de Chelsea Marina con la muerte de Laura. Un sacerdote con lesiones cerebrales por palizas repetidas se había metido como un sonámbulo en la violencia creciente, lo único que podía dar un sentido desesperado a su vida.

Haciendo como si no hubiera cámaras vigilando, aceleré por el paso elevado mientras un gran sueño de piedra empezaba por fin a despertar. El aire pasaba rugiendo alrededor de mi cabeza, llevándose todas las dudas, aunque yo sabía que había otras explicaciones. El ticket de estacionamiento y el Jaguar en la plaza para tiempo prolongado con el número 1487 podían pertenecer a una de las víctimas de la Terminal 2, quizá a un clérigo superior que volvía de Zurich en el vuelo de Laura y que había enviado el ticket por correo a Dexter, con la petición de que recogiera el coche y pasara a buscarlo por la terminal de llegadas.

¿O acaso el sacerdote que Chelsea Marina conocía como el padre Stephen Dexter era en realidad un impostor, un inmigrante ilegal que huía de las autoridades aduaneras? Había socorrido a un clérigo moribundo en la zona de recogida de equipaje y después había aprovechado la oportunidad para robar al muerto los documentos y la carta de nombramiento para Chelsea Marina. En cualquier otra parroquia, la moto, la novia china y la vacilante fe ayudarían a desenmascararlo, pero en Chelsea Marina todo eso se veía como algo normal y casi como un requisito obligatorio.

Fuera cual fuese su origen, el ticket del estacionamiento y las llaves del coche habían *estado* metidas en la sotana de Dexter. Cuando entré en el perímetro de Heathrow en Hatton Cross iba pensando en Laura, cuya presencia, cada vez más borrosa, había despertado en mí y parecía flotar por encima de las señales que apuntaban hacia las terminales del aeropuerto. Esperé mientras un tractor remolcaba un 747 atravesando el camino que rodeaba el aeropuerto hacia el hangar de mantenimiento de British Airways. A mi alrededor se extendían hectáreas de parkings, zonas para tripulaciones de líneas aéreas, personal de seguridad, viajeros de negocios, casi una extensión planetaria de vehículos esperando. Pacientes, se quedaban allí enjaulados mientras sus conductores daban la vuelta al mundo. Después de días perdidos para siempre, esos conductores bajaban de los autobuses de cortesía *y* reclamaban sus coches.

Un avión de pasajeros estaba a punto de aterrizar y los turboventiladores suspiraban mientras apuntaba con cuidado a la pista, un susurro de sueños herido por el tiempo. Laura había salido de ese espejismo durante unos últimos minutos y después había desaparecido en un misterio mayor que el vuelo.

Librodot

Retiré mi ticket del expendedor automático y pasé por delante de la oficina de administración hacia el sector B del parking. A pesar de los precios exorbitantes casi todo el espacio estaba ocupado, una congregación de coches que apuntaban hacia su Meca, la torre de control de Heathrow. Me metí en B 41 *y* anduve entre las hileras de vehículos, mirando los números de las matrículas. No podía dejar de imaginar al asesino todavía sentado en el Jaguar, esperando mi llegada.

El lugar 1487 estaba ocupado. Lo llenaba un imponente turismo Mercedes, con una pulida carrocería que parecía una armadura ceremonial negra. Detuve el Range Rover y me acerqué a mirarlo. Por las ventanillas veía el tapizado de cuero blanco, y el tablero de control con la pantalla de navegación. En el asiento trasero había un ejemplar del *Evening Standard* de la semana anterior. El Mercedes llevaba días estacionado en aquel sitio.

Encontré el Jaguar veinte minutos más tarde en una pequeña zona de depósito en el lado norte del sector E. Frustrado por el Mercedes, había vuelto a las oficinas de la administración cerca de la salida. Un servicial encargado asiático me explicó que todos los vehículos que no se reclamaban después de dos meses eran trasladados a la zona de depósito y dejados allí hasta que el departamento legal de la empresa localizaba a los propietarios. Gente que robaba coches y salía a dar una vuelta, delincuentes que huían al extranjero, incluso viajeros retrasados que no quería pagar los recargos a veces abandonaban los coches, suponiendo que quedarían para siempre en ese limbo automotor.

Mostré al encargado el ticket que había sacado de la sotana de Stephen Dexter y dije que lo había encontrado detrás de un asiento en la sala de embarque de la Terminal 2.

-Debe de haber una recompensa -arriesgué-. Es posible.

-Lo comprobaré. -Sonriendo al ver mi entusiasmo, metió los datos del ticket en el ordenador-. Cierto: Jaguar turismo cuatro puertas, modelo X de 1981. Estamos buscando al propietario actual a través de la Vehicle Licensing Office.

-¿Figura ahí su nombre? Le encantará ver el ticket.

-No lo creo, señor. Tiene una deuda pendiente de 870 libras, más IVA. -Al ver que yo hacía una mueca, habló con orgullo-: El estacionamiento es una actividad de lujo, que entra en la estructura de precios del comercio y de las vacaciones. Si quiere ahorrar dinero, están las carreteras públicas.

-Lo tendré en cuenta. ¿Hay algún teléfono en el que pueda encontrar al propietario?

-Ningún teléfono. -Vaciló, mirando el billete de veinte libras que yo empujaba con la mano por encima del escritorio-. La dirección es Chelsea Marina, King's Road, Fulham, London SW6.

-¿Y el nombre?

-Gould. Doctor Richard Gould. Tiene suerte, señor. Muy pocos médicos olvidan sus coches.

Librodot

Me detuve al lado del viejo Jaguar, estacionado junto a la valla del aeropuerto, en la fila de coches no retirados. Muchos de ellos tenían los neumáticos desinflados y estaban cubiertos por excrementos de pájaros y moteados de aceite que caía de los aviones a punto de aterrizar en Heathrow.

A continuación del Jaguar había una furgoneta con el parabrisas estallado y con daños en los parachoques, quizá víctima de un accidente de carretera, abandonado por el conductor que se había dado a la fuga. Las ventanillas del Jaguar tenían una gruesa capa de suciedad pero estaban intactas, y podía leer los títulos de los folletos médicos apilados en el asiento trasero. Junto al apoyabrazos había dos ositos de felpa juntos, como niños esperando a un padre que se ha retrasado, los ojitos redondos ilusionados pero cautelosos.

Introduje una de las llaves en la cerradura, esperando haberme equivocado de coche. Pero la llave giró y abrí la puerta del conductor, rompiendo el sello de mugre y polvo. Me acomodé en el asiento *y aferré* el volante. Olía la presencia de Gould en el desvencijado interior, con el cuero gastado, el encendedor roto y el cenicero desbordado. La guantera estaba llena de folletos farmacéuticos, muestras de un nuevo sedante infantil y un bocadillo sin comer, envuelto en plástico, momificado por el calor y la falta de aire.

Hice girar la llave de contacto y oí el débil chasquido del mecanismo respondiendo a un breve flujo de corriente desde una batería casi descargada. En el asiento del pasajero había un ejemplar de un libro de bolsillo en formato grande, la edición de la BBC de su serie de televisión «Un neurocientífico mira a Dios». Ojeé las fotografías a todo color de templos egipcios, deidades hindúes y tomografías computarizadas de lóbulos frontales. Entre las *fotos* de los colaboradores había una mía, sacada en los estudios de White City hacía sólo dieciocho meses. Ajusté el espejo retrovisor y comparé los rasgos demacrados y la frente magullada y la mirada de ronda de reconocimiento policial con la figura lozana y segura que me miraba desde aquellas páginas satinadas. Allí tenía aspecto juvenil, cómplice, y casi se me veía en los labios que era un consumado orador.

Alisé la tapa amarillenta y descubrí que debajo del título había un número de teléfono escrito con bolígrafo verde. La defensiva inclinación de los dígitos, las manchas de tinta en las curvas garabateadas, me recordaron otro grupo de números escritos por la misma mano, el número de la zona de estacionamiento trazado en el ticket que había mostrado al encargado asiático.

Mientras miraba el libro, pensando en Stephen Dexter, cayó una sombra sobre el tablero de instrumentos. Un hombre daba vueltas alrededor del Jaguar con el rostro oculto por el polvo y la mugre del parabrisas. Trató de levantar el capó y después fue hasta la puerta del conductor y golpeó en la ventanilla.

-David, ábreme. Hombre, te has vuelto a encerrar...

Librodot

30. Aficionados y revoluciones

-¿Richard...? -Forcé la puerta con el hombro y le estreché la mano, encantado de verlo-. ¿Encerrarme? Sabe Dios por qué.

-Tendrás que averiguarlo. Siempre fue cosa tuya, David...

Gould me saludó con toda confianza y me ayudó a salir del Jaguar, señalando los ositos de felpa en el asiento trasero. Parecía tranquilo y descansado, y miraba las filas de coches estacionados como un coronel que inspecciona su caballería blindada. Me tranquilizó que tuviera tan buen aspecto. Llevaba el mismo traje negro raído que le había visto empapado de sudor en los jardines del palacio episcopal de Fulham. Pero ahora ese traje estaba limpio y planchado, y además se había puesto una camisa blanca y corbata, como si hubiera ido al aeropuerto a presentarse para trabajar como médico en las salas de embarque.

Nos sonreímos a la luz del sol, esperando a que el ruido de un avión que estaba aterrizando se perdiera entre los edificios de la terminal. Me asombraba de nuevo ver cómo aquel hombre inquieto e intranquilo podía estabilizar todo su entorno. Mientras él olía el aire manchado de queroseno advertí que podía dar sentido al mundo por pura voluntad, como un médico que dirige una organización benéfica unipersonal en un apestado rincón de África, dando esperanza a los lugareños con su sola presencia. Miró cómo aterrizaba el avión de pasajeros y su mirada tolerante pareció bendecir una infinidad de terminales de llegada.

-Richard, necesitamos hablar. Me alegro de que te sientas mejor. -De espaldas al sol, traté de ver más allá de su mano levantada-. En Fulham Palace estabas muy débil.

-Exhausto. -Gould hizo una mueca al recordarlo-. Todos aquellos árboles son como cámaras de vigilancia. Fue un día difícil. Aquel extraño disparo.

-¿El crimen de Hammersmith? Nosotros estábamos cerca.

-Es cierto. Dicen que era una mujer hermosa. Te agradezco que me hayas ayudado. -Gould se apoyó en el Jaguar y me miró de arriba abajo-. David, estás agotado. Chelsea Marina es dura con la gente. Oí que hubo una prueba de fuerza la semana pasada.

-La policía montó un espectáculo. Me parece que caímos en una trampa.

-Eso no es malo. Te concentra más en el objetivo. Al menos todos cooperaron.

-Desde luego. Organizamos juntos las barricadas. Por fin empezó la revolución. Enfrentamos las fuerzas del Estado y cortamos su avance. La policía se retiró, aunque nadie sabe por qué.

-Os estaba probando. Antes intimidaba a los proletarios y ahora usa las mismas tácticas de matón con la clase media. Pero habéis prevalecido. -Gould me sonrió como

un padre orgulloso de escuchar el relato de un partido en la escuela-. ¿Cómo estuvo Boadicea?

-¿Kay? Llevó el carro hasta el ardiente horno. Te habría hecho sentir orgulloso. En realidad era tu espectáculo. Tú lo soñaste, Richard.

-Ya lo sé... -Gould hizo un ademán en el aire, como si estuviera dirigiendo la luz del sol-. Tengo que concentrarme en tantas otras cosas... la estrategia global y también Stephen Dexter. Puede ser peligroso.

-Estuvo aquí. -Levanté la voz por encima del blando zumbido de un jumbo de Cathay Pacific a punto de aterrizar-. Stephen estuvo en tu coche.

-¿Cuándo? -Más atento, Gould miró por encima de mi hombro-. ¿Hoy? David... despierta.

-Hoy no. Encontré la llaves de tu coche en su casa esta mañana. Había un ticket de estacionamiento con fecha 17 de mayo. Debió de meterse en tu coche y conducir hasta aquí un par de horas antes de que estallara la bomba en la Terminal 2. Pienso que...

-Es cierto. -Gould hablaba con naturalidad-. Llevó el Jaguar a Heathrow. Tenemos que avisarle antes de que vaya a la policía.

-¿Avisarle? Él dejó la bomba en la cinta de equipajes. Él mató a mi mujer. ¿Por qué?

-Cuesta imaginarlo. -Gould me estudió, recorriendo con la mirada las raspaduras de mi cara. Confiaba menos en mí, como si la batalla de Chelsea Marina nos hubiera separado-. ¿Cómo hizo Stephen para burlar la seguridad?

-Llevaba sotana. La policía deja pasar a un cura si dice que un pasajero se está muriendo. Vi la sotana en su casa esta mañana, tendida sobre la cama como algo sacado de una misa negra.

-Extraño. Creía que había perdido la fe.

-Encontró otra... la muerte repentina. Vera estuvo allí, saqueando la casa. Quizá ella y Stephen estén juntos en esto. -Traté de despertar algún interés en Gould-. Richard, es posible que corras peligro. Stephen mató a mi mujer y después a la presentadora de televisión. Tú fuiste testigo...

-Sí. La vi morir. -La voz de Gould se había apagado. Como un niño que trata de distraerse, dibujó un monigote en el polvo del parabrisas-. Pero no podemos ir a la policía.

-¿Por qué?

-Estamos demasiado comprometidos en todo. -Señaló mi Range Rover, estacionado junto a la entrada del depósito-. Una cámara de seguridad nos registró en Putney High Street. Es una suerte que no hayan podido leer el número de matrícula. David, nosotros somos cómplices.

Traté de discutir con él, sorprendido por una vez de su pasividad. Se acercaba un

coche por el camino que bordeaba el aeropuerto, un Citroen gris monovolumen, avanzando despacio como si estuviera patrullando. Se detuvo junto al depósito, con una mujer al volante. Cuando ella nos miró, reconocí el intenso maquillaje de los ojos y la frente huesuda, la boca con una débil sonrisa y lápiz de labios violeta.

-¿Vera Blackburn?

-Exacto. -Gould la saludó con la mano y ella siguió adelante, reanudando su patrullaje-. Lady Macbeth de compras en el Wal-Mart.

-Richard, por Dios... -Impacientado por su humor brusco, pregunté-: ¿Cómo llegaste aquí?

-¿Hoy? Me trajo Vera. Le gusta la ruta de Heathrow.

-¿Estabas seguro de que yo daría con el Jaguar? Supongo que este encuentro no es una coincidencia.

-No exactamente. -Gould me apretó el brazo para calmarme-. Lo siento, David. No me gusta nada engañarte. Siempre has sido tan franco... con todos menos contigo mismo. Pensé que era hora de llegar al punto crítico. Toda esa actividad policial, el personal de seguridad que se va acercando. Hay mucho de que hablar.

-Me imagino que sí. -Alcancé a ver fugazmente el Citroen una última vez-. ¿Así que Vera me esperaba en la casa de Stephen? Sabe que bajo todos los días hasta el puerto deportivo.

-Algo así. Eres sorprendentemente puntual. Todo ese condicionamiento burgués, años ocupándose de que los trenes salieran en hora.

-Vera hizo como que había saqueado la casa, y puso las llaves y el ticket en la sotana. Tú diste por supuesto que yo las encontraría.

-Esperábamos que sí. Vera te ayudó un poco. Lo de la sotana fue idea suya.

-Un detalle simpático. Para esas cosas las mujeres son muy hábiles.

-¿Te la probaste?

-¿La sotana? Tuve la tentación. Digamos que me equivoqué de sacerdocio. -Vi cómo Gould sonreía para sus adentros, como un colegial aliviado al conocerse la verdad-. ¿Stephen Dexter sigue con vida?

-¿David...? -Gould se volvió hacia mí, sorprendido-. Se ha escondido en alguna parte. No se suicidará. Créeme, se siente demasiado culpable. Lo que sucedió en la Terminal 2 casi le devolvió la fe.

-¿Qué fue lo que sucedió? Tú lo sabes, Richard.

-Sí, lo sé. -Gould bajó la cabeza y clavó la mirada en los zapatos rayados-. Quería decírtelo, porque tú entiendes, tú puedes ver lo que hacemos...

-No entiendo las muertes de Heathrow. ¿Matar gente? Por el amor de Dios...

-Eso es un problema. Es como un río profundo. Pero hay un puente, David.

Estamos atrapados por categorías, por paredes que nos impiden ver qué hay a la vuelta de la esquina. -Gould señaló la furgoneta accidentada-. Aceptamos la muerte cuando sentimos que está justificada: las guerras, escalar el Everest, levantar un rascacielos, construir un puente.

-Es cierto... -Señalé la Terminal 2-. Pero allí no veo un puente.

-Hay puentes en la mente. -Gould levantó una mano blanca y apuntó con ella hacia la pista de aterrizaje-. Nos llevan a un mundo más real, a una sensación más intensa de quiénes somos. Una vez que esos puentes están allí, es nuestro deber cruzarlos.

-¿Haciendo pedazos a una joven china? ¿Dexter estuvo involucrado en la bomba de Heathrow?

Gould pareció hundirse dentro del traje andrajoso.

-Sí, David. Estuvo involucrado.

-¿Puso él la bomba?

-No. Claro que no.

-Entonces ¿quién lo hizo?

-David... -Gould enseñó los dientes desiguales-. No me estoy evadiendo. Tienes que ver el ataque a Heathrow como parte de algo más grande.

-¡Richard! Mi mujer murió en la Terminal 2.

-Ya lo sé. Fue una tragedia. Pero antes... -Me dio la espalda y se puso a mirar los coches oxidados; después se volvió hacia mí-. ¿Qué crees que ha estado ocurriendo en Chelsea Marina?

-Una revolución de la clase media. La que tú pusiste en marcha. ¿No es así?

-No exactamente. La protesta de la clase media sólo es un síntoma. Forma parte de un movimiento mucho mayor, una corriente que atraviesa todas nuestras vidas, aunque la mayoría de las personas no se dan cuenta. Hay una profunda necesidad de actos sin sentido, cuanto más violentos, mejor. La gente sabe que su vida no tiene sentido, y comprende que no puede hacer nada para remediarlo. O casi nada.

-No es cierto. -Impaciente ante ese argumento ya conocido, dije-: Tu vida no carece de sentido. Una vez que te absuelva el consejo médico volverás a caminar por las salas infantiles, y diseñarás un *bypass* aún mejor...

-Ayuda humanitaria para sentirse bien. Yo me beneficio más que ellos.

-¿Y el vuelo sin motor? Te inscribiste en un curso.

-Me borré. Demasiado parecido a la terapia ocupacional. -Gould se protegió los ojos y miró un avión de pasajeros que estaba despegando de la pista. El avión apoyaba las alas en el cielo, un esfuerzo titánico de voluntad y de acero. Mientras subía y giraba sobre Bedfont hacia el oeste, Gould agitó la mano saludándolo con admiración-. Heroico, pero...

-¿No es suficientemente absurdo?

-Exacto. Piensa en todos esos pasajeros, cada uno de ellos zumbando como una colmena llena de planes y proyectos. Vacaciones, reuniones de negocios, bodas: tanto propósito y tanta energía, tantas pequeñas ambiciones que nadie recordará jamás.

-¿Sería mejor que el avión se estrellara?

-¡Sí! Eso significaría algo. Un espacio vacío que podríamos mirar con auténtico espanto. Algo sin sentido, inexplicable, tan misterioso como el Gran Cañón del Colorado. Las señales no nos permiten ver la carretera. Quitémoslas para que podamos contemplar el misterio de una carretera vacía. Necesitamos más trabajos de demolición...

-¿Aunque mueran personas?

-Sí, por desgracia.

-¿Como en Heathrow? ¿Y el asesinato de Hammersmith? *Sólo* por curiosidad, ¿la mató Dexter?

-No. Ni siquiera estaba cerca.

-¿Y la Terminal 2? -Saqué el ticket de la billetera y se lo mostré a Gould-. Llegó en tu coche dos horas antes de que estallara la bomba. ¿Qué estaba haciendo cuando explotó?

-Estaba sentado en el Jaguar. -Gould me miró con curiosidad; no entendía por qué yo tardaba tanto en captar la verdad-. Incluso podía haber estado pensando en ti.

-¡Richard! -Enfadado, le di un puñetazo en el hombro-. ¡Necesito saberlo!

-Cálmate... -Gould se restregó el brazo y después metió la mano en el Jaguar y sacó el ejemplar de *Un neurocientífico mira a Dios.* Lo hojeó y al encontrar mi foto sonrió mirando mi expresión confiada-. Stephen me llevó a Heathrow esa mañana. Yo tenía algo que hacer allí.

-¿Relacionado con la medicina?

-En cierto modo. El trabajo de Stephen fue esperar aquí.

-¿Trabajo? ¿Qué trabajo, exactamente? ¿Comulgar en un estacionamiento?

-Tenía que hacer una llamada telefónica. -Gould señaló los números garabateados con bolígrafo *verde-.* Llama a ese número, David. Tienes tu móvil. Eso explicaría muchas cosas.

Saqué el móvil y esperé a que hubiera silencio en el aeropuerto. Gould se apoyó contra el coche y se puso a escarbarse las uñas, un mentor ya aburrido de un alumno que alguna vez había sido prometedor. Miré los números escritos en el libro de la BBC y los marqué.

En seguida atendió una voz.

-Seguridad de Heathrow... Terminal 2. ¿Qué desea?

Librodot

-Hola. Disculpe.

-Seguridad, Terminal 2. ¿Puedo ayudarle en algo?

Colgué y agarré el teléfono como si fuera una granada. A mi alrededor el aire era más transparente. Las filas de coches estacionados, la valla de tela metálica y las aletas de cola de los aviones que rodaban por la pista se habían acercado, parte de una conspiración para atacar el cielo. Heathrow era una enorme ilusión, el centro de un mundo de señales que apuntaban a la nada.

-¿David? -Gould dejó de mirarse las uñas-. ¿Has encontrado alguna respuesta?

-Seguridad de la Terminal 2. -Recordé el móvil del obispo de Chichester que había encontrado en el coche de Joan Chang delante de la Tate Modern-. ¿Para qué llamó allí Stephen?

-Adelante. Piénsalo.

-Su cometido era hacer la llamada de advertencia. Mientras algún otro ponía la bomba. Tenía que haber tiempo suficiente para que los encargados de la seguridad evacuaran a toda la gente que había en la terminal.

-Pero no hubo ninguna llamada de advertencia. De eso la policía estaba segura. -Gould asintió, alentándome a seguir-. Stephen nunca llamó a los de seguridad. ¿Por qué?

-Porque el que colocaba la bomba tenía que llamar a Stephen en cuanto hubiera preparado el dispositivo. Pero el que ponía la bomba no llamó.

-Exacto. ¿Y entonces...?

-Stephen llegó a la conclusión de que había algún tipo de retraso. -Descubrí que tenía el libro en la mano y lo arrojé dentro del coche-. Se quedó aquí leyendo acerca de Dios y las neuro-ciencias. Entonces oyó la explosión. Supuso que el dispositivo había estallado antes de que el que lo había puesto hubiera podido comunicarse con él. Encendió la radio del coche y se enteró de que había víctimas. Debió de haberse horrorizado.

-Así fue. -Gould se apartó del coche y dio una media vuelta a mi alrededor-. Estaba verdaderamente espantado. De hecho, nunca lo ha superado.

-Así que por eso perdió la fe. Dejó aquí el coche y volvió como pudo a Chelsea Marina. Pobre hombre... pero ¿cómo justificaba su intervención en un ataque con explosivos?

-Era parte de la campaña antiturismo de Kay Churchill. Se calculaba que haría cerrar Heathrow durante días y obligaría a la gente a pensar en el Tercer Mundo. Cancelarían las vacaciones y enviarían el dinero a Intermón y Médicos Sin Fronteras. -Gould levantó una mano pálida hacia el sol-. Un trágico error. La intención era que hubiera una advertencia. No queríamos matar a nadie.

-¿Quién puso la bomba? ¿Vera Blackburn?

-Demasiado nerviosa.

Librodot

-¿Kay? No me la imagino.

-Nunca. Stephen y yo vinimos solos.

-¿Tú y Stephen llegasteis juntos? ¿Así que fuiste tú quien puso la bomba? -Me volví para mirar a Gould, como si lo viera por primera vez, aquel pequeño médico andrajoso lleno de obsesiones extrañas-. Tú mataste a esas personas... y a mi mujer.

-Fue un accidente. -Los globos oculares de Gould giraron hacia arriba debajo de los párpados, como habían hecho en el parque de Fulham Palace-. No había intención de que muriera nadie. Tú, David, estuviste en el NFT, tú dejaste bombas incendiarias en videoclubes. Yo no sabía que tu mujer estaba en el avión.

-Tú colocaste la bomba...

Di media vuelta, tocando con los dedos el polvo del parabrisas del Jaguar, como si esa película de suciedad y grasa de aviones pudiera protegerme de lo que acababa de saber acerca de la muerte de Laura. Con esfuerzo, controlé la ira. Necesitaba que Gould hablara con libertad, aunque fuera al precio de decir la verdad. Estaba estupefacto y deprimido por mi propia actuación. Durante meses yo había sido la víctima de una pequeña camarilla de Chelsea Marina. Ahora sabía por qué a Kay siempre le había incomodado mi relación cada vez más estrecha con Gould. Sorprendentemente, aún estaba preocupado por él.

-¿David? -Gould me miró a la cara-. Estás temblando. Siéntate en el coche.

-No, gracias. Ese Jaguar... sé cómo debe de haberse sentido Dexter. -Lo aparté y después le aferré la manga-. Una pregunta: ¿cómo hiciste para entrar? Las medidas de seguridad en la zona de equipajes son estrictas.

-No tanto en el lado de llegadas. Un arquitecto de Chelsea Marina trabaja para una empresa que hace trabajos de mantenimiento en aeropuertos. Me consiguió un pase. Me puse la bata blanca y el distintivo de médico. La bomba estaba en mi maletín. Yo creía que era un dispositivo de baja potencia. Pero Vera se entusiasma..., tiene toda esa rabia.

-¿Entonces la dejaste en la cinta de equipajes? ¿Por qué en aquélla?

-Un despachador de equipaje me dijo que había inmigrantes ilegales en el vuelo de Zurich. Los pasajeros estaban retenidos en el avión y no pasarían por inmigración hasta por lo menos media hora después. -Gould hablaba con voz suave, apenas audible por encima del tráfico-. Puse el temporizador para quince minutos más tarde y deslicé el maletín en la cinta en el momento en que el equipaje de Zurich empezaba a salir por la rampa.

-Junto a la maleta de Laura. Una coincidencia total.

-No. No fue una coincidencia. Lo siento, David. -Antes de que yo pudiera decir algo, Gould siguió-: Había una etiqueta de identificación en el asa. Me fijé en el apellido. Pensé que pertenecía a otra persona.

-¿A quién, exactamente?

-A ti, David. -Gould logró que un destello de compasión le tapara la sonrisa-.

Había estado leyendo *Un neurocientifico mira a Dios.* Una pegatina de un hotel en la maleta mencionaba un congreso de psiquiatría hace dos años. Supuse que eras tú.

-¿Yo? ¿Así que yo era...?

-El verdadero blanco. -Gould me tocó el hombro, como un médico que me iba a comunicar que, después de todo, un desfavorable diagnóstico anterior había resultado ser el correcto-. Siempre he sentido que la bomba nos unió. En cierto sentido, nuestra amistad se fusionó en aquella terrible tragedia.

-No lo creo. Pero ¿por qué a mí?

-Te había visto en televisión hablando de enfermedades optativas: parálisis autoinfligida, minusvalías imaginarias, estados de locura voluntaria... creo que pusiste las religiones en esa categoría. Miedo al vacío, que sólo los realmente locos pueden contemplar sin inmutarse. Pensé que te arrancaría de tu autocomplacencia. Una lección útil, de las que no aprendes en los congresos suizos.

-¿Qué falló?

-Todo. Ahora sé por qué los profesionales siempre dejan la revolución en manos de los aficionados. La gente de la aduana estaba revisando las maletas de una jamaicana embarazada que trabajaba como camello transportando droga. Tuvo un ataque de histeria y empezó a dar a luz. Me pidieron que los ayudara y terminé en una ambulancia rumbo a Ashford. Traté de llamar a Dexter y después al personal de seguridad de Heathrow pero estábamos atascados en el túnel. Resultó que el cargador de equipajes se había equivocado de avión. Los pasajeros de Zurich llegaron a la cinta cuando estalló la bomba. David, quedé horrorizado. Oí tu nombre en los informativos y supuse que habías muerto.

-Y entonces aparecí en la casa de Kay.

-Salido de la tumba. En cierto sentido ya te había matado, por las razones más idealistas. Me caíste bien, David. Eras serio pero flexible, y buscabas algún tipo de verdad. Laura era la puerta de tu verdadero yo, y yo la había abierto.

-Desapareciste durante mucho tiempo.

-Te estaba observando. La revolución de la clase media estaba en marcha, y Kay era nuestra Juana de Arco. Había desconectado las voces de la cabeza, todas esas películas idiotas de Hollywood. Hace cincuenta años habría estado casada con algún cura joven y fornido, organizando certámenes de whist y sazonándole la vida sexual. Ella no podía entender por qué había dejado de interesarme poner bombas de humo en los videoclubes y las agencias de viajes.

-Pero después de Heathrow todo cambió. -Controlándome todavía, dejé las manos a los lados, evitando el contacto visual con Gould y animándolo a hablar-. Allí, aunque había muerto gente, tú vislumbraste algo importante.

-Bien dicho, David. Muy bien dicho. -Me palmeó el hombro y después metió las manos en los bolsillos como si buscara algo para darme-. Recuerda que yo estaba trabajando con esos niños desesperados. Era su delegado y quería una respuesta. Ante un niño de dos años que se está muriendo de cáncer de cerebro, ¿qué dices? No basta

Librodot

con hablar del grandioso diseño de la naturaleza. Algo falla en el mundo o andamos buscando un significado donde no corresponde.

-¿Y empezaste a mirar hacia Heathrow?

-Exacto: allí las muertes resultaban inútiles e inexplicables, pero quizá era eso lo que había que buscar. Un acto inmotivado detiene en seco el universo. Si yo me hubiera propuesto matarte, sólo habría sido otro miserable crimen. Pero si te matara por accidente, o sin ninguna razón, tu muerte tendría un significado único. Para impedir que el mundo enloquezca, dependemos de los motivos, confiamos en la relación de causa y efecto. Si quitamos esos puntales, vemos que el único acto que tiene algún sentido es el que no tiene ningún sentido. Tardé algún tiempo en entenderlo, pero tu «muerte» fue la luz verde que yo había estado esperando.

-Entonces me levanté de la tumba, y tú necesitabas otra víctima.

-No una víctima. -Gould alzó la mano para corregirme. Parecía haberse relajado por fin, convencido otra vez de que yo le había entendido y estaba de su lado. Con aquel traje raído junto al coche oxidado era una especie de médico mendicante que rondaba los estacionamientos del aeropuerto ofreciendo su panacea. Para que no lo malinterpretara, dijo-: La palabra «víctima» implica algún tipo de intención maligna. Yo seré lo que quieras, David, pero no maligno. Necesitaba un socio, un colaborador que pudiera acompañarme en la búsqueda de la verdad absoluta.

-¿Alguien que no conocieras y al que nunca hubieras visto?

-Eso mismo. Si fuera posible, alguien famoso de quien nunca hubiera oído hablar. Famoso, pero sin ninguna importancia. -Gould miró el monigote que había dibujado en el parabrisas del Jaguar-. Por ejemplo, una presentadora de televisión de segunda...

31. El terrorista sentimental

¿Estaría fantaseando Gould? Miré como se alejaba del Jaguar, los ojos clavados en las filas de pulidos coches de ejecutivos, como si el polvoriento turismo le recordara tiempos más pobres, antes de reconocer su verdadera vocación. Se había reconvertido en mensajero de la verdad, había hecho limpiar en seco el traje y se había puesto corbata y camisa limpia. Al llegar a mi Range Rover se detuvo y echó un vistazo a su reflejo en las puertas negras; detrás de la celulosa flotaba el nimbo pálido de una cabeza como la que había rondado los árboles del parque del obispo, *El grito* de Munch recolocado en algún parking del alma para estacionamiento prolongado.

Gould sacó un pequeño pañuelo del bolsillo y lustró una puntera; después volvió junto al Jaguar, preparado para dedicarme su tiempo. ¿Había puesto la bomba en la cinta de equipajes de la Terminal 2, o su relato era pura invención? Desesperado de violencia, ¿se había aprovechado de un acto terrorista cometido por algún grupo desconocido y lo había reclamado como propio? ¿Se había engañado hasta el punto de creer que era él quien había colocado la bomba, y ahora seguía con el asesinato de Hammersmith, agregando delitos inexplicados en un intento de entender lo inexplicable?

Pero el hombre que se me acercó sonreía con un tipo de confianza tímida, con una mirada de preocupación que no tenía nada de fanatismo. Era el médico bondadoso en el pabellón del mundo, alentando y explicando, siempre dispuesto a sentarse al lado de un paciente angustiado y ofrecer un diagnóstico complejo con palabras que cualquiera podía entender.

-¿David? -Me palmeó el brazo con aquella mano pálida-. No quiero que te disgustes. Cuesta asimilar estas cosas. Esperas que todo se detenga: ¿ por qué no enmudecen las carreteras, por qué no se quedan en tierra todos los aviones? Ocurren cosas trascendentales y la gente sigue preparando tazas de té...

-Muy bien. Estoy dispuesto a escuchar.

-No es una confesión. -Se alisó las raídas solapas al sol-. Tienes que entenderlo: mientras iba detrás de aquella joven hacia su puerta, no sentía ningún rencor.

-Te conozco, Richard. Lo doy por sentado.

-Bien. Fue algo que comprendí de repente, casi una revelación. La vi en el centro comercial de King Street, y pensé...

-¿Stephen Dexter la estaba siguiendo?

-No. Me seguía a mí. Él sabía lo que iba a pasar, porque lo habíamos hablado muchas veces. Después de Heathrow y de la Tate, ella era el siguiente blanco lógico. Él quiso detenerme antes de que lo hiciera. Cuando oyó que yo la había visto salir del River Café un par de días antes, empezó a preocuparse. Me siguió hasta el centro

Librodot

comercial de King Street y saltaron todas las alarmas. Era difícil quitárselo de encima. Tantas cámaras observándonos.

-¿Te habías encontrado con ella antes?

-Nunca. Sabía que era famosa, y Vera me había dado algunos datos. En todos los aspectos resultaba un blanco perfecto. Me liberaba del todo: nada de culpas residuales, nada de resacas...

-¿Eras un asesino puro y desinteresado?

-¿David? -Gould, perplejo, negó con la cabeza-. Eso es un poco duro. Fui su facilitador; colaborábamos en un proyecto único. Si nos encontramos en el otro mundo, estoy seguro de que lo entenderá. Recuerda que nunca la conocí.

-Sabías dónde vivía.

-Vera tenía su dirección en una solicitud relacionada con el turismo en el Tercer Mundo. Quedaba cerca del River Café, así que te pedí que me esperaras en una calle lateral.

-¿Cómo llegaste a su casa? Ella fue directamente para allí.

-Hay un parking detrás del centro comercial. La seguí hasta ese sitio. Me presenté y dije que era un médico involucrado en la solicitud. Dijo que me llevaría en coche hasta el Charing Cross Hospital y que de paso recogería la petición de Vera.

-¿Entonces bajaste del coche y la seguiste hacia la entrada? ¿Estabas armado?

-Por supuesto. Había hecho algunas prácticas con armas, sabiendo que se presentaría la oportunidad. -Sin pensar, Gould se desabrochó la chaqueta del traje y mostró la boca de una pequeña pistolera de cuero debajo del brazo-. Me daba la espalda, metiendo la llave en la cerradura. Era el momento oportuno.

-¿Por qué en el umbral? -Controlé con esfuerzo la respiración, tratando de no distraer a Gould-. Vivía sola. Habrían tardado días en encontrarla.

-No quise ver el interior de la casa. Cómo había amueblado el cuarto de estar, los grabados enmarcados, las invitaciones en la repisa de la chimenea. Con eso la conocería, y su muerte ya no sería una muerte sin sentido.

-Así que le disparaste. -Miré a Gould, pensando en Laura entre los escombros de la Terminal 2-. La calle estaba vacía, y tú te marchaste a pie. Subiste a un autobús hasta Fulham Palace y esperaste en el parque. Estabas...

-Trastornado. Transitoriamente loco. Me destrozó anímicamente. -Gould hablaba casi con naturalidad, como si fuéramos colegas que se entienden mutuamente-. Valió la pena, David.

-Cuesta aceptarlo.

-Pero lo aceptarás. Te estoy muy agradecido. Necesitaba ver aquellos árboles.

-Y tiraste el arma al río. Si la policía hubiera interrogado a aquella pareja de ancianos del parque, podrían haberte identificado.

-¿A mí? Y a ti. -Gould movió afirmativamente la cabeza-. El coche de la huida... lo condujiste tú. Fuimos cómplices.

-No es cierto. Jamás estaría de acuerdo con ese asesinato.

-No en aquel momento. Pero te vas acercando. Ahora mismo.

-Nunca. -Al no poder sostener la mirada intensa y amistosa de Gould, me volví hacia el Jaguar. La luz del sol alumbró los números verdes de la cubierta del libro de bolsillo-. ¿Y la bomba de la Tate? ¿Fuiste tú?

-Otra pifia. Se suponía que no habría heridos. Dexter quería trabajar conmigo, y yo le dije que dejaría la bomba en el Puente del Milenio, junto con un caballete y enseres de pintor. Formaba parte de nuestra campaña contra todo lo que representaba la Tate Modern. Cualquier cosa que pudiera sacudirlo.

-¿Y la tarea de Stephen consistía en llamar por teléfono para advertir de la bomba, de modo que pudieran despejar el puente?

-Exacto. Pero un encargado de seguridad no me dejó pintar allí: mal sitio para cualquier Pissarro o Monet en ciernes. Al salir vi que había aparecido en escena Joan Chang. Otra discípula leal vigilándome.

-¿No confiaba en ti?

-No después de Heathrow. Sabía qué era lo que yo quería. Stephen estaba muy crispado, ya que había asumido toda la culpa por aquellas muertes.

-¿Te sorprende?

-Sí y no. -Gould empezó a tocar el monigote que había dibujado en el parabrisas, como si estuviera simplificando la imagen para los niños del hospicio de Bedfont-. Stephen no terminaba de decidirse. Después del ataque a Heathrow me dijo que sentía de nuevo a Dios, como una extremidad imaginaria que empezaba a revivir. Necesitaba más y más culpa. Por eso se presentó para el trabajo de la Tate. Inconscientemente, esperaba que alguien muriera.

-Pero no Joan Chang. La vio correr presa del pánico y pensó que había encontrado la bomba. Al menos él llamó al personal de seguridad.

-Un poco tarde. Ése es el problema de todas las religiones: llegan muy tarde a la escena. -Gould me sacó el pañuelo del bolsillo superior y se limpió el dedo índice-. Siento lo de Joan. Me gustaba, y eso arruinó el experimento.

-¿Y Dexter? Tarde o temprano informará a la policía.

-Todavía no. Necesita más culpa para que su Dios regrese y lo salve. Además, me entiende. Tú también, David.

-Yo no. -Cerré la puerta del conductor del Jaguar, tratando de recuperarme-. Richard..., es una locura. La violencia sin sentido, los asesinatos al azar, los ataques con bombas. Son delitos brutales. La vida vale más que eso.

-Por desgracia, la vida no vale nada. O casi nada. -Impávido ante mi ira, Gould

me agarró del brazo-. Los dioses han muerto, y desconfiamos de nuestros sueños. Salimos de la nada, la miramos un rato y después volvemos a ella. Una joven cae muerta en el umbral. Un crimen sin sentido, pero el mundo se detiene. Escuchamos, y el universo no tiene nada que decir. Hay sólo silencio, así que tenemos que hablar.

-¿Nosotros?

-Tú y yo. -Gould casi susurraba, como si hablara con uno de sus niños moribundos. Me aferró los brazos para tranquilizarme-. Hay mucho que hacer, otras acciones que planificar. Sé que no me defraudarás.

-¿Defraudarte? Richard, tú mataste a mi mujer.

-Ya lo entenderás. No te pediré que hagas nada violento; no es propio de ti. O no lo es todavía...

Se dirigía a mí con voz suave, tranquilizadora, pero su mano avanzaba hacia la pistolera que tenía debajo del brazo. Se inclinó hacia mí, acercando la cabeza a sólo centímetros de la mía. Sus pupilas flotaban hacia arriba, escondiéndose debajo de los párpados, el aura de advertencia que había visto en Bishop's Park. Me di cuenta de que estaba decidiendo si yo sería demasiado peligroso para dejarme en ese estacionamiento. Si me encontraran muerto dentro del Jaguar, con el ticket de parking en la mano, la policía supondría en seguida que yo era el autor de la explosión en la Terminal 2, el asesino de mi ex mujer.

-David, necesito saber...

-Estoy contigo. -Elegí las palabras con cuidado-. Entiendo lo que estás haciendo.

-Muy bien. Tenemos que ser amigos.

-Somos amigos. Todo esto me produce una gran impresión.

-Por supuesto. No lo puedes digerir. -Gould me palmeó la mejilla-. No te preocupes, hablaremos de la próxima acción.

-¿Has elegido el... objetivo?

-Todavía no. Pero, créeme, va a ser grande.

Dio media vuelta y levantó las manos en el aire. Como respuesta, hubo un destello de faros en el parking que estaba a cien metros de distancia. El Citroen monovolumen salió de su lugar y avanzó hacia nosotros con Vera Blackburn al volante. Gould echó a andar hacia la carretera que bordeaba el aeropuerto, tres zancadas por delante de mí, comprobando el brillo de los zapatos. Al llegar al bordillo, se detuvo a llenar los pulmones.

-Seguiremos en contacto, David. ¿Todavía vives con Kay?

-Claro que sí. Está en lo más reñido del combate. ¿Dónde encaja Chelsea Marina? ¿O no encaja?

-No encaja demasiado. -Gould se miró las manos y trató de llevar, con flexiones, un poco de color a las palmas-. Todo es bastante inútil: una reunión de la asociación de

padres y maestros que se les ha ido de las manos. Los padres han destrozado la sala de profesores y tienen al director encerrado en el baño.

-Eso no es justo. Nos manifestamos por algo serio.

-Tienes razón. La gente de clase media es muy seria. -Gould hizo señas con las manos cuando Vera se acercó con el Citroen-. Por eso ha tenido que inventar tantos juegos. Casi todos los juegos que se te puedan ocurrir fueron inventados por la clase media.

Se acomodó en el asiento del pasajero y alargó la mano para apretar la de Vera contra el volante. Ella le dirigió una rápida sonrisa pero a mí ni siquiera me miró, impaciente por salir del estacionamiento antes de que pudieran anotar el número del Citroen en el ordenador.

Gould me devolvió el pañuelo.

-A propósito, la semana pasada vi a Sally.

-Me lo dijo.

-Es muy agradable. Yo diría que te quiere recuperar.

-Es lo que siempre quiere. Se trata de uno de esos juegos de la clase media. ¿A qué fuiste, Richard?

-No estoy muy seguro. Te andaba buscando. -Llevabas un arma.

-Es necesario. Vivimos tiempos peligrosos. -El peligro lo has puesto tú. ¿Pensabas dispararle? -Para ser sincero...

Estaba todavía elaborando la respuesta cuando Vera levantó el pie del freno y el Citroen arrancó de golpe.

Miré cómo el coche bajaba por el pasaje, nítidamente recortado delante de un autobús, rumbo a la salida. Detrás de mí, el Jaguar se acomodaba bajo su capa de polvo. Saqué el móvil, dudando si llamar a la policía. Con sólo apretar un botón comunicaría con el personal de seguridad de la Terminal 2, y la policía daría rápidamente caza al Citroen.

Como era de esperar, mi pulgar vaciló. Richard Gould estaba más perturbado que cualquier paciente que hubiera pasado por el Adler, pero como siempre me hizo bien verlo. A pesar de la confesión de que había tratado de matarme, me sentía más tranquilo y más seguro. La larga búsqueda del asesino de Laura había terminado y, al afirmar que él la había matado, ese pediatra demente me había liberado.

Librodot

32. Descenso de los valores inmobiliarios

Chelsea Marina ardía cuando regresé a Londres. Desde el paso elevado de Hammersmith veía las nubes de humo y vapor que subían del río, y oía el lamento de las ambulancias que transportaban a los heridos al Charing Cross Hospital. Una muchedumbre de espectadores llenaba King's Road, agolpada detrás de las vallas de acero mirando las llamas que brotaban de una docena de casas de la urbanización. Los coches de bomberos y los furgones de la policía bloqueaban la calle y barrían con las luces los clubes de lapdance y las agencias de viajes baratos.

Estacioné en Fulham Road, a cerca de un kilómetro de la urbanización, y seguí a una pandilla de excitados escolares que iban hacia aquel anticipo de los fuegos artificiales de la noche de Guy Fawkes. Del cielo caían pedazos de papel chamuscado, y recogí de la manga un trozo ceniciento del resguardo de un pago con tarjeta de crédito. Flotaban en el aire recibos de bodegas, facturas médicas y títulos de acciones, inventarios de una vida de clase media que había llegado a su fin.

Como temía, el armisticio había sido breve. Poco después de mi salida hacia Heathrow un gran número de policías habían entrado en Chelsea Marina y rápidamente se habían hecho con el control de la urbanización. Grupos de agentes uniformados se introdujeron corriendo por las puertas peatonales saboteadas, y una brigada de asalto anfibia aprovechó la marea alta para desembarcar desde el río en el puerto deportivo.

Tres horas más tarde la acción policial había terminado. En un gesto desafiante, alrededor de una docena de casas habían sido incendiadas por sus dueños, pero los coches de bomberos que esperaban en King's Road habían intervenido con rapidez. A los pocos residentes que se habían quemado o que habían sido maltratados por las unidades de arresto los habían metido en las ambulancias antes de que las cámaras de televisión pudieran acercarse demasiado. Una pequeña barricada en Beaufort Avenue fue desmontada en segundos. Chelsea Marina era ahora un enclave anómalo, regido conjuntamente por la policía y el ayuntamiento.

Cuando llegué a King's Road las unidades de arresto tomaban té delante de la oficina del administrador, y los equipos de la televisión habían guardado las cámaras. Los abucheos resonaban en el aire a mi alrededor, y supuse que estaban insultando a la policía.

Pero los abucheos apuntaban a un BMW familiar que salía de la urbanización. Los padres y los tres niños iban apretujados entre las maletas, con un temeroso labrador en la ventanilla de la puerta trasera. Bajo el resplandor de las luces de arcos voltaicos reconocí a un director de banco y a su esposa, vecinos de Grosvenor Place. Cabizbajos, giraron hacia King's Road. La gente se burlaba de ellos, les tiraba monedas y sacudía ruidosamente las vallas de acero. A mi lado, una acomodadora de cierta edad que trabajaba en un cine de King's Road sacudía la cabeza con repugnancia.

Librodot

-¿Dónde están todos? -le pregunté-. La urbanización parece abandonada.

-Se han ido. Todos. En cientos de coches, se marcharon y listo.

-¿Adonde?

-¿A quién le importa? -Se cepilló del uniforme con galones un fragmento chamuscado de un talón de cheque-. Roban en las tiendas, compran gasolina con tarjetas de crédito dudosas. Tienen bastante de gitanos. Dios nos libre de ellos.

-¿No sabe adonde han ido?

-No quiero saberlo. Mire cómo han dejado este sitio. Con unas buenas reformas, esas casas podrían ser una maravilla...

Se estaba yendo otra familia, la mujer aferrada el volante con expresión seria, el marido manoseando nerviosamente un mapa y dos hijas adolescentes protegiendo a un aterrado gato persa. Apartaron la mirada ante los abucheos y desaparecieron entre el tráfico que circulaba por King's Road.

En la entrada de la urbanización apareció un coche de bomberos con los ocupantes quitándose el casco ante la gente. Detrás iba un coche de la policía, con una prisionera esposada en el asiento trasero al lado de una agente con una muñeca vendada. Reconocí a la sargento Angela, a quien había visto por última vez delante de la Broadcasting House. Miraba muy seria a los festivos espectadores, y era evidente que algo la había alterado. Entonces me di cuenta de que la prisionera era Kay Churchill, con el pelo sujeto detrás por una cinta de camuflaje y las mejillas manchadas con betún negro de comando. Saludó con el dedo corazón a los mirones que la amenazaban con los puños, exhausta pero animada como siempre, dirigiendo todavía las barricadas dentro de la cabeza.

Aparté a la acomodadora burlona y me abrí paso entre dos tramos de la valla de acero. Atravesé King's Road esperando alcanzar a Kay antes de que se pusiera en marcha el coche de la policía, pero un agente me apretó el brazo y me llevó enérgicamente a la casa del guarda.

Junto a la oficina del administrador había dos hombres de paisano conversando entre los restos de tazas de té de plástico. Uno era el rubio comandante Tulloch, aburrido pero que no se perdía ningún detalle, la mirada clavada en la enorme nube de vapor que subía desde las casas destruidas por el fuego en Beaufort Avenue. A su lado estaba Henry Kendall, con una chaqueta de policía amarilla encima del traje de calle. La luz reflejada confería a su rostro lleno de confianza una palidez de mareado, y parecía impaciente por volver a la seguridad de St. John's Wood y el Instituto.

AI verme dijo algo al comandante Tulloch, que hizo una señal al agente y después se alejó a grandes zancadas, mezclándose entre el grupo de policías y bomberos.

-Henry, estoy impresionado. -Acepté una taza de plástico de té de víctimas de ataque aéreo que me pasaban por la ventana rota de la oficina del administrador-. ¿Te has metido en Scotland Yard?

-Respaldo profesional. -Henry tosió en el aire cargado de hollín. Tenía la corbata perfectamente anudada, pero se lo veía desaliñado por la violencia del día-. Les explico

el contexto de la situación.

-Estupendo. ¿Cuál es el contexto?

-Esto no ha sido sólo un disturbio. Es importante que la policía lo entienda. -Por primera vez pareció advertir mi presencia-. ¿David? ¿Qué haces en Chelsea Marina?

-Vivo aquí, ¿recuerdas?

-Es cierto. -Todavía desconcertado, añadió-: Se ha ido todo el mundo. Han arrestado a tu casera por morder a una mujer policía. ¿Tú estabas...?

-¿Participando en el asedio? Acabo de volver de Heathrow. Me lo he perdido todo.

-Ha durado media hora. Algunos intransigentes han prendido fuego a sus casas. Los demás han hecho las maletas y se han marchado.

-¿Por qué?

-Por el bochorno. Creo que estaban avergonzados. -Escuchó a dos agentes que estaban allí al lado hablando de una subasta de coches el fin de semana en Acton-. Pareces agotado, David. ¿Has hablado con Sally?

-¿Dónde? ¿No está contigo?

-No. Nos vemos menos. La he llamado algunas veces, pero debe de haberse ido a visitar a alguna amiga. ¿Qué hacías en Heathrow?

-Investigar la bomba de la Terminal 2. Quizá he encontrado una pista interesante.

-Ojalá. Scotland Yard todavía está interesada en Laura. Por si sirve de algo, no creen que ella fuera un objetivo.

-Estoy seguro de que no lo fue.

-De hecho, quizá no hubo ningún objetivo. Hay un nuevo tipo de terrorista en ciernes. Los viejos objetivos no sirven, así que atacan al azar. Cuesta entenderlo.

-Creo que lo que dices es cierto. -Preocupado por él, mientras miraba las casas humeantes, dije-: Qué gente más rara anda por ahí, Henry.

-Sobre todo aquí. Chelsea Marina los estaba incubando a toda velocidad. Ese médico inconformista, el pediatra...

-¿Richard Gould? Sally lo conoció y le pareció muy atractivo.

-¿De veras? -Henry tuvo un pequeño escalofrío-. Él era el cabecilla aquí. Las bombas de humo y esos ataques tan molestos. Todo fue idea suya. Os vieron juntos.

-¿Por qué no nos arrestó la policía?

-Lo iba a hacer. -Henry asintió enérgicamente, sin dejar de mirarme-. Sally me hizo intervenir. Hablé con personas de alto rango en el Ministerio del Interior y les convencí de que podías ser valioso para nosotros. Lo que sucedió en Chelsea Marina podría ser el principio de algo mucho mayor. Ya es muy malo cuando la gente

Librodot

trabajadora incendia sus viviendas de alquiler subvencionadas por el ayuntamiento, pero si las clases medias salen a las calles, eso significa que hay un verdadero problema.

-Tienes razón, Henry. El efecto sobre los valores inmobiliarios...

-Inconcebible. -Henry siguió hablando con soltura-. Expliqué cuál era tu formación, y que secretamente trabajabas para mí. Aceptaron no molestarte, a menos que la situación se descontrolara.

-Te lo agradezco. ¿Así que todo el tiempo he sido un espía de la policía sin darme cuenta?

-Exacto. -Henry me palmeó el hombro, como otorgándome una modesta condecoración de campo de batalla-. Tú podrías hacer una contribución muy útil, David. Un testimonio de primera mano sobre cómo el resentimiento se alimenta a sí mismo. Estamos preparando una visita del ministro del Interior para más o menos dentro de una semana. Veré si puedo incluirte en el grupo oficial. Sally cree que es hora de que empecemos a rehabilitarte...

Cuando salimos de Chelsea Marina la policía dirigía el tráfico. Decepcionada por la falta de acción, la gente nos aclamó y después nos abucheó mientras atravesamos la calle.

St. John's Wood seguía igual, un decorado duradero construido en épocas más tranquilas. Los turistas y los fans de los Beatles rondaban Abbey Road, y los conductores buscaban espacios donde estacionar. Al no encontrar ningún sitio donde aparcar, detuve el Range Rover sobre una doble línea amarilla, una violación del protocolo que dejó estupefacta a una joven guardia; la mujer se me acercó convencida de que yo era un visitante de otro mundo, nada familiarizado con las sutilezas sociales que protegían la vida civilizada y mantenían las aceras libres de lobos y bandoleros.

Cuando estuvo a cinco pasos de distancia se detuvo y levantó el talonario como para defenderse. Había visto algo en mi actitud, una arista salvaje que insinuaba facilidad para la violencia. La frente amoratada y las mejillas tiznadas le recordaron otros parias sociales que veía hasta en sueños: los conductores agresivos en la carretera, cambistas dueños de Porsches y conductores sin las pegatinas del impuesto de circulación al día.

Esperé a que se escabullera y entonces eché a andar hacia la casa. Tenía la esperanza de que Sally estuviera recostada en el sofá con su libro favorito de Kahlo, señal de que necesitaba mi atención. Pero en el umbral había una pila de periódicos, empapados después de la lluvia de la noche anterior, y di por supuesto que estaba todavía por ahí con amigos.

Recogí el periódico vespertino, entregado sólo unos minutos antes de mi llegada, y estudié los titulares.

«REBELDES DE ALQUILERES DE LUJO SE RINDEN»

«LA GENTE ELEGANTE Y SU POLÍTICA DE TIERRA QUEMADA»

«GÁNATE UNA CASA EN CHELSEA MARINA»

Pero no nos habíamos rendido. El éxodo había sido una retirada táctica, una negativa, basada en fuertes principios, a aceptar el control de la policía y los alguaciles. Para no someterse al condescendiente altruismo de los asistentes sociales y psicólogos como Henry y yo, los residentes habían decidido salir con la cabeza bien alta y la integridad intacta. La revolución continuaría en una fecha por determinar, propagándose a otras cien urbanizaciones de clase media de todo el país, a casas adosadas de estilo tudorisabelino y a chalets imitación de arquitectura georgiana. Dondequiera que hubiera un colegio privado o un inodoro blanco como la nieve, una representación de Gilbert y Sullivan o un viejo y querido Bentley, el espectro de Kay Churchill alumbraría la oscuridad, repartiendo esperanza con el dedo medio levantado.

Necesitaba averiguar adonde habían llevado a Kay, visitarla lo antes posible con una muda de ropa, una lista de abogados y dinero suficiente para comprar porros durante las semanas que estuviera detenida. Después de tirar el periódico vespertino encima de la pila húmeda saludé con la mano al encargado del parking y abrí la puerta.

Me detuve en el vestíbulo a escuchar la casa vacía. Un profundo silencio entrópico envolvía las habitaciones, la paz de afectos pasados, de emociones agotadas como las baterías de los juguetes parlantes que imitaban las voces de quienes los rodeaban. Supuse que Sally había dado a la asistenta una semana de permiso. El polvo que flotaba a la luz del sol pareció cobrar vida y me rodeó como un fantasma cariñoso.

Arriba, en nuestro dormitorio, al abrir los armarios me recibió una mezcla de perfumes, recuerdos de restaurantes y de cenas. En el baño sentí el olor del cuerpo de Sally, el rastro dulce y matador del pelo y la piel en las toallas. Sobre su tocador estaba la misma mezcla de chucherías, una ciudad miniaturizada de frascos y botes. La echaba de menos, y esperaba poder llevarla un día a vivir conmigo en Chelsea Marina.

Puse en marcha el contestador automático y escuché el mensaje grabado de Sally. Se había ido por dos semanas a recorrer la Bretaña con unos amigos. Su voz parecía lejana y casi titubeante, como si no supiera muy bien por qué había decidido irse.

Me preocupaba, pero al sentarme en la cama y sentir la leve marca de su cuerpo debajo de la mano supe que estaba esperando la llamada de Richard Gould.

El ruido de los aviones de Heathrow seguía retumbando en mi cabeza, casi ahogando la voz de Richard mientras exponía su credo de violencia sin sentido. Pensando en el traje planchado y los zapatos lustrados, la cara pálida pero más lozana, con indicios de salud como los primeros brotes de primavera, supe que aquel hombre estaba despertando de un largo sueño. Había estado circulando por un mundo sin luz, negándose a creer en nada que no fuera su banda de niños con lesiones cerebrales; Peter Pan para sus chicos perdidos. En Bishop's Park había visto por fin el sol en los altos árboles. Richard me gustaba y me preocupaba, pero todavía no sabía bien si creerle. ¿De verdad había hecho estallar la bomba de Heathrow y asesinado en el umbral a la joven de Hammersmith? ¿O era el nuevo tipo de fanático, que necesitaba la fantasía de violencia absoluta y sólo parecía plenamente vivo cuando podía imaginarse como autor de espantosos crímenes? Me quedé sentado solo junto a la mesa del comedor, bebiendo whisky caliente y observando cómo el polvo volvía a configurarse a

Librodot

mi alrededor. Sabía que debía ir a la policía, pero sentía la fuerza de la lógica de Gould. Ese hombre cruel y desesperado mostraba el camino que llevaba a una aterradora verdad. Un ejército de nulidades multiplicaba las tablas de una nueva matemática basada en el poder del cero, generando desde sus sombras una psicopatología virtual.

Gould no llamó, pero al día siguiente el asistente de Henry Kendall se comunicó conmigo por teléfono para decirme que el ministro del Interior visitaría pronto Chelsea Marina, encabezando una delegación de sociólogos, funcionarios del Estado y psicólogos. Acababan de enviarme los detalles de la visita y el preceptivo pase de seguridad.

Apoyé el auricular en el soporte, sorprendido de lo liviano que parecía. Un aire más luminoso llenaba el cuarto mal ventilado. Sabía que pronto regresaría a mi verdadero hogar.

Librodot

33. Entregándose al sol

-¿David? Entra. Todos te hemos estado esperando.

Richard Gould, cerca de la ventana del apartamento del último piso sobre Cadogan Circle, con la cabeza erguida hacia el cielo, levantaba las manos como si se estuviera entregando al sol. A su alrededor las paredes de la sala eran carteles de óptico, mapas circulares de la retina similares a dianas con anotaciones. Parecía tranquilo pero mareado, con la mente flotando entre los altos árboles de Bishop's Park. Al advertir mi presencia volvió del ensueño como un actor que da un paso atrás para salir de un foco, y me pidió por señas que me acercara.

-David..., me alegro de que hayas venido. Pensaba que necesitarías más tiempo. -Frunció el ceño al mirarme el elegante traje y la corbata-. ¿Hay alguien contigo?

-Estoy solo. Quería ver el sitio antes de que lo derriben. -Contento de estar con él, extendí la mano para estrechar la suya, pero él se alejó-. Richard, necesito hablar contigo.

-Por supuesto. Hablaremos más tarde... -Siguió con el inventario de mi apariencia, y movió negativamente la cabeza ante mi caro corte de pelo-. Tú has cambiado, David. Unos días de respetabilidad: eso es lo único que necesita el alma para morir. ¿Estás seguro de que no hay nadie contigo?

-Richard, he venido solo.

-¿No te llamó nadie? ¿Kay Churchill? ¿Qué sabes de Sally?

-Está en Francia con unos amigos. No he tenido noticias de ella. -Tratando de distraerlo del sol, dije-: Hay una visita especial esta mañana, de muy alto nivel: el ministro del Interior y un grupo del ministerio. Varios expertos que creen saber lo que pasó en Chelsea Marina.

-¿Y qué pasó? -Gould se volvió para mirar hacia las silenciosas calles de la urbanización, hacia el humo que todavía salía de las casas consumidas por el fuego en Beaufort Avenue-. Se parece muchísimo a un experimento que no ha funcionado.

-Puede ser. Pero al menos tratamos de construir algo positivo, derribar las viejas categorías.

-Hablas como un experto. -A Gould, aliviado, se le iluminó la cara. Me sonrió como si fuera otra vez un viejo amigo, y me palmeó la espalda, preparado para compartir recuerdos-. Ahora entiendo: tú participas en la excursión del Ministerio del Interior. Por eso llevas puesto tu mejor traje. Camuflaje... y llegué a pensar que habías cambiado.

-He cambiado. -Decidido a ser honesto con él, dije-: Tú me cambiaste.

Librodot

-Muy bien. Tú quisiste cambiar, David. Tú estabas desesperado por el cambio.

-Lo estaba. -Esperando captar su atención, me interpuse entre Gould y el sol-. He pensado en lo que decías. Esos sueños que has tenido: la bomba de Heathrow, el asesinato de Hammersmith. Son necesidades profundas. En cierto modo, yo también las siento. Richard, yo te puedo ayudar.

-¿De veras? ¿Tú me puedes ayudar?

-Hablaremos de todo detenidamente. Quizá volvamos al psiquiátrico de Bedfont.

-¿Psiquiátrico? Hace cincuenta años que no es un psiquiátrico...

Decepcionado por mi lapsus, Gould apartó la mano de mi hombro. Me observó distraídamente, como un médico de urgencias ante un paciente potencialmente peligroso. Llevaba el mismo traje raído, que él mismo había planchado, y le podía contar las rayas paralelas en el pantalón. A pesar de su cálido recibimiento, *ya* se había aburrido de mí y clavaba la mirada en los diagramas ópticos de las paredes de la sala de estar.

-Richard... -Traté de evitar una disculpa-. Quise decir el hospital. El ala infantil.

-¿Bedfont? ¿Crees que todo empezó allí? Ojalá fuera cierto... -Al ver la sangre en la mano que me había cortado en la casa de Kay Churchill, dijo-: Hay que limpiarte eso. Andan por ahí muchas infecciones nuevas, no todas ellas cortesía de Air India. Veré si el baño está limpio.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Me puse a caminar por la sala, que había sido fugazmente registrada por la policía. Los libros de texto de la óptica y los catálogos estaban ladeados en los estantes, y los pesados cojines cuadrados del sofá estaban caídos como cantos rodados. Toqué la bolsa azul de lona con el emblema de la policía de Londres y sentí algo parecido a las partes de una caña de pescar desarmada.

Suponía que Gould había estado tratando de pasar inadvertido en la casa de algún simpatizante en la costa sur, y lo imaginaba pescando en una playa de guijarros, la mente tan vacía que cabría en ella el mar. Parecía físicamente más fuerte, y había dejado de ser el hombre pálido y evasivo que rondaba detrás de mí en la casa de Kay. Los sueños de violencia lo habían calmado.

-¿David? -Gould salió por la puerta del dormitorio-. Límpiate esa mano y te la miraré. En el baño hay unas toallas y agua oxigenada. Los policías que andan por ahí podrían pensar cualquier cosa.

Entré en el dormitorio oscurecido. Unas pesadas cortinas de terciopelo cubrían las ventanas, tela opaca que permitía al óptico usar parte del lugar como cabina de proyección. Cuando hubo un poco más de luz vi que había dos mujeres sentadas a los lados de la cama doble, espalda contra espalda, como figuras en un cuadro de Hopper.

Descorrí la cortina y la mujer que estaba más cerca se levantó. Cuando la luz le iluminó los huesos de la cara reconocí a Vera Blackburn. Aquellos ojos y aquella boca no tenían maquillaje, como si hubiera decidido despojar el rostro, dejando un mínimo de rasgos, borrando toda emoción posible. Llevaba el pelo recogido en un apretado nudo detrás de la cabeza, que le estiraba la piel de la frente contra el cráneo y le

Librodot

resaltaba los afilados huesos alrededor de los ojos. Por primera vez vi la adolescente maltratada y hosca que alguna vez había sido, preparada para aterrorizar a cualquier guarda o cajero de banco que se le interpusiera en el camino.

-¿Vera? Necesito el baño...

Pasó rozándome, sin decir una palabra, pero de su cuerpo me llegó un extraño perfume, un olor fuerte de tensión y miedo. Cerró la puerta con muñeca firme, y vi cómo la manilla temblaba bajo la fuerza nerviosa de aquella mano.

Descorrí una segunda cortina y me volví hacia la mujer que me observaba desde la cama, como una prostituta contratada por una empresa para un cliente.

—¿Sally? ¿Qué haces aquí? Querida...

-Hola, David. No imaginábamos que vendrías. -Sally estaba sentada al lado de la almohada, las manos juntas sobre el regazo, la mirada baja para protegerse de la luz. Se había cepillado el pelo, pero tenía algo de dormida cuando le aferré los hombros y le besé la mejilla. Se apoyó pasivamente contra mí, como si acabaran de despertarla y aún tuviera sueño. Sentí una oleada de interés por ella, el mismo afecto que me invadía cada vez que entraba en el pabellón de St. Mary. A pesar de todo, me alegró verla de nuevo, y tuve la seguridad de que pronto estaríamos juntos.

-Sally, ¿te encuentras...?

-Estoy bien. Es por ti por quien tenemos que preocuparnos. -Me vio la mano herida y la acercó a la luz, leyendo mi porvenir en aquella nueva línea de sangre-. Pobrecito, estás herido. Lo siento, David. Tu revolución fracasó.

-Chelsea Marina ha sido sólo el principio. -Me senté a su lado en la cama, pero ella estaba rígida, recelando del cuerpo de un hombre tan cerca del suyo-. Sally, traté de encontrarte. En el contestador decías que...

-¿Estaba viajando con unos amigos? Lo hago a menudo, ¿verdad? -Ensayó una mueca-. Richard me invitó a su casa de campo cerca de la escuela de vuelo sin motor.

-¿Richard Gould? ¿Y fuiste?

-¿Por qué no? Es amigo tuyo.

-Algo así. ¿Todo anduvo...?

-Es agradable y muy, muy extraño. -Se miró las manos, marcadas por mi sangre-. Hemos ido a la escuela de vuelo sin motor todas las tardes. Ayer él voló a solas.

-Estoy impresionado.

-Richard también lo estaba. Anoche me explicó sus ideas acerca de Dios. Dan un poco de miedo.

-Es cierto.

-La muerte, la violencia... ¿Tú ves a Dios de esa manera?

Librodot

-No estoy seguro. Quizá él tenga razón. ¿Vera Blackburn estaba contigo?

-Venía los fines de semana. ¿La conoces? Richard me gusta, pero ella es extraña.

-Hizo nuestras bombas de humo. Ése es su mundo. Dime, ¿por qué la policía te dejó entrar en Chelsea Marina?

-Yo iba conduciendo mi coche. Richard tenía puesta la bata y dijo que era mi médico. Ante una mujer bella y lisiada siempre ceden.

-Sally... -Le apreté las manos-. Tú eres bella pero no lisiada. Te sacaré de aquí y te llevaré a casa.

-¿Casa? Sí, creo que todavía tenemos una casa. Yo he sido desconsiderada, David. He sido desconsiderada con todo el mundo, pero sobre todo contigo. Ese accidente en Lisboa... pareció romper todas las reglas, y yo sentía que podía hacer cualquier cosa. Entonces conocí a Richard y vi lo que ocurre cuando de verdad rompes las reglas. Tú tienes que inventar el cero. Eso es lo que hace Richard. Inventa el cero para no tener miedo al mundo. Tiene mucho miedo. -Esbozó una sonrisa sombría y entonces vio mi traje-. Estás muy elegante, David. Como en los viejos tiempos. Debes de estar incluido en el grupo que hace la visita oficial.

-¿La del ministro del Interior? ¿Te has enterado?

-Por eso estamos aquí. Vera Blackburn lo sabe todo. Esos expertos del Ministerio tendrían que conocer a Richard, que les taparía la boca. -En su rodilla cayó una gota de sangre de mi mano. La lamió y se quedó pensando en el sabor-. Salobre. David, te estás convirtiendo en un pez.

En el baño me enjuagué la palma, viendo cómo la sangre se iba por el lavabo. A mi lado había un botiquín de cristal lleno de suministros oftálmicos, parte de las enormes existencias de productos farmacéuticos que podrían haber convertido a Chelsea Marina en el mercado central de drogas del oeste de Londres. Sumando su experiencia y sus recursos, los residentes de clase media podrían haber defendido un Stalingrado narcótico calle por calle. Pero habían tirado la toalla y partido rumbo a sus dachas en los Cotswolds y los Cairngorms.

Pero ahora por lo menos tenía a Sally. Estaba impresionado de la rapidez con la que se había liberado del hechizo de Richard, pero quizá había tomado de él lo que necesitaba y decidido dejarlo. Gould la había convencido de que el accidente de Lisboa era inexplicable y carecía de sentido, y por esa misma razón sus heridas y su sufrimiento cobraban sentido. Liberada por fin de sus obsesiones, lo primero que había hecho había sido pensar en su marido, y me conmovía que hubiera ido a Chelsea Marina a intentar rescatarme.

-De acuerdo. Vamos. Nos despediremos de Richard. ¿Sally?

Esperé a que Sally se pusiera de pie, pero se apoyaba contra la almohada y acariciaba la colcha, estudiando los dibujos del muaré.

Librodot

-Creo que no. -Señaló hacia la puerta. Una mano firme estaba haciendo girar la manilla, probando la cerradura-. Nos han dejado encerrados. Hay que tener cuidado, David.

Eché una ojeada al reloj de pulsera y me sorprendió la cantidad de tiempo que había pasado. En la entrada de Chelsea Marina la policía estaba trasladando las barricadas.

-Sally, el ministro pronto estará aquí. Habrá un ejército policial. Richard y Vera Blackburn no se quedarán.

-Claro que se quedarán. Mi amor, no te das cuenta de lo que está pasando. -Me miró con la expresión tierna de una esposa que espera que su ingenuo marido termine de entender-. Richard es peligroso.

-Ya no. Esa fase ha terminado. Todas esas fantasías...

-No ha terminado. Y no son fantasías. Richard apenas está empezando. ¿Sabes que él puso la bomba en Heathrow?

-¿Te lo contó? Debe de haberte asustado. -Traté de agarrarle la mano, pero ella la alejó sobre la colcha-. Es un disparate. Como el de la presentadora de televisión en Hammersmith. Él asegura que la mató. Por el amor de Dios, yo había aparcado en la calle siguiente. Lo vi cinco minutos más tarde. Habría estado cubierto de sangre.

-No. -Sally miraba la puerta-. Él le disparó.

-Eso no ocurrió nunca. Necesita pensar en la violencia, cuanto más sin sentido, mejor. He tratado de ayudarle.

-Sí. Va a matar a más personas. Ayer fuimos a un campo de tiro cerca de Hungerford. Yo iba en el coche con Vera. Me dijo que él tiene muy buena puntería.

-Debe de estar orgullosa. Pero cuesta creerlo. -Dejé a Sally, caminé hasta la puerta y apoyé la cabeza contra el panel de madera. Daba la sensación de que la sala estaba vacía y sólo rompían el silencio las campanadas del reloj de la repisa de la chimenea-. Sally..., ¿mencionaste Hungerford?

-Está a poca distancia de la M4. Richard alquiló allí la casa de campo. Un sitio pequeño y bonito. Es donde quiere vivir sus últimos días.

Miré hacia la puerta mientras las sirenas de la policía sonaban en King's Road, una llamada dirigida no sólo a los dormidos. Recordé que alguien más había vivido sus últimos días en Hungerford.

-¿David? ¿Qué pasa?

Se oían pasos en el techo, casi encima de mi cabeza, los ruidos de una persona que se tiende sobre una esterilla para tomar el sol. O de un tirador que ajusta la mira. ¿Hungerford? Un joven inadaptado llamado Michael Ryan había matado a tiros a su madre y después se había paseado por el pueblo disparando a los transeúntes. Había matado a dieciséis personas, escogidas completamente al azar; después había incendiado la casa familiar y se había pegado un tiro. Los asesinatos eran totalmente inmotivados, y provocaron un pequeño temblor de inquietud a lo largo y a lo ancho del

Librodot

país, redefiniendo la palabra «vecino». No se podía confiar en nadie, ni siquiera en un miembro de la familia. Había nacido un nuevo tipo de violencia que venía de la nada. Después de los últimos disparos en Hungerford, la nada de la que había salido Michael Ryan se cerró a su alrededor, envolviéndolo para siempre.

-Sally... -Se acercaban dos motociclistas de la policía por Beaufort Avenue. Se detuvieron junto a la rotonda con las radios chisporroteando. Agentes uniformados avanzaban por la acera, escudriñando las casas vacías-. La bolsa azul de lona... ¿qué había en ella?

-Richard guardaba allí todo lo necesario para volar. -Sally se levantó y empezó a caminar alrededor de la cama, los ojos puestos en mis huellas en la alfombra-. ¿Tú crees...?

-¿Qué pasa si lleva un arma? ¿Un rifle o...?

Sally no dijo nada, escuchando los sonidos que venían del techo sobre nuestras cabezas. Levanté la pantalla de la lámpara de pie que había detrás de la puerta. Empuñando el pie cromado, arranqué el enchufe de la pared.

-No... -Sally me sujetó el brazo antes de que pudiera golpear la puerta-. David, van a disparar a alguien.

-Tienes razón. A un objetivo sin sentido, como un ministro del Interior liberal...

-¡O a ti! -Sally trató de arrebatarme el pie de las manos-. Richard sabía que venías.

-No me matará. Me cae bien. ¿Qué sentido tendría?

La pregunta murió en mis labios. Una hilera de vehículos oficiales entraba en Chelsea Marina, turismos negros del parque móvil del gobierno. La caravana avanzó por Beaufort Avenue a paso de hombre, mientras los pasajeros miraban las ventanas silenciosas y los carteles rotos. En un minuto la procesión llegaría a Cadogan Circle y después giraría a la izquierda debajo de las ventanas por las cuales yo estaba mirando.

-Sally... -Traté de apartarla de la puerta-. Si nos encuentran aquí...

-Pensarán que somos prisioneros. No nos pasará nada, David.

-No. -Moví la manilla de la puerta-. Se lo debo a Richard.

Sally soltó el pie de la lámpara y dio un paso atrás, mirándome con cansina paciencia mientras yo golpeaba los paneles de la puerta. Metió la mano en el bolsillo superior de la camisa. En su palma abierta estaba la llave de una puerta.

-¿Sally? -Agarré la llave-. ¿Quién ha cerrado la puerta?

-Yo. -Me miró a la cara; lo que había hecho no le producía la menor vergüenza-. Trato de protegerte. Por eso fui a Hungerford con Richard. David, soy tu esposa.

-Me acuerdo. -Metí la llave en la cerradura-. Tengo que avisar a Richard. Si la unidad de protección lo ve con un rifle le pegarán un tiro. Ésta puede ser otra fantasía, una obsesión por Hungerford dentro de su cabeza...

Librodot

Viendo que conmigo era imposible razonar, Sally se restregó los despellejados nudillos y se volvió hacia la ventana.

-Mira, David.

La caravana de automóviles se había detenido en Beaufort Avenue. El ministro del Interior y dos altos funcionarios bajaron de la limusina. Desde la acera, con la presencia de expertos de otros coches, miraron la primera casa destruida por el fuego, como si los restos chamuscados pudieran revelar la verdad profunda de la rebelión. Hubo palabras solemnes y muchas reverencias. Un equipo de la televisión filmaba el acontecimiento, y un entrevistador esperaba, micrófono en mano, para interpelar al ministro.

-¿David? ¿Qué está ocurriendo? -Sally me apretó el brazo; le temblaban los labios-. ¿Qué hacen?

-Se enfrentan a lo inconcebible. Tendrían que haber venido hace tres meses.

-Esos coches que están entrando... parecen extraños...

Detrás de la caravana de automóviles detenida destellaron unos faros. Los motociclistas de la policía que patrullaban Beaufort Avenue frenaron en el centro de la calle y cerraron el paso a un polvoriento Volvo que se esforzaba por avanzar bajo el peso del equipaje atado encima. La conductora insistió, pero se vio obligada a parar al lado de la limusina del ministro. Detrás del Volvo, otros tres coches igualmente maltratados entraron por la puerta de la urbanización, y descubrí a un hombre rubio con chaqueta sport a cuadros ordenando no intervenir a los policías que intentaban detenerlos. Como siempre, el comandante Tulloch había aprovechado su oportunidad.

-David, ¿quiénes son? La gente de los coches viejos.

-Creo que lo sabemos...

-¿Ocupas? Parecen hippies.

-No son ocupas. Ni hippies.

El ministro del Interior también se había fijado en los recién llegados. Los funcionarios y los expertos dieron la espalda a la casa quemada. Un espabilado inspector de policía transmitió un mensaje de la conductora del Volvo y el ministro se relajó visiblemente, y por un momento se puso de puntillas. Tras echar un vistazo a la cámara de televisión indicó a los motociclistas que se apartaran. Levantó los brazos, como si estuviera dirigiendo el tráfico, y pidió por señas al Volvo que siguiera adelante.

-¿David? ¿Quiénes son esas personas? ¿Familias sin hogar?

-En cierto modo. Son residentes.

-¿De dónde?

-De esta urbanización. Viven aquí. La gente de Chelsea Marina vuelve a casa.

Miré cómo el Volvo se ponía en marcha por Beaufort Avenue. Detrás iba el convoy de

Librodot

coches que regresaban cubiertos de polvo y cargados de perros y niños, los espejos retrovisores rotos pegados con cita adhesiva, la carrocería abollada por los kilómetros de paisaje montañoso. Me imaginaba que un grupo que recorría Escocia o West Country había hecho alguna reunión alrededor de una hoguera campamento y decidido regresar, quizá porque sospechaba que la visita del ministro del Interior era una señal de que en breve llegarían las excavadoras.

Sonriendo alegremente, el ministro subió al asiento trasero de la limusina. Saludó con la mano a los que regresaban, que le contestaron haciendo sonar las bocinas, mientras un gran danés ladraba desde una puerta trasera abierta.

Como los ecos retumbaban alrededor de Cadogan Circle casi no oí el ruido de un disparo de rifle desde el techo encima de mi cabeza. El coche del ministro se detuvo de golpe, y en su parabrisas apareció una marca como un copo de nieve. Hubo un instante de silencio y después los expertos de la policía se dispersaron detrás de los coches, agazapándose contra las paredes de las casas vacías.

En el cielo, sobre el Támesis, apareció un helicóptero que apuntó con el reflector hacia los techos de Chelsea Marina. Esperé un segundo disparo, pero las familias que regresaban habían confundido al tirador, salvando casi con seguridad al ministro del Interior. Protegiéndolo con sus cuerpos, sus guardaespaldas lo sacaron de la limusina, atravesaron con él la acera y lo metieron por la puerta de una casa cercana.

-Sally...

La apreté contra mi cuerpo, sintiendo sus latidos en el esternón, por una vez acompasados con los míos. Unos pies corrieron por el techo y un altavoz vociferó desde el helicóptero, una advertencia ahogada por las sirenas y los motores de las motos.

-¡David, espera! -Sally, esposa de un marido tonto que poco a poco recupera la cordura, me agarró el brazo-. Deja que la policía lo atrape.

-Tienes razón. Tendré cuidado. Necesito...

Miró cómo abría la puerta del dormitorio. La sala estaba vacía. Mi ordenador portátil descansaba sobre el sofá, pero la bolsa azul había desaparecido con Richard Gould. Levantando las manos como para tranquilizar a Sally, salí del apartamento y atravesé el vestíbulo. Bajé corriendo por la escalera, dejando atrás los rellanos vacíos y las puertas abiertas, y llegué a la entrada cuando el helicóptero sobrevolaba Cadogan Circle.

En medio del torbellino de ruidos oí dos breves ráfagas de arma de fuego en el garaje del sótano.

Librodot

34. Misión cumplida

Por las paredes del sótano corrían sombras, murales cinéticos de una galería de arte desquiciada. Empujé la puerta contra incendios y pisé el suelo de cemento. El helicóptero estaba aterrizando en el área de servicio detrás del edificio de apartamentos, y por las puertas abiertas de la rampa de acceso veía su rotor de cola. Sólo había un coche estacionado en el garaje, el Saab adaptado de Sally, escondido detrás de una fila de cubos de basura con ruedas cerca de la rampa.

Atravesé el sótano mientras las sombras de las aspas del helicóptero iban y venían. Casi ensordecido por las vibraciones del hormigón, me acerqué al Saab, iluminado por la luz del reflector del helicóptero que entraba por los montantes.

En medio de aquel resplandor blanco vi que había un hombre encorvado sobre el volante del Saab, el brazo y el hombro izquierdos apoyados en el freno y las palancas de cambios. El brazo derecho colgaba por la ventanilla, como haciendo señas de que iba a girar de repente. A su espalda, en el asiento trasero, había una mujer con la frente huesuda en el apoyabrazos.

Gould y Vera Blackburn habían muerto juntos en el coche. Vera estaba tumbada boca abajo sobre la alfombra a cuadros, con la falda ajustada dejando al descubierto las delgadas piernas de colegiala. Le habían disparado por la espalda, y la sangre se le había estancado en un pliegue de la chaqueta de charol y goteaba en la alfombrilla. En los últimos momentos había arañado la alfombra con las dos manos, rompiéndose las uñas.

Richard Gould estaba sentado en el asiento delantero, con una sola herida de bala en la camisa blanca. La marca húmeda del agujero, casi incolora a la deslumbrante luz del helicóptero, parecía una escarapela clavada en el pecho de un valiente pero empobrecido civil que se ha puesto su único traje. Le toqué el brazo extendido y le palpé la piel, más caliente ahora que en vida. Le vi el cuello deshilachado y las bastas puntadas con las que él lo había arreglado, que ahora empezaban a descoserse.

Apretándole la mano por última vez, la introduje en el coche. La sangre se le había ido de la cara, y parecía varios años más joven que el atormentado médico al que yo había conocido. Pero los dientes picados eran como un timo al descubierto, odontología barata desnudada con la más franca de las muecas. Hasta el fin, Richard Gould había ocultado los pensamientos pero mostrado las heridas.

Estaba sentado entre los mandos para inválidos del Saab, las pequeñas caderas torcidas para esquivar la bala que le dispararon. La mano izquierda hurgaba en la palanca del freno, y las rodillas estaban atrapadas por la armazón metálica debajo del volante. Al morir, su cuerpo se había retorcido, tratando de adoptar una geometría desesperada que reflejara su mente, devolviéndolo a los niños discapacitados y a los adolescentes con síndrome de Down que eran sus auténticos compañeros.

Librodot

Buscando su mirada, escudriñé aquella cara blanca como la tiza, ahora tan inexpresiva e insensible al mundo como la de un niño autista. Los ojos estaban clavados en la temblorosa aguja del tacómetro, y comprendí que el motor del Saab estaba encendido, pero no se oía por el ruido del helicóptero. Saqué la mano de Gould e hice girar la llave, como quien desconecta el respirador en una unidad de cuidados intensivos.

El estrépito de las aspas del helicóptero llenaba el garaje. Ensordecido, levanté la mirada y encontré a un hombre alto con ropa de cuero de motociclista entre el Saab y los cubos de la basura. Tenía la cara oculta por la visera del casco, una ventana cruzada por las sombras giratorias, que al haber aterrizado el helicóptero se movían más despacio. Llevaba alzacuello de clérigo, y sin pensarlo di por supuesto que había llegado en su Harley para dar la extremaunción a la pareja muerta.

En la mano llevaba un pesado crucifijo tallado en una piedra pulida y negra, y me lo ofreció como una forma de explicación por las muertes. Entonces el reflector del helicóptero dejó el garaje para buscar en las ventanas de las primeras plantas y vi que el crucifijo era una pistola automática.

-¡Dexter! -Me alejé de Gould y di la vuelta alrededor del coche-. ¿Encontraste el arma? Creo que se suicidaron. O...

El rostro de Dexter salió de la luz confusa, descolorido como el dolor, tan inexpresivo que tuve la certeza de que había pasado los últimos meses librándose de toda emoción, la mente centrada en la misión que tenía por delante. Me miró con serenidad, apenas consciente de Gould y Vera Blackburn, y su atención se volvió hacia el helicóptero que veíamos a través de los montantes. Apuntándome con la pistola, observaba la luz de la misma manera que Gould cuando seguía el sol entre las altas ramas de Bishop's Park.

-Stephen. -Traté de esquivar la pistola-. Vete de aquí. La policía está armada...

El clérigo se detuvo, probando el suelo de cemento con las botas de punta metálica mientras escuchaba el motor del helicóptero y los gritos de los policías. Levantó la visera y caminó alrededor del coche, con la pistola en la mano. Sabía que siempre me había visto como el principal cómplice de Richard Gould. Sabiendo que estaba a punto de dispararme, retrocedí hasta el Saab y abrí la puerta delantera del pasajero, preparado para sumarme a Gould en los mandos.

Pero Dexter me encajó la pistola en la mano. Sentí el potente olor de su ropa, el mismo hedor producto del miedo que noté en mi piel después del ataque al NFT. Empuñé la pistola, asombrado del caliente metal que parecía palpitar como un corazón. Cuando levanté la mirada, Dexter se había retirado a las sombras detrás de los cubos de la basura. Salió por la puerta de servicio metálica que llevaba a la sala de calderas y al apartamento del portero. Me apuntó, como un maestro alentando a un novato en un campo de tiro, cerró la puerta y se escabulló, desapareciendo en otro tiempo y espacio. La misión que se había impuesto tantos meses antes en Heathrow por fin se había cumplido.

Esperé junto al coche, la pistola en la mano, viendo cómo se iba vaciando la cara de

Librodot

Gould, despojándose de todos los recuerdos del joven médico que en su momento había contemplado con tanta ferocidad un mundo inexplicable. Pero pensaba en Stephen Dexter en el instante en el que levantó la visera. Observándolo, había visto el temperamento y la convicción que había entregado a su primer sacerdocio, perdidos bajo los látigos de los captores, y después buscados en esa urbanización del oeste de Londres, alentado por un pediatra inhabilitado con una visión punitiva propia.

Los primeros policías estaban entrando en el garaje. Un inspector hizo una seña a dos agentes armados que me apuntaron al pecho. El inspector me gritó, pero su voz se perdió entre el ruido de las bocinas que tocaban los residentes impacientes por volver a sus casas.

Entonces un hombre robusto con chaqueta de policía dio un paso adelante y caminó a grandes zancadas hasta el Saab, con el pelo rubio revuelto por la corriente de aire que salía del helicóptero.

-¿Señor Markham? Déme eso... -El comandante Tulloch me agarró el brazo con una mano manchada por el tabaco y me empujó contra el coche-. Tiene mejor puntería de lo que creía...

Le di la pistola y apunté con el dedo a Richard Gould, tumbado entre los mandos como un aviador accidentado.

-Iba a matar a mi mujer. Y al ministro del Interior.

-Comprendemos. -El comandante Tulloch me miró de arriba abajo, tan poco impresionado y tan distante como siempre. Se apoyó en el Saab y revisó los cuerpos, palpando en busca de armas, y después, mecánicamente, buscó si tenían pulso.

La policía llenaba ahora el sótano, y un equipo forense ya estaba sacando sus herramientas, las cámaras, las cintas de seguridad y las batas blancas. Sally esperaba junto a la puerta contra incendios, el rostro tenso y el pelo en un remolino, pero decidida a sostenerse con sus propias piernas. Henry Kendall revoloteaba al lado de ella, diciendo que sí con la cabeza a un callado sargento de policía, casi aturdido entre los agentes armados. Agarró el brazo de Sally, tratando de calmarse, pero ella lo soltó y vino hacia mí. Con un valiente esfuerzo, logró sonreírme a través del ruido, y me hizo un ademán con el húmedo ordenador portátil que traía desde el apartamento. Mirándola con orgullo, supe que todo iría bien.

Terminada la identificación, el comandante Tulloch habló lacónicamente por radio. Poniéndome bajo la custodia de un inspector, dijo:

-Señor Markham, ha corrido demasiados riesgos. Aunque sólo sea por una vez, intente llevar una vida tranquila...

Afuera, más ruidoso que el motor del helicóptero, un bullicioso carnaval llenaba el aire, las estridentes bocinas de la clase media regresando a Chelsea Marina.

Librodot

35. Un sol sin sombras

Los relojes parecieron detenerse y esperar a que el tiempo los alcanzara. Los calendarios se enrollaron volviendo a meses más tranquilos, antes del verano. Sally y yo reanudamos nuestra vida en común en St. John's Wood y los residentes de Chelsea Marina siguieron regresando a la urbanización. Al cabo de una semana un tercio de los residentes había vuelto a casa, y a los dos meses casi toda la población estaba reinstalada. El ayuntamiento de Kensington y Chelsea, preocupado por los efectos que tendría una revolución social en los valores de la propiedad, había mandado un ejército de trabajadores a la urbanización. Se llevaron los coches incendiados, asfaltaron las calles y repararon las casas dañadas. Los pocos turistas e historiadores sociales descubrieron que nada había cambiado.

El dinero, siempre más duro que el asfalto, ayudó a repavimentar las calles. Negociaciones amistosas con la empresa de administración finalizaron con la promesa de un incentivo financiero del concejo. A cambio, la empresa pospuso la subida en los gastos de mantenimiento que había desencadenado la rebelión. La preocupación pública por la expulsión del mercado inmobiliario londinense de los trabajadores peor pagados dio carpetazo a todos los planes para construir un complejo de apartamentos de lujo. Como a las enfermeras, a los conductores de autobuses y a los guardias de tránsito, ahora se veía a los profesionales de clase media de Chelsea Marina como personas mal pagadas pero que contribuían de manera esencial a la vida de la ciudad. Ese juicio, repetido por un aliviado ministro del Interior en muchas entrevistas de la televisión, confirmaba la opinión original de los residentes de que eran el nuevo proletariado.

El ministro, que había sobrevivido a un intento de asesinato por parte de un pediatra loco, recomendó generosamente que no se formularan cargos de incendio, agresión o daño público contra los residentes. Los ataques al National Film Theatre, a la Tate Modern, a la estatua de Peter Pan y a numerosas agencias de viaje y videoclubes pasaron silenciosamente al olvido. La bomba de Heathrow fue achacada a unos desconocidos extremistas de Al-Qaeda.

Kay Churchill fue la única residente que recibió una corta condena de prisión por morder a la sargento Angela cuando ésta trató de impedir que Kay incendiara su casa. La ex profesora de cine cumplió una condena de sesenta días en Holloway y regresó triunfal a la urbanización. Su agente le consiguió un importante anticipo por su libro sobre la revolución, y Kay pasó a ser una columnista de éxito y una experta de la televisión.

Stephen Dexter se escapó del país y vivió discretamente en Irlanda antes de emigrar a Tasmania. Recuperada la fe, se convirtió en cura párroco de un pequeño pueblo a setenta kilómetros de Hobart. Una tarjeta postal que me envió lo mostraba pensativo y con buen aspecto, reconstruyendo un Tiger Moth en un granero detrás de la rectoría. Me decía que había empezado a construir una pista de aterrizaje y había

Librodot

limpiado cincuenta metros de maleza pedregosa.

Yo regresé al Instituto Adler y recuperé el cargo; ahora era el único empleado que había disparado un arma en un momento de ira. Muchos de mis colegas habían dañado a sus pacientes, pero yo había matado a uno. Henry me ha contado que probablemente yo sea el próximo director.

Tengo mis serias dudas de que el comandante Tulloch, el Ministerio del Interior y Scotland Yard crean que yo disparé al doctor Gould y a Vera Blackburn. Se cuidaron de no preguntar demasiado y de no hacerme la prueba de la pólvora en las manos. Pero como lo que dicen los medios es hoy el crisol de la verdad aceptada, se me suele identificar como el hombre que salvó al ministro del Interior de la segunda bala del asesino.

Sally declaró que yo la había salvado. Durante la investigación judicial confirmó que Richard Gould la había secuestrado y después me había hecho ir engañado a Chelsea Marina con la intención de matarnos a los dos. Eso puede ser cierto, pero me gusta pensar que fue Sally quien me salvó al encerrarme en el dormitorio para que no pudiera ir con Gould al techo de la casa.

Los matrimonios se alimentan de pequeños mitos, y ése nos unió, invirtiendo los papeles de paciente y protector que tanto daño nos habían hecho en la primera etapa de convivencia. Sally tiró los bastones y se compró un coche nuevo, convirtiéndose en una esposa resuelta y devota. Cuando jugamos al bridge con Henry Kendall y su última prometida, veo que Sally lo mira con los ojos desconcertados de una mujer que no entiende por qué alguna vez decidió ser su amante.

La policía devolvió el viejo Saab dos meses después de terminar la investigación. El equipo forense había concluido su trabajo, y me sorprendió que no hicieran nada por limpiar el coche. La sangre todavía mancha los asientos delanteros y traseros, y las huellas digitales de Gould cubren el interior, espirales fantasmagóricas que registran su extraña manera de tocar el mundo.

El Saab está guardado en el garaje de la casa de mi madre en High Barnet. Después de su muerte mi abogado me recomendó que la vendiera, pero prefiero conservarla como santuario tanto de la naturaleza egoísta de mi madre como de una mente mucho más fuerte y destructiva, que tuvo una influencia aún mayor sobre mí.

Sally jura que hay fantasmas en la casa de Barnet, y prefiere no visitar aquellas habitaciones polvorientas con las fotos enmarcadas de olvidados clubes nocturnos y protestas antinucleares. Pero yo voy una vez al mes y me fijo en el cielo raso y en el techo. Antes de salir, me meto en el garaje y miro el Saab con aquellos mandos que parecen diseñados, como los niños con lesiones cerebrales, para un mundo paralelo en el que tanto se esforzó por entrar el doctor Gould.

Ahora admito que Richard hizo estallar la bomba que mató a Laura en Heathrow. Casi con seguridad disparó contra la celebridad de la televisión cuyo nombre nunca recordaba, tras elegirla porque era a la vez famosa y un cero a la izquierda, para que su muerte careciera realmente de sentido. Soñando con Hungerford, habría terminado por cometer aún más crímenes.

A su manera desesperada y psicopática, los motivos de Richard Gould eran

Librodot

honrados. Trataba de encontrar sentido en los tiempos más absurdos, primer ejemplar de un nuevo tipo de hombre desesperado que se niega a inclinarse ante la arrogancia de la existencia y la tiranía del espacio-tiempo. Creía que los actos más inmotivados podían desafiar el universo con sus propias armas. Gould perdió ese juego y tuvo que ocupar su lugar con otros inadaptados, los asesinos aleatorios de patios de recreo y bibliotecas, que cometían crímenes atroces en su esfuerzo por resantificar el mundo.

Pero hasta Chelsea Marina sirvió para probar la teoría de Gould. Como pronto comprendió, la revolución estaba condenada desde el principio. La naturaleza había creado a la clase media para que fuera dócil, virtuosa y con mente cívica. La abnegación estaba codificada en sus genes. No obstante, los residentes se habían librado de sus propias cadenas y lanzado su revolución, aunque ahora sólo se los recordaba por la destrucción de la estatua de Peter Pan en Kensington Gardens.

Queda un misterio sin resolver. ¿Por qué los residentes, después de haber logrado tanto, volvieron a Chelsea Marina? Nadie puede explicar su desconcertante conducta, y menos que nadie los propios residentes. Los asistentes sociales, los psicólogos del Ministerio del Interior y los periodistas experimentados se han pasado meses dando vueltas por la urbanización, tratando de averiguar por qué los residentes habían abandonado su exilio. Nadie, entre todas las personas con las que converso en Chelsea Marina, puede explicar ese regreso, y se ponen a hablar de vaguedades cada vez que se les saca el tema.

¿Se habrían dado cuenta desde el principio de que la protesta de Chelsea Marina estaba condenada al fracaso, y que su inutilidad era su mayor justificación? Sabían que la rebelión en muchos sentidos era un acto terrorista sin sentido, como el incendio del NFT. Sólo interrumpiendo el exilio y regresando a la urbanización podían dejar bien sentado que su revolución carecía realmente de sentido, que los sacrificios eran absurdos y las ganancias insignificantes. Un fracaso heroico se redefinía como un éxito. Chelsea Marina era el proyecto de las protestas sociales del futuro, de las insurrecciones armadas sin sentido y de las revoluciones condenadas al fracaso, de la violencia inmotivada y de las demostraciones absurdas. La violencia, como dijo una vez Richard Gould, tendría que ser siempre gratuita, y ninguna revolución seria debería alcanzar su meta.

Ayer por la noche Sally y yo salimos a cenar con unos amigos en un restaurante de King's Road, no lejos de Chelsea Marina. Después entramos por la puerta de la urbanización y pasamos por delante de la antigua oficina del administrador, ahora una agencia de asesoramiento para los residentes. El departamento de cuentas y facturación, las hileras de contadores que registran el consumo de los residentes -gas, agua y electricidad- están fuera de la vista, en un edificio situado detrás. En las ventanas, una fotografía aérea retocada representa a Chelsea Marina como un sitio de encanto casi milenario, con calles sin delitos y propiedades que se revalorizan constantemente.

Felices de estar juntos, Sally y yo bajamos por Beaufort Avenue. Había una docena de fiestas en marcha. Las adolescentes, todavía con pantalones de montar después de las clases de equitación de la tarde, coqueteaban alrededor de los Jeeps y los Land Rovers familiares, burlándose de los chicos educados que imitaban las últimas

Librodot

modas de los adolescentes negros.

-Todo es muy agradable. -Sally se apoyó acomodadamente en mi hombro-. Debe de ser entretenido vivir aquí.

-Lo es. Han construido un club deportivo y han agrandado el puerto de yates. Hay casi todo lo que uno puede desear.

-Entiendo. ¿Contra qué os rebelabais exactamente?

-Bueno..., quizá escriba un libro sobre el tema.

Pero yo estaba pensando en otros tiempos, cuando Chelsea Marina era un lugar de auténtica promesa, cuando un joven pediatra convenció a los residentes de que crearan una república única, una ciudad sin señales de tráfico, leyes sin penas, acontecimientos sin significado, un sol sin sombras.

Librodot